Las mujeres más famosas de la historia

María Eloisa Álvarez del Real

Seguramente a Ud. le gustará conocer cómo vivieron y se hicieron célebres *LAS MUJERES MÁS FAMOSAS DE LA HISTORIA*; Aquí encontrará una magnífica e inigualable selección de grandes figuras femeninas que han ganado renombre en la música, la literatura, las artes plásticas, el teatro, la política y otros campos, cuyas vidas y obras despertarán el interés tanto del joven como del adulto, así como del trabajador y el estudiante. Disfrute con cada uno de los capítulos de esta obra, escritos en forma concisa y amena. Este es un libro que no debe faltar en su colección; en él podrá descubrir el mundo desconocido, o tal vez olvidado, de muchas de las figuras extraordinarias de todos los tiempos.

María Eloisa Álvarez del Real

Las mujeres más famosas de la historia

ePub r1.0
epubdroid 18.10.16

María Eloisa Álvarez del Real, 1991
Diseño de portada: Redna G.

Editor digital: epubdroid
ePub base r1.2

Prólogo

Cuando surgió la idea de crear esta obra, *LAS MUJERES MÁS FAMOSAS DE LA HISTORIA*, el equipo realizador se vio en la disyuntiva de incluir unas y omitir otras, durante la etapa previa de selección e investigación de los personajes que iban a conformar la estructura básica del libro. Siempre hay nombres que surgen en nuestra mente, por su fama, mucho más rápido que otros, aunque no es menos cierto que no se pueden ignorar otros tantos, que no son popularmente conocidos, pero que detrás de ellos existe una labor, un legado, unos hechos, imposibles de ignorar del todo. En fin, aquí está nuestro trabajo, que se lo presentamos al lector con orgullo por el esfuerzo realizado, y con amor y humildad por el resultado.

El entusiasta y talentoso grupo que colaboró en la redacción, está compuesto por la Lic. María Elena Cros y la Lic. Alba Ramírez, quienes se ocuparon también de la selección e investigación del material a usar; el Lic. Alberto E. Díaz, Sarah E. Moreno y la periodista Celeste Rodas de Juárez. La corrección de todo el trabajo fue labor de Sarah E. Moreno y Alberto E. Díaz, quien a su vez, es autor de la introducción y del prólogo; el texto de la portada y la contraportada pertenece a la Dra. Oiga Calcerrada, el diseño de la portada fue creación del artista Ángel E. Martí, la dirección de arte correspondió a Marilyn Socarrás, quien fue auxiliada en el montaje por Juan Díaz, y por último, la coordinación general de la edición estuvo en las manos de la Lic. Alba Ramírez.

Introducción

A través de la Historia, la mujer ha ocupado siempre un lugar secundario, ya que la sociedad en las diferentes etapas o épocas de la Humanidad, ha estado conformada, dirigida, dominada por el hombre; y éste ha aprovechado esa oportunidad para autotitularse como «máximo representante» del ser humano, dejando poco que hacer a la mujer, salvo el trabajo al que debía estar dedicada: las «labores propias» de su sexo.

Pero a pesar de haber sido discriminada, minimizada y sojuzgada en extremo, la mujer usó su inteligencia, capacidad y talento, sin dejarse vencer; y se las ingenió para ir ocupando, poco a poco, el lugar que merece al lado del hombre, no detrás, no debajo, y es en las postrimerías del siglo XX, en que el hombre, resignado y convencido, lo reconoce y acepta compartir su cetro con ella. Según Eva Perón, uno de los personajes expuestos en esta recopilación, «el siglo XX no será recordado como el de la bomba atómica, sino como el de la liberación femenina», y estas palabras pueden considerarse proféticas, ya que las pronunció en 1946, muy tempranamente para todo lo que vendría después.

LAS MUJERES MÁS FAMOSAS DE LA HISTORIA es un libro que se propone reconocer, y situar en el lugar que le corresponde, a esa mujer que en diferentes momentos históricos, hostiles unos, otros no tanto, supo luchar y emerger ante los ojos de los demás, destacándose como lo que realmente es, un ser creador, lleno de sensibilidad e ideas, y no solamente un animal hermoso; e intenta reivindicarla, demostrando su capacidad para hacer lo mismo que el hombre, y muchas veces, superarlo con creces.

Se ha intentado brindar en este volumen, una panorámica del quehacer de la mujer en todos los órdenes, dividiéndolas en secciones que abarcan

diferentes temáticas. No necesariamente, las mujeres que aparecen en una determinada temática son las únicas que deben pertenecer a ella, pueden haber muchas más, pero por razones de espacio se han escogido algunas que representan también a las que puedan ser omitidas. Asimismo, el hecho de que determinado personaje aparezca en una categoría, pudiendo también pertenecer a otra, no decide en modo alguno que no aceptemos incluirla en esa otra, solamente es una cuestión de organización para poder dividir el libro en grupos, que facilitarán al lector la ubicación del personaje en tiempo, espacio y creación específica.

Esas secciones o temáticas, son, por ejemplo, mujeres forjadoras de imperios, como Isabel I de Inglaterra; grandes reinas y emperatrices como Cleopatra y Teodora; mujeres estadistas que han dirigido estados modernos, como Golda Meir; mujeres entre bastidores, aquéllas que han influido indirectamente en la política o en la religión; nombres importantes de la literatura, como Sor Juana Inés de la Cruz; heroínas románticas; personalidades de las artes plásticas; intérpretes legendarias del teatro, la música, el cine y la danza, como Sarah Bernhardt; científicas, como María Curie; mujeres difamadas, como la Malinche, y mujeres de acción, como Juana de Arco.

Quisiéramos aclarar, además, que personajes legendarios o míticos como Isolda, se han incluido en este libro debido a que han trascendido a la Historia, y son conocidos en todo el orbe, influyendo de cierta manera como si fueran figuras reales. Esperamos proporcionarles con este ejemplar una información condensada de las vidas de estas mujeres prodigiosas, que pueda servirles como libro de consulta, y de vehículo para profundizar aún más en esas vidas, así como un ameno disfrute para todos los lectores ávidos de saber.

Capítulo 1

Mujeres forjadoras de imperios

1. Hatshesupt
2. Isabel I la Católica
3. Isabel I de Inglaterra
4. Catalina II la Grande

1. Hatshesupt

En el invierno de 1927 a 1928 el egiptólogo Dr. Herbert Winlock descubrió la tumba de Hatshesupt, la única mujer en la historia que ciñó sobre su cabeza las dos coronas: la del Alto y el Bajo Egipto, es decir, que fue faraón.

La tumba se encuentra cerca del Valle de los Reyes, en los acantilados de El Qurn, en el templo funerario de Deir el Bahri, una de las construcciones más bellas del antiguo Egipto. Winlock también halló gran cantidad de fragmentos de estatuas, estatuillas y efigies de Hatshesupt. Habían sido dañadas y mutiladas, como si una furia destructora las hubiera utilizado a manera de víctimas para mitigar su odio. Pero el asombro no cesa aquí, también encontró en el mismo templo la tumba destinada a Senmut, un hombre de origen humilde; y para pasar ya a la perplejidad, descubrió un pasadizo subterráneo que unía la cámara funeraria de Hatshesupt con la de Senmut, para así poder gozar en compañía mutua la vida de ultratumba. Es Un hecho no sólo sorprendente, sino insólito, pues en el panteón de los reyes ni siquiera se podía inscribir el nombre de un común mortal.

Será el mismo Deir el Bahri el que nos narre parte de la historia de esta reina, ya que mucho sobrevivió a la furia destructora. Uno de sus relieves nos cuenta la concepción de la reina. Su madre, Ahmes, aparece sentada en un banco junto a Amón, el Dios solar, quien le dice: «*Hatshesupt se llamará la hija mía que he depositado en tu seno. Su reinado será excelente en toda esta tierra*». Al faraón, Tutmosis I, esposo de Ahmes y padre de Hatshesupt, no le molestaba que su hija se vanagloriara de tan divina prosapia, ya que como faraón se movía entre el mundo divino y el humano. Cuando engendraba en la reina, era dios; cuando engendraba en otra de sus esposas o concubinas, era hombre, aunque faraón. La importancia de la sangre real a través de la reina, y por ende la sucesión por línea femenina, tuvo tanta importancia en el antiguo Egipto que el incesto real entre

hermanos era norma común, e incluso hubo faraones que para no disolver la sangre real y divina, se casaron con sus propias hijas.

Hatshesupt era la única hija de la reina. No le debió sorprender el tenerse que casar con su medio hermano, también llamado Tutmosis, quien por ser hijo de una concubina le reforzaba sus aspiraciones al trono. Su medio hermano debió ser un hombre de carácter débil y reinó de 1512 a 1504 a. C. Le tocó luchar en Nubia y Palestina, pero parece que su hermana y esposa lo fue relegando y haciéndose del poder. De la unión de Hatshesupt y Tutmosis II nació una niña, a quien se la llamó Neferura. Al igual que su padre, Tutmosis IJ tuvo su único hijo varón con una concubina, Isit, y también recibió como nombre el de Tutmosis. A la hija de Amón tanto hijo de concubina le debió molestar, así que poco después de la muerte de su real marido dejó de ejercer como regente, y aunque su medio sobrino fue coronado, ella se ciñó la doble corona, conformada por la blanca, emblema del Alto Egipto, y la roja, emblema del Bajo Egipto, que en combinación representaban la unificación de las Dos Tierras de Egipto. Relegó al hijo al igual que hizo con el padre, y se puso a gobernar.

Probablemente apoyó su poder en los sacerdotes de Amón, o tal vez éstos, cada día más poderosos, fueron los que la auparon. Su visir, y quien dirigía la política, fue Hapuseneb, que era además, significativamente, Sumo Sacerdote de Amón.

Hatshesupt se aferró al poder y tomó sus atributos. Lo anómalo de la situación, y el caos que debió de crear en los terrenos litúrgicos y oficiales, lo demuestran las representaciones de la reina, que infinidad de veces aparece vestida con los atributos reales masculinos, sin olvidar la barbilla postiza con que muchos de los faraones se adornaban. Otras veces se la representa como una mujer bellísima, tanto de rostro como de cuerpo.

Su reinado fue pacífico, evitó las guerras y la prosperidad se extendió por Egipto. Acumuló riquezas que le permitieron llevar a cabo grandes obras públicas; edificó y reconstruyó templos; hizo traer, desde la isla de Elefantina, cuatro enormes obeliscos, uno de ellos de casi treinta metros de altura y que aún se encuentra en el templo de Amón en Karnak; y mandó a construir el Deir el Bahri, dedicado a su memoria, pero que también poseía santuarios en honor de Hathor, Anubis y Ra. A cargo de esta construcción y

como arquitecto de esta maravilla del arte egipcio, puso a Senmut, preceptor de su hija, y quien, a pesar de sus humildes orígenes, había acumulado ochenta títulos oficiales. Indudablemente que para lo último le debió ayudar el ser el amante de Hatshesupt.

Pero el embellecimiento de su reino no fue la única preocupación de Hatshesupt. En el plano económico, su expedición al país de Punt, en la costa de la actual Somalia y frente a la costa arábiga, tuvo una gran importancia. Debió organizarse entre el sexto y el séptimo año de su reinado y un nubio, Nehery, estuvo al frente. La exploración se inició en el Nilo y saltó a tierra cerca de Tebas, de allí, transportando mercancías a lomos de acémilas, se dirigieron a través del desierto al Mar Rojo, donde embarcaron en dos naves y continuaron bordeando la costa y desembarcando probablemente todas las noches hasta llegar al país de Punto Fueron muy bien recibidos y el negocio debió ser redondo, pues las naves volvieron cargadas de oro, ébano, marfil, pieles de leopardo, esclavos con sus hijos, y con lo más importante de todo, treinta y un árboles de mirra, embalados con todo cuidado con sus raíces y tierra de origen, para que aquéllas no se dañasen. Todo esto le debió costar a los egipcios unas pocas cuentas y abalorios de cerámica. No se puede decir que Hatshesupt fue la primera que envió una expedición a la fabulosa tierra de la mirra, pero sí que fue la que restituyó una tradición que se había perdido por muchos años.

Los expedicionarios al mando de Nehery fueron recibidos en Tebas de una manera magnífica y los esperaban Hatshesupt y Senmut. Con tanta riqueza venía prosperidad. El viaje al país del Punt quedó relatado en los relieves del Deir el Bahri, allí se ven representadas las naves surcando el Mar Rojo, la llegada al Punt, la reina de ese país, casi enana, fea, gorda y de piernas tullidas, y también los marineros egipcios, que no se molestan en disimular su risa ante tal figura real. No se olvidaron de perpetuar en piedra las riquezas transportadas ni tampoco el recibimiento en Tebas. Todo parece sumamente realista, y por eso es tan curioso observar cómo se ha tratado en este episodio la familia real. Detrás de las figuras de Hatshesupt y Senmut se encuentra la del sobrino de la reina, Tutmosis, ofrendando incienso ante una estatua de Amón. No parece amenazante y, sin embargo este hombre,

que aguantó durante veintiún años la usurpación de su trono por su tía Hatshesupt, fue uno de los más grandes faraones, Tutmosis III, quien, siguiendo la pauta de su abuelo, le dio a Egipto la dimensión de Imperio. Grandemente debió de ayudarle, aparte de sus habilidades marciales y sus dotes de organizador, el haber subido al trono de un país próspero, en el que las arcas del tesoro se encontraban rebosantes.

Al fondo y a la izquierda el obelisco levantado por Hatshesupt, el más alto de los que aún se alzan en Egipto.

Mucho se ha extendido la historia de que fue Tutmosis III, llevado por el odio hacia su tía, quien borró su nombre del Deir el Bahri y de otros monumentos, e incluso de que fue él quien la depuso y la asesinó. Buena historia para un drama o una ópera, pero no poseemos ni un dato que la testifique. Sólo sabemos con certeza que Hatshesupt murió en el año 1482 a. C., y que subió al trono del Alto y Bajo Egipto, Tutmosis. Su esposa principal fue Neferura, su medio hermana, Hija de Hatshesupt y pupila de Senmut.

2. Isabel I la Católica

Pocas mujeres han tenido tanta influencia sobre la historia del mundo como esta gran castellana. Forzó su propio destino y se hizo con el trono de un reino convulso, desunido y pobre. De esta ruina forjó una nación a la que fe impuso como única trayectoria la senda imperial.

Era Isabel hija de Juan II, rey de Castilla y León. Su medio hermano, Enrique, era el destinado a ocupar el trono castellano tras la muerte de su padre. Y aunque las leyes de Castilla no prohibían a sus princesas heredar el reino, siempre eran relegadas por los varones. Por tanto, en caso de que Enrique muriera sin descendencia, antes heredaría el reino su hermano menor, Alfonso, que ella. Es por esto que no resulta extraño que su nacimiento no produjera en los territorios de su padre gran alboroto y alegría; con ella llegaba un nuevo vástago de la familia real, pieza importante dentro de un juego de intrigas y diplomacia, pero destinado más a ser manipulado que manipulador. La fecha de su nacimiento ni siquiera se registró, aparece mencionada en un documento que data de muchos años más tarde. Es por éste que sabemos que nació el 22 de abril de 1451 en una pequeña ciudad avileña de hermoso nombre, Madrigal de las Altas Torres.

Si de sus primeros años hubiera podido guardar memoria, recordaría a un rey débil, su padre, más culto que político, que había sido dominado primero por un gran noble, el condestable don Álvaro de Luna, y más tarde por su segunda esposa, Isabel de Portugal. Sabría, además, que para que su madre obtuviera cierto ascendente sobre su padre, la cabeza del Condestable tuvo que rodar por el cadalso. Ésta tal vez fue su primera lección: el poder es hijo de la fortuna.

La vida, siempre maestra, le dio la oportunidad de aprender la lección por segunda vez. Cuando Isabel contaba tres años, un 20 de julio, su padre murió, subiendo al trono su medio hermano Enrique, quien recibiría de la

historia el riguroso ordinal *IV*, y el tal vez calificativo, o tal vez calumnioso epíteto de *El impotente*. A rey muerto, rey puesto; Enrique reina, e Isabel de Portugal emprende el camino hacia la pequeña ciudad de Arévalo, apartada de la Corte del nuevo rey ambulante, y cada día más próxima a la locura que la acorrala más y más en su infalible e inexorable círculo, laberinto del cual no podrá escapar. La acompañan sus dos hijos, Alfonso e Isabel en orden de importancia.

Dicen que a la madre loca de Isabel la persigue el fantasma del Condestable, y desde su locura y remordimiento gime: «*don Álvaro, don Álvaro*». Los primeros ocho años tras la muerte de su padre transcurren en este ambiente, que posee algo de monasterio y algo de manicomio, hasta que su hermano, el Rey, decide llevarla a la Corte. Aunque niña, aprovecha el tiempo y aprende más de lo que se le hubiera exigido por su edad y condición: costura y bordado, pero también dedica sus horas al estudio del castellano, de la historia, de la música y de la pintura.

Enrique va por su segundo matrimonio. El primero, con Blanca de Navarra, fue anulado bajo el alegato de que no se pudo consumar debido a un sortilegio. Su segunda esposa, doña Juana de Portugal, ha tenido una hija, también llamada Juana y de quien Isabel se convierte en madrina. Entre los personajes principales de esta Corte se encuentra don Beltrán de la Cueva, favorito del Rey, y según algunos también de la reina. De aquí que a la ahijada de Isabel, heredera del reino e hija de la Reina, se le llame despectivamente *la Beltraneja*.

Antes hemos hablado de Isabel como una pieza del juego político, pudiéramos seguir la imagen y contemplar al reino castellano de aquella época como un tablero de ajedrez, con piezas animadas que se mueven de acuerdo a sus ambiciones. El rey y la reina tienen su importancia, pero no el poder absoluto. Los jerarcas de la Iglesia, que serían los alfiles, y la nobleza, torres y caballos, poseen enormes privilegios y posesiones. Ambos están siempre dispuestos a la rebelión, si con ésta pueden obtener aún más dominio. La autoridad del Rey se basaba más en su prestigio personal que en la institución de la monarquía en sí. No es por tanto difícil de comprender que un rey como Enrique IV tuviera que confrontar constantemente a nobles levantiscos. Poco amigo de la guerra, estaba

siempre dispuesto a negociar y a ceder; indeciso, prefería que las cosas tomaran su propio rumbo antes que imponer su autoridad real; generoso para otorgar privilegios y posesiones a sus favoritos, carecía de palabra: lo que un día prometía al otro lo negaba; libertino, su reputación moral era pésima, y la de la Reina no era mucho mejor. Pronto algunos, de entre la alta nobleza y la jerarquía de la Iglesia, comenzaron a negarle el respeto que le debían, y su dudosa paternidad les ofreció la ocasión de dar un viso legalista a sus acciones, pues para ellos la injerencia en el trono real castellano de una bastarda de la reina era intolerable, y se dispusieron a impedirlo.

La rebelión se extiende por algunas ciudades, lo que fuerza al Rey a pactar: los rebeldes consiguen que en 1464 Enrique proclame él don Alfonso heredero del trono. Pero para el año siguiente el monarca anula lo acordado y estalla la guerra civil. En Ávila, ese mismo año, los rebeldes lo deponen en efigie y proclaman rey a don Alfonso, que era un niño de doce años.

En esta contienda se lucha tanto en el campo de batalla como en el de la intriga. La fidelidad de los allegados a uno y a otro bando depende únicamente de su conveniencia; por esto, no debe extrañar a ninguno el hecho de que uno de los principales rebeldes, el marqués de Villena, pacte con el rey. En el acuerdo se establece que la princesa Isabel se case con el hermano del Marqués, don Pedro Girón, Maestre de Alcántara, tras lo cual ambos nobles se pasarán al partido del rey y sofocarán la rebelión. El acuerdo se frustró y doña Isabel se libró, por lo pronto, de tal marido, mucho peor partido que el propuesto anteriormente cuando contaba doce años, y a que se negoció para casarla con el rey de Portugal Alfonso V, veintiocho años mayor que ella.

En esta guerra civil el partido del rey fue bastante fuerte al principio, pero ante la incapacidad e indecisión del monarca, muchos de los nobles se fueron pasando al bando rebelde y optaron por apartarse a sus dominios, principalmente tras la batalla de Olmedo, de incierta victoria, pero en la que quedó palmaria la cobardía del Rey, quien se ausentó del campo de batalla mientras su hermano y oponente, con quince años, permaneció en la lucha hasta el final.

El primer acto independiente de Isabel lo encontramos en este momento histórico. Como hemos dicho, ella formaba parte del cortejo real y se hallaba en la ciudad de Segovia cuando ésta cayó en manos de los rebeldes. La reina Juana, con su hija y algunos fieles, logró refugiarse en el Alcázar, pero Isabel se negó a seguirla y prefirió aguardar en las «Casas del Rey» la llegada de su hermano Alfonso. Aprovechó así la primera ocasión que se le brindó para demostrar su descontento hacia una corte a la que años más tarde calificaría como «escuela de malas costumbres».

Isabel, junto a su hermano Alfonso, se traslada a Arévalo donde se encuentra su madre, ya totalmente loca, y el mayor número de los partidarios de su joven hermano. En este periodo de tregua Enrique ha recuperado Segovia, y Toledo le rinde obediencia y lo recibe por rey. El bando de Alfonso quiere recuperar esta última ciudad y se pone en camino, pero en Cardeñosa, en el 5 de julio de 1568, Alfonso muere. ¡Tablas!

En esta partida de ajedrez al rey sólo se le puede ganar con otro rey. Pero los alfiles, caballos y torres no están dispuestos a dejarse gobernar tan fácilmente. Recuerdan a alguien que se encuentra cercano, y aunque nació para peón, las circunstancias le moldean con figura de reina: Isabel.

El 19 de septiembre de 1468 se firma un acuerdo en los campos de los Toros de Guisando. Un verdadero compromiso: Isabel reconoce a Enrique como soberano, ya ella se le designa como heredera al trono. Enrique paga un doloroso precio, pues, ya fuera hija o no, amaba entrañablemente a Juana, a *la Beltraneja*. A Isabel también se le imponen sacrificios, debe vivir bajo la custodia del rey y renunciar a la libertad de elegir a su cónyuge de acuerdo con sus deseos.

Su matrimonio queda en las manos de Enrique, que debe decidir quién es el mejor candidato y emitir su consentimiento. Isabel, además de ser la heredera, tiene diecisiete años, por tanto no le faltan pretendientes. Entre los primeros se encuentra, por segunda vez, Pedro Girón, ya maestre de la Orden de Calatrava, y su hermano es el marqués de Villena, uno de los principales facciosos contra el monarca, pero dispuesto siempre a cambiarse al bando que más le ofrezca. Enrique, deseoso de atraérselos, le otorga al maestre la mano de la princesa. Según se cuenta, tal vez excesivamente novelado, Isabel pasó momentos angustiosos; se encontraba en la pequeña

ciudad de Ocaña e imploraba que la muerte se la llevara antes de verse convertida en esposa de don Pedro. Mientras, él se dirigía hacia el lugar fanfarroneando que Isabel sería suya por las buenas o forzada. El cielo algo escuchó, pero el que pasó a mejor vida, probablemente a purgar las fechorías que había cometido, fue el maestre. Así se salvó la infanta de este matrimonio hasta cierto punto deshonroso.

Otros candidatos eran, también de nuevo, el rey de Portugal, Alfonso V, y el hermano del rey de Francia, el duque de Berry, que era también Delfín. Mientras el monarca español delibera cuál es el más conveniente, Isabel también analiza y rechaza a ambos. Ya ha demostrado no seguir, al igual que su medio hermano, los acuerdos pactados en Guisando. Y aunque más fugitiva que libre viajera, pues se mueve sin consentimiento real por Castilla, y protegida por hombres armados dispuestos a defenderla del Rey, parte de Ocaña. Primero se dirige a Madrigal, luego a Valladolid, ciudad a la que entra el 30 de agosto de 1469. Poco después, el 14 de octubre, se encuentra por primera vez con su prometido, el que ella eligió, y que no podía ser otro que Fernando, rey de Sicilia y príncipe heredero de la corona de Aragón, pero que para llegar a su destino tuvo que disfrazarse de arriero.

Mucho se ha hablado del inmenso amor que se profesaran Fernando e Isabel, pero en aquella época ni siquiera se habían visto una sola vez. El matrimonio fue político, y completamente calculado. Eligiendo como consorte a Fernando, la princesa eliminaba, o por lo menos debilitaba, a un posible rival, ya que Fernando por ser también un Trastámara, aspiraba al trono castellano. Por otro lado, la situación del reino aragonés no era extremadamente favorable, y ya que ella ofrecía un matrimonio conveniente, podía imponer condiciones. Demandó que se le concediera un valiosísimo collar, el de la reina de Aragón, que probablemente no sabía que se hallaba empeñado en Valencia, la disponibilidad de cuatro mil soldados a expensas del monarca aragonés y, por último, veinte mil florines de oro.

Las demandas de Isabel ponen en apuros a Juan II de Aragón, pero éste cumple y tras él la princesa. El 18 de octubre se desposa con Fernando y el 19 se completa la ceremonia religiosa, el oficiante fue el Arzobispo de Toledo, quien había sido uno de los principales en las luchas contra Enrique

IV y también era uno de los grandes instigadores de este matrimonio. Fue además quien consiguió la dispensa papal para que se casaran los príncipes, absolutamente necesaria por ser ambos contrayentes primos, dispensa que según se supo más tarde nunca existió, y no será otorgada hasta muchos años después y por otro Papa.

La reacción del rey de Castilla no se hizo esperar. Anuló los pactos de Guisando y nombró a Juana heredera del trono y se aprestó a concertarle un matrimonio conveniente. Una vez más el elegido es Alfonso V de Portugal, tío de la princesa, pero quien no se decide a aceptarla.

A primeros de diciembre de 1474, el rey se encuentra en Madrid e Isabel en Segovia. Allí permanece desde hace menos de un año en compañía de su hija, también llamada Isabel, que ya cuenta cuatro años. Pero sin la de su marido, quien se halla en Aragón intentando resolver algunos conflictos internos provocados por la nobleza. Isabel vive en el Alcázar, del que es gobernador don Andrés de Bobadilla, marido de su mejor amiga, Beatriz, pero también mayordomo de la corte de Enrique, y cuya fidelidad, por lo tanto, se presenta, si no dudosa, inestable, pero empaña poco su valor político pues bajo su poder, guardados en el Alcázar, están los bienes del reino. En estas circunstancias recibe, el 12 de diciembre, la noticia de que su medio hermano Enrique IV, rey de Castilla y de León, ha muerto pocas horas antes. Isabel sin consultar a nadie, ni enviar emisarios a su marido, se viste de luto y exige que se celebre inmediatamente en la capilla del Alcázar la misa de difuntos y señala para el día siguiente la celebración, en la iglesia de San Miguel, de las exequias, y acto seguido su proclamación como nueva reina y la coronación.

Y así se hizo porque lo mandó Isabel, reina por sí misma, pues si en algún momento fue heredera del trono, lo fue por los acuerdos de Guisando, a los que nadie, ni siquiera ella, había respetado. Aunque sus derechos no poseían una sólida base en el pasado, tampoco se molestó en afianzarlos en el presente, pues ni convocó las Cortes, como era la usanza, ni consultó a los Grandes; de éstos sólo esperó que le rindieran su obediencia.

¿Reina o rey? De una tiene la apariencia, del otro exige el respeto, como lo demostró el día de su coronación. Vestida con toda riqueza, montada sobre un caballo no menos engalanado, se hace preceder por un noble que

blande una espada desnuda, agarrada por la punta y con la empuñadura en alto. Nunca antes a una reina la ha anunciado tal figura, cuya espada representa la autoridad real, sólo los reyes han sido homenajeados con pleitesía igual. Es la una y el otro, pero algo más, cerebro. Con Isabel en el poder, el reino de Castilla va a dejar de ser un tablero de ajedrez de figuras independientes. La que nació para peón se convirtió, a fuerza de inteligencia, en el jugador maestro. Ella lo sabe, pero los demás, acostumbrados a hacer lo que se les antoja, si lo intuyen, no lo quieren reconocer. De aquí en adelante, la partida de Isabel es que cada una de las figuras se mueva como ella lo desea, que haga lo que ella ordena. Una de las grandes virtudes de Isabel fue la de mantener la autoridad, pero saber compartir el poder. La de saber elegir, por oscura que pareciera a los demás, a la persona apropiada y asignarle responsabilidades; si el elegido titubeaba, ella le daba ánimo; si se le calumniaba, ella lo apoyaba. Posee un claro, astuto y certero instinto maternal, parece como si a todos sus súbditos y allegados les dijera: haced lo que podáis hacer, porque yo sé qué es lo que debéis. Impone una fuerza moral, lejana para nosotros, pero que a sus coetáneos los impulsó hacia lo que entonces, y aún ahora, parece un imposible. Y tiene algo de ama de casa: cada cuarto, en su caso cada cuadrángulo del tablero de ajedrez, se limpia uno a uno, y después se pasa al siguiente. No posee el encanto del malabarista, que saca una carta detrás de la otra, y quien lo observa no sabe ni de dónde ni para qué. Pero, aunque lento, ella construye. No un castillo de naipes, sino una Castilla imperial.

Su primer escollo es su propio esposo, don Fernando, que quiere ser rey de Castilla. Para darnos cuenta del calibre del rival, recordemos que la mayoría de los estudiosos lo señalan como el modelo en el que Maquiavelo se inspiró para escribir su conocida obra *El Príncipe*. Maquiavélico antes de que existiera el término, a don Fernando no le supo muy bien que su esposa se coronara reina de Castilla en su ausencia, y que además se declarara «*legítima sucesora y propietaria de estas tierras*»; como mucho, según la retórica isabelina, él era el insigne marido de la reina de Castilla. Por si fuera poco, la noticia de la muerte de Enrique IV no la supo por ella. Tres días después de la carta enviada por el arzobispo de Toledo con la noticia, llegó la de Isabel informándole el mismo acontecimiento y en la que le

declara que tenerle a su lado sería de suma conveniencia, pero que dada la complicada situación de los asuntos de Aragón, que ella no comprende, le deja a él la decisión de reunirse con ella. Fernando no duda ni un instante, y esa misma noche, a pesar del tiempo de tormenta, se pone en camino hacia Castilla. Atraviesa la frontera y asume el título de rey de Castilla. Se acerca a Segovia, pero no se atreve a entrar, espera tres días en Turégano. Las negociaciones comienzan, aunque el rey anda malhumorado y amenaza con volverse a Aragón. Finalmente se establece un compromiso: en los privilegios, escrituras, leyes y monedas, aparecerá primero el nombre de Fernando, luego el de la Reina. En el escudo y en las armas, a mano derecha, en el lugar principal, estará el de Castilla. Al Rey, como varón, se le concede la precedencia, pero el reino de Aragón queda relegado ante el de Castilla. Cuando los reyes se encuentren reunidos administrarán justicia conjuntamente; cuando se hallen separados, cada uno la administrará allá donde se encuentre. Hasta aquí todo aparece en término de igualdad, pero es derecho de la Reina nombrar a todos los gobernadores de fortalezas, quienes al igual que los contadores y tesoreros jurarán bajo su nombre. Ella proveerá la organización del ejército y distribuirá las recompensas y beneficios, incluyendo los eclesiásticos. A su autoridad también incumbe la recaudación de impuestos. Y por último se asegura el derecho de anular las disposiciones hechas por el Rey. Sobre Fernando recae principalmente la responsabilidad del mando de las tropas en tiempo de guerra.

El acuerdo no satisfizo totalmente a ninguno de los dos. Pero resolvieron sus desavenencias, privadamente. Se dice que uno de los argumentos que llevó a Fernando a aceptar tal compromiso —recordemos que él aspiraba también al trono de Castilla— fue que la Reina le recordó que Dios sólo les había dado por descendencia a una hija, y que en el futuro, por ser ella mujer, tal vez algún varón descendiente «trasversal» de la casa real castellana, pudiera, por ser varón, reclamar el trono del que ella era heredera por línea derecha, o que, si no, de casarse ésta, como era lo más probable, con un príncipe extranjero, fuera éste el que se apoderara del gobierno. Antes de apelar a los instintos paternales de Fernando, lo ablandó, declarándole que, como era su marido, era rey de Castilla, y que en esos reinos se habría de hacer lo que él mandase.

Se hicieron las paces y gobernaron como dice uno de sus biógrafos, «en compañía y sin discordia». Los protagonistas de este enredo político y artificio diplomático tenían veintitrés y veintidós años. Isabel era un año mayor que Fernando.

Las figuras del Rey y la Reina surgen poderosas, más por sus atributos personales, que por su poder. Pronto se les alza parte de la nobleza y algunos prelados. Entre éstos el arzobispo de Toledo, quien por tantos años había luchado a favor, no sólo de Isabel, sino de su hermano, y uno de los protagonistas de su novelesco matrimonio. Quienes se reúnen alrededor de Juana «la Beltraneja», a quien no le faltan partidarios. Uno de ellos es Alfonso V de Portugal, quien invade Castilla, dispuesto a defender los derechos al trono de su sobrina. No lo hace tanto por amor de tío como por conveniencia, pues recuerda que Juana es también su prometida.

Parece como si nada hubiera cambiado, todo es desorden y las figuras del tablero de ajedrez parecen querer mantener su autonomía e independencia. Es, en realidad, la última partida.

Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.

Tras treinta años de reinado, Isabel logrará que esta convulsa asociación de individuos e intereses se convierta en un estado moderno. Son treinta años de labor esforzada e incesante, y en la que a veces es difícil distinguir dónde está la mano de Isabel y dónde se proyecta la sombra de Fernando, y viceversa. Se complementan a la perfección y, aunque sus tácticas son muchas veces distintas, los esfuerzos de ambos se dirigen hacia una meta común. Son una real y regia pareja.

Lo primero que han de alcanzar es el dominio sobre el territorio castellano, lo cual implica la lucha contra el ejército invasor portugués, el sometimiento de la nobleza rebelde e incluso, más tarde, la victoria sobre los franceses; para octubre de 1479 ya se ha logrado el cometido. Se lucha en lodos los campos: el militar y el diplomático. Los monarcas están en continuo movimiento. Asedian ciudades, defienden otras, someten a las que se alzan en su contra. Uno de los momentos más difíciles de Isabel en esta época es cuando Segovia se rebela, en 1476. En esta ciudad se encontraba su única hija. Recibe la noticia en Tordesillas, e inmediatamente se monta a caballo y se dirige hacia la ciudad insurrecta. En las afueras de ésta le hacen una serie de recomendaciones, la cuales no sigue. Ella mejor que nadie nos da, al igual que se la dio a sus consejeros, las explicaciones:

> *«Decid vosotros a esos caballeros y ciudadanos de Segovia que yo soy Reina de Castilla, y esta ciudad es mía, y me la dejó el Rey mi padre, y para entrar en lo mío no son menester leyes ni condiciones. Yo entraré en la ciudad por la puerta que quisiere; y conmigo entrarán el Conde de Benavente y los demás que entienda ser cumplidero a mi servicio. Decidles así mesmo que vengan a mí todos, y hagan lo que yo les mandare y dejen de hacer en la ciudad alborotos y escándalos, porque de ello puede seguírseles daño a sus personas y en sus bienes».*

Entró por la puerta de San Juan, por la que le habían recomendado que no entrara, y penetró en el Alcázar, donde se hallaba su hija y del que parte dominaban los rebeldes. Estando allí, la muchedumbre, «*que venía armada más de furia que de razón*», exigía que le permitieran la entrada. Isabel, tras oír a sus consejeros que le recomendaban mantener la puerta cerrada e impedir el acceso, ordenó que todos se mantuvieran en su lugar hasta recibir

nuevas órdenes, y entonces se dirigió al patio que daba a la puerta amenazada, y ordenó que la abrieran, y estableció que entraran todos los que quisieran.

La muchedumbre se encontró ante la presencia de una joven mujer, de rostro redondo y de cabello rubio, los ojos entre verde y azul, no muy alta y un poco entrada en carnes. Estaba sola e irradiaba tal autoridad que inmediatamente cesó la ira y el alboroto. Entonces ella les prometió hacerles justicia y se alejaron exclamando ¡Viva la Reina!

Hemos relatado este episodio porque nos permite calibrar la personalidad de esta mujer. Y así es más fácil comprender cómo fue ella la que se encargó en estos tiempos tumultuosos del financiamiento y abastecimiento del ejército, del envío de tropas, e incluso de aconsejar estrategias a su marido, quien se encontraba, como le correspondía, al mando del ejército. Sus desplazamientos continuos a caballo a través de la árida Castilla, le llegaron a causar la pérdida de un embarazo.

La diplomacia fue una de las armas más efectivas de estos monarcas, principalmente de Fernando. Gracias a ésta lograron que el Papa anulara la dispensa otorgada a Alfonso V que le permitía casarse con su sobrina Juana. Con Francia también entraron en negociaciones evitando que apoyara a Portugal. Con todo, el monarca portugués volvió a invadir, y otra vez fue rechazado.

Pero el 6 de noviembre del 1479 ya se ha logrado la paz y los reyes se encuentran en Toledo. En los tratados con Portugal se ha decidido la suerte de Juana *la Beltraneja*. Aunque se le han concedido dos opciones, que no sin ironía podemos calificar de generosas; casarse con el príncipe heredero de Portugal, un niño que todavía se encuentra en la lactancia, o tomar el hábito. Elige lo último e ingresa en 1480 en el Convento de Santa Clara, en Coímbra. Hasta el final de sus días firmó «Yo la Reina». Hay quien considera esto como un pequeño consuelo, tal vez sea la impotente rebelión de quien sabía que hubiera ocupado el trono de Castilla de no haber tenido una tía llamada Isabel.

Es el 1479 un añade triunfo. En enero ha muerto el rey de Aragón, don Juan 11, y Fernando se convierte en el monarca de esas tierras, y por ende su esposa. Así dos grandes reinos de la península Ibérica serán gobernados

bajo el mismo cetro. Cetro conjunto, que el habla popular le dio el lema de «Tanto monta, monta tanto Isabel como Fernando». Reyes de Castilla y Aragón, pero cada reino independiente el uno del otro. Sin embargo, había razones para mirar al futuro con optimismo. Un año antes, en Sevilla, en el mes de julio, había nacido el príncipe don Juan, heredero de ambas coronas, y así los dos reinos, aunque autónomos, permanecerían unidos para siempre a través del tronco real.

Es por esto que los reyes se hallan en Toledo, han convocado a las Cortes para que juren a don Juan como príncipe heredero del reino de Castilla y León. Ceremonia con la que jamás fue Isabel legitimada por el anterior rey. Prácticos en todo el sentido de la palabra, aprovechan la ocasión para someter totalmente a la nobleza, que se ha congregado para ofrecer sus votos de fidelidad a la generación real futura, y le exige la devolución de los bienes reales de los que se había convertido en propietaria por la dilapidación del padre de Isabel y de su medio hermano.

Contagiados con el entusiasmo de producir una gran nación, o temerosos de tales soberanos, los Grandes acceden y devuelven sin protestas a la corona los territorios y feudos que ésta reclama como suyos. La política contra el poder de la nobleza continuará durante todo este reinado, y aunque saben, principalmente Isabel, gratificar a quienes le sirven, evitarán que los mayorazgos de las órdenes militares recaigan sobre los miembros de la alta nobleza, devolviéndolos de esta forma a la casa real.

Los años de guerra civil y las décadas de pugna entre el poder real y el de la aristocracia, habían engendrado en los territorios de la reina un estado calamitoso. El crimen y los abusos de poder imperaban por todas partes: al último el ejercicio de la autoridad real le pone coto; al primero se le da, una solución fascinante, la creación de la Santa Hermandad. Doña Isabel, tan avara de sus prerrogativas reales, no duda en perpetuar en cada pueblo el derecho de perseguir y castigar a aquél que infrinja las leyes. Ya en el reinado de su padre los pueblos habían reclamado el derecho de defenderse contra el abuso de la nobleza, pero la demanda se había convertido en letra muerta tras cierto vigor en los primeros años de Enrique IV. A la Santa Hermandad se le da poder y se la transforma, y entre mayo y julio de 1476,

se la reglamenta. Se le concede al pueblo la autoridad de defender sus derechos y castigar a los criminales.

La Santa Hermandad está integrada a nivel local por auténticas milicias populares que se encargan de satisfacer la sed de justicia del pueblo castellano, cansado ya del abuso de la nobleza y de la inseguridad y daño que ocasionaban los delincuentes sobre caminantes, mercaderes y labradores, y que son por las circunstancias de la época, plaga sobre la propiedad, los hombres y las mujeres. Con la Santa Hermandad cada pueblo hace justicia sobre su jurisdicción y así, poco a poco, empieza a imperar sobre la tierra castellana el miedo a cometer un crimen, pues por primera vez en muchos años, se paga.

Un capítulo difícil de tratar es el de la implantación de la inquisición a partir del 17 de septiembre de 1480. Tema tortuoso, pues cualquier historiador se encuentra con el implacable e inextinguible prejuicio del lector acerca de la leyenda negra de España. En primer lugar, debemos aclarar que la Inquisición no fue creada en Castilla y, de hecho, fue impuesta tras grandes debates. Es verdad que para el hombre moderno es absolutamente incomprensible la imposición de una ortodoxia religiosa, y aún más su consecuencia, la posibilidad de la pérdida de una vida humana por alejarse de ésta. Pero en aquella época era vista con otra óptica y no parecía tan horrible, sino algo así como la ortodoxia que prima en pleno siglo veinte, la política.

La unidad de creencias entre el monarca y su pueblo se arguyó en España como la única posibilidad de unión en una sociedad cuya variedad étnica y lingüística la condenaba hacia una imperecedera fragmentación. La Inquisición fue un instrumento del Estado, y su misión era la de mantener impoluta de herejías la fe. Es por lo tanto que los perseguidos por la Inquisición y los ajusticiados, si era el caso, por el Estado que era el brazo secular, fueron judíos conversos, judaizantes y herejes. La Inquisición española poco se preocupó, como en otros países, de la persecución de brujas y hechiceros, considerando esto, generalmente, fantasías. Tampoco fue la Inquisición un instrumento del oscurantismo, en su famoso índice jamás aparecieron como proscritos los nombres de Galileo, Copérnico, Newton, Leibniz, Espinosa, Descartes o Bacon.

En este mismo año, se le ofrece a los Reyes Católicos la oportunidad de alcanzar un sueño: expulsar al último reducto musulmán de la Península Ibérica. Una incursión musulmana a territorio cristiano le da la oportunidad de declarar la guerra al reino de Granada. La guerra hará que la Reina despliegue otra vez su dotes administrativas y financieras en el campo militar, y que vea llevar a la realidad una de sus invenciones, los hospitales de campañas, y en esta lucha llena de episodios caballerescos por ambas partes, contemplará cómo los nobles que habían logrado controlar y que hasta hacía poco se combatían los unos a otros, se apoyan guiados por una meta común. La victoria, alcanzada gracias tanto al campo militar como al diplomático, llega al fin tras diez años, y los reyes entran en la ciudad de Granada el 2 de enero de 1492. En su séquito se encuentra un extranjero, un genovés que ha vagado por las cortes de Europa en espera de que alguien le financie un sueño.

Es don Cristóbal Colón, quien ya ha tenido contactos con los reyes castellanos, pero que tras un análisis de su proyecto por un consejo de sabios, ha encontrado en España la misma respuesta que en otros lugares: su proyecto es imposible. Anhela con ardor llegar a las Indias por la vía atlántica y todo el mundo sabe, ya desde la antigüedad, que la tierra es demasiado extensa para que esto sea factible. El navegante tiene, sin embargo, una amiga en la corte castellana, la Reina, mujer que siempre escucha con oído atento sobre cualquier proyecto, y que luego aguarda la situación propicia para llevarlo a cabo. Sus reinos están pacificados y se ha reconquistado el territorio ocupado por los musulmanes desde ocho siglos atrás; por tanto, hay que canalizar las energías hacia nuevas empresas. Aunque le digan que la empresa es un imposible, y aunque el extranjero exige gran cantidad de privilegios y títulos, a la Reina, tan cauta y celosa de su poder, algo le convenció del navegante, y la empresa, a pesar de las dificultades económicas en las que se hallaba Castilla, tomó forma.

La corona de Isabel I la Católica.

Debió de reconocer en Colón a un ser de su misma especie, la de los soñadores que a base de esfuerzo y de tesón doblegan hasta la misma realidad. En las Capitulaciones de Santa Fe, acuerdo firmado entre los monarcas y Colón el 17 de abril, se habla de la posibilidad de encontrar tierras por descubrir, la posibilidad se tornó, aunque el genovés nunca lo comprendió, en realidad, y España obtuvo gracias a este sueño común entre una oscura figura y una gran reina, todo un continente por donde expandir su cultura y, consecuentemente, encontrar su trascendencia histórica. La multiétnica y multilingüe península se traslada a otras tierras, implantando sobre aquéllas lo que se impuso a sí misma, una unidad social y cultural en un suelo caracterizado por su pluralidad, que con su defectos y virtudes palpitará llena de vida durante más de trescientos años.

Menos de un mes antes, el 31 de marzo, se firma el decreto de expulsión contra los judíos, según el cual en caso de negarse éstos a convertirse al cristianismo, se les da un plazo de tres meses para abandonar el reino. Se calcula que alrededor de ciento setenta mil emprendieron el camino del destierro. Esta es otra de las acciones emprendidas y cuya única justificación fue el intento de alcanzar la unidad a través de una fe común.

Hasta en el campo humanístico la reina dejó una gran huella. Estudió latín a los treinta y un años con la gran latinista Beatriz Galindo. Su biblioteca contaba con doscientas cincuenta y tres obras, contando entre los autores a Tito Livio, Plutarco, San Agustín, Virgilio, Séneca, el Arcipreste de Hita, Juan de Mena, Aristóteles y otros muchos. Los estudios humanísticos avanzaron a la luz del ejemplo real. Uno de sus cortesanos comenta las diferencias entre la corte de Isabel y la de su medio hermano, diciendo «*Jugaba el Rey, y todos eran jugadores; estudia la Reina, y en el acto todos se han convertido en estudiantes*». Se cuenta que hasta un noble sexagenario comenzó a cultivar su espíritu ante el temor de caer en ridículo a los ojos de las más instruidas generaciones.

Las universidades florecieron y poseyeron entre sus profesores a mujeres como la Latina, hija de Nebrija; a doña lucía Medrano y a la ya mencionada Beatriz Galindo. Por si parece esto poco innovador, se debe de mencionar que la primera gramática de una lengua moderna se imprimió en 1492, «Arte de la lengua castellana» de Nebrija, quien no sólo escribió una

voluminosa gramática para los maestros, sino otra más sencilla, siguiendo el deseo de la Reina, quien la quería para

«que con facilidad puedan aprender todos y, principalmente, las religiosas y otras mujeres consagradas a Dios».

A estas últimas las debería tener ya en la mirilla, pues para 1493 emprende la reforma del clero. Esta misión fue encargada, aunque ella colaboró activamente, a Fray Fernando Ximénez de Cisneros, más tarde Cardenal y Regente de Castilla, pero en esos momentos su confesor y a quien casi a la fuerza le había impuesto el arzobispado de Toledo. No sin dificultades emprendieron tal labor, pero aunque los resultados no fueron impresionantes, lograron acallar escándalos y se elevó la moral tanto del clero regular como del secular. Es ésta una de las razones por las que la reforma luterana, que arrastró a gran parte de Europa en el siglo XVI, no tuvo gran fuerza en España.

Como vemos, esta Reina que había nacido para peón transformó totalmente a la sociedad castellana, y le dio la oportunidad de convertirse en una nación unida y potente. Pero todo esto pendía de un precario hilo, el de la sucesión. Isabel tuvo cinco hijos, cuatro hembras y un varón, don Juan.

Este último era el destinado a gobernar, como habíamos dicho antes, los reinos de Castilla y León y el de Aragón, es decir, casi la totalidad de lo que hoy se considera España, aparte del de Sicilia y del conquistado por la astucia de Fernando y el brazo valiente del Gran Capitán, el de Nápoles. Los reyes fueron casando a sus hijos, y a cada nuevo matrimonio parecían más poderosos. Juan se casó con Margarita de Austria, hija del emperador y rey de Romanos; babel, viuda de un rey de Portugal, se casó siete años después de enviudar con un primo de éste y también rey de Portugal, don Manuel; Juana, con el archiduque don Felipe, soberano de los Países Bajos y duque de Borgoña, y presunto sucesor de su padre, Maximiliano, en el trono imperial; Catalina, la más pequeña, con Arturo, heredero del trono de Inglaterra; sólo María quedaba por casar.

En pocos años toda esta gran red de poder y seguridad se descompone. Don Juan muere el 8 de diciembre de 1487 a los dieciocho años, y su esposa, Margarita, da a luz una niña prematura que nace muerta. La

herencia recae por lo tanto en Isabel, la primogénita y favorita de la reina, pero el reino de Aragón se niega a jurarla heredera por ser mujer. Hay un momento de optimismo cuando Isabel queda encinta, de tener un hijo varón se le aceptará como heredero del trono aragonés. El 23 de agosto de 1498 nace un niño, pero la madre muere de parto. Al niño se le da el nombre de Miguel, y aunque a la reina no hay quien le quite su dolor de madre, como soberana, ve que la unidad de la Península Ibérica nunca ha estado tan cercana, ya no son sólo sus reinos y los de su marido los que heredará el príncipe, sino además la corona de Portugal. Una vez más la muerte destruye todos los planes y don Miguel muere en julio de 1500. Ahora la heredera del trono castellano es Juana, quien ya lleva años ostentando, sin derecho, el título de Princesa de Castilla, y quien también desde años ha, despliega un comportamiento preocupante. Ha heredado de su abuela el desequilibrio mental. Nada se puede hacer, y el 7 de mayo de 1501 los archiduques se encuentran en Toledo donde serán jurados como herederos del trono castellano. Pocas ganas tendría la reina de festejar, considerando que dejaba la corona en manos de una loca y de don Felipe, quien demostraba despego y desinterés hacia los asuntos del reino. No fue su falta de alegría la que suspendió las celebraciones, sino las noticias que llegaban de Inglaterra. El príncipe Arturo había muerto.

Los últimos años de la Reina están rodeados de luto, se triunfa en la política y en la diplomacia, pero la muerte destruye todo lo logrado. Así, el 26 de noviembre de 1504, a los cincuenta y tres años de edad, y treinta y uno de reina, murió en Medina del Campo. Tres días antes había completado su testamento, iniciado el 12 de octubre, con lo que terminaba su actuación como monarca, para dedicarse después a la oración y preparar su alma para la otra vida.

Su testamento es un monumento de cordura humana. Como cristiana, pide que el dinero que se fuera a gastar en las exequias, que se entregase a los pobres, y elige una sencilla sepultura en el Convento de San Francisco de Granada. Como mujer, manda que si su esposo elige otro lugar para ser enterrado se traslade su cuerpo junto al de él, pues «porque el ayuntamiento que tuvimos viviendo, e que nuestras ánimas espero en la misericordia de Dios que teman en el cielo, lo tengan e representen nuestros cuerpos en el

suelo». Ya Fernando, como amante esposa, le entrega sus joyas, para que se acuerde del «*singular amor*» que por él sintió, para que se acuerde también que ha de morir y que ella lo espera, y para que con ese recuerdo pueda vivir más santa y justamente. Es su último regaño al marido a quien le tuvo que perdonar la existencia de cuatro bastardos. En el documento su preocupación por Castilla aparece también, y a los archiduques los designa como herederos, mandato inevitable por las leyes de sucesión. Pero les advierte que no nombren para cargos importantes a extranjeros ni que hagan leyes cuando se hallen fuera de Castilla. Y pensando seguramente en la locura de su hija, manda que si ésta no quisiese o pudiese gobernar, que sea su esposo don Fernando quien gobierne como regente hasta que don Carlos, hijo de los archiduques, cumpliera veinte años. Hija y madre de locas, hasta en sus últimos momentos poseyó una inteligencia clarividente, y tal como ella intuyó y previó, a doña Juana hubo que apartarla del gobierno. También pensó en las tierras de América, específicamente en sus habitantes, y ordenó al Rey y a los príncipes que

> *«no consintieran que los habitantes de estas tierras recibieran agravio ni en su persona ni en sus bienes, y que si algún agravio ya habían recibido* —recordaba seguramente sus problemas con Colón — *que lo remediasen y proveyesen»*.

Por último, todos sus bienes muebles se los otorga a la Iglesia, a los hospitales y a los pobres.

Fernando se casó con Germana de Foix, matrimonio que Isabel hubiera rechazado como mujer, pero que como reina probablemente no sólo lo hubiera aceptado, sino alabado también, pues unía a Navarra con los otros reinos españoles.

La muerte los reunió nuevamente y juntos reposan en Granada. Su sepulcro es espléndido, esculpido en mármol con dos figuras que los representan dormidos tal y como fueron en vida. Pero poco conoceríamos a Isabel si pensáramos que sus restos reposan allí; debajo de la magnífica capilla se encuentra un ataúd de plomo y sin adornos, allí reposa Isabel, el mausoleo glorioso es para la reina. Mujer y reina, ambas merecen la

inscripción que más tarde se puso en su tumba: *Ipsa Laudabitur*, por sí misma será alabada.

3. Isabel I de Inglaterra

Su nacimiento estuvo condicionado por la ruptura de Enrique VIII con el Papa y, consecuentemente, la instauración de una nueva religión; aunque en realidad el Rey no tenía la intención de alejarse demasiado de las prácticas católicas, sólo pretendió suprimir la supremacía de Roma, como única vía de la que pudo disponer para lograr la disolución de su matrimonio con Catalina de Aragón y sentar a su lado a la hermosa Ana Bolena. Consiguió sus fines, y luego su ilusión fue un heredero, pues el fruto de su anterior enlace era María Tudor, llamada después la *Sanguinaria* por los protestantes, y la *Católica* por los católicos. Pero Ana tampoco logró darle el ansiado varón, y en su lugar vino al mundo, en Greenwich, el 7 de diciembre de 1533, una niña, Isabel, que sería la última representante de los Tudor, la destinada a terminar y consolidar la emancipación religiosa de su reino, empezada por su padre, y a sentar las bases del Imperio británico. Cuando Isabel contaba unos tres años, su madre, que al parecer no andaba en buenos pasos, perdió, literalmente, la cabeza; Enrique contrajo nuevas nupcias, e Isabel pasó a ser la bastarda.

La niña primero estuvo junto a su hermana María, y cuando a ésta le llegó el turno para reinar, después de Eduardo VI, único varón que logró Enrique VIII, la ya joven Isabel queda al cuidado de Catalina Parr, viuda del Rey. Por estos tiempos tiene su primera ilusión amorosa con Thomas Seymour, al cual este atrevimiento también le cuesta arrodillarse ante el hacha del verdugo. La violencia de este hecho marcó la vida de la futura reina, tanto es así que asociaba matrimonio con muerte, y quizás haya sido uno de los motivos de su renuencia a casarse.

Al morir María Tudor, casada con Felipe II de España, asume el trono Isabel. Desde el primer momento demuestra su tacto político, pues conoce que fuera de la capital los protestantes son una minoría, y por lo tanto su coronación se celebra siguiendo el rito católico, así, de forma sutil, trata de

conciliar las dos tendencias. El país que le entregan está al borde de la ruina, desgarrado por el conflicto religioso, en guerra contra Francia y el Tesoro exhausto por la mala política financiera de los que la precedieron. De espíritu calculador, lo primero que hace, es un estricto programa económico, y seguidamente trata de lograr por todos los medios la paz con Francia, pues economizaba tanto el dinero como la sangre de los ingleses, y en el campo religioso sólo pide a los católicos sumisión, aunque fuera aparente, pues los sacerdotes, de forma oculta, continúan celebrando misas en latín para sus fieles. Hace obligatoria la asistencia a los servicios anglicanos, con el solo castigo de una multa de doce peniques para el que se abstuviese, y no tan cruelmente como en los tiempos de María Tudor, en que se condenaba a la hoguera a todo aquél que no asistiera a los servicios católicos.

En 1570 el Papa Pío V lanza una bula de excomunión contra Isabel, que más que importancia religiosa tenía importancia política, pues libraba a los súbditos de la obligación de fidelidad, y por este tiempo se desata la lucha entre los católicos y el gobierno de la Reina. La tenacidad y energía con que toma el partido de la Reforma de la Iglesia, aunque muchos desconfían de su sinceridad religiosa, hace viable el protestantismo en Escocia, Francia y los Países Bajos, y se erige en líder de esta nueva iglesia y de todas las formaciones políticas que de ella dimanan. Esto le depara una oposición que no escatima en medios para detenerla en su labor, desde la guerra hasta la traición.

Como definitivamente ha rechazado como pretendiente a su cuñado Felipe 11, y las buenas relaciones entre ambos países, de ideologías contrarias, se hace imposible, Isabel adopta una posición política antiespañola y procalvinista, Toma duras medidas contra los católicos y los disidentes anglicanos, y varios sacerdotes jesuitas son condenados a muerte. La persecución sustancialmente era política, y no sólo a los católicos hubo de enfrentarse Isabel: los extremistas protestantes, que tomaron en Inglaterra el nombre de puritanos, fueron una oposición similar a la católica, pues la tendencia que mostraron a un ordenamiento democrático, despertó las simpatías de la burguesía y de los mercaderes y artesanos de

los centros urbanos, y esto representaba una real amenaza a la seguridad del Estado, pues ya habían alcanzado una alta representación en el Parlamento.

Un capítulo interesante en la vida de la reina Isabel I, es su largo duelo con María Estuardo, prima suya y reina de Escocia, casada con Francisco II, rey de Francia que muere a los diecisiete años. Al enviudar, María vuelve a Escocia, pero se le niega el tránsito por suelo inglés por haber incluido en su escudo las armas de Inglaterra, con lo que quería dar a entender que era la legítima soberana de ese país, y no la bastarda Isabel, que a su vez pretendía unir a Escocia a su reino. María vuelve a casarse, esta vez con su primo Henry Darnley, de escasas cualidades, el cual da muerte en un ataque de celos —al parecer no infundados— a David Rizzio, músico italiano y secretario de María. De este matrimonio nace el futuro Jacobo VI de Escocia, al que los cortesanos llamaban irónicamente entre ellos Salomón, por ser, según comentarios, *hijo de David, el que tocaba el arpa,* al igual que el bíblico rey. No pasó mucho tiempo para que de forma misteriosa muriera también lord Darnley, y la Reina, viuda por segunda vez, contrajera nuevas nupcias con el conde Bothwell, que tampoco gozaba de las simpatías de la opinión pública. Así, María se ve obligada afirmar su abdicación en favor de su hijo, acusada, junto a Bothwell, de responsable de la muerte de Darnley, pero el amante esposo se apresuró a abandonar el territorio mientras la Reina era llevada prisionera entre los gritos del pueblo «¡A la hoguera la ramera!», Y la decisión de ejecutarla de sus súbditos no se cumplió gracias a la intervención de Isabel. A los diez meses huye de su prisión con el concurso de un joven enamorado y pide asilo en Inglaterra. Allí, durante dieciocho años, estuvo prisionera con las consideraciones y honores debidos a su rango, y a lo largo de esos años no dejó de conspirar, manejada por los enemigos de Inglaterra, contra la reina Isabel.

María Estuardo se convirtió en un gran problema para Isabel; a favor de la cautiva intervinieron reyes, y las potencias católicas ejercieron una gran presión, sobre todo España; por tanto, su muerte era ya una razón de Estado, de ella dependía la soberanía de Inglaterra. Isabel firmó la condena luego de mucho titubear, después se arrepintió y trató de impedir la ejecución, pero ya era tarde.

Isabel tuvo en común con su abuelo y con su padre el interés por fomentar la flota y las empresas marítimas. Ya había presentado sus protestas ante el Papa, que sólo concedía bulas a España y Portugal para colonizar las tierras de América. Los ingleses se dirigieron en un momento hacia América del Norte, pero esos territorios aún no les atraían, sin embargo, no les ocurría lo mismo con los productos que se podían extraer de la América española. Y con estos fines facilitó los recursos a John Hawkins para que estableciera un comercio, ilegal, con las colonias españolas, del que también formaba parte la trata de esclavos. En su tercera incursión Hawkins cae prisionero, cuando por fin queda libre, la Reina lo hace Tesorero de la flota. En 1577 financió la expedición de Francis Drake para dar la vuelta al mundo, expedición muy productiva para la Corona inglesa, pues durante su viaje no perdonaba plazas fuertes españolas ni galeones de Felipe II que se pusieran en su camino. A cada ataque recibía, secretamente, calurosas felicitaciones de su Reina cómplice, pues iba contra la ética del gobierno atacar un país con el que no se estaba en guerra y ponía a la soberana en el poco agradable plano de jefa de una banda de piratas. Uno de los galeones abordados iba cargado de oro, plata y esmeraldas, superando su valor a las rentas de la Corona inglesa de todo un año. Su mérito de gran navegante, más los aportes económicos que hizo a su país, le valieron a Drake el título de caballero.

Felipe II tenía entre sus planes la deposición de Isabel, y en su lugar coronar a su hija Isabel Clara Eugenia; así, convirtiendo nuevamente a Inglaterra al catolicismo, formaría, bajo el dominio español, un bloque en el Occidente de Europa cuya fuerza obligaría a los países protestantes a acatar la autoridad católica. Y a precipitar estos proyectos contribuyeron la ejecución de María Estuardo y las incursiones de los piratas ingleses: Felipe II pasó a la ofensiva. Para ello contaba con la Armada, a la que bautizaron prematuramente con el nombre de Invencible, y con una gran inteligencia para dirigirla, Álvaro de Bazán. La flota parte en el verano de 1588, pero, lamentablemente, el otro factor capital, Álvaro Bazán, fallece, y su lugar es ocupado por el duque de Medina Sidonia, que nada tenía que ver con el mar y mucho menos poseía la madera necesaria para dirigir tal empresa. Frente a Plymouth, dos experimentados hombres le recomiendan ordenar la

batalla, pero el Duque los desoye; más tarde llegan hasta Calais, allí se sostiene una batalla de poca envergadura de la que sale derrotada la Armada. Se dirigieron entonces hacia el mar del Norte, de donde los vientos les impiden volver. Las pérdidas no menoscabaron el poderío de España, que traslada el escenario de su lucha a Francia, donde Isabel apoya a los hugonotes y Felipe I1 a la Liga Católica. Desde hada tiempo el rey español trataba de crear una confusión entre los intereses de la Contrarreforma y las inquietudes imperialistas españolas, y el conflicto con Inglaterra duraría hasta la muerte de Isabel, unos catorce años más tarde.

La causa de los Tudor, al identificarse con los intereses de la burguesía, enriquecida a costa de los bienes expropiados a la Iglesia Católica, se convierte en un arma de doble filo, pues con poder económico en sus manos esta clase empezará reclamar otras reivindicaciones, dando paso a situaciones sociales que desembocarán en las futuras revoluciones inglesas.

Isabel I, como gobernante, trató de atenerse a las cualidades que ella misma consideraba que debía tener quien rigiera los destinos de un país, tales como la justicia y la moderación, la generosidad y el buen juicio, y seguramente en algunos momentos lo logró. Aunque no es menos cierto que en ocasiones observó una actitud calculadora, una astucia y una perspicacia política que le permitieron sacar ventaja a su favor en muchos asuntos, como también casi nunca reparó en los medios para lograr fines que redundaban en beneficio de su país. También es conocida la seguridad en sí misma que irradiaba, jamás nadie la vio ensombrecerse ante el peligro, y esto comunicaba confianza a los nobles, a sus consejeros y al pueblo.

Por otra parte era débil ante la adulación y las apariencias agradables. Era quien daba la pauta de la moda, y a su muerte se encontraron alrededor de trescientos vestidos cuajados de bordados en piedras preciosas, aunque prefería las perlas. Elegía los colores que destacaran la palidez de su tez y el color rojizo de sus cabellos, y cuando la moda de las finas medias de seda llegó a Inglaterra, se entusiasmó sobremanera, aunque esta prenda era objeto de agrias críticas por parte de los moralistas. La suavidad de la piel de la soberana era proverbial entre sus contemporáneos, y se la atribuían a una crema de almendras de la que nunca dio la fórmula.

Nunca accedió a casarse aunque muchos fueron sus pretendientes, a los que ella ilusionaba y daba largas para, al final, decir que no; entre ellos se cuentan tres de los hijos de Catalina de Médicis; el conde de Leicester fue su favorito durante treinta años, y ocupó su lugar más tarde el conde de Essex, ahijado de Leicester, joven de poco más o menos veinte años cuando la reina ya frisaba los sesenta y cinco, pero el joven cometió el mismo error de María Estuardo: conspirar, y de la misma manera lo pagó. A sus allegados les comentaba que se sentiría orgullosa si su epitafio rezara «*Aquí yace Isabel, que reinó virgen y murió virgen*» y, por lo menos, matrimonio no contrajo.

Los tiempos se tornaban difíciles, ya su pericia de economista no era suficiente para enfrentar la inflación, y las constantes luchas habían agotado las reservas del país. Para responder a los gastos tuvo que vender las tierras de la corona y muchas de sus joyas, además de pedir un nuevo subsidio al Parlamento, del que se despide con el famoso Discurso de Oro. Tres temas de conversación eludía siempre la Reina virgen: sobre su padre, sobre su madre y sobre su sucesor, y a este último sus ministros le habían pedido en múltiples ocasiones que lo designara, pero ella no señalaba a nadie. No obstante, algunos ministros y el Secretario de Estado mantenían una correspondencia, al margen de la Reina, con Jacobo VI, rey de Escocia, hijo de la decapitada María Estuardo, con el fin de prepararlo para la sucesión. Isabel ya había cumplido los setenta años, longeva para la época, y llevaba cuarenta y cuatro años gobernando, era de esperar su deceso en cualquier momento.

Medallón con la imagen de Isabel I.

A principios de 1603 sobrevino la declinación de la salud de la reina; acostada en el suelo sobre cojines, se negaba a ingerir alimentos, y conciliar un sueño tranquilo le era imposible. Por último, cuando los consejeros le pidieron autorización para designar a Jacobo como sucesor, asintió con la cabeza, y después entró en un sopor del que no regresó. La aflicción del pueblo fue profunda y auténtica, y cuentan que el silencio de la ciudad mientras la Reina agonizaba era sepulcral. Cuando dejó de existir, el 24 de marzo, los mensajeros llevaron la noticia a Jacobo Estuardo VI de Escocia, ahora también Jacobo I de Inglaterra.

Es imposible pasar por alto la llamada época isabelina, que fue sinónimo de prosperidad y esplendor en el aspecto económico, y aún más en las letras y en las artes. La literatura tiene dos momentos importantes en este periodo: la publicación de la novela *Euphues*, de John Lyly, que crea la escuela *eufuista*, caracterizada por su sofisticación de matices irónicos y humoristas, y la aparición de William Shakespeare, máximo representante del teatro inglés y al que eleva a su cima; Shakespeare lleva a la escena toda una serie de personajes que reflejan los sentimientos y el carácter de sus contemporáneos, y que luego trascienden a tipos universales.

Isabel I libró una lucha de alcance universal entre grandes peligros y se hizo temer de las grandes potencias de la época. Mujer sumamente femenina, siempre mantuvo la mente lúcida y el corazón firme, no permitiendo que nadie la dominara. Su verdadero y gran amor fue Inglaterra, a la que se entregó en cuerpo y alma legándole prestigio y florecimiento.

4. Catalina II la Grande

Desde el 3 de septiembre la Emperatriz venía sintiéndose enferma, aunque en los dos días siguientes cumplió, en lo que su estado le permitía, su rutina de trabajo; pero en la tarde del día 5, pidió que la disculparan y se retiró a su cuarto de baño. Allí la encontraron sin conocimiento y falleció —aproximadamente— treinta horas después, el 6 de noviembre de 1796. Le faltaban pocos meses para cumplir los 67 años, y la otrora atractiva Catalina, tenía el rostro arrugado, su cuerpo estaba deforme por la gordura y sus piernas inflamadas y ulceradas. Gobernó treinta y cuatro años, y nunca más la nobleza rusa tendría la oportunidad de disfrutar otra época tan pródiga en privilegios, tanto es así, que llamaron al reinado de Catalina II la Grande, la Edad de Oro.

Muchos fueron los epítetos que se gastaron con la Gran Catalina: la muy sabia, la Minerva rusa, la Semíramis del Norte. Y realmente gran talento tenía, como se encargó de demostrar con sus actos.

Sofía Augusta Federica nació en Stettin, Pomenaria, el 21 de abril de 1729, hija del príncipe Christian August de Anhalt Zerbst y de Joanna de Holstein-Gottorp. Cuando la princesita alemana contaba catorce años, le tocó en suerte ser elegida por la Emperatriz rusa Isabel para esposa del duque Pedro Feodorovich, sobrino de la soberana y heredero del trono ruso. Esta elección traería grandes cambios en la vida de Sofía, y el primero fue el nombre: rebautizada en la fe ortodoxa adoptó el de Ekaterina Levzenieva. La boda se celebró el 21 de agosto de 1745, y luego de una grandiosa fiesta los jóvenes fueron conducidos a su alcoba nupcial, pero nada pasó. Durante casi diez años Catalina tuvo como único consuelo los libros, de los que leyó muchos, hasta que tropezó con los enciclopedistas, que la ayudarían a forjar su mente y su espíritu, y con Sergei Saltykov, el cual no era precisamente un representante de las doctrinas de la Ilustración, sino el primer amante de la docena que recibiría los favores de la Emperatriz. De Saltykov tuvo a su

hijo, el gran duque Pablo, al que no hubo más remedio que reconocer como vástago de su indiferente esposo.

Seguidamente pasó a los brazos del conde Stanislav Poniatovski, tres años más joven que ella y más a tono con su Inteligencia. Este hombre había llegado a San Petersburgo Ion el séquito de sir Charles Hanbury-Williams, nuevo embajador de Inglaterra en Rusia, y fue quien la introdujo en los laberintos de la política rusa y favoreció la relación directa de Catalina con figuras importantes entre la nobleza, el ejército y el clero, de los cuales se granjeó la admiración y la simpatía.

Por su parte, Pedro III ocupó el trono en diciembre de 1761, Y a la inversa de su esposa, se las agenció para conquistar la antipatía de los altos funcionarios y estadistas. El Zar, ruso por nacimiento, era culturalmente germánico, y sentía un olímpico desprecio por todo lo tocante a su país, actitud y sentimiento que lo perderían.

Catalina supo aprovechar la impopularidad de Pedro. A su alrededor se fueron aglutinando los descontentos y comenzó a tejerse la conspiración. Por esos días Catalina tenía como amante a Grigori Orlov, un comandante muy querido por sus subordinados, que a su vez tenía cuatro hermanos también militares. Uno de los conspiradores fue apresado, y ante el temor de que denunciara la conjura, el grupo decidió actuar de inmediato.

Catalina, que estaba fuera de la ciudad, fue puesta sobre aviso por los Orlov, y rápidamente emprendieron el camino de San Petersburgo. Los cuarteles que se encontraban en el trayecto le dieron entusiasmados sus votos de fidelidad y se sumaron a su séquito. Una vez en la ciudad, estadistas y veteranos rusos acudieron a saludarla, y las máximas autoridades del clero la proclamaron *Emperatriz y Autócrata Catalina II*; ya en el palacio, los cortesanos y otros funcionarios y jefes militares le dieron sus votos de lealtad.

A todas éstas, Pedro III estaba durmiendo su embriaguez de la noche anterior en Oranienbaum, acompañado de su amante. Despertó tarde, y cuando pasado el mediodía fue con su cortejo a buscar a Catalina a Peterhof, supo que ella había partido muy temprano; la estuvieron esperando largo rato hasta que comenzaron a sospechar que algo anormal ocurría. El Emperador ordenó tomar el mando de la guarnición de la

fortaleza de Cronstadt para embarcar hombres a San Petersburgo, pero cometió la torpeza de retirar la orden y en su lugar mandar a preparar la fortaleza para recibirlo; claro que aún nada sabía del golpe de Estado, y mientras él daba sus instrucciones, ya llegaban a Cronstadt órdenes del almirante Iván Talizin, fiel a Catalina, de que nadie entrara ni saliera de la fortaleza. También el Emperador envió hombres a San Petersburgo para averiguar qué ocurría, pero ninguno regresaba, aunque ya de algún modo había llegado a sus oídos la noticia de que Catalina se había proclamado Emperatriz y de que contaba de su lado con casi todas las fuerzas disponibles.

Pedro, entre las varias alternativas que se planteó, escogió la peor: quedarse en Oranienbaum, adonde se dirigió Catalina, sable en mano y dirigiendo a sus regimientos, para hacerlo abdicar. Antes de llegar recibió una carta de Pedro en la que le proponía renunciar al trono a cambio de que le permitieran, con su amante y un amigo, regresar a Holstein. Le llevaron a Pedro el acta de abdicación para que la firmara, después fue arrestado. A la semana del golpe de Estado, Alexei Orlov, encargado de vigilarlo, lo asesina.

Es frecuente que se acuse a Catalina de urdir el asesinato, pero el temeroso mensaje, escrito en estado de embriaguez por Orlov a Catalina, explicando lo sucedido y pidiendo perdón, parece verdadero y no una farsa, aunque sin dudas fue un gran servicio a la Emperatriz el despejarle el camino por ese lado, y tanto fue así, que en lugar de castigar al culpable, lo recompensó generosamente, y a los súbditos les informó que el exemperador había muerto a causa de un cólico hemorroidal.

Pero aún quedaba una sombra que intranquilizaba a la Emperatriz: Iván VI, Zar destronado cuando tenía un año y cuatro meses, y que desde entonces había estado o desterrado o preso, y al que tantos años de encierro —en esos momentos tenía veintidós— habían destruido física y mentalmente. Catalina, extranjera y sin base legal para reinar temía a este legítimo Romanov, y dio órdenes de matarlo si alguien intentaba liberarlo; muy pronto tuvo oportunidad de ver cumplida su orden. Así, la princesa alemana se convierte en la Emperatriz y Autócrata de Todas las Rusias, y se propuso ser más rusa que todos sus predecesores en el trono. Al final de su

coronación, el día 22 de septiembre de 1762, no olvidó favorecer con cargos, títulos y valiosos regalos a todos los que la habían ayudado.

La Emperatriz no sólo aspiraba a tener una fuerte posición política dentro del país, sino que también quería emplear su talento y su olfato para la publicidad, en la tarea de brindar a los ojos de Europa una imagen de Rusia digna de admiración. Con estos fines se da a propagandizar los ideales del Iluminismo, y se ofrece como mecenas de los enciclopedistas; invita a Diderot y a D'Alembert a San Petersburgo, y aunque estos rehúsan —Diderot fue en otra oportunidad—, ella tiene el gesto de sacar de apuros económicos al primero. Su gentileza y generosidad le ganan, a ella y a Rusia, el elogio y la admiración de los principales pensadores y escritores de Europa, a los que ella, a su vez, agradece con notas personales. En fin, cultivó unas relaciones públicas que hicieron historia.

Desde Pedro el Grande hasta la Emperatriz Isabel, se estaba proyectando un código legal para Rusia. Catalina retoma la idea y se enfrasca en la redacción de un cuerpo jurídico que encierre las teorías más progresistas del Iluminismo, y aunque era prácticamente lega en la ley rusa, enuncia una serie de principios básicos para que sirvieran de pauta a la Comisión Legislativa.

La comisión estaba integrada por diputados militares y civiles, de la nobleza, de los ciudadanos, de los campesinos y de diferentes grupos étnicos. Catalina pasó por alto la inexperiencia de los diputados en estos menesteres y su total desconocimiento de las teorías occidentales, sobre las que debía basarse el código, instrumentos imprescindibles para que pudieran trabajar. Por otra parte, de haber sido positivos los factores anteriores, la diferencia abismal de intereses habría hecho imposible llegar a acuerdos de conveniencia común, y aún menos de la conveniencia del país. Conspiraba también contra las loables intenciones de la Emperatriz la extensión de sus dominios, donde cualquier orden o medida dispuesta por el gobierno sólo alcanzaba a las ciudades, pues no había vehículo que la hiciera llegar y aplicar en las aldeas y los campos; de la misma manera que no llegaban los médicos ni los maestros, tampoco llegaban la administración ni la justicia mucho más allá de los ámbitos citadinos. Este desconocimiento de la realidad de la vida de su pueblo, que se encargaban

muy bien en ocultarle sus cortesanos, hicieron fracasar su proyecto conocido por *Nakaz* o *Nakase* (Instrucciones), pero le sirvió de experiencia y comprendió que primero eran necesarias amplias reformas administrativas si se quería llegar hasta el último súbdito; y en segundo término, era necesario educar a Rusia, y para ello había que empezar por ilustrar a la nobleza.

En 1771 pone en práctica la reforma administrativa: divide el Imperio en gobiernos y éstos en provincias y en círculos. El *Nakaz* fue muy elogiado por Voltaire, y aunque en él Catalina defendía la autocracia como único sistema apropiado para su Imperio, la supo conciliar tan bien con las ideas de los filósofos, que la hizo digerible.

Como consecuencia de su ignorancia sobre las necesidades del pueblo, estalló en 1773 la revolución social más grande que Rusia había conocido hasta entonces, la Guerra Campesina de Emelyan Pugachev. Campesinos y siervos, dirigidos por Pugachev, se sublevaron contra la opresión de los patronos; también a ellos se unen cosacos, sublevados ante las innovaciones que se estaban haciendo a nivel económico y administrativo y que afectaban las tierras que ellos controlaban. Pugachev se hizo pasar por el asesinado Pedro III, y las ingenuas masas lo siguieron. Llegó a reunir aproximadamente cincuenta mil rebeldes.

Catalina no tuvo noticias de la rebelión hasta que ésta no obtuvo sus primeros éxitos; luego trató de ocultar el hecho a los extranjeros invitados a la boda de su hijo Pablo. Pero llegó el momento en que la extensión que ya abarcaban los sublevados y el temor de que estaban poseídos los dueños de siervos, hizo imposible no darse por enterado por mucho más tiempo. Ante Europa, Catalina definió a Pugachev como un salteador y, mientras, enviaba generales a destruirlo; por fin, los propios cosacos que se le habían unido lo traicionaron, a cambio del perdón de la Emperatriz. Lo entregaron el 14 de septiembre de 1774 y el 10 de enero de 1775 fue ejecutado.

Otra sabia conclusión extrae Catalina de estos acontecimientos:

> *«Si no aceptamos atenuar la crueldad y moderar una situación que es intolerable para la raza humana, más tarde o más temprano ella lo hará por sí misma».*

Muy clara ya del alcance de los problemas del país que gobierna, estaba atada de pies y manos para resolverlos, pues para mejorar la situación de esas masas tendría que ir contra los intereses de la nobleza privilegiada, y eso iba más allá de sus posibilidades si quería seguir reinando, y de atreverse, junto con ella eliminarían sus altos ideales. En fin, que para evitar problemas en lo sucesivo, lanza un documento que asegura a los nobles la propiedad de sus siervos y les garantiza el poder y dominio total sobre los campesinos, además, los exonera del pago de tributos; con esto fortalece el control del gobierno sobre las clases inferiores.

En el año 1774 entra en la vida de la Emperatriz un nuevo amante, Grigori Potemkin —antes tuvo una efímera relación con el joven oficial Alejandro Vasilchikov— Potemkin, que en el momento del golpe de Estado era sargento mayor ya las tres semanas fue ascendido a teniente y se le congratuló con una propiedad provista de cuatrocientos siervos, era un joven osado y brillante, y luego de una década de servicios a la Emperatriz, pasó a uno de los rangos más privilegiados: el de amante y, sin dudas, el más completo de los que tuvo Catalina, pues fue el primero y el único que compartió con ella los intereses políticos e intelectuales, además de ser un talentoso y valiente militar, también los unía la pasión por Rusia y por el trabajo. Catalina se sentía profundamente enamorada y fue muy generosa: puso en las manos de Potemkin varios altos cargos militares, le otorgó el título de príncipe y le regaló el palacio Anichkov.

Al cabo de los dos años, en 1776, Potemkin, que amaba más el poder que a su amante, más a la Emperatriz que a la mujer, tuvo el buen sentido de comprender que de continuar una relación tan íntima con su soberana con el tiempo se iban a ver afectadas las relaciones intelectuales y políticas entre ambos. Así, de mutuo acuerdo, terminaron el romance, y Potemkin se encargó de suministrarle a Catalina, a través de jóvenes por él elegidos, lo que ya no le podía ofrecer personalmente; de esta manera se mantuvieron hasta la muerte de Potemkin.

Durante estos años, este hombre fue el brazo derecho de Catalina, aconsejándola acertadamente en los problemas políticos tanto internos como externos y en asuntos militares. Cuando anexaron Crimea, la Emperatriz la puso, junto a otras provincias meridionales, a cargo de

Potemkin, el cual realizó un trabajo administrativo encomiable, logrando un desarrollo extraordinario de esa región. A su muerte, Catalina sintió un gran vacío, era su mayor apoyo y le faltaba; este sentimiento lo refleja en el retrato de las virtudes de Potemkin que hizo en una carta:

> *«A un corazón excelente, sumaba una comprensión poco usual y una extraordinaria aptitud mental; sus opiniones eran amplias y magníficas; era muy humano, sabía mucho, se mostraba singularmente cordial, y sus ideas siempre eran originales… En el mundo nadie se dejaba llevar por otros menos que él… En una palabra, era estadista».*

En la última década de su reinado, de 1787 a 1796, Rusia se vio envuelta en varias guerras: contra los turcos, contra Suecia y contra Polonia, y el Imperio de Catalina empezó asentir las consecuencias de la Revolución Francesa, hija de las mismas ideas que ella había alentado en sus comienzos de Emperatriz. Las mismas doctrinas con que pretendió ilustrar a sus cortesanos, y que llegaron a prender entre los más jóvenes, ahora se volvían contra ella, comenzaba la crítica a la autocracia.

Muchas dificultades se le encimaban, pero ya no podía contar con los mismos medios y la misma voluntad. Trató de revivir a Potemkin en su último amante, Platón Zubov, de veintidós años cuando ella contaba sesenta. Lo convirtió en general, le encargó libros al extranjero para cultivar su inteligencia, le colmó de regalos, de propiedades, de siervos, le dio el título de príncipe, lo nombró comandante de la Flota del Mar Negro, cuando en su vida había estado en el mar, y le puso en sus manos el cargo que desempeñaba Potemkin en Crimea. Pero su inteligencia era un terreno árido y era imposible elevarlo a la estatura de estadista; sin embargo, era codicioso y petulante. Ideó un proyecto que consideraba grandioso, y que según él permitiría conquistar el Oriente; los costos serían exorbitantes en dinero y en hombres, y tenía ya casi convencida a Catalina, ciega ante los atractivos físicos de Zubov; pero la muerte de la Emperatriz Villa a librar a Rusia de la descabellada empresa.

Catalina II la Grande, amó profundamente a su patria adoptiva, y logró comunicar a la vieja Rusia valores de la Europa occidental sin menoscabar su propia esencia, amplió sus territorios y fomentó el comercio. Aunque

tuvo hermosos proyectos en beneficio del país, muy poco le tocó de dios al pueblo, no así a la clase privilegiada, quien tiene mucho que agradecerle. Sus dotes políticas e intelectuales la sitúan a la altura de los grandes hombres de la Historia.

Capítulo 2

Grandes reinas y emperatrices

1. Cleopatra
2. Gala Placidia
3. Teodora
4. Leonor de Aquitania
5. Cristina de Suecia
6. Victoria I de Inglaterra

1. Cleopatra

Que Julio César determinara pasar el Rubicón tuvo grandes implicaciones, y entre ellas la de ir, tras Pompeyo, a parar a Alejandría. Pero cuando arriba a la ciudad egipcia, ya Potinos, visir de Ptolomeo XIII, lo esperaba con la cabeza de su enemigo. Entonces César se dio a la tarea de mediar en el conflicto de la familia ptolemaica, del cual una de las protagonistas era Cleopatra, y aquí comienza lo sustancial de la historia de esta reina.

Cleopatra, nacida en el año 69 a. C., es la figura más descollante de la dinastía de los Ptolomeos. Hija de Ptolomeo XII Auletes, a quien sucedió en el trono junto a su hermano y esposo Ptolomeo XIII Neodioniso. Pronto surgen fricciones entre ambos, debidas, muy posiblemente, a la aspiración de Cleopatra de reinar sola; entonces, los favoritos de su hermano denuncian una conspiración, en la que ella resulta la principal acusada, y la alejan convenientemente del poder. Al llegar César a Alejandría, Cleopatra no estaba donde le correspondía: en el trono.

El encuentro entre el cónsul romano y la reina de Egipto fue muy espectacular, pues se hizo conducir a las habitaciones de Julio César envuelta en una alfombra que cargó el siervo Apolodoro, y allí la encontró el huésped en el momento de retirarse a dormir.

Cleopatra no era tan bella como ha hecho creer la leyenda, incluso su nariz era más larga de lo conveniente para sus rasgos, y contrariamente a como casi todo el mundo piensa, era rubia, pues el primer Ptolomeo, general de Alejandro Magno, era de Macedonia, región de la Europa antigua situada al Norte de Grecia, y fue quien fundó esta dinastía. Donde todos parecen coincidir es en que ejercía una atracción irresistible para el sexo fuerte, era además una artista en el empleo de cosméticos, buena conversadora, intelectualmente muy bien preparada, con dominio de los conocimientos más avanzados de la época y hablaba con facilidad varios

idiomas; con lo que sí no daba la impresión de estar muy familiarizada era con el pudor. En fin, que César se decidió a apoyarla en todo sentido.

Indujo a Ptolomeo a compartir el trono con Cleopatra, y eliminó a Potinos, que no le simpatizaba desde que asesinó a Pompeyo sin nadie pedírselo y que después trató de envenenar también a Cleopatra. Pero la ciudad se rebeló contra los romanos y Ptolomeo se incorporó a los sublevados. César envió por refuerzos, Ptolomeo pereció y Cleopatra se quedó con César y el trono. Este último lo compartió con su hermano Ptolomeo XIV el Niño, que murió envenenado. En esta rebelión, lamentablemente, el fuego de las naves se extendió a la ciudad perdiéndose la Biblioteca de Alejandría, donde se guardaba la principal colección de manuscritos de la Antigüedad.

Después de reponerla en el trono, César permaneció nueve meses con Cleopatra, tiempo preciso para que viniera al mundo Cesarión; y se hubiera quedado mucho más en Egipto de no haber sido precisado por los acontecimientos de Roma y por sus soldados, pero ya había cumplido su cometido: Roma podía contar abiertamente con las grandes riquezas egipcias y Cleopatra era la reina absoluta.

Cesar, antes de llegar a Roma, hizo una incursión por el Asia Menor donde «*llegó, vio y venció*». Luego fue para su país y mandó a buscar a Cleopatra ya Cesarión, imponiéndole a Calpurnia, su esposa, la presencia de la reina de Egipto. Allí, como dictador vitalicio, comenzó un reordenamiento del Estado: fundó colonias, concedió derechos a los ciudadanos, debilitó el Senado, programó obras públicas y reformó el calendario. Pero a su alrededor se tejió una conjura, se alegó que César aspiraba a la corona para compartirla con la reina extranjera, y dejar como heredero a Cesarión luego que trasladaran la capital para Alejandría. Es probable que Cleopatra tuviera esas aspiraciones en su afán de engrandecer a Egipto a toda costa, y que alimentara el ego de César con ideales imperiales, pero en cuanto a que el romano lo tomara en serio no hay nada comprobado, quizás algunos visos de tendencia monárquica, pero nada alarmante. La conspiración fraguó, y el 15 de marzo (Idus de marzo) del 44 a. C., César fue asesinado por los conjurados a la entrada de la sala del

Senado. Ante tales hechos, Cleopatra consideró, muy sabiamente, que era hora de volver a Egipto.

El tiempo que César permaneció en Egipto, su lugar en Roma lo ocupó el general y político, fiel partidario suyo, Marco Antonio. Este seguro servidor pensó que, al morir, Julio César lo dejaría designado en su testamento como heredero. Pero al darle pública lectura se encontró con que el elegido era Cayo Octavio, que luego se convertiría en Augusto. Marco Antonio trató de conseguir por la fuerza el poder que no le legaron. El Senado tomó el partido de Octaviano, y en un encuentro entre los ejércitos de ambos contendientes, en Módena, Marco Antonio fue ampliamente derrotado y huyó. El joven vencedor volvió a Roma, tomó su cargo y envió a Lépido, antiguo lugarteniente de César, como embajador de paz a Marco Antonio, y formaron el segundo triunvirato. La primera tarea fue vengar a César. Luego se repartieron los territorios a gobernar: a Octaviano le correspondió la parte europea; a Lépido, la africana; y Marco Antonio se hizo cargo de Egipto, Grecia y Oriente Medio.

En Tarso de Cilicia Marco Antonio requirió la presencia del Cleopatra para que respondiera a algunas acusaciones que se le hacían respecto al asesinato de César. La reina egipcia concurrió a la cita haciendo gala de un lujo y exotismo abrumadores que realzaban sus encantos. Se hizo llevar en una nave laminada en oro y plata, de velamen rojo y un dosel de lamé bajo el que ella permanecía reclinada y sólo cubierta con tules; sus doncellas la rodeaban ataviadas de ninfas, y todo esto armonizado por flautas y pífanos. En lugar de bajar ella a rendir cuentas, invitó al acusador a almorzar juntos a bordo de la nave. Hacia el final del almuerzo ya Cleopatra era dueña de Fenicia, Chipre y parte de Arabia y Palestina. Marco Antonio, por su parte, salió muy bien retribuido. Partieron para Alejandría y comenzó una relación amorosa en la que él relegó sus obligaciones de militar y político y no explotó la fuente económica que representaba Egipto para la política imperialista de Roma; Cleopatra sí tenía bien claro sus fines: hacer de Marco Antonio un instrumento para darle esplendor a Egipto y poder a ella, todo lo que no pudo obtener con César.

En Roma, que pasaba por malos momentos, la mujer de Marco Antonio, Fulvia, organizó toda una rebelión contra Octaviano, con el único fin de

sustraer a Marco Antonio de los brazos de Cleopatra y hacerlo volver; no tuvo éxito y murió. La reina de Egipto vio en estos acontecimientos una oportunidad para enfrentar a Marco Antonio con Octaviano, pero los ejércitos se resistieron a combatir y obligaron a sus: generales a hacer las paces, y uno de los acuerdos fue el matrimonio de Marco Antonio con Octavia, hermana de Octaviano. Después de cuatro años en Egipto y de haber traído al mundo una pareja de gemelos: Alejandro Helios y Cleopatra Selene, Marco Antonio abandona aquellas tierras para cumplir con sus deberes de esposo. Pero sus buenas intenciones no le duraron mucho, y pasado un tiempo se va con su ejército a luchar contra Persia. En Antioquía se le unió Cleopatra. De vuelta a Alejandría, le exigió el divorcio a Octavia y se casó con Cleopatra según el derecho egipcio, a sus dos hijos les dio el Oriente Medio y a Cesarión lo nombró príncipe heredero de Egipto y Chipre, y a ella la proclamó reina de reyes, afirmando de esta manera su emancipación de Roma. Quedaba planteado el conflicto con Octaviano.

El Senado, indignado por las tan grandes y continuas torpezas políticas de Marco Antonio, lo destituyó y declaró la guerra a Cleopatra. La reina se pertrechó para la lucha con la ayuda de Marco Antonio, al que alentó y acompañó. La derrota fue en Accio, donde las naves egipcias tuvieron que huir. Octaviano no las persiguió, y luego de deshacer algunas alianzas de Marco Antonio en Asia, y de pasar por Atenas para imponer un poco de orden, volvió a la carga con Alejandría, sitiando la ciudad. Los soldados de Cleopatra se rindieron y a Marco Antonio le llegó la falsa noticia de que Cleopatra se había suicidado, y se hirió con un puñal, pero al saber que aún la Reina vivía, pidió que lo trasladaran a su lado y allí murió en sus brazos. Cleopatra solicitó permiso para el funeral y de paso solicitó una audiencia a Octaviano, con quien quiso utilizar sus artes de seducción para proteger a sus hijos y llegar a algún acuerdo que le conservara su trono, reinando como aliada de Roma. Pero Octaviano no cedió a sus ruegos, a lo más, le propuso hacerla figurar en su carro de triunfo. Para Cleopatra resultó toda una humillación la entrevista, como reina y como mujer, de la que ya decaían los encantos. Entonces, decidió suicidarse haciéndose picar por un áspid que, de acuerdo a la tradición religiosa egipcia, era el ministro de Amón Ra y propiciaba la entrada al mundo de los dioses, era el año 30 a. C.

Cesarión, su hijo habido con César, fue asesinado por orden de Octaviano, y los de Marco Antonio se educaron en Roma al cuidado de Octavia, su exesposa. La última reina de Egipto de la dinastía de los Ptolomeo, jugó un papel muy importante en las relaciones de su país con el incipiente Imperio romano; sus dotes de mujer y su inteligencia las puso al servicio de sus principales ambiciones: consolidar su dinastía y compartir junto a Roma el dominio del mundo, pero manteniendo la independencia.

2. Gala Placidia

El Imperio romano se consolidó con Julio César y Augusto. Roma fue el centro de una amplia federación de ciudades con gobiernos autónomos supeditados a ella. Este nuevo orden terminó con las desgastadoras guerras civiles y las de conquista fueron escasas. La llamada Pax romana brindó dos siglos de florecimiento, pero a partir del siglo III, este nuevo orden social que parecía inamovible, entró en crisis. Comenzaba la decadencia del Imperio.

Dentro de este periodo, a finales del siglo IV, nace Gala Placidia, emperatriz romana que pasa a la historia como ejemplo de talento y valor. Teodosio I el Grande, su padre, fue el último emperador que reunió de nuevo, y por última vez, el Imperio romano. A su muerte había designado como sucesores a sus dos hijos varones: Honorio y Arcadio, que muy jóvenes aún, contaban con el apoyo de Estilicón, general y político del Imperio de Occidente, y Rufino, prefecto del Pretorio de Oriente, respectivamente. A Honorio correspondió gobernar el Occidente del Imperio y a Arcadio el Oriente.

El rey de los visigodos, Alarico, que en una oportunidad había ayudado a Teodosio, ahora andaba rondando los territorios del Imperio y provocó el primer conflicto entre el Oriente y el Occidente. Rufino, el regente de Arcadio, fue asesinado por promover una política separatista, y el Imperio de Oriente se alió con Alarico. Occidente, con las fuerzas reducidas a la mitad, luchó contra Alarico que invadió Italia del Norte y Milán. Estilicón logró vencerlo en dos oportunidades, pero no destruirlo, así que trató de sumario a su ejército, pero la negociación no se llegó a consumar, pues Estilicón fue asesinado por aquéllos que no querían la alianza con Alarico. Ahora quedaba Honorio, instalado en Ravena, al frente del Imperio de Occidente pero sin protección, pues los soldados sólo respondían a Estilicón, que realmente era un seguro y fiel servidor.

Alarico invadió Italia nuevamente, y entró en Roma sin oposición alguna, la sitió, impuso sus condiciones a Honorio, y se retiró; al cabo del año volvió por la respuesta, y en vista de que no había forma de negociar la paz, entró en Roma y la saqueó, entre los rehenes estaba la bella Gala Placidia, hermana de Honorio. La llevó con él y le hizo honores de reina. Se dirigían hacia el Sur de Italia, probablemente a Sicilia, para de ahí pasar a África, pero la muerte sorprendió al guerrero en el camino. Según cuentan fue enterrado en un ataúd de oro bajo el curso de un río que previamente desviaron. El mando lo asumió un cuñado de Alarico, Ataúlfo, que junto con la jefatura heredó a Placidia, de la que se había enamorado, y se la fue a pedir como esposa a Honorio.

El emperador del Imperio de Oriente se opuso a la alianza matrimonial, y el partido nacionalista, influido por el general Constancia, tampoco lo aceptó. De todas formas se casaron en enero del 414. Al año siguiente Ataúlfo fue asesinado en Barcelona, tomó el mando Walia y se alió con Roma.

Gala Placidia regresó viuda junto a su hermano, el cual rápidamente se la entregó en matrimonio a Constancio, el mismo que se había opuesto a casarla con Ataúlfo. A pesar de la repugnancia que Placidia sentía por su impuesto marido, tuvieron dos hijos: Honoria y Valentiniano.

Honorio había designado como sucesor a su sobrino Valentiniano, y como corregentes, llegada su muerte, a Constancio y Gala Placidia. El emperador de Oriente, Teodoosio II, que había sucedido a su padre Arcadio, no vio con buenos ojos esta elección, pues como Honorio no tenía hijos, pensaba que podría quedarse él como emperador de Occidente y Oriente. También murió Constancio, y Honorio, al quedar viuda por segunda vez su hermana, le otorgó el título de Augusta y empezó a cortejarla, pero al no corresponder Gala Placidia a sus pretensiones, la desterró. Placidia se refugió en Bizancio, la corte de Teodosio II.

A la muerte de Honorio, el emperador de Oriente estuvo a punto de gobernar todo el Imperio romano. Pero el gobernador de África, Bonifacio, secundó a Gala Placidia en hacer valer su derecho al trono. El Senado, por su parte, ya tenía designado como sucesor a Juan, jefe de los jurisconsultos imperiales. Ante este inesperado candidato, Teodosio prefirió nombrar

Emperador a su primo Valentiniano; en octubre del 424 fue proclamado César y enviado a Italia bajo la custodia de su madre Placidia y de un militar.

Aunque Valentiniano III era el Emperador, realmente Gala Placidia era quien llevaba las riendas del poder, el Imperio de Occidente estaba en sus manos. Valentiniano tenía sólo seis años cuando subió al trono, pero fue su madre la que gobernó veinticinco. Se cuenta que Placidia trataba de no inclinarlo a ocupaciones propias de hombres, de no formarle un carácter fuerte, para ella poder seguir manteniendo el control del gobierno. Como instrumentos de su poder escogió al bárbaro Aecio, comparable a Estilicón, ya Bonifacio, para que comandaran sus ejércitos en el Norte de Italia y en África respectivamente, y a Félix, quien había vencido a los hunos en Panonia y restablecido la antigua frontera del imperio, lo nombró jefe supremo. Hubo envidia y rivalidad entre los tres, quedando al final Aecio como jefe de las fuerzas del Imperio de Occidente.

Para mantener tranquilo al peligroso jefe de los hunos, Gala Placidia le ofreció a su hija Honoria en matrimonio, y Atila, además, pidió como dote la Galia. La corte de Ravena se opuso a la alianza y casó a Honoria con un noble nada relevante, pasando el resto de su vida sin salir del palacio. Gala Placidia con ese enlace quería evitar futuros enfrentamientos con los hunos, y murió en el 450, poco antes de comenzar la guerra con Atila.

En el año 451 Aecio venció a Atila en la batalla de los Campos Catalaúnicos, pero aún el bárbaro no estaba destruido y se lanzó sobre Italia al año siguiente. Los hunos marcharon a Roma, allí los detuvo el Papa León el Grande que persuasivamente les pidió que se retiraran, y Atila obedeció sin presentar batalla; un año después murió. En el 454 Aecio fue asesinado por orden de Valentiniano, bajo sospecha de conspiración. Y el propio Valentiniano no sobrevivió a esta cadena de muertes; pocos meses después de haber ordenado la de Aecio, lo asesinó un soldado de éste.

Con Valentiniano desaparece el último representante de la dinastía de Teodosio el Grande, pues el emperador del Imperio de Oriente no tuvo herederos. Llegó a gobernar solo, una vez muerta Placidia, aproximadamente cinco años, pero a lo largo de estos treinta años es importante el hecho de que, aunque haya sido una mujer la que gobernó

durante veinticinco, nunca hubo un intento de usurpación del trono ni grandes discordias entre los jefes militares. Ravena se enriqueció en este período con obras artísticas, bellas, construcciones placidianas, y en la residencia imperial se destacan primorosos mosaicos. El *Mausoleo de Gala Placidia*, es de una belleza impresionante, en él se encuentran tres sarcófagos sin inscripciones que se supone contengan a Honorio su hermano, a Constancio su esposo, y a ella, pero al respecto no hay nada confirmado.

3. Teodora

Mucho se ha dicho de la emperatriz Teodora, unos, jugando con la etimología de su nombre propio, alegaban que era un don de Dios, otros consideraban que se acercaba más a una encarnación diabólica, y casi todas las damas de la corte se ponían de acuerdo en que no había sido la elección más acertada de Justiniano y se regodeaban en afirmar: «*ha habido emperatrices que demostraron ser unas rameras, pero ¿quién ha visto alguna vez que una ramera se haya convertido en emperatriz?*». De estas palabras podemos intuir que fueron muchas y muy fuertes las oposiciones que tuvieron que enfrentar los futuros autócratas del imperio más poderoso de Oriente. Algunas de estas controversiales opiniones quizás fueron influidas por el origen de Teodora más que por reales actos de inmoralidad.

Hija de un cuidador de osos del circo y de una acróbata, desde niña vivió desplazándose entre un equilibrio momentáneo y una inestabilidad casi permanente.

Su exhibición al ávido público que acostumbraba frecuentar el Circo romano comenzó muy temprano. Junto a sus hermanas mostraba su cuerpo todavía impúber, envuelto en la ropa que solían usar los condenados y se exponía a las burlas de los centuriones y soldados.

En estos comienzos consiguió cierto éxito, debido a que con una comicidad contagiosa imitaba a este o aquel personaje, o decía versos satíricos que divertían a los constantinoplanos, pero como debemos suponer, no era nada fácil para una muchacha de su condición abrirse camino en una ciudad tan grande como era la Constantinopla de aquellos tiempos, y sólo lo que podríamos llamar un golpe de suerte la elevó a la condición de Emperatriz.

Después de la muerte de su padre, la situación de la familia empeoró, contando con que eran cuatro mujeres solas, pero la madre contrae

matrimonio y aspira a que su nuevo cónyuge sustituya al finado en su puesto de guardián de las fieras, y para ello cuenta con el apoyo del partido de los Verdes, —los Verdes y los Azules, las dos facciones del Circo organizadoras de los juegos, habían extendido su rivalidad a la política y se habían convertido en partido—, quienes nunca se conduelen; sin embargo, el partido de los azules, posiblemente para hacer quedar mal a sus adversarios, decide hacerse cargo de la situación y ayuda a la viuda y a las huérfanas, hecho que Teodora nunca olvidó y que muy bien explica su eterna adhesión a este partido y la protección que le ofreció cuando ocupó el trono.

En este decursar, la imagen de la niña medio desnuda, disfrazada de cualquier cosa, se va desvaneciendo, y paralelamente surge una mujer de belleza frágil y nerviosa, de cuerpo delgado y atractivo, rostro lleno de luz con grandes ojos húmedos que parecían incrustaciones y una piel cuyo color no superaba el alabastro, y sin lugar a dudas lo más importante, todo ello alimentado por una prodigiosa inteligencia y por unos instintos en estado casi primitivo.

Suponemos que de casi todas estas armas, y de muchas más, haya hecho uso Teodora en la primera de sus conquistas: Justiniano, quien en aquel momento, año 552, estaba más cercano de los cuarenta que de los treinta, por lo que se inclinaba más a pisar terreno seguro que a detenerse en regodeos propios de adolescente, y fue ganado por la madurez de Teodora, que años atrás se había enfrentado a un largo viaje por tierras del África formando parte del séquito de Eúbolo de Tiro, dedicada a entretenimientos dudosos, oportunidad en la que había adquirido una serie de experiencias obtenidas más del constante bregar en busca de un techo y del sustento, que de las típicas suavidades de la corte bizantina en la que había habitado su futuro esposo.

En sus comienzos, esta relación entre Teodora y el futuro Emperador fue más bien clandestina. En una casa oscura, al abrigo de las habladurías, acostumbraban a tener largas conversaciones en las que Justiniano se sentía libre de las formalidades típicas de la vida pública. Pero a pesar de esta cercanía que se iba convirtiendo en necesidad, Teodora sabía que no iba a ser fácil llegar al matrimonio y temía que su amante conociera de su vida

pasada, entonces sólo le quedaba un recurso: contársela ella misma. Por toda respuesta Justiniano sacó del bolsillo el sello real y la firma de Justino, el Emperador en ese momento, y creó el decreto que nombraba a Teodora patricia del Imperio. Este ya era el primer paso para el matrimonio, que se efectuó poco tiempo después y que sólo reconoció a Teodora como emperatriz luego que Justiniano subió al poder.

En aquel viaje por África que la Emperatriz había hecho en su juventud, no sólo descubrió la facilidad con que las personas se inclinan al vicio y que nadie daba nada por nada, sino que también se relacionó con el movimiento que se había extendido por aquellas tierras, conocido por el monofisismo, en el que sus partidarios sostenían que en Cristo sólo habitaba una única naturaleza: la divina, soslayando la humana. Esta polémica rigió, en alguna medida, la vida cotidiana de la época, ya que enfrentó a patriarcas y emperadores, imponiéndose a veces el espíritu autocrático del Emperador o la tozudez de Teodora que defendía a ultranza a los monofisistas, perdonando y escondiendo a algunos de sus principales líderes.

A esta actitud empecinada de Teodora se le pueden encontrar varias explicaciones: una, la manera tortuosa y a toda prueba en que se convirtió, que forjó en ella una fe duradera; otras, a su origen chipriota, que le hacía despreciar la cultura romana, y además, su olfato político que le hacía ver en la Iglesia de Roma un enemigo poderoso del Imperio. Por estas mismas razones, nunca vio con buenos ojos deseo de Justiniano de lanzarse a la reconquista de Occidente.

Ya en estos argumentos advertimos una Emperatriz reamente preocupada por el destino de su Imperio, y no como la describe Procopio, historiador bizantino, quien no la dejó muy bien parada ante los ojos de la posteridad diciendo de ella

> *«que dejaba caer su ropa descubriendo la parte delantera como la trasera con una desenvoltura que haría palidecer a la más audaz de las criaturas del Señor».*

Pero como siempre aparece alguien para deshacer entuertos, y abundan cuando se trata de condenar o exonerar a un personaje famoso, decía de ella otro de sus contemporáneos:

«era de de la raza de los emperadores de Bizancio que bajo el engañoso aspecto de las disputas teológicas han sabido siempre observar la sólida realidad de los problemas políticos».

Y fue en una gravísima situación política que Teodora acabó de ganar la completa confianza de su esposo y Emperador. Justiniano, seguro de su asiento en el poder, decidió apartarse del partido de los Azules al que había pertenecido, y acrecentar su enemistad con los Verdes, lo que le llevó a desarrollar una hostilidad con casi todo el Imperio, haciendo que la plebe, manipulada por los hombres de vida política, se levantara y diera lugar a la Revuelta de Nika, autotitulándose *los victoriosos*. En esta ocasión la audacia de la multitud fue tal, que agredieron al Emperador y le gritaron todo tipo de improperios en el hipódromo de Constantinopla, éste, temeroso, sólo veía una salida en la huida y fue aquí cuando intervino Teodora contradiciéndolo.

«Aunque la huida fuera la única posibilidad para salvarnos —le explicaba ella—, yo me negaría a huir. La muerte es una condición de nuestro nacimiento, pero quien ha sido rey no debería nunca sobrevivir a la pérdida de su dignidad y su poder. Pido a Dios que yo no me vea ni por un día sin la diadema y la púrpura, que yo no pueda ver más la luz del sol cuando ya no pueda ser llamada con el nombre de reina. Si tú decides, oh César, huir, tienes tesoros, allí está el mar, tienes las naves, pero tiembla y que tu deseo de huida no te conduzca a un miserable exilio ya una muerte ignominiosa. En cuanto a mí respecta, apruebo aquella antigua máxima según la cual el trono es un glorioso sepulcro y la púrpura el mejor de los sudarios».

Nadie diría que esa que hablaba era la hija de un guardián de osos del Circo. Finalmente la solución al problema fue sugerida por la Emperatriz, con un gesto de ojos ordenó a Belisario, el mejor de sus generales, que bloqueara las dos salidas del hipódromo y escarmentara a los revoltosos. El resultado fue una sangrienta matanza en la que murieron cerca de treinta mil personas, y Belisario se creció ante los ojos de la Reina como el hombre fuerte del Imperio, aunque sólo fuera en esta oportunidad, porque es bien conocido el odio injustificado que sentía Teodora por él.

La energía de Teodora en cuestiones de política la llevó a desterrar y a sumir en la más baja condición a hombres como Juan de Capadocia, a quien, con ayuda de Antonia, esposa del general Belisario, culpó de conspiración contra el Emperador. En otras oportunidades esta energía no fue desperdiciada y sirvió para lograr la instauración de leyes a favor de la mujer —por lo que algunos la llaman la primera feminista de la historia—, como que las mujeres no podían ser encarceladas por deudas, que en caso de cometer algún delito debían ser encerradas en un monasterio y el marido de la esposa infiel no podía repudiarla hasta pasados dos años. Estas leyes eran un poco parcial izadas; pero otras, como la abolición de la ley que prohibía a las mujeres heredar, o la promulgación de aquélla que obligaba a los dignatarios a dar una dote conveniente a sus hijas, eran del todo dignas de aclamar.

Bajo su reinado, el esplendor de Constantinopla se vio acrecentado por numerosas construcciones, como la del templo de Aghia Sophia (de la Divina Sabiduría) por Antemio de Tralle, la edificación de la catedral de Santa Sofía, la Iglesia de los Santos Apóstoles y el hospital para enfermos mentales junto a la maravillosa Iglesia de Santa Irene. Pero quizás la edificación más relevante de todas sea la de un grandioso monasterio, sobre la costa asiática del Bósforo, para alojar a más de quinientas mujeres recogidas en las calles o en los burdeles, en la cual se utilizó el dinero de la propia Emperatriz. También las artes fueron beneficiadas por estos grandes emperadores, que impusieron su espíritu a las obras de la época.

Entre las historias de intrigas y grandezas, de cortesía y bajeza que circulaban sobre las interioridades de la corte, se contaba una que culpaba a la emperatriz de ser diestra en provocarse algo así como abortos instantáneos; pero, nos llegan otras versiones que hablan de sus grandes sentimientos, y la muestran muy dolida por no poder darle un hijo y heredero al Emperador. Nada sabemos, por la distancia que nos suponen casi mil trescientos años transcurridos, pero nos movemos entre la certeza de que Teodora fue una reina buena para su pueblo, quizás cortesana reivindicada y convertida, o una mujer sin escrúpulos, llevada por las más bajas pasiones y capaz de los más turbios manejos. Definitivamente fue una

mujer más, devenida en personaje histórico, por lo tanto víctima de aquéllos que escriben la Historia y que generalmente no la hacen.

4. Leonor de Aquitania

¿Quién fue la esposa de dos reyes, uno de Francia y el otro de Inglaterra, madre de dos monarcas de esta última nación, de una reina de Castilla y otra de Sicilia, abuela de gran número de monarcas que gobernaron en Europa y de un Emperador, y bisabuela de dos santos? ¿Quién fue bella y escandalosa, ambiciosa e intrigante? ¿Quién rebeló a sus propios hijos contra su padre? ¿Quién fue mecenas de poetas y músicos? ¿Quién sostuvo una Corte que era imán de trovadores? ¿Quién enseñó a los nobles el comportamiento cortesano? ¿Quién participó cuando joven en la Segunda Cruzada y a los ochenta años cruzó los Pirineos? Sólo hay un nombre por respuesta: Leonor de Aquitania, quien fue reina de Francia e Inglaterra.

Esta indómita e imperiosa dama nació probablemente en algún lugar cerca de Burdeos, algún día del año 1122. Su padre era el décimo duque de estas tierras y octavo conde de Poitiers, y llevaba, al igual que su progenitor, el nombre de Guillermo, de quien no sólo había heredado los dominios sino una deuda de honor. El abuelo de Leonor había tenido un muy sonado romance con la vizcondesa de Châtellarault, y para resarcir la virtud herida, aunque fuera en cuerpo ajeno, casó a la hija de la dama, Aenor, con su hijo. Por lo menos es lo que dicen las malas lenguas de la época.

Leonor tenía siete años cuando perdió a su madre y a su hermano, y quince cuando perdió a su padre. Se convirtió en duquesa de Aquitania y en condesa de Poitiers. Dominaba más tierras que el mismo rey de Francia, pues era el área que ahora comprenden el Limousin, la Gascuña, el Périgord, y poseía derechos al señorío de la Auvernia y al condado de Toulouse. No hay que dar explicaciones del por qué en julio de 1137 se casó con el heredero del trono francés, Luis. Quién un mes después, tras la muerte de su padre, ya era Luis VII.

El nuevo rey de Francia está locamente enamorado de su bella e inteligente esposa, a quien todavía no le atrae demasiado la política; de ésta se encarga el abate Suger. A pesar de su desinterés, consigue que su real esposo reclame sus derechos sobre la ciudad de Toulouse, la cual gobierna su cuñada. En los conflictos del monarca con la Iglesia, también proyecta la sombra de Leonor. Este conflicto que habría de durar dos años, y por el cual toda Francia fue puesta en interdicto, se resolvió tras arduas negociaciones y la reconciliación se representó simbólicamente con la consagración de los reyes en Saint Denis, en junio de 1144. Allí conoce a San Bernardo y le expresa su mayor angustia: su seno no ha dado fruto, a pesar de haber quedado embarazada al poco tiempo de casada. El santo le promete que de trabajar por la paz, se le concederá su anhelo de concebir un hijo. Profecía o leyenda, en menos de un año Leonor tuvo su primera hija, María.

Tras la reconciliación con la Iglesia, el rey debía demostrarle a la institución su total fidelidad, y nada mejor que participar en una cruzada. Fue uno de los principales promotores de la segunda Cruzada, y en esto también debió influir Leonor, el abuelo de la cual había participado en la primera. Con estos antecedentes, y conociendo su naturaleza un tanto liviana, era difícil dejarla en París, y en el verano de 1147 Leonor acompaña a su marido hacia el Oriente. Pasan por Constantinopla, donde la corte bizantina la debió deslumbrar por su esplendor, y de allí se dirigen a Antioquía, donde reina el tío de Leonor, el guapo y culto Raimundo de Poitiers.

Tío y sobrina hace años que no se ven; la diferencia de edad es de sólo ocho años, y la relación que entre ellos renace llena de celos a Luis VII. Costó mucho trabajo alejar al Leonor de la corte de Antioquía y que siguiera a su esposo, quien según ella tenía más de monje que de rey; dadas las circunstancias, Luis VII prefirió emprender el camino a Jerusalén que apoyar a Raimundo I en sus planes. Se dirigen a Jerusalén y de allí a Damasco, ciudad a la que el monarca francés sitia infructuosamente, tras lo cual vuelven a Jerusalén. Mientras el marido se encuentra ocupado en la guerra, Leonor, según se cuenta, le dedica su tiempo, y algo más, a un esclavo sarraceno.

El comportamiento escandaloso de Leonor ha minado el matrimonio, y Luis decide repudiarla, pero el Abate Suger, primer ministro, lo disuade, y los cónyuges se reconcilian. Todo va bien, incluso nace una nueva princesa, Alicia. Pero Suger muere en enero de 1151, Y pocos meses después, en el verano, se presenta en la corte Enrique Plantagenet. Viene, como conde de Anjou y del Maine, a rendirle homenaje a su rey. Es joven, tiene diecinueve años, de cabello rojo, de ancho cuello que manifiesta su fuerza física, culto, seductor y todo un carácter.

A pesar de la diferencia de edad, Leonor es once años mayor que el conde, la atracción física los arrastra, además de la ambición por el poder. En marzo de 1152 el matrimonio de Luis y Leonor se declara nulo, bajo el pretexto de consanguinidad. Leonor se instala en Poitiers, dejando atrás a sus dos hijas, María con siete años y Alicia con poco más de uno. Desde esta ciudad le envía emisarios a Enrique con el mensaje de que se encuentra libre y que desea casarse con él Y el 18 de mayo de ese mismo año contraen nupcias.

Su primer hijo nació el mes de agosto del año siguiente, y un año después moría en Inglaterra el hijo del rey Esteban. Ya nadie se interponía a la ambición de Enrique, sería rey de Inglaterra, como se confirmó en noviembre de 1153 en el Tratado de Winchester, cuando se le declaró heredero del trono británico. Un año más tarde murió el rey inglés, y Enrique y Leonor fueron coronados reyes de Inglaterra en diciembre de 1154.

Desde la Pascua de 1153, Leonor reside con su marido en Normandía, dejando atrás su corte en Poitiers. Le esperan trece años dominados por la maternidad y los viajes. Reside consecutivamente en Normandía, Maine, Anjou e Inglaterra. Dará a luz siete hijos: Enrique en 1155, Matilde un año después, al siguiente Ricardo —conocido más tarde por Ricardo Corazón de León—, al otro Godofredo, en 1161 Leonor, Juana en 1165 y un año después, Juan, a quien se le dará apodo de Sin Tierra. Leonor no podía, sin embargo, alejarse completamente de la actividad política, y cuando su marido se ausenta de Inglaterra, ella hace las veces de regente. También embarca a su actual marido, al igual que hizo con el anterior, en una

campaña contra Toulouse en 1159. El resultado fue el mismo para Enrique II que para Luis VII, un fracaso.

La diferencia de edad en la pareja se fue haciendo más notoria, ya Enrique, que como todos los miembros de los Plantagenet sentía una especial inclinación hacia el sexo opuesto, una mujer tan dominante se le fue tornando molesta, aunque ya la había relegado a funciones ceremoniales. Prefería la compañía de Rosamunda de Clifford y deseaba gobernar en sus dominios sin estorbos; en 1168 encarga a su real esposa el gobierno de Aquitania.

Leonor tiene cuarenta y seis años cuando vuelve a Poitiers. Convierte su Corte en el centro de la poesía de la época, allí van los principales trovadores. Es la gran mecenas de los dos movimientos poéticos más importantes del siglo XII, la poesía de amor cortesano y la histórica, inspirada en las leyendas de Bretaña. También la música recibe la atención de Leonor. Pero por muy amante de la música y de la poesía que fuera esta nieta del primer trovador, no podía alejarse de la política y menos aún perdonar una infamia, planea entonces, pacientemente, su venganza contra Enrique. En 1169 se reúne con ella su hijo favorito, Ricardo, a quien su padre, tras repartir entre sus hijos sus territorios en suelo francés, le ha asignado Aquitania.

Al año siguiente ve coronar en York a su hijo mayor, Enrique, como rey de Inglaterra. Esta tradición de coronar al príncipe heredero antes de que el rey muera, es una costumbre francesa que a ella le conviene, pues se ajusta a su designio: debilitar a Enrique. Es éste un año difícil para el monarca, sus conflictos con la Iglesia se convierten en rebelión cuando Thomas Becket, arzobispo de Canterbury, cae asesinado. La nobleza se rebela y su hijo Enrique, que ha sido coronado por segunda vez en 1172 como rey de Inglaterra, se escapa de la isla al año siguiente y se refugia en la corte del primer marido de su madre, Luis VII de Francia.

Leonor, lejos de apaciguar los ánimos entre su marido y sus hijos, es la principal instigadora contra él, y convence a Ricardo y a Enrique de que se pongan a la cabeza de los nobles rebelados, a quienes apoya militarmente. Sus hijos se comportan como lo que son, Plantagenet, quienes, según la leyenda, son descendientes del diablo y, según Ricardo, al diablo vuelven.

Pero Enrique II sabe más por viejo que por diablo, y es quien vence. Sometida la rebelión piensa divorciarse de su belicosa mujer, pero se atemoriza ante la idea de dejarla en libertad.

Leonor permanece casi quince años en cautiverio. Enrique a veces la deja salir, pero siempre es porque la necesita o porque la quiere humillar mostrándole sus triunfos. Ni siquiera el hijo mayor, que le ruega a su padre desde su lecho de muerte que la libere, ablanda a Enrique II. A pesar de no estar en libertad, los brazos de Leonor son muy largos. Ella está detrás del ataque de Ricardo contra Toulouse, que quiere conquistar, y parece haber estado entre los conspiradores contra su marido en el año de 1189. En esta conspiración participaron Ricardo, Juan y Felipe Augusto de Francia, el hijo de su primer marido, y trajo el fin de Enrique II, quien murió descorazonado y acabado; su hijo favorito siempre había sido Juan y a él quería dejarle la Aquitania, ya que Ricardo era el heredero del trono inglés y de la Normandía.

Con la muerte de Enrique y el ascenso al trono de Ricardo, llega su libertad. A Enrique se le entierra en Fontevrault, monasterio de Anjou del que su familia era protectora y en el que su abuelo había encerrado a sus amantes cuando se había aburrido de ellas. Leonor tiene ya más de sesenta años y se encarga del gobierno de Inglaterra hasta que su hijo llega al reino. Era su hora de triunfo, en la que no todo fue venganza, pues tuvo un hermoso gesto, muy humano y lleno de conmiseración para con los que habían sufrido como ella las prisiones de Enrique: declaró una amnistía general.

El gobierno sigue siendo suyo al partir Ricardo hacia las Cruzadas, en 1190. Tras un viaje a Sicilia, donde se encuentra con su hijo y le entrega como esposa a Berengaria, hija del rey de Navarra —y matrimonio arreglado por ella—, se le informa que Juan Sin Tierra se encuentra en Inglaterra intrigando contra su hermano Ricardo. Leonor desembarca en Inglaterra en febrero de 1192 y consigue dominar a su hijo menor. La situación se le pone más difícil cuando Ricardo, a su vuelta de las cruzadas, es tomado cautivo por Ricardo de Alemania. Por un lado tiene que gobernar el país y mantener bajo sujeción a Juan; por el otro, juntar la cantidad para el rescate y buscar la intercesión del Papa a favor de su hijo. Leonor

contempla su obra en Alemania, el 4 de febrero de 1194, cuando ve a Ricardo libre, y éste le reconoce ante todo el reino su agradecimiento.

Leonor de Aquitania junto a su hijo Ricardo Corazón de León en el mausoleo del monasterio de Fontevrault donde yacen sus restos.

Durante su coronación en Winchester, en abril de 1194, fue ella, y no su esposa, quien presidió como reina.

Parecía que su último acto político sería lograr que el rey perdonara las traiciones de su hermano Juan, y una vez conseguido su objetivo, partió hacia el monasterio de Fontevrault, donde se retiró. Desde allí, sin embargo, siguió aconsejando a Ricardo y vio como Toulouse, por fin, pasaba a su familia tras el matrimonio de su hija Juana —ya viuda de Guillermo de Sicilia— con Raimundo de Toulouse. Debió de sentir gran placer al contemplar, en 1189, cómo su nieto Otto de Brunswick, conde de Poitiers, era coronado Emperador, lo que tanto soñó y por lo que tanto luchó inútilmente su segundo marido. Era una nueva victoria sobre Enrique.

Pero el año de 1199 fue un año aciago, murieron cuatro de sus hijos, entre ellos Ricardo. Y los diablos de los Plantagenet se revolvieron de nuevo. Ahora era Juan quien debía suceder a Ricardo, pero Arturo de Bretaña, hijo de Godofredo, le disputaba la sucesión. Leonor se puso a la cabeza de los mercenarios que habían estado a las órdenes de Ricardo y asoló las tierras de los que apoyaban a su nieto. Después se aseguró la fidelidad de sus territorios, y allí recibió a Juan como vasallo y lo declaró «su heredero legal», lo que sugería que era él quien debería ser rey de Inglaterra y no Arturo. Fue por lo tanto Leonor quien aseguró la corona de Inglaterra para Juan. A los ochenta años Leonor continúa con la inteligencia tan despierta y el cuerpo tan ágil como en su juventud. Y tras el acuerdo de casar al hijo del rey de Francia con una de las nietas de Leonor, se esperaba llegar a la paz entre los Plantagenet y los Capetos, entre su hijo Juan y Felipe Augusto. Y es ella misma quien se pone en marcha hacia Castilla, y allí elige como futura reina de Francia a Blanca. Buena elección, Blanca será la madre y la educadora de uno de los más grandes y queridos reyes de Francia, San Luis.

Aunque entre sus biznietos se encontrarán dos santos —el otro será San Fernando—, su hijo Juan era un puro Plantagenet. Por él había asegurado la fidelidad de nobles poderosos y defendido los territorios de Anjou y de la Aquitania. Por él sufrió, en 1202, el asedio de su nieto Arturo al castillo Mirebeau, donde se encontraba, hasta que Juan llegó a rescatarla e hizo

prisionero al sitiador. Sin embargo, un año más tarde supo Leonor del asesinato de su nieto, y que la mano criminal era la de Juan.

Tras la campaña de Mirebeau, se recogió una vez más en Fontevrault y allí murió el 1 de abril de 1204. Sus restos reposan en ese mismo monasterio junto a Enrique II, a Ricardo Corazón de León y a su hija Juana.

Mujer fascinante, se la ha juzgado muchas veces superficialmente, resaltando más la frivolidad de su juventud que su inteligencia política e intelectual. En ella, sin embargo, esta mezcla de intereses adquiere una hermosa forma femenina, pues «*fue bella y justa, imponente y modesta, humilde y elegante*».

5. Cristina de Suecia

Gustavo Adolfo II fue rey de Suecia desde 1611; durante su reinado promovió la administración pública de justicia, desarrolló la economía e hizo innovaciones en la enseñanza. Sus éxitos militares convirtieron a Suecia en una gran potencia por algún tiempo y durante la Guerra de los Treinta Años salvó el protestantismo alemán. Cae en combate en 1632, y con él se extingue la rama masculina de la dinastía Vasa, pues al morir sólo deja como heredera del trono a una niña que a la sazón contaba seis años: Cristina.

Cuando Cristina nació, la fortaleza de su llanto hizo suponer que era un varón, y por él ya estaba brindando Gustavo II Adolfo en el momento que le trajeron a la criatura; sus palabras fueron: «*Será una mujer inteligente, porque ya desde su nacimiento ha logrado engañarnos*». La Reina madre sufrió doble decepción: no pudo darle un heredero varón a su esposo, y la hembra que tuvo era fea; la antipatía de Leonor de Brandeburgo por su hija nunca menguó. El padre sí la amaba, y este cariño era un refugio para la niña, sólo que el Rey estaba la mayor parte del tiempo fuera a causa de las guerras, y a los treinta y nueve años pierde la vida.

Pero la educación de la hija ya la tenía dispuesta: que se educara como un príncipe. Así fue; recibió todas las enseñanzas propias de un varón, alternando los ejercicios físicos con estudio de idiomas, historia y geografía, y nada de labores femeninas; no la asustaba el disparo de un arcabuz, montaba caballo con gran destreza, cabalgando a gran velocidad con sólo un pie en el estribo, y en la caza abatía la presa al primer disparo. A los trece años empezó su vida pública, a los dieciocho sube al trono, y poniendo a un lado al consejo de regencia, toma sola las riendas del gobierno.

A partir de 1644, cuando empezó a reinar, se impuso una rígida disciplina de trabajo, y aunque estuviera enferma no dejaba de presentarse

en las sesiones del Senado, para las que previamente se preparaba haciendo un análisis minucioso de todos los aspectos a discutir; de esta manera argumentaba sus opiniones de forma tan razonable y contundente, que generalmente las hacía prevalecer. Su seriedad y madurez le ganaron la admiración de los embajadores extranjeros y el respeto del Senado.

La preocupación por los asuntos de Estado no le limitaron su gran pasión por el estudio, que desde niña consideraba como las horas mejor empleadas y más placenteras, y en parte la evadían de la atmósfera de luto que la rodeaba desde la muerte de su padre y del dolor a que se entregó su madre cuando enviudó, y que por fin puso a un lado para dedicarse a viajar por casi diez años.

Cristina había desarrollado una habilidad extraordinaria en el aprendizaje de lenguas extranjeras, las que aprendió, según ella misma, sin necesidad de profesores y llegando a comunicarse, en algunas de ellas, con la fluidez de una nativa. Con ella también fue creciendo su amor por la literatura, y soñaba que cuando fuera reina traería a su corte a grandes figuras de las letras. Su sueño lo pudo materializar, pues a su corte fueron filólogos e historiadores alemanes Isaac Vossius, helenista que fomentó sus estudios del griego y amplió sus conocimientos sobre los autores más importantes de la Antigüedad. Descartes fue otro de los distinguidos huéspedes en quien el talento de Cristina despertó la admiración y, cotidianamente, a las cinco de la mañana, lo recibía en su biblioteca. Por estos tiempos confrontaba ya problemas religiosos, pues no se sentía sinceramente atraída por el luteranismo, y tiene sus primeros encuentros con el padre Macedo, capellán del embajador portugués, comenzando interesarse seriamente por la religión católica. Esta era una relación delicada en aquella época, cuando los sacerdotes católicos de funcionarios extranjeros eran tolerados sólo si se vestían como burgueses y no hacían labor proselitista, pero no obstante el peligro, el padre Macedo promete a la Reina transmitir al Papa su deseo de acercarse a la religión católica.

Formada para mandar, para ordenar, para llevar sobre sí e peso de un Estado, además de su talento y su inteligencia cultivada con exquisita dedicación, nunca fue para esta mujer nada grata la idea de unirse a alguien que pudiera arrogarse derechos sobre su persona; por otra parte, s sabía lo

suficientemente poco agraciada para que pudieran amarla, llegando a declarar que prefería la muerte antes que verse casada, y la exigencia de la Corte en cuanto a este aspecto quizás haya sido también una de las razones que la llevaron a su abdicación posterior, además de la religiosa que se blandirá oficialmente.

Unidos a sus grandes cualidades, tuvo grandes defectos, que se hacen mayores al tenerlos una soberana. Estaba muy; engreída de su bagaje intelectual y de su privilegiada posición. Su afán de prestigio como gobernante capaz era una forma de alimentar su ego, pues no sentía el más mínimo amor por su país y mucho menos por sus habitantes, del que despreciaba sus fiestas, sus costumbres y su nivel cultural, no obstante haber ella misma favorecido el desarrollo científico, literario y artístico de la nación; en fin, estaba lamentablemente distanciada de su pueblo. Su intrínseco deseo era vivir fuera de Suecia, y sobre todo en Italia, país que le había idealizado su padre.

En octubre de 1651 anuncia al Senado su decisión de retirarse y dejar la corona a su primo Carlos Gustavo. El asunto no fue tan simple, y durante dos años estuvo en discusión, en el transcurso de los cuales ella sacó de Suecia todas sus pertenencias, ante todo su colección de cuadros y sus libros. Ya en 1652 había recibido una carta de Roma que la animó a expresarse a favor del catolicismo, y los opositores a su renuncia tuvieron que acceder. La abdicación se hizo oficialmente en Upsala, el 6 de junio de 1654.

A los tres meses recibió el bautismo en Bruselas. En 1665 por fin entra triunfalmente en Roma, y su bautismo se repitió con solemnidad y por orden del Papa Alejandro VII. En Roma se instaló con gran pompa, pero había traído consigo una serie personas nada edificantes y que le acarrearían problemas.

El Reino de Nápoles pidió a Francia ayuda para sostener una revuelta, y Cristina puso los ojos en esa nueva corona. Para tratar de adquirirla viaja en algunas ocasiones a Francia para ganarse el apoyo del primer ministro Mazarino, que por supuesto veía su aspiración un poco difícil de cumplir. En estos trámites sale a luz el caso Monaldesqui. Este era un noble que hacía de escudero y hombre de confianza de Cristina, pero que no tenía

buenos antecedentes. Así, le interceptan unas cartas y se descubre que Monaldesqui estaba traicionando sus planes acerca del reino de Nápoles. Ella misma se erige en juez, le da unas horas para que prepare su alma y tres de sus hombres lo matan. Pensó que todavía era Reina y podía castigar por su mano, pero perdió el favor del Papa.

Un fiel amigo, el cardenal Decio Azolino, la ayudó a limpiar su imagen y rehacer su pequeña corte. Cristina, no obstante el fracaso anterior, se dispuso, extrañamente, a aceptar el gobierno del Flandes español que nadie le había propuesto, o decidía ayudar con sus hombres a los venecianos en guerra con el Cercano Oriente, y ya se veía proclamada Reina de ese territorio; el pobre cardenal Azolino trataba a toda costa de hacerle poner los pies en la tierra y que se conformara con el palacio de Riario que tenía arrendado. La nobleza de Azolino dio pie para que Cristina se enamorara de él con el mismo ímpetu con que había emprendido sus otros planes, y que le escribiera apasionadas cartas donde se lamentaba de que sus votos religiosos no le permitiesen amarla; pero él no tomó en cuenta estos desvaríos y continuó ofreciéndole su sincera amistad.

Cuando Cristina salió de Suecia, lo hizo con la firme convicción de no regresar jamás, pero en dos ocasiones volvió. Una fue en 1660, cuando aún no estaba instalada en Roma, y el móvil fue la muerte repentina de su primo Carlos Gustavo, que desde su partida la había estado ayudando económicamente pues la renta que le asignó el gobierno le llegaba con irregularidad. Carlos Gustavo había designado a su pequeño hijo como sucesor, y Cristina planteó que se consideraba con derecho a la sucesión en caso de que muriera el pequeño rey Carlos XI. El asunto no se hubiera complicado si la antigua reina no hubiera hecho tanta ostentación de su nueva religión, lo que no hacía fuera de su país, donde practicaba el catolicismo sin fanatismo ni beatería. En su segunda visita, seis años después, el recibimiento fue pésimo: le prohibieron llevar a su capellán y ver a su sobrino. Tuvo que regresar pálida de furia, fue la última vez que pisó Suecia.

El tiempo transcurría y Cristina lo más que sumó a su desagraciada fisonomía fue la gordura, y usaba menos la vestimenta masculina. Siempre había sentido un placer casi, enfermizo en lucir lo peor posible: su estatura

era pequeña, y como para acentuarla aún más usaba zapatos sin tacón, cuando todos, hasta los hombres, los llevaban altos. La falda le gustaba a media pierna, y no utilizaba ni corsé que afinara su silueta ni armazones debajo de la falda para aumentar ciertos volúmenes; al cuello se anudaba un pañuelo y la cabeza se la cubría con un sombrero a lo mosquetero. Fue ella la primera en usar el, dos siglos después tan difundido, traje sastre (*tailleur*). Nunca trató de disimular el defecto de sus hombros, uno más alto que el otro a consecuencia de una caída desde las manos de una doncella cuando era recién nacida.

Sus últimos años los pasó rodeada de sus protegidos: artistas y científicos desamparados. Organizó en sus salones la Academia Real, que luego llamaría *Arcadia*, para ejercitar la oratoria política y la literatura siguiendo los modelos de la época de Augusto y los Médicis. Su colección de arte, que nunca dejó de enriquecer, era una de las más admiradas entre las de las grandes familias romanas. En su vejez se fue luciendo más considerada y consecuente con el prójimo.

La víspera de la Navidad de 1688, Cristina se estaba probando un traje completamente fuera de su estilo: todo de seda blanca bordada con flores y franjas doradas, en esos momentos entró a la habitación una amiga suya con cualidades de sibila, y Cristina le dice:

«—Creo que llevaré este vestido en una ceremonia importante, ¿adivinas a cuál?», a lo que respondió la mujer:

«—Majestad, con vuestro permiso, pienso que seréis enterrada con ese vestido dentro de poco», y a su vez dijo Cristina:

«—La Sibila ha dicho la verdad: en realidad pensaba en eso».

Pocos meses después la profecía se cumplió. El 19 de abril de 1689, a los sesenta y tres años, murió en el lugar que amaba y por el cual renunció a su trono: Roma. Su rica biblioteca la legó al Vaticano y a la posteridad, esta figura tan discutida en su tiempo, dejó *Memorias de mi vida, dedicada a Dios*.

6. Victoria I de Inglaterra

De 1837 a 1901 la población de menos de sesenta y cuatro años, que era una abrumadora mayoría teniendo en cuenta el promedio de vida de la época, vivió siempre bajo un mismo reinado, el de Victoria I. Durante los últimos veinte años del ejercicio de su cargo estuvo rodeada de la veneración de su pueblo, que veía en ella a una figura casi divina; pero esto no siempre fue así.

La muerte de la princesa Carlota, única heredera del trono de Inglaterra y casada con el príncipe Leopoldo de Sajonia a Coburgo, puso en crisis de sucesión al trono inglés, y fue más que preciso que el duque de Kent o el de Clarence contrajeran matrimonio para aportar un heredero a la corona. Ambos cumplieron con su deber, el duque de Kent se casó con Victoria María Luisa, princesa de Sajonia-Coburgo y hermana de Leopoldo; el duque de Clarence lo hizo con una hija del duque de Sajonia-Meiningen, la descendencia de esta última pareja no sobrevivió, y la corona sería para la hermosa niña que nació en el palacio de Kensington el 24 de mayo de 1819.

Bautizada con los nombres de Alejandrina Victoria, el primero en honor a uno de los padrinos, el emperador Alejandro de Rusia, y el segundo por su madre. El 22 de enero de 1920 murió el duque de Kent. Como tutora quedó la duquesa viuda de Kent, ayudada por su hermano Leopoldo, y que ahora tenía por delante la educación de la futura reina.

La pequeña Drina, como la llamaban sus familiares, era rubia, de ojos azules y gordita, y estuvo a punto de volverse insoportablemente malcriada. La situación la vino a salvar la señorita Fraülein Lehzen, hija de un clérigo y que había sido antes institutriz de otra princesa. Esta mujer llegó a la vida de Victoria cuando ésta contaba cinco años, y la influencia y dominio que ejerció sobre ella se extendió por muchos años. La institutriz era recta, pero muy inteligente, y la niña aprendía con suma facilidad. Se le preparaba, sin

escatimar recursos, para la función a la que estaba destinada; sobre todo, virtudes tales como la sencillez, el decoro, el orden y la devoción fueron los primeros principios, inviolables, que sirvieron de cimiento a su personalidad, y no tuvo dificultad en asimilarlos pues eran parte de su naturaleza. A los once años fue sometida a un examen por los obispos de Londres y Lincoln; el informe con el resultado consideraba:

«La princesa ha respondido a un extenso y variado número de preguntas y ha demostrado tener conocimientos muy precisos de los aspectos fundamentales de la Historia Sagrada y de las verdades y preceptos fundamentales de la religión cristiana, según señala la Iglesia de Inglaterra, así como conocimientos de cronología y de los principales acontecimientos de la historia inglesa, insólitos en una niña de su edad. Sus respuestas fueron igualmente satisfactorias en otros temas, como geografía, aritmética y gramática latina».

Pero no obstante, todos estos conocimientos que la princesita poseía, aún no conocía cual era el fin a que estaba destinada en su vida, y un año después, de manera muy inteligente, la institutriz se lo hizo saber deslizándole un árbol genealógico de los reyes de Inglaterra en un cuaderno de historia; la niña, sorprendida, hizo preguntas y finalmente expresó «*Seré buena*».

En su adolescencia sólo la rodeaban figuras femeninas, as que la llegada de algunos de sus primos de Alemania siempre era motivo de júbilo para la princesa, que en su diario se deshacía en elogios a los jóvenes, exaltando la inteligencia belleza de cada uno. Cuando tenía catorce años conoció Alejandro y Ernesto, hijos de una hermana de su madre; dos años después vinieron Fernando y Augusto, y más adelante Ernesto y Alberto, hijos del hermano mayor de la duquesa, éstos sobrepasaron, en las impresiones desbordadas de halagos de Victoria, a los restantes. Sobre todo Alberto, al, que calificó como «*guapísimo… lleno de bondad y de dulzura y es muy hábil e inteligente*». En las páginas de su diario de esos días casi no hay línea que no sea dedicada a Alberto.

En 1836 el rey Guillermo empezó a manejar las posibilidades de casar a Victoria con uno de los hijos del príncipe de Orange, y consecuentemente

hizo sus presiones para impedir las visitas de los primos alemanes. Además, existía una antipatía mutua entre la duquesa madre de Victoria y el rey, y no perdían ocasión de importunarse; en el centro de estas disputas estaba la princesa. Tampoco existía armonía en Kensington, donde los habitantes también estaban divididos en dos bandos, y la duquesa ocupaba la posición opuesta a su hija Victoria. La duquesa de Kent oprimía a la princesa con su sobreprotección y vigilancia constante, y por otra parte, en los paseos no había manera que nadie pudiera conocer a la futura reina, pues sumergía la figura de la joven de forma tal que la única que se exhibía era ella. En fin, que el verdadero cariño de la princesa estaba depositado, fundamentalmente, en su institutriz.

A los pocos meses de cumplir los dieciocho años, la mayoría de edad, murió el rey Guillermo IV. Era el 20 del junio, y al amanecer el arzobispo de Canterbury y lord Conyngham fueron a llevar la comunicación a Victoria, al verlos inclinarse delante de ella supo que ya era la reina de Inglaterra. Su primera petición como reina, fue a su madre:

«Y ahora mamá, ¿soy la verdadera reina?».

«Sí, hija mía, así es».

«Entonces, querida mamá, espero que me concedas la primera petición que te hago como reina: déjame estar sola una hora».

Al cabo de este tiempo dio su primera orden: que sacaran su cama de la habitación de su madre.

Esa mañana escribió a su tío Leopoldo a Bruselas. La correspondencia entre ellos era sistemática, y a medida que se iba acercando el momento de Victoria reinar, las cartas del tío estaban llenas de recomendaciones y de explicaciones sobre la política exterior. Además, Leopoldo había mandado a Stockmar, su amigo médico desde hacía más de veinte años, al lado de su sobrina. Este hombre, que estaba llamado convertirse dentro de la corte de la reina Victoria en una especie de eminencia gris, desayunó esa mañana con la con la reina, le dio algunos consejos inmediatos, y a partir de ese momento comenzó para Victoria una labor incesante que se extendió por sesenta y cuatro años.

Aunque la Reina tenía un carácter fuerte, a veces inflexible, se caracterizó por la total dependencia que siempre tuvo de sus primeros ministros, salvo el tiempo que el príncipe Alberto fue su consejero. Sobre estas personas derramaba un afecto que alcanzaba dimensiones extraordinarias, que en algunas ocasiones dio pie a habladurías. Quizás haya sido por la juventud e inexperiencia con que afrontó la responsabilidad de una nación lo que contribuyó a que viera en las personas asignadas para orientarla una tabla de salvación a la que se aferraba desesperadamente. Tal fue el caso con William Lamb, vizconde de Melbourne (viudo de *lady* Caroline, la célebre amante de lord Byron), tenía cincuenta y ocho años y llevaba tres en el cargo como líder de los *whigs*, el partido progresista. Poseedor de belleza, talento y riqueza, era una persona exquisita que hacía las delicias de las damas, además no reparaba en hiperbólicos elogios a Su Majestad. De la misma manera que durante su visita su primo Alberto había monopolizado las páginas de su diario, ahora era lord Melbourne; en todas partes aparecían juntos, y juntos efectivamente estaban desde la mañana hasta casi la medianoche; él le hablaba primero de los asuntos de Estado y después abordaba toda una variedad de temas, entre ellos acerca de su vida. La Reina no se imaginaba vivir sin lord Melbourne, hasta que en una oportunidad estuvo muy cerca de perderlo ante una crisis de gobierno en que los ministro, de los *whigs* pidieron la dimisión e iban a tomar su puesto los *tories*, conservadores, con su líder *sir* Robert Peel; pero la obstinación de la Reina fue tal cuando le exigieron que tenía que sustituir algunas de sus damas y gran parte del personal de servicio por simpatizantes del nuevo partido como una de las condiciones para hacer efectivo el cambio de gobierno, que no cedió ni ante las instancias de Wellington, el vencedor de Napoleón. Peel tampoco admitió tomar el cargo de primer ministro si no se cumplía su pedido, así que renunció a su cargo y volvió a Melbourne. Venció Victoria aunque a costa de violar las libertades democráticas y las tradiciones de la monarquía inglesa. Este incidente le acarreó la pérdida de gran parte de su popularidad, y muchas veces de entre el público que la aplaudía, salían voces que le gritaban *señora de Melbourne*.

Por esta época la reina Victoria no tenía el menor interés en contraer matrimonio. La recomendación de un enlace provenía de su tío Leopoldo, el

cual proponía como futuro cónyuge a Alberto, aquel primo que tan buena impresión había causado en Victoria hacía unos años; pero la Reina dio por sentado que el hecho de que recibiera ahora al príncipe Alberto, no significaría en modo alguno un compromiso, dado el caso de que la antigua impresión que le había causado se repitiera, no habría matrimonio antes de tres años. Pero nada salió como había dispuesto: nada más volvió a ver a su primo, quedó tan o más fascinada que cuando lo conoció, y pocos meses después se celebraba la boda.

Estaba profundamente enamorada de su esposo, pero en la misma medida era celosa de su independencia y de sus funciones, y mantenía al objeto de su adoración como una hermosa pieza de adorno destinada a su recreo. Por otra parte, la Corte no miraba con simpatías al esposo de la Reina que, por supuesto, no tenía nada de inglés. Estaba no sólo segregado de la política del país —pues Melbourne, además de primer ministro, era también el secretario particular de la reina— sino que le tenían impuestas limitaciones hasta como marido de la soberana, y de esta parte se encargaba la baronesa Lehzen, cuya influencia sobre Victoria había aumentado ostensiblemente y en estos momentos era la superintendente de la Casa Real, quien controlaba la oficina de gastos privados de la Reina, y el más mínimo paso que fuera a dar la real pareja, tenía que aprobarlo la baronesa. Alberto comprendió que era un perfecto cero a la izquierda.

En el palacio también residía el barón de Stockmar, el médico amigo y consejero de tantos años de Leopoldo, y que ahora estaba también al lado de la Reina para servirle con su talento y amistad. Stockmar percibió la penosa situación de Alberto y se dispuso a emplear todos sus recursos para hacerlo ocupar la posición que le correspondía como esposo de Victoria. Tendría que luchar contra la ausencia de ambición del príncipe y su desinterés total por las cuestiones políticas. Por tanto, primeramente se propuso despertar en el príncipe su sentido del deber y su orgullo personal, enseñarlo a no ceder el terreno que le pertenecía por ley.

Entre el matrimonio existían marcadas diferencias intelectuales y de costumbres: en cuanto a la primera, Alberto era muy superior a su esposa, y en cuanto a la segunda, los hábitos de vida del príncipe eran muy metódicos y de sencillez espartana; Victoria, por su parte, adoraba bailar toda la noche

y luego sentarse a contemplar el amanecer, sin darle la oportunidad al príncipe de invitar a científicos y literatos con los cuales él pudiera conversar a gusto, y por tanto, la frivolidad de los invitados hacía que ya alrededor de las diez de la noche el príncipe estuviera cabeceando. Pero con el apoyo de Stockmar, la situación de Alberto fue cambiando paulatinamente: comenzó a interesarse por la política, tomaba clases de Derecho inglés, alguna que otra vez asistía a las reuniones de la Reina con sus ministros, a sugerencia de Melbourne se le daba acceso a la información acerca de la política exterior y vertía sus opiniones en informes que le leía al primer ministro.

Un gran paso de avance fue cuando antes de nacer la princesa real, se le nombró regente sin la oposición del Parlamento en caso de que lamentablemente muriera Reina. Otro acontecimiento relevante se acercaba, el cambio de gobierno. Los *tories* esta vez llevaban todas las ganar, y ante la evidencia de los hechos, Melbourne encarga al príncipe de las negociaciones con *sir* Robert Peel, y reuniones secretas debatieron el problema de las damas camareras de la Reina. Con habilidad y tacto, el príncipe consiguió que Victoria aceptara la demanda de Peel y acercamiento entre éste y la Reina, que de esta manera apenas sintió el alejamiento obligado de su querido Melbourne. Alberto quedó definitivamente realzado ante vista de su esposa y a partir de este momento sería su apoyo, su ayuda indispensable, su consejero y secretario. El gobierno *Whig* dimitió, y al cabo del año, por fin, sobrevino la destitución de Lehzen, que con el aumento de la familia real y la solidez que la posición del príncipe había alcanzad había perdido toda su influencia sobre Victoria, que ya para esta época esperaba su tercer hijo. Habían desaparecido todos los que le hacían sombra al príncipe, Victoria lo veneraba y el matrimonio se desenvolvía en una armonía perfecta.

En 1851, el príncipe obtuvo un resonante triunfo con la exposición mundial en el palacio de cristal de Hyde Park ideada por él y llevada a cabo bajo sus orientaciones. Por lo demás, la vida de la Reina era extraordinariamente feliz disfrutando todo lo más posible de su bella familia y Alberto vivía entregado al trabajo. En 1854 Gran Bretaña le declara la guerra a Rusia y entra en el conflicto de Crimea conjuntamente

con Francia. El príncipe tenía que contemporizar con lord Palmerston, ministro de Asuntos Exteriores muy dado a decidir por cuenta propia, pero que contaba con el apoyo del pueblo. Por fin, en 1856 se firma la paz, y al año siguiente Victoria le otorga a Alberto el título de Príncipe Consorte, pero para la nación continuaba siendo un extranjero y sus funciones no todo el mundo las veía con buenos ojos; se sentía solo, sin amigos y lleno de una melancolía infinita. Ni el inmenso amor de Victoria podía sacarlo de su tristeza desilusión.

El año 1861 fue funesto para la reina Victoria. Primer murió su madre, con la que se había reconciliado gracias a Alberto, pero el 14 de diciembre recibe el golpe demoledor de la muerte de su esposo. Su dolor era terrible y genuino, sentía que su verdadera vida terminaba con la de él. Lord Clarendon comentó que la muerte del príncipe era «una calamidad nacional mucho más trascendente de lo que el pueblo podía imaginar». Se estaba a las puertas de una guerra con Norteamérica y se necesita su *sagacidad y previsión*. Pero la dimensión verdadera de su muerte la sintió el ya anciano Stockmar, retirado en su ciudad de Coburgo. Vio venirse abajo su grandiosa obra y sólo lo sobrevivió dieciocho meses.

La vida de la Reina cambió radicalmente; se encerró en un riguroso luto y dejó de comparecer públicamente, comenzando un culto desmesurado a su esposo: todo lo que le perteneció se conservó intocable, y cuando volvió al trabajo, toda decisión era tomada de acuerdo a lo que él hubiera hecho en esa situación. Esta actitud le ocasionó enfrentamientos con sus ministros, pues no aceptaba consejo de nadie y no se daba cuenta de que los tiempos no eran los mismos, como tampoco los hombres; Alberto siempre trató defender a Prusia, su tierra, pero ya no era la misma Prusia por la que él abogaba. Llenó el país de estatuas del príncipe, ordenó escribir su biografía, pero siguiendo los dictados de ella, de lo que resultó una imagen tan perfecta que no parecía de este mundo, así que los pesados volúmenes se empolvaron en las librerías.

Pero el tiempo es implacable y el empuje de la vida va mitigando el dolor; la Reina, aunque no estaba entre sus cálculos, volvería a conocer tiempos alegres. Dos personas vendrían a sacarla de su aislamiento: el político y escritor Disraeli, y el criado John Brown; como era propio del

carácter de la Reina, no pudo soportar la falta del apoyo de un hombre, en este caso, de dos, uno para los asuntos de Estado y el otro, para uso doméstico.

Disraeli, en 1868, fue durante nueve meses primer ministro, y en 1874 ocupó de nuevo el cargo. Con su diplomacia y talento, la hacía escuchar sus sugerencias y actuar de acuerdo a como lo exigía cada momento. Volvió a aparecer en público, y a cumplir con todos los rituales que la monarquía impone para con el pueblo. Disraeli, en la forma de tratar a la Reina, recordaba a Melbourne, además siempre alababa al príncipe Alberto, y de esta manera se ganó el corazón de la soberana. Ya no tenía que permanecer largas horas estudiando distintos asuntos, pues tenía a su alcance para preguntarle al primer ministro. Disraeli en una oportunidad sugirió la posibilidad de que la Reina fuera también emperatriz de la India, idea que abrazó inmediatamente Victoria y exigió a su primer ministro que la pusiera en práctica rápidamente. Para eso era necesario modificar el título real, y la medida fue duramente atacada. Por fin vencieron y Victoria fue proclamada emperatriz de la India.

En 1880 se celebraron las elecciones generales, y el país se pronunció esta vez por los liberales y principalmente por Gladstone, y los llevó al poder. Para Victoria significaba la separación de Disraeli. Esta separación se hizo irremediable al año siguiente, en que fallece el ex primer ministro. Fue otra dolorosa pérdida para la Reina, que había cultivado una dulce amistad con este hombre.

Su otra devoción era John Brown, quien había sido ayudante de caza del príncipe Alberto y ahora era su criado personal, del que no prescindía un instante: la acompañaba en sus paseos, la servía durante todo el día, y de noche tenía su habitación junto a la de ella. Era un escocés rudo, fuerte, de lenguaje tosco, y la trataba con una familiaridad que jamás le fue admitida a nadie. Su influencia era tal, que todos en la Corte le temían y cuidaban de no desagradarle, aunque él trataba a todos como si los criados fueran ellos, no él. La familia real censuraba con dureza esta singular amistad de la Reina, y la relación dio lugar a comentarios nada edificantes: de la misma manera en que antes la llamaban *señora Melbourne*, ahora le decían *señora*

Brown. En 1883 enterró a John Brown y se empeñó en publicar la segunda parte de su diario de Escocia, donde su amigo es el personaje central.

Luego de Brown, tomó como criado personal a un joven indio de veinticuatro años que rápidamente se convirtió en *Munshi*, es decir, maestro de hindú de la Reina. Era su acompañante permanente y al poco tiempo ascendió al cargo de secretario para los asuntos indios. Se le había dado posición y la Corte tenía que mostrarle consideraciones especiales. Su situación le permitió traer a buena parte de sus familiares de la India, para que vivieran a costa de la generosidad de la Reina. Más tarde se descubrió que era un espía, conservó sus villas alrededor de Osborne y la amistad de la reina, pero no tuvo más acceso a las informaciones.

La larga lista de desgracias personales que le habían sobrevenido a la reina Victoria: la pérdida del esposo, de hijos, de amigos, fue devolviéndole el cariño de sus súbditos.

En 1886 era el quincuagésimo aniversario de su reinado, y esta celebración borró la impopularidad y las críticas de de otros tiempos. Fue declarada madre de su pueblo y símbolo personificado de la grandeza del Imperio; la Reina era feliz.

El recuerdo de Alberto había palidecido con los años, pero las horas que diariamente dedicaba al trabajo recordaban la consagración al deber de su esposo. En 1890 comenzó a dar muestras de agotamiento, la guerra de Sudáfrica le había exigido un extraordinario esfuerzo y terminó por afectarla. La memoria le empezaba a fallar, la catarata le dificultaba la visión y presentaba indicios de afasia, el desgaste físico la había alcanzado. El 14 de enero de 1901 sufrió un ataque al corazón, durante dos días más trabajó, luego cayó en un estado de semiinconsciencia del que no volvió a salir, y murió el 22 de enero.

Durante su reinado, Victoria I tuvo un papel pasivo, de 1840 a 1861, etapa en que ejerció gran influencia el príncipe consorte Alberto, el poder de la monarquía se incrementó en línea ascendente; de 1861 hasta la muerte de la Reina, este poder fue decayendo gradualmente, fue la etapa en que los ministros le fueron quitando de las manos el poder que había logrado Alberto. La Reina tenía un carácter fuerte, se oponía a sus ministros, se mostraba intransigente y firme, pero al final cedía a sus presiones. Bajo su

reinado, época victoriana, la Revolución Industrial alcanzó su máximo apogeo, y en sus últimos quince años los dominios de Inglaterra se ampliaron, el imperialismo inglés se consolidó, y Gran Bretaña no tuvo rival hasta la Primera Guerra Mundial.

Capítulo 3

Mujeres importantes en los estados modernos

1. *Golda Meir*
2. *Indira Gandhi*
3. *Eva Perón*

1. Golda Meir

Si pronunciáramos los apellidos Mabovitch o Meyerson, pocos serían los que pudieran asociarlos con un nombre de mujer. Sin embargo, si decimos Meir, automáticamente pensamos, Golda. Luego nuestra memoria da un salto y a nuestra mente viene el nombre de Israel. Es justo, pues así la recordamos por el nombre que ella misma eligió para proclamarse ante el mundo como miembro de su raza: la hebrea, y la unimos al país que ayudó a fundar y a construir. Los otros apellidos quedan atrás, olvidados y descartados. Mabovitch recuerda a su tierra natal, Rusia, donde sólo sufrió la miseria y los pogromos; Meyerson es el de un marido, a quien amó mucho, pero que no tuvo el temple para entregar, como ella lo hizo, su vida y su alma a la causa de Israel, el Estado moderno del pueblo desterrado.

Golda nació en la ciudad de Kiev el 3 de mayo de 1898. Hubiera tenido siete hermanos, pero la situación de la familia era tan precaria, que de los ochos hijos que tuvo su madre, Bluma, sólo sobrevivieron tres niñas. Su padre aunque carpintero especializado, rara vez poseía un trabajo estable, y tomó la única ruta que ofrecía alguna esperanza: la emigración. En 1903, tras instalar a la familia en la ciudad de Pinsk, donde existía una importante comunidad judía, se dirigió hacia los Estados Unidos. Tardarán tres años en volverse a ver, al cabo de los cuales se reúnen todos en Milwaukee.

En esta ciudad Golda continuó sus estudios. Al finalizar la escuela elemental, ya dio muestra de su férrea voluntad al tener que enfrentarse con sus progenitores. Los planes que tenían sobre su vida eran distintos a los de ella; ellos querían que empezara a trabajar, mientras Golda deseaba continuar su educación, pues soñaba con ser maestra de escuela. Fue la niña quien triunfó, como ya lo había hecho antes, cuando con sólo once años organizó una campaña para recaudar fondos para libros de textos y dio su primera charla en público. Pero fue una victoria muy corta. Poco después su

madre se empeñó en casarla. La reacción de Golda fue la de escaparse de la casa. El refugio de esta prófuga de quince años fue Denver, donde se encontraba su hermana Sheyna.

En el apartamento de Sheyna descubrió un mundo nuevo. Era el lugar de reunión de un grupo muy interesante d judíos, que hablaban en yiddish sobre el sionismo, los asentamientos en Palestina, el socialismo, el anarquismo otros temas completamente nuevos para ella. El círculo, que estaba integrado principalmente por emigrantes rusos, también lo frecuentaba un lituano amante de la poesía, la música y el arte, Morris Meyerson. Golda tenía dieciséis años y se enamoró de Morris. Pronto reemprendió el camino a casa se reintegró al colegio. En 1916 se graduó de la escuela superior.

En su hogar se habían producido también muchos cambios. La familia gozaba de una mejor situación económica y participaba más en los asuntos de la comunidad judía. El sionismo se convirtió en parte del tema cotidiano, todos hablaban sobre él, principalmente los jóvenes que partían hacia Inglaterra para incorporarse a la legión judía con el sueño de liberar Palestina. Había estallado la Primera Guerra Mundial, y la casa de los Mabovitch era un albergue para estos muchachos.

Golda no podía incorporarse a la legión judía, pero no por eso dejaba de trabajar por la causa de su raza. A los diecisiete años se incorporó a la asociación Poalei Zion (trabajadores de Sión). Por las tardes y durante los fines de semana enseñaba yiddish, y en 1917 organizó una protesta, que resonó a nivel nacional, contra los pogromos que existían en Rusia. Su sueño era también el de emigrar a Palestina, pero conocía bien a Morris; entonces, ante la disyuntiva de hacer su sueño realidad o perderlo, decidió esperar. Se trasladó a Chicago y consiguió un empleo en una biblioteca.

El tiempo la ayudó, con noviembre de 1917 llegó la promesa de la creación de un estado judío en Palestina, la Declaración Balfour. Y con esta arma logró convencer a Morris de que emigrara con ella, y un mes después se casaron.

No partieron hacia Palestina hasta el año 1912. Este lapso temporal lo llenó Golda trabajando activamente a favor de la causa sionista, y en 1918 representó a Milwaukee en la primera convención nacional del Congreso

judío Americano. Con esta intervención comienza su carrera política, en la que se destacará como una excelente oradora. Su retórica sin ambages poseía una gran carga emocional, y fácilmente cautivaba a sus oyentes.

Tras una breve estancia en New York, efectúa al fin el ansiado viaje y llega a Palestina en el otoño de 1921. Allí le depara un duro golpe. No la aceptan en el kibbutz Merhavia —granja colectiva— donde desea asentarse. Le ofrecen dos razones, la primera: no admiten parejas; la segunda: no creen que una mujer norteamericana se pueda acostumbrar a la dura vida que ofrece un kibbutz. Pero una vez más Golda consigue lo que quiere, y ese mismo año logra que los acepten provisionalmente.

Tal como se lo habían advertido, la vida en un kibbutz no es fácil. Merhavia se dedica a la cría de pollos y el trabajo es duro, la comida escasa, las instalaciones rudimentarias y la privacidad nula. Para Golda nada de esto es problema, ella el feliz, y lo sería aún más si Morris dejara de quejarse constantemente. No sólo es capaz de adaptarse a este tipo de vida, sino que además demuestra que ella no es una del montón. En 1922 ya se le nombra delegada para una conferencia de kibbutzs, y en ésta conoce a figuras importantísimas, entre ellas a David Ben Gurión, secretario general del Histadrut —Federación Nacional del Trabajo—, y a David Remez, uno de los líderes principales del sionismo.

Pronto los Meyerson se tienen que mudar a Tel Aviv: Morris, a quien la vida en el kibbutz no le sienta bien, ha caído enfermo. Los contactos de Golda con el Histadrut dan sus frutos y obtiene empleo en una de sus oficinas, la de Trabajos Públicos y Construcción. Gracias a otro contacto, el de David Remez, consigue poco después la transferencia al Jerusalén. En esta ciudad viven durante cuatro años en el barrio ortodoxo de Mea Shearim, donde nacen sus dos hijos. El sueldo no es gran cosa, es poco y a veces llega tarde. Golda incluso tiene que lavar ropa en un jardín de infancia, cambio de que le acepten a sus hijos, Menachem y Sara, gratuitamente.

Pero nada de esto es óbice para que continúe su carrera política; en casa atenderá a sus hijos, cuidará de que tengan la comida hecha y la ropa lista, y en el trabajo será una empleada más, pero cuando en 1928 se forma en Tel Aviv el Consejo laboral de las Mujeres, una rama del Histadrut, David

Remez consigue que la nombren Secretaria. Gold aportaba a las organizaciones judías una valiosa voz, pues no sólo era una gran oradora, sino que su perfecto dominio de la lengua inglesa le permitía realizar una labor internacional. Viajera constante, de 1928 a 1934 recorre Estados Unidos y gran parte de Europa, su cometido es conseguir apoyo para la causa sionista y recaudar fondos para el entrenamiento de jóvenes dispuestas a trabajar en Palestina.

A su ascenso a los rangos superiores del Histadrut, siguió un papel preponderante en el Mapai —Partido laborista—, fundado en 1930 y del que llega a formar parte del Comité ejecutivo en 1934. En la década de los treinta, su labor se concentra principalmente en dos ámbitos: en el de facilitar la asimilación de inmigrantes, y en el de negociar, con el gobierno británico, las condiciones laborales de los miembros del Histadrut que trabajan en la construcción de campamentos militares. Los años finales de esta década trajeron a la palestra política el tema de la partición de Palestina en dos estados, uno judío y otro árabe. Mientras Ben Gurión pensaba que más valía cualquier estado que ninguno, Golda se oponía a compartir el territorio palestino con los árabes. Años más tarde le dará la razón a Ben Gurión.

Una de las lecciones que Golda aprendió durante los años de la Segunda Guerra Mundial, fue que ningún estado extranjero valuaría la vida de un judío de la misma manera que ellos mismos. Este pensamiento, unido a la realidad que estaban viviendo los judíos en los territorios dominados por la Alemania nazi, es la explicación a su actividad durante estos años. Lucha por la creación en Palestina de una infraestructura económica y social que permita absorber el mayor número posible de emigrantes judíos. Por otro lado, demanda de los ingleses que se acepte en este territorio a todos los judíos que deseen asentarse en el área, y pide, a éstos también, que les permitan incorporarse al ejército británico para luchar contra el nazismo.

El final de la guerra no trae una solución al problema judío. Hay cien mil de ellos expatriados, sobrevivientes de campos exterminio, sin un lugar a donde dirigirse, salvo tal vez a Palestina. Pero los ingleses han dado un giro a su política y en 1946 rehúsan aceptarlos, además, le dan un golpe certero a las organizaciones judías, decapitándolas. Arrestan a todos los

dirigentes importantes de la Agencia Ejecutiva judía y del Vaad Leumi —Consejo Nacional Judío— que se encuentran a su alcance. Ben Gurión es uno de los pocos que se salva por hallarse en el extranjero. Así, Golda Meir se ve de la noche a la mañana convertida en la cabeza del Departamento Político de la Agencia Judía.

Negociaciones e investigaciones empiezan y se conforma el Comité Anglo-Americano, que intenta dar una solución al problema de los judíos expatriados. Sobre Golda recae entonces la responsabilidad de representar, ante este comité, al Histadrut, cuya resolución final, dada en mayo de 1946, es la de la inmediata admisión de los inmigrantes y el cese de las regulaciones que no permiten las adquisiciones de tierras por los judíos. Los ingleses no aceptan las recomendaciones, y el 29 de junio ordenan el encarcelamiento de más de tres mil judíos. Golda intenta contraatacar a los ingleses, organizando un movimiento de desobediencia civil, pero no lo logra.

La solución al problema parecía cada día más lejana, y en 1947 los ingleses, para retener la oleada de inmigración ilegal, abren campos de detención en la isla de Chipre, y conceden solamente setecientas cincuenta visas mensuales. En estos campos la situación de todos los prisioneros eral desesperante, pero Golda consideraba que lo era aún más para los huérfanos y las familias que tenían niños menores de un año. Fue entonces, cuando negoció con los ingleses la concesión de prioridad para estos casos.

Más allá del territorio palestino y del poderío inglés, el destino de esta región se estaba trazando. De junio a septiembre de 1974 en las Naciones Unidas, el Comité Especial sobre Palestina preparaba un informe. El 31 de agosto de ese mismo año dio su recomendación: el territorio palestino debería ser dividido en dos estados: uno árabe y otro judío. Pocos meses después el 29 de noviembre de 1947, las Naciones Unidas votaron por la partición. Se trascendía el sueño sionista y la creación de un estado judío estaba en vías de convertirse en una realidad.

Para soñar se necesita imaginación, y para trazar la realidad, objetividad, voluntad y acción. Sin dinero, el Estado de Israel estaría destinado a una muy corta existencia. Para enero de 1948, Golda Meir se encontraba en los Estados Unidos, su misión era la de recaudar fondos. A

las seis semanas volvía con cincuenta millones de dólares, aportaciones de las federaciones judías americanas.

Los ingleses estaban dispuestos a aceptar el mando de las Naciones Unidas, pero ¿y los árabes? La carretera a Jerusalén se había convertido en campo de batalla, judíos y árabes palestinos luchaban por su control y la ciudad estaba sitiada por las fuerzas árabes. Estaba claro que el nacimiento del nuevo Estado de Israel no había de ocurrir sin sangre ni dolor. Ya Golda lo preveía desde hacía tiempo, y durante los seis meses previos a la Declaración de la Independencia se reunió secretamente con el rey de Trasjordania, Abdullah ibn Hussein. Dos veces intentó convencer a este rey de que no apoyara a la Liga árabe. Su misión era sumamente difícil y destinada a ser infructuosa, pero por lo menos intentó convencer antes con la palabra que con las armas.

Si la sangre y el dolor no se podían evitar, habría que construir sobre éstos y vivir con ellos. La celebración de la Declaración de Independencia se efectúa en la sitiada Jerusalén, el 14 de mayo de 1948. Golda, que se encontraba en Tel Aviv, pudo evadir el cerco y fue una de las signatarias de la proclamación.

Ahora, tal vez más que nunca, las dotes de persuasión de Golda y su dominio de varias lenguas, son un patrimonio importantísimo de la comunidad judía. Y aunque se encuentra hospitalizada con una pierna rota, a causa de un accidente automovilístico acaecido en Nueva York, el estado de Israel la designa como embajadora en Moscú. Tarda semanas en salir hacia su nuevo destino, pero luego allí, por siete meses, encarnará ante sus antiguos compatriotas al Estado que ha ayudado a fundar para todos sus hermanos de religión.

Las primeras elecciones llevan al poder al Mapai, y en abril de 1949 ya se encuentra de vuelta en Israel. Su presencia ha sido reclamada por el Jefe de Estado, Ben Gurión, quien la quiere a la cabeza del Ministerio del Trabajo. Los años que siguen son, según la misma Golda, «*los más felices de su vida*». La experiencia adquirida durante la década de los treinta se convierte en su mejor colaboradora. Su función principal es la de facilitar la asimilación de los cientos de miles de inmigrantes que llegan anualmente. A pesar de la difícil situación que confrontan los nuevos israelitas, Golda es

partidaria de no imponer una cuota sobre la inmigración, y con una energía ilimitada, pone en práctica una serie de programas de gran escala, destinados a la construcción de casas y carreteras. Cuando en 1952 la inmigración empezó a disminuir, pone en marcha un proyecto que se encarga de dispersar la población por el territorio israelita. Desarrolla nuevos asentamientos, en los que enfatiza la producción agrícola. Golda no se conforma con planear y poner en funcionamiento las cosas, en cada uno de los nuevos asentamientos, en cada nueva construcción, su figura maternal es reconocida por todos, y saben que no viene sólo a alentar, sino también a inspeccionar.

Pero esto no la detiene para continuar otra labor en la que siempre ha tenido un gran éxito: la recaudación de fondos. Su recorrido por el extranjero no conoce fronteras, se desplaza por los Estados Unidos, Hispanoamérica y Europa, y al regreso siempre trae con ella importantes sumas del tan necesitado capital. Mientras, con el ministro de Finanzas colabora en otros grandes proyectos, uno de los principales es la creación del seguro social israelita.

Ya era reconocida mundialmente, y en 1956, a la muerte del ministro de Asuntos Exteriores, se le asigna esta cartera. En esta fecha, tras enviudar, abandona el apellido de Meyerson, y toma el de Meir, más hebreo. Su realismo político se manifiesta una vez más, y ante la acumulación de armamento que Gamal Abdel Nasser está llevando a cabo en Egipto, aumenta el inventario del arsenal israelita.

También sus esfuerzos se canalizaron por vías constructivas. Organizó la ayuda de Israel al continente africano. A partir de 1958 y hasta 1973, las naciones de Ghana, Senegal, Liberia, Costa de Marfil y Nigeria fueron favorecidas con programas destinados a mejorar la agricultura, el turismo, el servicio médico, la salud pública y otros campos.

Los años de actividad política habían producido el lógico desgaste del Mapai y, consecuentemente, la confrontación entre sus miembros. En los últimos años Golda había tomado y defendido posiciones contrarias a las de Ben Gurión, y cuando éste renunció como primer ministro en julio de 1963, y en 1965 como miembro del Mapai, le guardó a su colaboradora de treinta

años un cierto resentimiento. Ben Gurión fundó un nuevo partido llamado RAFI (Lista israelita laboral).

Al renunciar a la cartera ministerial en 1966, Golda fue asediada para que aceptara el cargo de Secretaria General del Mapai. Dado que el primer ministro, Eshkol, era miembro de este partido, se convirtió por tanto en su principal consejero. Además, trabajó incansablemente para conseguir la unión del Mapai con el escindido RAFI y con otro partido, el Ahdut Haavodah, que conformarían, en enero de 1968, el Partido laboral Israelita.

Buscando un muy merecido y necesitado descanso, se retiró de la vida pública en 1968. Pero la inesperada muerte del primer ministro Levi Eshkol, en marzo de 1969, la forzó a tomar las riendas del poder. La mayoría de los miembros de su partido la consideraban como la única persona que poseía la necesaria autoridad, experiencia y prestigio para ser aceptada como líder por todos los integrantes del partido. En Marzo de 1969, a los setenta años, asumió en calidad de interina la posición de primer ministro del Estado de Israel. En Octubre de ese mismo año las urnas la confirmaron en esa posición.

Como primer ministro, intentó mantener la unidad nacional y creó un gobierno de coalición en el que incluyó a casi todos los partidos. La situación de Israel era sumamente difícil. Con las naciones árabes el estado no era de paz ni de guerra; sin embargo, tuvo que disolver el gobierno, en 1970, cuando el partido dirigido por Menachem Begin se negó a aceptar las iniciativas de paz ofrecidas por los americanos, y en cambio se negó a negociar con los palestinos y a entregar los territorios árabes ocupados, es decir, aceptar las fronteras anteriores a la Guerra de los Siete Días de 1967. En esta época, las relaciones con Estados Unidos pasaron por un momento crítico, pero en diciembre de 1971 se entrevistó personalmente con Richard Nixon y consiguió que no se detuviera el flujo de armas a Israel.

En el plano nacional, al igual que Eshkol y su sucesor o Yitzhak Rabin, mantuvo en el poder a Israel Galili como ministro sin cartera. Galili fue quien creó el programa de construcción de asentamientos judíos en las zonas ocupadas de la franja oeste del río Jordán. Golda no era partidaria de la anexión de la zona, pero sí deseaba crear una red de ciudades y

asentamientos judíos que funcionaran como barrera a un posible ataque árabe.

Probablemente 1973 fue el año más difícil de toda su vida. Durante los cuatro años anteriores no se creía que las naciones árabes fueran capaces de embarcarse en un nuevo esfuerzo bélico, y por lo tanto no se preparó para tal confrontación. Sin embargo, en ese año lo inesperado sucedió y la propia existencia del estado de Israel estaba en juego. Israel salió victorioso de la Guerra de Yom Kippur, pero el costo militar fue elevadísimo. Y tanto para Golda Meir como para su ministro de Defensa Moshe Dayan, la victoria fue muy amarga, pues en 1974 se conformó un Comité, dirigido por el Presidente de la Corte Suprema, encargado de investigar si eran directamente responsables de la falta de preparación de Israel para enfrentar un conflicto bélico. Aunque el Comité los exculpó, la simple acusación fue un golpe moral.

Éste fue el mismo año en que Golda se retiró finalmente de la vida pública. A principios del año, tras las elecciones del 31 de diciembre de 1973, intentó formar un gobierno de coalición, pero el Partido Laboral pasaba unos momentos de total desunión y le fue imposible. Convencida de que ya las fuerzas no le daban para tanto, en abril presentó su renuncia ante el Knesset, Parlamento israelí. Ocupó el poder dos meses más, mientras Yitzhak Rabin preparaba su gabinete.

Cuatro años más tarde, el 8 de diciembre de 1978, moría Golda Meir. Y con ella moría un capítulo de la historia de Israel, el de sus fundadores. Una de las grandes virtudes de esta mujer fue su eficacia, producto de una convicción absoluta hacia lo justo de su causa. Parece como si siempre hubiera sabido lo que tenía que hacer y cómo lo tenía que hacer. Si tuvo dudas o sufrió incertidumbres, nunca lo sabremos, porque cada uno de sus pasos parecen estar afianzados con el peso del que quiere cambiar la historia.

2. Indira Gandhi

Para los occidentales, la India es el país del misterio, del ascetismo, de los yogies, el lugar donde vida y religión son la misma cosa, incluso muchos la consideran la reserva espiritual del mundo. ¡Cuántos occidentales, desengañados por las religiones heredadas de sus padres, miran hacia la India en espera de encontrar la verdad! Hasta para los no religiosos ha sido fuente de inspiración espiritual. El siglo XX descubrió como arma política la desobediencia civil no violenta, creación de una gran alma hindú, Mahatma Gandhi. Por eso, generalmente imaginamos a los indios como seres ascéticos, místicos, casi santos. Y si nos encontramos con uno que no corresponde a nuestra prejuiciada concepción, nos molesta porque rompe nuestro ensueño.

Esto mismo es lo que nos pasa con Indira Gandhi. No era ni santa, ni ascética, ni mística. Era una mujer inteligente, decidida y realista, y también arrogante, dominante y dura. Pero, como decía el pueblo hindú, «sabía llevar los pantalones». Y para gobernar un país como la India, eso es lo que hace falta, pues su aureola espiritual no la libra de un aplastante realidad: la de ser el segundo país más poblado de la Tierra, bajo la amenaza de convertirse en el primero para mediados del siglo XXI; la de estar constituido por infinidad de grupos étnicos, religiosos y lingüísticos; la de ser la cuna de una de las civilizaciones más importantes del mundo, pero sostenida por una sociedad dividida por un sistema de castas; la de haber nacido como nación hace apenas cuarenta y tres años, que no son los suficientes para restañar las heridas de una dolorosa etapa colonial; la de su proximidad geográfica a dos potencias como la Unión Soviética y China, y a un país, hermano de sangre e historia, pero que es su enemigo, Afganistán; y por último, la que comparte con tantos otros países, los que se ha dado en clasifica como el Tercer Mundo: el bajo nivel de vida de un gran sector de la población, condenado consecuentemente al analfabetismo, la

pobreza, la insalubridad, la falta de oportunidades y la explotación. Sí, la India es misteriosa, pero por compleja, no por oculta, en esto se le parece su hija Indira.

Indira pertenecía a una familia totalmente comprometida con la causa de la independencia india, los Nehru. Nació el 19 de noviembre de 1917 en el palacio residencial de Anan Bhawan en Allahabad. El palacio pertenecía a su abuelo paterno Motilal, quien había convencido a su nuera, Kamala, que permaneciera allí para el parto. Era una ruptura con la tradición hindú, pues siguiendo ésta, Kamala debería de haberse trasladado a la casa de su padre para que allí se efectuara el fausto acontecimiento. Pero la ansiedad de Molital era tal ante el inminente nacimiento del primer vástago de su único hijo, Jawaharlal, que había prometido encargarse de todo y proveer a Kamala del mejor equipo de médicos.

Si Motilal hubiera sido un hindú tradicional, el hecho de que fuera una niña en vez de un niño quien naciera, lo debería de haber desilusionado. Una niña significaba para todos toda una serie de inconvenientes futuros: el proporcionar una dote, la búsqueda de un esposo de su mismo rango; mientras que un varón era la continuación de la estirpe. Sin embargo, cuando la abuela de Indira, Swarup Rani dijo lamentándose: «*Debería haber sido un varón*», Motilal le contestó: «*Ten por seguro que la hija de Jawaharlal probará ser mejor que cien hombres*». Como vemos, Indira pertenecía a una familia peculiar en la que se combinaban un una serie de características poco comunes. Motilal era descendiente de una importante familia feudal de brahmanes cachemires que vivía en un área predominantemente islámica. Sin embargo, la familia se arruinó, y el entonces joven Motilal tras viajar a Inglaterra y convertirse en un gran abogado, creó con muy poca ayuda una espléndida fortuna. A través de él confluyen en esta familia tres tradiciones: la de los brahmanes hindúes, la cultura del Gran Mogol y, por último, las virtudes públicas del imperio británico. Es tal vez por él que la familia Nehru era la predestinada al liderazgo de la incipiente India.

Sin obviar los enormes privilegios que los Nehru poseían, el camino que eligieron era el más espinoso. Motilal, a quien se le puede considerar un *bon vivant*, se comprometió con la causa de la liberación india y con él

arrastró a toda la familia. Pero fue su hijo, el occidentalizado Jawaharlal, quien descubrió la vía fructífera que los habría de llevar a la meta. Ambos consideraban los métodos terroristas como ineficientes, pero mientras Motilal creía que moviéndose dentro del ámbito constitucional los británicos llegarían a reconocer el derecho de los indios a la autodeterminación, Jawaharlal, educado en Cambridge, dudaba de la eficacia del derecho inglés, cuando era esgrimido por las manos de un indio.

Estos esfuerzos se canalizaban a través del Congreso Nacional Indio, creado en 1885, cuya función principal era la de proporcionar un foro para aquellos indios que deseaban una reforma política y económica. Pero a la colaboración india al esfuerzo bélico en que se embarcó Inglaterra durante la Primera Guerra Mundial, la contestación británica no fue la de concederle una mayor autonomía, sino la masacre de Amritsar y el Acta Rowlatt. Una voz se levantó promoviendo una nueva e insólita estrategia: la de Mahatma Gandhi, quien lanzó un llamado a la población india a favor del *satyagraha*, —sendero de la paz—, campaña de desobediencia civil no violenta. Jawaharlal comprendió que ésta era la única vía posible para alcanzar la liberación india y se unió al llamado de Gandhi. Pronto tuvo que enfrentar a su padre y muy cerca estuvo de ser expulsado de la casa.

El tiempo, sin embargo, le dio la razón, y pronto el conservador Motilal se convirtió en uno de los principales benefactores de Gandhi. La transformación de la casa fue total. Los antes tan occidentalizados se comprometieron con la causa, y cuando Gandhi pidió el boicot a los tejidos extranjeros, en la casa de los Nehru se formó una gran pira en la que ardieron todas las ropas y utensilios de fabricación no nacional. La cárcel se convirtió en el segundo hogar de esta familia. Había veces que los visitantes, o la policía, encontraban sola a Indu —diminutivo de Indira— la familia entera: abuelos, mamá, papá y tías, se encontraban en prisión o en la lucha. Otras veces, cuando la situación política estaba más calmada, el hogar era centro de reunión de los patriotas indios. Años más tarde, Indira le dirá a un entrevistador «tenía tres años cuando asistí al primer congreso».

Nos hemos entretenido en exponer los antecedentes familiares de Indira Gandhi, porque nos parecen fundamentales para conocerla. Indira creció

como una niña nerviosa, tímida, solitaria, delgada y de sonrisa difícil. Aún cuando adulta, odiaba encender una cerilla y todo por un suceso de su niñez. Un amigo de la familia le había traído un hermoso vestido de Inglaterra, la madre de Indira le informó que en la casa todos colaboraban con el boicot y que no lo podía aceptar. El amigo, sin embargo, recalcó que era lo único que le había traído a Indira y que no le debían hacer sufrir a la pequeña niña su «enfermedad colectiva». Llamaron a Indira y su madre le dijo:

> *«El tío te ha traído un vestido extranjero. Es muy hermoso y puedes llevarlo si quieres, pero antes que nada piensa en el gran fuego en donde hemos quemado, todas las ropas extranjeras»*. Indira tomó el vestido y se dirigió a su habitación, en el camino se la oyó gritar: *«Llevároslo. ¡Nunca lo voy a usar!»*.

Para el amigo de la familia todo esto debería de haber sido suficiente, sin embargo, siguió insistiendo: «*Muy bien santita, ¿y acaso tu muñeca no es de fabricación extranjera?*». Tardó unos días, pero finalmente quemó la muñeca, durante varios días su temperatura fue elevadísima. Pero desde tan tierna edad ya conocía que el amor a su país la llevaría por la ruta del sacrificio. Es muy significativo que la heroína de su niñez fuera Juana de Arco.

La presencia de tantas figuras políticas proindependentistas causó tal efecto en ella, que no era extraño encontrarla subida a una mesa arengando a los sirvientes de la casa para que participaran en la lucha a favor de la independencia. A los trece años fundó el Bal Chakha Sangh, una organización infantil que ofrecía a los miembros del Congreso un servicio de emisarios. La lucha imponía actitudes heroicas, pero también un dilema práctico. El compromiso de no consumir productos extranjeros se extendió a todos los ámbitos, incluyendo el educacional. Era inadmisible enviarla a un colegio británico, sin embargo, los otros no ofrecían el mismo nivel pedagógico. Su educación, por tanto, sufrió muchos altibajos: colegios de segunda, instructores particulares y, por último, a los ocho años fue enviada a Suiza, de donde regresó a los trece.

Sin embargo, terminó por asistir a centros educativos en Inglaterra, cursó estudios en Oxford, en los colegios de Badminton y Somerville. En este último conoció a un joven estudiante de periodismo, Feroze Gandhi, con quien se casó a su vuelta a la India, en 1942. El noviazgo causó a nivel regional un gran alboroto. Feroze era parsi, nombre dado a los descendientes de los persas de la secta de Zoroastro, y en la India, donde aún se arreglan los matrimonios, un matrimonio por amor no se veía con buenos ojos, y menos aún si los cónyuges pertenecían a dos religiones distintas. La crítica llegó a tal nivel, que el propio Mahatma Gandhi, mediante un artículo en el periódico, intervino a favor de la pareja, a la que finalmente dejaron tranquila. Seis meses después los esposos se hallaban en la cárcel, acusados de subversión. Indira fue condenada a siete años, pero sólo cumplió trece meses.

Fue un matrimonio difícil, y aunque tuvieron dos hijos, Rajiv y Sanjay, pronto dejarían de convivir. Cuando en 1947 Jawaharlal Nehru se convirtió en primer ministro de la India, cargo que ocuparía durante diecisiete años ininterrumpidos, hacia ya once que era viudo, y ante la necesidad de tener a una mujer a su lado que hiciera las veces de primera dama, llamó a Indira. Feroze soportó, descontento pero sin quejarse, esta relación a distancia hasta el día en que murió de un ataque cardíaco, en 1960.

Durante estos años, aparte de acompañar a su padre durante los viajes, y de recibir a jefes de Estado y a líderes nacionales, Indira desempeñó varios cargos importantes de orientación tanto social como política. El trabajo social no; era nada nuevo para ella, pues ya en los días previos a la independencia se había encargado, por designio de Mahatma Gandhi, de las áreas afectadas por los motines entre hindúes y musulmanes. En 1959 fue elegida presidente del Partido del Congreso.

A la muerte de su padre, en 1964, Indira es electa para ocupar su lugar en el Parlamento. Bahadur Shastri fue nombrado primer ministro, y bajo este gobierno sirvió como ministro de Información. A la muerte de Shastri, en 1966, lo jefes principales del partido del Congreso, conocidos como el «sindicato», la eligieron líder. Consideraban que era ella la única personalidad política, gracias al prestigio de su padre, que pudiera ser aceptada por todos ellos y por el pueblo. Pero además, como la

consideraban «la muñeca boba», calculaban que iba a ser muy fácil manipularla. Pero durante la campaña electoral, utilizó las técnicas aprendidas de su padre, viajó incesantemente por el país, atrayéndose gran número de partidarios.

Pronto demostró que no era ninguna «muñeca boba» logró dominar a sus adversarios y se separó, en 1969, del Partido del Congreso, arrastrando con ella a la gran mayoría. Ante la imposibilidad de conseguir la aprobación del Parlamento para una reforma agraria y la nacionalización de los bancos, convocó a una elección general para 1971.

Al lema de la oposición «Indira Hatao» (desháganse de Indira), ella replicó con «Garib Hatao» (desháganse de la pobreza), su victoria fue abrumadora, conquistando dos terceras partes de la cámara baja. Su programa de reformas incluía facilitar el crédito a los agricultores y a los pequeños comerciantes y eliminar el pago de pensiones a los antiguos príncipes.

Ese mismo año se vio sumergida en un conflicto internacional. En Pakistán Oriental el movimiento independentista estaba tomando cada día más ímpetu, la reacción del gobierno pakistaní fue la de reprimir violenta y brutalmente con el uso de las fuerzas armadas. La India, que apoyaba a los insurgentes bengalíes, los mukti bahini, se vio invadida por más de nueve millones de refugiados. A pesar de las dificultades internas se les dio refugio y alimento, pero cada día era mayor la presión sobre Indira Gandhi para que interviniera militarmente. Su respuesta fue exigir que las tropas pakistaníes abandonaran el Pakistán Oriental, al tiempo que viajó por Europa y Estados Unidos buscando apoyo internacional. La guerra estalló a finales del año. Doce días después, el ejército indio se había apoderado de Pakistán Oriental y tomado prisioneros a 93.000 miembros del ejército pakistaní. El nuevo estado de Bangladesh había nacido.

La popularidad de Indira creció considerablemente gracias a esta victoria militar. Por otro lado, la llamada «revolución verde» empezaba a dar resultados positivos. En 1970 la India se podía autoabastecer de granos. Era el resultado de una campaña iniciada a finales de la década de los 60, en la que se había enfatizado la producción agrícola, introduciendo semillas más productivas, fertilizantes y ampliando la irrigación. A partir de 1980 ya

pudo exportar pequeñas cantidades de trigo, y en la actualidad posee reservas que le permitirán hacerle frente a dos años consecutivos de sequía, lo que en un país donde la gente se moría de hambre, no es pequeña hazaña.

La campaña de «desháganse de la pobreza», había despertado grandes expectativas en la población, pero con 1973 llegó la crisis internacional del petróleo, y la subida del precio de este producto llevó a una rápida inflación, que a su vez trajo huelgas y el incremento del mercado negro, y consecuentemente el descontento general. Y aunque la India vivió unos momentos de euforia nacional, cuando detonó accidentalmente una bomba atómica en 1974, la oposición supo aprovecharse de la situación y aumentó sus críticas contra el gobierno. En 1975 una corte la halló culpable de prácticas ilegales durante la campaña de 1971 y la condenaron a permanecer fuera de la actividad política por un periodo de seis años. Inmediatamente la oposición organizó una manifestación en Delhi que exigía su renuncia.

La reacción de Indira fue declarar el 26 de junio el estado de emergencia. En un principio la mayoría la apoyaba, pues las acusaciones se basaban en pequeños detalles como el haber usado un avión del gobierno para la campaña electoral, mientras la oposición tenía que pagar su transporte, y de haber renunciado al poder, la oposición no hubiera permitido que apelara, condenándola por lo tanto a un retiro político. Por otro lado, también se consideraba que ya era hora de imponer cierto orden, la libertad para muchos se había convertido en libertinaje. Indira pospuso las elecciones, convocadas para marzo de 1976, hasta el año siguiente, y tras ser aceptada su apelación a los cargos de corrupción en noviembre, las atrasó hasta 1978.

El sector empresarial fue el más favorecido, a la burocracia se la hizo más eficiente y el control sobre las organizaciones obreras trajo una mayor productividad a las fábricas. La persecución del mercado negro y del contrabando también fue del agrado de muchos. Los precios de la comida se estabilizaron, gracias principalmente a dos buenas cosechas.

A diferencia de su padre, Indira no estaba comprometida con el socialismo y auspiciaba la iniciativa privada, resultando que en esta época infinidad de pequeños negocios surgieron y prosperaron. Continuó la

política económica de convertir a la India en un país autosuficiente; espada de dos filos, pues mientras patrocinó el crecimiento de la industria nacional, permitió a veces la ineficiencia y la baja calidad de los productos.

Pero por otro lado, se implantó una estricta censura, se abolieron los partidos políticos y novecientos opositores fueron arrestados. Además Indira, propensa a rodearse de gente que no le hiciera sombra, fue reduciendo cada día más el círculo de sus consejeros y le dio poderes ilimitados a su hijo Sanjay.

Sanjay, a quien se le consideraba el hombre del mañana, y que era el líder del ala joven del Partido del Congreso, era uno de esos hombres como para cogerle miedo. De los que cuando se deciden a hacer una cosa, la hacen, pero sin mirar el costo ni las consecuencias. Mientras se concretaba en que se debían de plantar árboles y eliminar la tradición de la dote, todo iba bien. Lo malo fue cuando se propuso la limpieza de las barriadas de Delhi y fomentar el control de la natalidad. La limpia de las barriadas se hizo a base de niveladoras, y para el control de la natalidad alteró la política de recompensar con un regalo —como un radio transistor— la vasectomía voluntaria. El número de esterilizaciones masculinas forzadas no se conoce, pero tal fue el impacto de sus acciones, que en el Norte de la India, ante la llegada de un *jeep* del gobierno, los hombres se desaparecían.

Indira, creyendo que poseía el apoyo de la población, convocó las elecciones para febrero de 1977, pero para su sorpresa fue la oposición, reunida bajo un solo partido, el Janata, quien triunfó con una aplastante victoria. Un nuevo gobierno se formó encabezado por Morarji Desai, quien encargó a una comisión que investigara la conducta del gobierno de Indira Gandhi durante el estado de emergencia. Mientras Indira preparó su retorno político, se separó del Partido del Congreso y conformó el suyo propio, llamado Partido del Congreso de Indira, en enero de 1978. Un mes después, su partido ganó la mayoría en las elecciones estatales celebradas en Karnataka y Andhra a Pradesh. Pero la comisión la encontró culpable de corrupción y abuso de poder, aunque el

primer ministro, Desai, no se atrevió a actuar contra Indira. En noviembre reemplazó a un miembro del Parlamento, representante de la región de Karnataca, a quien se le obligó a renunciar; pero un mes después el Parlamento la encontró culpable de abuso de poder y la expulsó, tras lo cual fue encarcelada por unos meses.

El gobierno de coalición de Desai no podía durar, y así para el verano de 1979 lo reemplazó el de Charan Singh, pero con el lema de «Indira es India e India es Indira», ésta ganó las siguientes elecciones, en enero de 1980. En sólo treinta y tres meses reconstruyó sus bases. A la victoria política pronto se le unió la tragedia personal: en junio del mismo año Sanjay murió en un accidente de aviación. Perdía a su hijo menor, a su colaborador de más confianza. Su hijo mayor, quien había llevado una vida fuera del marco político, lo reemplazó. Indira buscaba sus colaboradores por su fidelidad, que no siempre iba unida a una gran capacidad. Prefería rodearse de aduladores que de hombres eficientes.

Su resonante vuelta al poder la consolidó con el desarrollo de actividades en el exterior. En la política internacional se convirtió en uno de los principales líderes dentro del movimiento de los No Alineados. Para Indira, lo principal en materia de política exterior, aunque firmó un tratado de colaboración con la Unión Soviética, era mantenerse independiente de la influencia de cualquier otro país. Sin embargo, en el interior los problemas étnicos empezaron a aflorar a principio de la década de los 80. En el Punjab, cierto grupo de los Sikhs, los Jats, a través de su partido Akali Dal, buscaba el control del Estado. Para disminuir la influencia de este grupo, el partido de la Sra. Gandhi apoyó a Jarnail Singh; un extremista religioso cuya popularidad creció rápidamente, y pronto comenzó la matanza de hindúes y el terrorismo escaló alarmantemente. Jarnail Singh buscó refugio en el templo sagrado de los Sikhs, el Templo Dorado de Amritsar, donde empezó a armar a un grupo de seguidores extremistas, lo que se convirtió no sólo en un desafío a su poder, sino en una constante amenaza. En junio de 1984 envió al ejército a tomar el Templo Dorado. Fue un episodio cruento, e incluso para los que no apoyaban a los terroristas, un sacrilegio. La reacción fue tal, que se declaró la ley marcial en el área. Los Sikhs juraron vengarse, y el 31 de octubre dos de sus propios guardaespaldas, de

procedencia Sikh, la asesinaron en el jardín de su casa. Unas pocas horas después, su hijo Rajiv Gandhi se convertía en el tercero d los Nehru que ocupaba el cargo de primer ministro de la India.

Indira Gandhi ha tenido muchos detractores, se la ha acusado de haber detenido el proceso económico indio, de haber permitido la corrupción y el latrocinio, y sobre todo, de haber atesorado el poder de tal manera, que dañó el desarrollo democrático de su país, convirtiendo a los Nehru en una seudodinastía. Existe un poco de verdad en esta crítica, tal vez sus propias palabras, emitidas durante una entrevista, nos permitan, sino justificarla, al menos comprender por qué hizo lo que hizo:

> *«Hace poco he dicho que mi padre no era un político. Yo, en cambio, creo serlo. Pero no en el sentido de estar interesada en una carrera política, sino porque creo necesario lanzarme a fondo para construir una determinada India, la India que yo quiero. Y la India que quiero, nunca me cansaré de repetirlo, es una India más justa y menos pobre, y completamente libre de influencias extranjeras. Si creyera que el país marcha ya hacia tales objetivos, dejaría rápidamente de hacer política y de ser primer ministro».*

Como dijimos al principio, no fue una santa, sino una mujer inteligente, práctica y realista, comprometida con el destino de la India.

3. Eva Perón

Su vida, y más aún su muerte, pudieran haber salido de las páginas de una novela romántica, cuya heroína se eleva, gracias al amor, desde una humilde cuna hasta la posición de primera dama de un país, para luego, ya en la cúspide, morir en plena flor de su vida. Pero la realidad no es literatura y tras la vida de un personaje existe un telón de fondo más complejo que el ideado por el novelista: la sociedad. El efímero paso de Eva Perón dejó firmemente impresas dos leyendas antinómicas, correspondientes cada una a los dos sectores antagónicos en que se dividió la sociedad argentina tras el peronismo. Para unos, Eva Perón era Evita, la santa, la protectora de los pobres, la compañera. Para otros, era la Duarte, la vengativa resentida social, la mujer a la que debe clasificarse con el insulto que primero viene a la mente cuando se habla de una mala mujer, y el que se sabe que es el que más duele, aunque se refiere al oficio más difícil de probar.

Provocando la admiración o el odio, pero nunca la indiferencia, esta mujer argentina logró poseer en plena juventud el mayor poder político que jamás haya disfrutado ninguna otra hispanoamericana. Sin embargo, nunca ostentó un cargo público y, para mayor asombro, no era la mujer de un dictador, sino la esposa de un presidente electo en unos comicios incuestionablemente limpios.

Según su acta de nacimiento vino al mundo en Junín, el 7 de mayo de 1922, y su nombre era el de Eva María Duarte. La única verdad que contiene este documento es el mes. Sí nació un día de mayo, pero de 1919 y en Los Toldos, un pequeño pueblo de la provincia de Buenos Aires, y su madre era Eva María Ibarguren. La fraudulenta acta de nacimiento fue creada cuando Perón se hallaba en el poder y su falsificación no obedecía a la frívola coquetería femenina de quitarse la edad, sino a la necesidad de

borrar un baldón insufrible en aquella época y en aquella sociedad, la condición de hija natural.

Eva y sus cuatro hermanos mayores eran hijos de Juana Ibarguren y de Juan Duarte, que vivían en General Viamonte. Los orígenes de su madre eran humildes, aunque su padre pertenecía a una familia acomodada de Chivilcoy, donde todavía vivían su esposa y sus tres hijas legítimas. En 1920, tal vez presionado por dificultades económicas, Juan Duarte volvió con su familia. La madre de Eva, por lo tanto, quedó abandonada y con muy pocos medios para proveer a sus cinco hijos de lo necesario. Tuvo que mudarse a una casa más sencilla, prescindir del servicio doméstico, y pronto tendría que pasar días y noches trabajando con su máquina de coser. El 8 de enero de 1926 recibió la noticia de que Juan Duarte había muerto en un accidente automovilístico, y que sus restos serían velados en Chivilcoy. Allí se presentó Juana con sus cinco hijos. Pero la viuda de Juan Duarte, Estela Grisolía, no les permitió la entrada al velatorio, hasta que su hermano la convence y finalmente los deja acompañar al cortejo fúnebre, y a los niños dar su último beso a su padre. Eva sólo tenía siete años, pocos, pero los suficientes para comprender que en el mundo existían diferencias y que en el reparto de privilegios y derechos a ella le tocaron pocos. Años más tarde, en su autobiografía *La razón de mi vida*, dice:

> *«He hallado en mi corazón un sentimiento fundamental que domina desde allí, en forma total, mi espíritu y mi vida, ese sentimiento es mi indignación frente a la injusticia. Desde que yo me acuerdo, cada injusticia me hace doler el alma como si me clavase algo en ella. De cada edad guardo un recuerdo de alguna injusticia que me sublevó desgarrándome íntimamente».*

Entre su rosario de recuerdos desgarradores, el de los funerales de su padre posiblemente fue uno en el que era ella precisamente una de las víctimas de la injusticia.

La familia, encabezada por Juana Ibarguren, se establece un año después en Junín, cuando Elisa, una de las hermanas mayores de Eva, es trasladada a la oficina de correos de esta ciudad. Juana sigue cosiendo y además establece una pensión en su casa. Sus huéspedes asiduos son

pequeños hacendados, comisionados de hacienda, algún que otro militar y algunos abogados. Aparte del beneficio económico, el negocio ofrece a sus hijas la oportunidad de encontrar un buen partido, mejor del que por sus medios propios pudieran conseguir.

La familia ha ido prosperando, casi todos los hijos trabajaban. Eva continúa en la escuela, donde no se destaca ni por sus notas ni por su cumplida asistencia, pero sí por su afición a la declamación. La primera oportunidad para subir a las tablas se la da su hermana Erminda, quien pertenece a la Comisión del Centro de Cultura y de Arte, un grupo de estudiantes que prepara representaciones teatrales. Así que a los catorce años Evita se estrena en las tablas con una obrita llamada *Arriba estudiantes*.

Su inclinación hacia la declamación y el teatro contrastan con su personalidad, pues fue en el colegio una niña introvertida y callada, aunque todos en su casa la recordaban como una niña alegre y juguetona. Sin embargo, la vida artística era probablemente la única vía para una muchacha que aspirara a escaparse de un ambiente provinciano y de un medio humilde. Cuando Eva terminó sus estudios primarios, muy pocas alternativas se le presentaban, y ninguna de ellas brillante. Podía elegir la carrera de maestra como su hermana Blanca, pero para ello tendría que continuar con los estudios, lo que por sus notas no le debía parecer muy apetecible, o aceptar un empleo burocrático de poca monta como su hermana Elisa. Y después, tal vez, como también hicieron sus hermanas mayores, enganchar algún partido entre los huéspedes que frecuentaban la pensión de su madre.

Ya fuera buscando escapar del medio, ya porque sintiera, como ella dijera más tarde, una «*extraña y profunda vocación artística*», el 3 de enero se encuentra en Buenos Aires, y el 28 de marzo debuta con un pequeño papel en el Teatro Comedia, en la obra *La señora de los Pérez*. ¿Cómo ha llegado hasta allí desde Junín? Hay varias versiones. Unos dicen, de acuerdo con su hermana Erminda, que Evita logró convencer a su madre de que la dejara intentar suerte en el teatro y que ésta la acompañó hasta Buenos Aires, donde la dejó en casa de unos amigos tras estar segura de que tenía un contrato con Radio Nacional. Según otros, Evita se escapó de Junín

con el cantante de tangos Magaldi, quien se hallaba de gira por esta ciudad. Y por último, a caballo entre las dos versiones, aparece otra: Evita le pidió, apoyada por su madre, a Magaldi ya la esposa de éste, que la llevaran a Buenos Aires.

Como quiera que llegara, allí se encontraba con el deseo triunfar en el teatro. Los primeros años de su actividad artística no fueron exactamente de los más lucidos. Como toda principiante, los papeles que conseguía eran los de relleno y en compañías de comedias. El sueldo que percibía era ínfimo, podía sobrevivir, pero viviendo en condiciones lamentables. De vez en cuando hacía una gira por el interior, en la cual lo único garantizado era el hospedaje y la comida, pues si la recaudación no era muy elevada, los actores de relleno se quedaban sin cobrar. A veces, a las giras le seguían meses de inactividad escénica, aunque de intenso corre-corre, visitando empresarios que la quisieran contratar para otros pequeños papeles. A pesar de su total desamparo en la gran ciudad, piensa en su familia antes que en sí misma y envía a su madre su primer sueldo. Este gesto dice mucho de los sentimientos filiales de Eva.

El año 1937 es prometedor para ella. En marzo debuta con la compañía dirigida por Armando Discépolo, uno de los mejores directores teatrales porteños de la época, en una obra de Pirandello, *La nueva colonia*. Aunque la obra duró pocos días en escena por falta de público, para Evita era un cambio positivo, pues salía del encasillamiento en el género chico de comedias cortas. En ese año también conoce a Emilio Kartulovich, director de *Sintonía*, una revista dedicada a las noticias de la farándula, y gracias a éste debuta en el cine y en la radio. Su pequeño papel en la película *Segundos afuera* está desligado hasta cierto punto de la trama principal y parece una adición de última hora. En el rodaje conoce a Quartucci, uno de los protagonistas, con quien entabla una relación poco después. Pero más importante que su debut en el cine, es el de la radio, pues será en ésta donde se convertirá más tarde en una figura de primera fila. Sus comienzos son sencillos, es la voz tras los anuncios publicitarios que aparecen en un concurso patrocinado por *Sintonía*. Pero poco después ya es una de las actrices de una radionovela de Radio Belgrano, *Oro blanco*. Para el año siguiente su hermano Juan, que trabaja para una firma de productos de

perfumería, le consigue un contrato como locutora de los anuncios de Jabón Radical. Pero su voz no es lo único que le permite ganarse la vida, también su figura, y trabaja como modelo de una peletería, de una casa de modas y otra de peinados.

A pesar de su constante actividad, no gana mucho y vive en un cuartito, y ni siquiera sola, pues lo comparte con otras dos actrices. Pero se va haciendo conocida y aparece por primera vez, en 1939, en la portada de una revista, *Sintonía*, por supuesto. Ese mismo año el director de esta misma revista le echa una mano, y a raíz del primero de mayo encabeza una compañía radioteatral de Radio Prieto. Continúa en el teatro, pero otra vez se le da la oportunidad d participar en el cine y rueda su segunda película, *La carga de los valientes*. De su vida y sus amores ya se empieza encargar otra revista, *Antena*.

Los años que siguen se parecen a los dos anteriores, actúa en pequeños papeles en el teatro y algunos en el cine. Pero la carrera radial va en línea ascendente. Trabaja para Radio Argentina y en Radio Prieto es la primera figura femenina de un radioteatro basado en una obra de Alejandro Casona, *Los amores de Schubert*. Prácticamente cada uno de sus nuevos ascensos se puede vincular, fundada o infundadamente, a la figura masculina. Entre los que se rumorea que tienen amores con Eva aparecen, Enrique Lafrenz, productor de un programa de Radio Argentina, para el que Eva trabaja, y Olegario Ferrando, productor de Pampa Film. También las revistas del corazón la enlazan con algún que otro galán de moda como Pablo Racciopi. En 1942 recibe el fruto de sus esfuerzos y consigue que la compañía Jabón Radical le patrocine un programa en Radio Argentina.

Para el año siguiente, tras el golpe militar del 4 de junio, el control de las estaciones de radio recae en el teniente coronel Aníbal Francisco Imbert. Gracias a su amistad con el jefe policía del anterior gobierno, conoce a Imbert, quien le firma el permiso para su actuación en Radio Belgrano. En esta emisora, y auspiciada por Jabón Radical, se inicia la carrera de Eva Duarte como figura estelar. Para finales de año obtiene la colaboración de José Muñoz Azpiri, quien se encarga de escribirle y dirigirle un ciclo de radioteatro sobre mujeres célebres.

Eva se va convirtiendo poco a poco en una nueva mujer. Comienza a gozar de una posición económica más desahogada, que le permite alquilar un buen apartamento frente al auditorio de Radio Belgrano y lucir ropa cara y elegante. Cada día es más popular y sus oyentes la llaman *Señorita Radio*. Esto es lo aparente, pero en lo interno la transformación no es menor. Sin saberlo se está preparando para una carrera política, con la que probablemente jamás ha soñado. Va aprendiendo el arte de la comunicación, cuida su voz y sus expresiones, se impregna del lustre de los grandes personajes históricos que encarna. Por otro lado, en su faceta de entrevistadora va conociendo a personajes importantes que la encaminan y acercan al poder.

Aunque en los primeros años de su carrera artística, en gran parte debido a las presiones económicas, Eva no participó mucho en las organizaciones de artistas, poco a poco se va asociando más a ellas. Y cuando en 1944 se conforma una comisión de actores encargada de recaudar fondos para las víctimas del terremoto de San Juan, acaecido el 5 de enero, Eva se incorpora al grupo. A beneficio de la misma causa, el 22 de enero, los artistas preparan una función en el estadio Luna Park. Eva asiste y allí se encuentra con el coronel Juan Domingo Perón, jefe de las secretarías del Ministerio de Guerra, y del Trabajo y Previsión. Una vez más las versiones de este encuentro varían, unos dicen que Evita iba acompañada por Imbert, y que fue éste quien le presentó al coronel, Otros dicen que Evita y una amiga no pudieron entrar al Luna Park, pero un amigo les consiguió pasar, se encontraron con Imbert y Perón, y fue este amigo quien los presentó. La primera pudiera parecer la versión más fidedigna, pues ya sabemos que Evita conocía desde hacía algún tiempo a Imbert; sin embargo, es posible que ninguna de las dos sea verdad, pues hay quien cree que ya se conocían de antes. En una foto, publicada por la revista *Radiolandia*, aparecen tanto Evita como Perón.

Si éste fue el día maravilloso de Evita, como ella calificaba al día de su primer encuentro con Perón, no lo sabremos nunca, pero de hecho fue a partir de esa velada que la relación entre Perón y ella se inició, pues al terminar el espectáculo, alrededor de las dos de la mañana, partieron juntos. Pocos días después de la celebración, Perón se presenta en Radio Belgrano

y consiente que le saquen fotos con la artista del radioteatro. Y ya para abril del mismo año viven juntos. Perón ha alquilado un apartamento frente al de Eva en la calle Posadas.

Aunque no exento de riesgo, éste era el respaldo que Evita necesitaba. La situación política de Perón pasa por unos momentos difíciles, pero poco después es nombrado ministro de Guerra. El riesgo valió la pena y la carrera de Evita toma un impulso ascendente. Ve como en Radio Belgrano aumenta la publicidad de sus programas, y le ofrecen un contrato por doce meses con el sueldo mensual más alto que se conocía hasta la fecha. Hasta el cine le abre sus puertas de par en par, y los estudios San Miguel le otorgan un contrato para un papel ya asignado a otra actriz. Como es lógico, la filmación de *La cabalgata del circo* dio mucho que hablar.

Entre las actrices que trabajaban en esta película figuraba Libertad Lamarque. Y, según rumores, entre Evita y Libertad floreció una espinosa enemistad. Libertad era una de las actrices más cotizadas del cine argentino y era muy capaz de imponer algún que otro plante de divismo, pero se encontró con que la nueva estrella también estaba dispuesta a hacer su debut en este plano. Una anécdota sigue a la otra: la «starlet» llega tarde o detiene la filmación de una escena porque se halla en comunicación telefónica con el ministro de Guerra, y al ser interpelada contesta que su colaboración con Perón es más importante que la filmación. Parece que la decana actriz no sufría con paciencia este tipo de comportamiento, y después de dirigirle una cuantas indirectas a Evita, le plantó un bofetón.

En Radio Belgrano, en cambio, todo marcha divinamente. Evita encarna una mujer célebre tras otra. Un día es Isabel de Inglaterra, otro Sarah Bernhardt, después Josefina, poco Más tarde Catalina la Grande, luego Lola Montez, Isadora Duncan, Eugenia de Montijo, Lady Hamilton y a todas éstas le sigue un imponente etcétera. Aparte de este programa, en donde se lucía cambiando de personalidad casi a diario, desde 1944 es la estrella de otros dos. Uno de ellos tiene por título *Hacia un futuro mejor*, de contenido propagandístico a favor de Perón, en el cual se ensalza su labor como secretario de Trabajo y Previsión.

Uno de los favorecidos con el auge de Evita es su principal escritor, Azpiri, quien se convierte el 9 de junio de 1944 en director de Propaganda

de la Secretaría de Información. Junto a éste, Evita hace sus primeros pinitos en política cuando participan ambos en la campaña presidencial de Juan Domingo Perón.

A pesar de que su interpretación en *La cabalgata del circo* fue bastante deslucida, recibe inmediatamente la oferta para otra película, pero no le gusta y la rechaza. Selecciona otro guión, el de *La pródiga*, basado en una novela de Alarcón, y para la que se abroga el privilegio de elegir el director de su preferencia, Sofficci. Perón acude con frecuencia a la filmación y la lleva a almorzar, a pesar de que hacía poco tiempo lo habían interpelado por lo abierto de su relación. A Eva, sin embargo, la nombran presidenta de la Asociación de Actores que se acaba de conformar.

No todos están de acuerdo con la labor que Perón efectúa. Y principalmente en el Ejército se pueden encontrar muchos de sus detractores. El 9 de octubre se le obliga a que renuncie a sus cargos, es decir, a la vicepresidencia, al ministerio de Guerra y a la secretaría de Trabajo y Previsión. Según se dice, fue el ascenso de un oscuro burócrata de Correos y Telecomunicaciones al cargo de Director de esta institución, la gota que desbordó el vaso. El modesto empleado era amigo de Evita.

A las once de la noche de aquel mismo día, Perón y Evita parten rumbo al pueblo de Florida, donde buscan refugio en la casa de Elisa Duarte. Horas antes han pasado momentos angustiosos, pues habían amenazado con asaltar su apartamento de Posadas, pero el asalto nunca se produjo. Al día siguiente salen hacia Tres Bocas, en la isla Tigre. Esta isla pertenece a un industrial alemán, en cuyo automóvil se transportan. En este lugar, tres días después, Perón es arrestado. Le permiten pasar por su apartamento de Posadas donde deja a Evita, y de allí parte hacia la prisión. Aunque Evita quiere acompañarlo no se lo permiten, entonces se traslada al departamento de una amiga y de allí al de su hermano Juan.

Desde la prisión, Juan Perón le escribe una carta en la que le comunica la preocupación que siente por su seguridad, su deseo de retirarse y le propone a su «viejita de mi alma» matrimonio. Perón no sabe que va a pasar en muy pocos días. El 17 de octubre converge en la Plaza de Mayo una tumultuosa manifestación popular que reclama al gobierno su liberación

inmediata. Y tras terminar ésta, Perón ya ha conferenciado con el Presidente y se dirige a su apartamento de Posadas, donde lo aguarda Eva.

Como tantos otros episodios de la vida de Eva, la realidad de los días previos a la liberación de Perón queda sepultada en el conflicto entre dos versiones. Por un lado se dice que Eva visita uno tras otro a sus amigos, buscando una influencia que le permita conseguir el *hábeas corpus* de Perón, para emprender después el camino hacia el exilio. Otros, sin embargo, dicen que recorrió infatigablemente las calles de Buenos Aires, convenciendo a los amigos de los centros sindicales y animando al pueblo para que participaran en la manifestación, en suma, que fue la principal fuerza motriz que impulsó esta jornada.

Juan Domingo cumplió su promesa y el 22 de octubre de 1945 contrajo matrimonio civil con Evita. Fue una ceremonia muy sencilla, asistieron los íntimos y la prensa quedó fuera. Desde Junín ha venido un escribano expresamente para casarlos, al que se le compensará nombrándolo, al año siguiente, director de la Junta de Vigilancia y Disposición Fiscal de la Propiedad Enemiga y vicepresidente de D.I.N.I.E. La recompensa no corresponde a las inconveniencias del intempestivo viaje, sino a falsedades que el oficial permite filtrar en el acta matrimonial, en la que aparece que Evita tiene 23 años y que reside en Junín en la casa de su madre. Mientras que Juan Domingo Perón se declara soltero, cuando era en verdad viudo. La prensa y el pueblo esperan el matrimonio religioso con ansiedad. Se efectuó el 11 de diciembre del mismo año, un mes después de la fecha planeada, pues hubo que posponerlo ya que la iglesia donde lo iban a celebrar estaba totalmente rodeada de fotógrafos, periodistas y gran cantidad de curiosos.

La luna de miel se transforma en campaña electoral el 26 de diciembre. Evita se convierte en la primera mujer argentina que participa en este tipo de gira. El peso de su influencia política se hace patente cuando consigue eliminar de entre los candidatos posibles a la vicepresidencia, a Lecloir y a Bramuglia, a quienes califica respectivamente de oligarca y de traidor.

Llega el año 1946, y parte en una nueva gira electoral. A su regreso participa en un acto en el Luna Park, en el que intenta trasmitir un mensaje de Perón. No logra dominar a la multitud y su voz se pierde en el griterío. Es su primera experiencia como oradora política y un total fracaso. Pero

Evita está acostumbrada a empezar con pocos medios desde abajo, y no conoce el desaliento.

Las elecciones se celebran el 24 de febrero y Perón triunfa por una abrumadora mayoría. El 4 de junio asume la presidencia y tras el coche que lo lleva del Congreso a la Casa de Gobierno, va el de Eva Duarte. La hija ilegítima de una humilde mujer, la muchacha que hace apenas once años era una provinciana de pelo negro, mal vestida, callada y sin un particular atractivo, es quien se ha convertido a través de la lucha por la subsistencia, que a tantas otras ha aniquilado, en una mujer firme y segura de sí misma, elegante en su forma de vestir y en la de peinar sus cabellos rubios. Atrás quedó su carrera de actriz mediocre, y ahora es la primera dama de una de las naciones más ricas de América.

Como esposa del presidente pudiera hacer un buen papel, una bella y joven primera dama que sabe lucir la moda. Pero demasiados factores se conjugan para hacer de esto un imposible. En primer lugar Eva misma, para quien habiendo nacido pobre y ambiciosa, la vida era sólo una lucha y había descubierto en los últimos años una nueva arena donde triunfar, la política.

Eva con su esposo Juan Domingo Perón.

En segundo lugar Perón, que tenía sus propios planes: para él Evita es «el estandarte de nuestro movimiento», e incluso llegó a declarar: «*Eva Perón es un producto mío. Yo la preparé para que hiciera lo que hizo*». Después, los miembros de las clases altas para quienes la esposa del Presidente es una advenediza trepadora de moral dudosa, que no puede tener cabida en su sociedad. Y por último, el pueblo argentino que veía en ella a su protectora. A esa conjunción sólo le falta un elemento para convertirse en una explosión, y tanto Perón como Evita no dudan en administrarlo, pues su meta es la transformación de la sociedad argentina.

A pocos días de la toma de la presidencia, Eva se instala en Correos y luego pasa al Ministerio de Trabajo y Previsión. Oficialmente el ministro es José María Freyre, pero el verdadero ministro tiene nombre de mujer. Pronto también recibe el primer zarpazo de la oligarquía. Tradicionalmente a las esposas de los presidentes de la República se las nombraba presidentas de la Sociedad de Beneficencia, pero las damas que integran la asociación le informan que lamentablemente no se la pueden entregar debido a su juventud. Eva ya estaba preparada para el golpe, así que rápidamente les contesta que de ese detalle ella ya se había percatado, y que por lo tanto había pensado que esa función debería recaer sobre su madre. Tras el contragolpe les da el puntillazo, y poco después la sociedad queda disuelta. Para Evita esta institución es más que un insulto, pues ella no quiere beneficencia sino verdadera justicia social, aunque su versión tiene tanto de generosidad irresponsable como de resentimiento y venganza.

Desde su mesa de trabajo, tanto en la Casa de Gobierno como en el Ministerio de Trabajo, recibe a diplomáticos, ministros, diputados, trabajadores y a cualquier pobre que desee pedirle algo. Desde allí ella reparte máquinas de coser, bicicletas, muñecas, pasajes de ferrocarril, camas de hospitales, libertades condicionales, becas, comida, fajos de billetes, nombramientos, y todo lo que le puedan pedir. Para eso hay dinero en las arcas del gobierno, y ella no tiene que rendirle cuentas a nadie, ni efectuar trámites burocráticos. Y si no se lo puede sacar al gobierno, siempre se puede hacer un poco de extorsión. Quitarle al rico para darle al pobre es también una forma de reivindicación social. Evita intenta dar la felicidad que ella no poseyó, y en esta faceta tiene mucho de Rey Mago y algo de

Robin Hood. Aunque todo no es para los «descamisados», ella hace tiempo que se viste con los grandes modistos, pero también fue pobre, así que en la nueva repartición a ella también le tiene que tocar un poco.

Tanto Perón como Evita comprenden que para transformar la sociedad argentina hay que concederle la voz a un sector que ha permanecido callado por demasiado tiempo: la mujer. Se organiza la Asociación Pro Sufragio Femenino que encabeza Evita, quien cree que lleva un nombre que se ha transformado en grito de batalla para todas las mujeres del mundo, y que piensa que el siglo XX no será recordado como el de la bomba atómica, sino como el de la liberación femenina. Al año siguiente, el 9 se septiembre de 1947, se aprueba en el Congreso la ley que otorga el voto a la mujer, poco después se crea el Partido Peronista Femenino.

El 47 es un año de enorme actividad para Evita. Viniendo de los medios de comunicación, conoce el valor de la propaganda y consigue que un grupo financiero le compre el diario «Democracia», donde aparecerán una serie de artículos bajo su firma. Poco después parte hacia Europa, donde es muy bien recibida por algunos, pero no así por otros. En España, Franco la condecora con la Gran Cruz de Isabel la Católica, y por todas partes está rodeada de ministros y primeros ministros; el Papa le concede una audiencia, pero en Suiza la reciben a tomatazos. A los desplantes contesta con otros, pero no siempre recaen sobre el mismo agresor.

Su labor social se organiza abiertamente bajo su égida personal. El 19 de junio abre con diez mil pesos una cuenta bancaria a nombre de la Fundación de Ayuda Social María Eva Duarte de Perón. A través de ésta canaliza un sinnúmero; de organizaciones sociales por todo el país, dirigidas distintos sectores de la población, desde jardines de infancia hasta hogares para ancianos, pasando por hogares de tránsito para mujeres, hasta escuelas de enfermeras, hospitales, y politécnicos.

El 9 de enero de 1950 parece un día normal. Evita asiste a la inauguración de un local del Sindicato de Conductores de Taxis y de una escuela que lleva su nombre, y sufre un desmayo. Tras la revisión, el médico, el ministro de Educación Ivanisevich, declara que no puede establecer un diagnóstico definitivo, y que debe ser operada por existir una lesión inflamatoria subaguda. El 12 de enero la operan de apendicitis, pero

se detecta la existencia de tejido anormal en el organismo, y le recomiendan una segunda intervención. Evita, sin embargo, piensa que están exagerando malintencionadamente para eliminarla de la arena política, y rehúsa seguir con el tratamiento. La situación de Ivanisevich se torna tan difícil que renuncia a su cartera ministerial.

A pesar de las advertencias, Eva continúa sin prestarle mucha atención a su estado de salud. En 1951, cuando se declara una huelga ferroviaria, recorre las estaciones pidiéndole a los obreros que se reincorporen al trabajo. Su ascendiente sobre el pueblo es cada día más grande, y el 22 de agosto del mismo año la C.C.T., Central General de Trabajadores, convoca a la gente a que se presenten en la avenida 9 de Julio, para que como Cabildo Abierto del justicialismo, le piden a Perón ya Evita que acepten la presidencia y la vicepresidencia de la República. Unas fuentes dicen que se reunieron dos millones de personas, otros, que doscientos cincuenta mil. Ante la insistencia de los congregados, Evita se presentó y entabló un diálogo con los que le pedían que aceptara la vicepresidencia. Está nerviosa y pide tiempo para pensar, primero cuatro días, luego hasta el día siguiente, después hasta las nueve y media de la noche, por último dos horas nada más. Pero los asistentes siguen insistiendo y entonces dice «*Al lado del general, haré lo que el pueblo me pida*».

La procesión funeral de Eva Perón.

Pocos días después la C.C.T. pide que el 31 de agosto se declare el Día del Renunciamiento. En esa fecha Evita había declarado su irrevocable decisión de renunciar al alto honor de convertirse en vicepresidenta. Sus razones fueron principalmente políticas, el ejército no estaba dispuesto a admitirla en tal cargo. Su salud también hubiera podido ser otra razón, pues ya para el 28 de septiembre se encontraba muy enferma. Al mes siguiente se convoca una concentración en su nombre y se la condecora con la medalla peronista. Lloró de la emoción, pero su estado es tan precario que asiste al acto sentada, y cuando se dirige a las multitudes su esposo la tiene que sujetar por la cintura para que no caiga. Al día siguiente, el 18 de octubre, se declara Día de Santa Evita.

Las intervenciones quirúrgicas no pueden detener el progreso del cáncer. El 2 de noviembre se encuentra en el hospital, es el día de las elecciones presidenciales y por primera vez las mujeres argentinas pueden ejercer su derecho al voto. Se transporta una urna para que Evita vote, Dicen que cuando sacaron la urna del hospital éste estaba rodeado de mujeres rezando de rodillas que deseaban tocar la urna donde se encontraba ya el voto de Evita. A finales del año sale a la luz su autobiografía, *La razón de mi vida*.

La enfermedad la está matando, pero su pasión política continúa. El primero de mayo de 1952 pronuncia su último discurso en público. Y seis días después el Congreso le concede el título de Jefe Espiritual de la Nación. A fuerza de voluntad el 4 de junio recorre, de pie en el auto, el trayecto del Congreso a la Casa Presidencial. Juan Perón es por segunda vez presidente, pero no puede presenciar su juramento porque se desmaya.

Hasta el último momento se dirigía, desde su lecho, al pueblo argentino. En uno de sus discursos radiales dirigido a las mujeres, les dice: «*Aquí, desde mi antiguo banco de trabajo…*». Esta sinceridad, mezclada con algo de cinismo, provoca en las mujeres argentinas tanto la risa como el llanto. La tristeza invade la nación argentina. El 26 de julio, diez minutos después de pronunciar sus últimas palabras: «*Eva se va*», muere.

Se planea la construcción de un gran mausoleo que recogerá sus restos embalsamados. La preparación del cadáver tomó un año y costó 100.000 dólares. Sin embargo, el mausoleo jamás se construirá, en septiembre de

1955 se produce un levantamiento militar. Juan Domingo Perón tiene que partir hacia el exilio y la rica Argentina es un país arruinado y escindido entre peronistas y antiperonistas.

Pero Evita no necesita de mausoleos en su honor, pues su deseo se cumplió:

«Todo lo que pido es que la Historia recuerde que hubo al lado del general Perón una mujer que le llevó las esperanzas y las necesidades del pueblo, y que esa mujer se llamaba Evita». Aunque para sus adentros tal vez pensara igual que Luis XIV: *«Detrás de mí, el diluvio».*

Capítulo 4

Mujeres entre bastidores

1. Santa Catalina de Siena
2. Diana de Poitiers
3. Madame Roland
4. Manuela Sáenz

1. Santa Catalina de Siena

Ningún consuelo, sino carecer de todo consuelo. Ningún consuelo, salvo la cruz, fue el lema que rigió la vida de esta santa, a la que le tocó vivir en uno de los momentos más críticos de la historia de la Iglesia Católica.

El 25 de marzo de 1347 vinieron al mundo en Siena dos gemelas, de las cuales una murió al nacer, la otra era Catalina y venía a ser el vigésimo tercer fruto del matrimonio del tintorero Jacobo Benincasa y Lapa de Piccio dei Piangenti. Esta familia, numerosa y humilde, no estaba en condiciones de darle educación a toda su prole, así que Catalina creció ayudando a su madre en las labores hogareñas, y por las noches escuchando la lectura de la *Vida de los Santos*. La señora Lapa, además de preparar a su hija para los trabajos propios de una casa, le enseñaba, dentro de los límites de sus condiciones económicas, a presumir, pues el único futuro que le podía ofrecer era el del matrimonio. Pero a Catalina la segunda parte de las enseñanzas no parecía importar/e, nada de prendas ni adorno alguno. Su afán era trabajar y rezar; en la mesa prefería un pedazo de pan seco y un poco de agua.

La familia Benincasa tenía a su hija como una rareza, ya fin de que la trajese a la cordura, llamó a un confesor, fray Tomás della Fonte. Los resultados no fueron muy favorables para los Benincasa, pues fray Tomás, para poner a prueba la vocación de Catalina, le manda a cortarse su preciosa cabellera, y nada fue más sencillo para la muchacha que tomar las tijeras y cumplir lo pedido. A la familia no le quedó más remedio, luego de castigos, reproches, llantos y ruegos, que acatar la voluntad de su hija; y un día no bien determinado, entre 1363 y 1364, Catalina ingresa en la Orden de las terciarias dominicanas, y con su velo negro, pechera blanca y escapulario, se torna a su casa, pues esta Orden no es de clausura.

Su primera visión mística, después de haber tomado el hábito, la tiene unos tres años después, cuando Jesús se le aparece y le pone en el dedo el anillo de desposada; esta vez le anuncia una misión que tendrá que cumplir, pero aún ha se la define. A la quinta visita de Jesús, Catalina es puesta en conocimiento de la obra que tendrá que emprender.

«Vivirás entre las multitudes llevando el honor de mi nombre ante los pequeños y ante los grandes… Te presentarás a los pontífices, a los que gobiernan la Iglesia y al pueblo cristiano, pues quiero, según mi costumbre, confundir con el débil el orgullo de los fuertes».

Ya por estos tiempos Catalina ejercía el apostolado y su fama había comenzado a circular, llegando muchas personas a su casa a escuchar sus palabras.

La ciudad de Siena tuvo la oportunidad de calibrar el valor de esta monja cuando, en 1374, se desata una terrible epidemia de peste, y Catalina lleva su caridad hasta las últimas consecuencias, a ningún enfermo le faltaba su ayuda y consuelo, sin temor al contagio iba de un apestado a otro. Pero aún no era esta la gran misión que le había deparado Jesús.

Para valorar mejor la acción que emprenderá Catalina, vayámonos a finales del primer lustro del siglo XIV. En 1305, arzobispo de Burdeos fue elegido Papa bajo la presión de Felipe IV el Hermoso, rey de Francia, y se estableció en este país en lugar de ir a Roma. Primero residió en Lyon y luego trasladó su sede a Aviñón; a partir de ese momento los Papas permanecerían allí por espacio de unos setenta años. Casi todos los cardenales eran franceses y como consecuencia la autoridad de la Iglesia respondía a los intereses de ese país.

El boato imperó en Aviñón durante todo este tiempo, era una de las cortes más lujosas y refinadas de Europa, y para sostenerlo necesitaba dinero, y el dinero provenía de la bolsa de los fieles, a los que se les imponían onerosos impuestos, y llegó el momento en que el pueblo veía al Papa como un tirano. Urbano V, Papa de 1362 a 1370, se empeñó en reformar la Iglesia, empezando por la cúpula. Con estos fines regresó a Roma, sólo pudo permanecer en ella tres años, pues la presión de los

cardenales franceses lo obligó a volver a Aviñón. A Urbano V lo sucede Gregario XI.

Como hemos visto, el pontificado está en crisis: la disciplina del clero está relajada, los fieles desorientados y los países cristianos luchan entre sí. Catalina se impone tres tareas: la reforma de la Iglesia, la paz y la cruzada. Debe empezar por lograr el retorno definitivo del Papa a Roma, terminar con lo que se ha dado en llamar *el cautiverio de Babilonia*, y para ello recorre ciudades italianas en misión de paz, visita a príncipes, nobles y gobernantes, dicta cartas que son enviadas a todas las personalidades más influyentes de su época, y por último envía una carta al Papa; y tras la misiva parte ella para Aviñón, en 1376, con el fin de convencerle de la necesidad de su regreso a Roma. Gregorio XI vacila, pues todos sus consejeros y cardenales se oponen. Trabajo le tomó a Catalina hacerla salir de Aviñón, pero el 17 de enero de 1377 el Papa, a quien Catalina le ha trasmitido su ferviente devoción por la Iglesia, entra en Roma.

Catalina cumplió con éxito la primera parte de su plan, pero lamentablemente, Gregorio XI muere a los pocos meses, y con ello se avecina el hecho conocido como *El gran cisma de Occidente*. Los desacuerdos comienzan por los cardenales: los italianos querían un Papa de su nacionalidad, y los franceses, de la de ellos; por fin eligen a Urbano VI, de origen napolitano. Este Papa trató de limar las desavenencias, pero lo hizo con tanta rudeza que los cardenales franceses se le opusieron y eligieron un antipapa, Clemente VII, que se instaló en Aviñón. Cada país reconoció al que creía verdadero.

No por haber traído al Papa de nuevo a Roma Catalina se sentó a reposar, sino que al volver a Siena continúa, a través de la correspondencia y de su infatigable actividad, su labor d, mediadora de paz, predicando el amor y la verdad de Cristo a todos los niveles de su ciudad. Por esta época, finales de 1378, dicta a sus discípulos el *Libro de la divina doctrina*.

El cisma que se ha producido la atormenta. Urbano VII la llama a Roma, necesita de su fuerza, de su santidad en esta lucha. Catalina lo defiende a través de sus cartas a reyes, cardenales y obispos, pero Urbano VI la mayor parte de las veces no atiende a sus llamados al perdón y a la prudencia, y por su intransigencia muchos lo van abandonando. Catalina

estará junto a él dos años, rogando a Dios sin cesar por la Iglesia y el Papa. Pero el 25 de marzo de 1380 cumple treinta y tres años, la edad de Cristo, sólo le quedan pocas semana, de vida, que las pasa agonizando, hasta que el 29 de abril fallece; minutos antes le había dicho a su confesor:

«Os aseguro que si muero, la única causa de mi muerte es el celo y el amor a la Iglesia, que me abrasa y me consume».

Santa Catalina de Siena era una muchacha analfabeta que asombraba con su doctrina a los más sabios en teología. Dictó innumerables cartas, de las que se conservan alrededor de cuatrocientas, algunas oraciones y el libro *El Diálogo,* que recopila las conversaciones entre ella y Jesucristo durante sus momentos de éxtasis. Su culto se extendió por Europa, fundamentalmente en aquellos países fieles al Papa de Roma durante el Cisma de Occidente que duró de 1378 a 1417. Fue canonizada por Pío 11 en 1461, y Paulo VI la declaró Doctora de la Iglesia en 1970. En su persona conjugó armónicamente la acción y la contemplación, la oración y el apostolado, penitencia y el trabajo, siendo su vida un ejemplo para todos los cristianos.

2. Diana de Poitiers

En la vida de los reyes generalmente podemos contar con una, o algunas, favoritas. Pero el caso de Enrique II y Diana de Poitiers es muy singular.

La historia de estos amores puede decirse que comienza en marzo de 1526. Recientemente se había firmado el Tratado de Madrid, y según una de sus cláusulas, Francisco 1, prisionero de Carlos V desde hacía un año en España, podía volver a Francia, pero a cambio de que sus hijos, el delfín Francisco de nueve años, y el duque de Orleans, que aún no había cumplido los ocho, fueran entregados como rehenes. El cortejo que acompañaba a los menudos prisioneros reales ofrecía toda su atención al primogénito, futuro rey de Francia, mientras que Enrique, el segundón, permanecía apartado, triste y lleno de angustia. Una bellísima dama se acercó desamparado niño, lo estrechó maternalmente y lo besó la frente. La hermosa mujer era Diana de Poitiers, esposa conde de Brézé, gran senescal de Normandía, y tenía toda la frescura de sus veintisiete años, veinte más que el niño.

Durante este tiempo de prisión en tierra española, el pequeño Enrique rodeaba su soledad con los personajes de su libro favorito, *Amadís de Gaula*; en su infantil imaginación personificaba al valiente caballero, y como él, tenía dama por la que luchar y a quien amar. Había perdido a su madre y hacía reina de sus pensamientos a la bella señora que le había ofrecido consuelo en sus momentos difíciles.

Pasaron cuatro años, Enrique y su hermano regresaron a Francia gracias a la alianza matrimonial entre el padre de ambos y Leonor de Austria, hermana de Carlos V. Enrique volvió a encontrarse con la mujer que ocupó sus sueños durante su encierro y aunque sólo tenía once años, la cárcel le había prestado la madurez de un hombre.

En las celebraciones de la boda de Francisco I y Leonor de Austria, los hijos del rey tomaron parte en un torneo. Cada combatiente enarbolaba un

estandarte que, según las reglas, debían inclinar ante la dama a la que querían dedicar la presunta victoria, y Enrique postró el suyo ante Diana.

Pero hablemos un poco de esta mujer antes de continuar con la historia. Como habíamos dicho, era casada, y senescal de Normandía, que le aventajaba sobradamente edad, falleció aproximadamente un año después del hecho que acabamos de describir. Pero mientras vivió, Diana apartándose de las conductas livianas, comunes entre las mujeres de la Corte, siempre fue fiel a su marido, del que tenía dos hijas casaderas. A su muerte guardó un luto perpetuo en lo que a indumentaria se refiere. Siempre apareció vestida de blanco y negro, colores que llevaban las viudas de la nobleza y que, además, realzaban la proverbial blancura de su piel. El modelo de sus trajes, confeccionados siempre en seda, era invariable: una túnica amplia ajustada con un cinturón recamado en piedras preciosas; escote bajo y cuadrado; largas mangas y cofia negra adornada con perlas. Este atuendo cubría un cuerpo de proporciones perfectas, que durante casi un siglo fue el canon al que trataron de acercarse todas las mujeres de la Corte, y aun fuera de ella.

Para conservar la esbeltez y la flexibilidad que la acompañó toda la vida, practicaba la equitación cada mañana y se dedicaba sistemáticamente a su pasión favorita: la caza. Su destreza en esta actividad era tal, que le valió, además de los trofeos, el epíteto de *La señora de los ciervos*, emulando a la diosa de la cual llevaba el nombre; así que podemos considerar a la Poitiers una de las primeras deportistas del Renacimiento. Otras reglas que observaba rigurosamente para observar su belleza, era tomar sus baños siempre con agua fría, no importa la estación del año, y no emplear ningún tipo de cosmético sobre su rostro, que era de un óvalo perfecto, con ojos brillantes y negros al igual que sus cabellos, cejas bien delineadas y labios finos. Pero esta dama, físicamente tan perfecta, abrigaba una ambición desmedida, una insaciable sed de riquezas y poder que puso de manifiesto tan pronto se le presentó la oportunidad.

La particular atracción que la «gran senescala» ejercía sobre Enrique, fue pronto percibida por los cortesanos, pero atendiendo a la abismal diferencia de edades que los separaba, nadie dio importancia a lo que debía ser un capricho del joven. Por otra parte, ya Enrique estaba en la edad

comprendida, en un príncipe, para contraer matrimonio. Como esposa le seleccionaron a Catalina de Médicis, de su misma edad. Joven muy rica, muy inteligente y muy fea, pero que se enamoró perdidamente del hombre que le dieron como esposo. La boda se celebró en 1533, cuando ambos contaban catorce años, y veintiséis años de humillaciones esperaban a Catalina, empezando por Enrique, que la ignoraba totalmente sumido en su adoración por Diana, de la que llevaba en su estandarte de torneos el emblema que simboliza a la diosa del mismo nombre: la luna en creciente, y ya a nadie se le escapaba la directa alusión que con esto hacía a la «gran senescala».

Durante los primeros años el joven matrimonio aún no había tenido hijos, pero en ese momento no era objeto de preocupación. Un lamentable hecho, en 1536, hizo a Catalina el centro de atención de la Corte: el delfín Francisco murió repentinamente víctima de una congestión, ahora el heredero del trono sería Enrique y era preciso que tuviera descendencia.

Se manejó la posibilidad de que Catalina fuera estéril, y en ese caso el divorcio se imponía. Diana, por su parte, había mantenido una actitud que navegaba entre la condescendencia y la indiferencia ante los asedios amorosos de Enrique; pero ahora el embobecido enamorado sería el futuro rey de Francia, así que calculó las ilimitadas posibilidades que la posición de favorita le daría, pero para ello era necesario, ante todo, conservar como esposa de Enrique a Catalina, conocedora resignada de la pasión de su marido.

Diana utilizó su ascendiente sobre Enrique para que no anulara el matrimonio y, según comentarios de la Corte, le recordó sus deberes conyugales. Catalina había permitido que su rival tomara partido por ella ante su inminente repudio, que gracias a sus diligentes esfuerzos pudiera seguir junto a su esposo y que al cabo de nueve años de matrimonio por fin pudiera dar un hijo, y luego otros, hasta completar la decena; pero eso tenía su precio. Diana era la que dirigía y decidía en todo lo concerniente a la educación de los hijos de Enrique y Catalina, no teniendo esta última la menor autoridad para disponer ni sobre ellos ni sobre nada en el palacio.

El rey Francisco I no tenía muy buena relación con el Delfín, y aunque él también mantenía como favorita a madame de Etampes, enemiga

acérrima de la Poitiers, desaprobaba el amor que aquél sentía por Diana, quizás porque intuía las garras que se gastaba la «gran senescala». Así, la Corte estaba dividida entre los partidarios de madame de Etampes y los partidarios de la Poitiers.

El 31 de marzo de 1547 falleció Francisco l. Antes de morir tuvo una larga conversación con su hijo, llena de consejos sobre todo en lo que puede concernir a quien tomará la, riendas de un gobierno; pero también le encargó la protección de madame de Etampes, y refiriéndose, sin nombrarla, a Diana de Poitiers, le recomendó que no se dejar, dominar por otras personas como él se había dejado de su última favorita; y a todo asentía Enrique con los ojos llenos lágrimas.

Para empezar a hacer valer su autoridad de rey, Enrique II lo primero que hizo fue desembarazar la Corte de todos los fieles amigos del difunto Rey, y traer a las posiciones privilegiadas a sus amigos, que es lo mismo que decir los amigos y familiares de Diana. La coronación tuvo lugar en la catedral de Reims, y el rey lució una túnica de raso azul en la que aparecía la H de su nombre, en francés Henri, bordada repetidamente en la pieza y enlazada con el doble emblema de la luna en creciente, de manera que formaba una doble D dentro de la H; fue un desafío sin precedentes y una de las más grandes humillaciones que haya recibido una reina, en este caso Catalina.

Le ha llegado su momento a Diana, después de tantos años labrando el terreno, ahora tendría su jugosa cosecha, y pensaría que era hora, pues tenía casi cincuenta años. Enrique II, más rápido que corriendo, se dispone a recompensar la fidelidad de su dama, como la llamaba. El castillo de Limours y las tierras de Beynes, pertenecientes a madame de Etampes, pasan a manos de Diana; las más valiosas joyas del tesoro de la corona, también fueron a dar a los cofres de la favorita; el castillo de Chenonceau, con sus tierras aledañas, le fue entregado en nombre de una vieja deuda de reconocimiento a su difunto esposo. La codicia de Diana no conocía límites, estas generosas dádivas no le bastaban, todo negocio que pudiera ofrecerle un poco más lo acometía sin escrúpulos. Era costumbre que cuando había un cambio de reinado, los que contaban con un cargo público tenían que pagar una determinada suma para ratificarse en el puesto, y Diana se

embolsó todos estos impuestos. También exigió, como ferviente católica, una renta sobre los bienes confiscados a los protestantes y judíos, y no hizo ascos para vender como esclavos a los galeones genoveses a un grupo de prisioneros españoles capturados en el mar.

La tónica a seguir en la Corte también la daba ella, pues Catalina, ahora reina, seguía sin tener voz ni voto. La Poitiers puso gran empeño en dictar normas morales a los cortesanos, exhortándolos a desterrar las costumbres relajadas y a cultivar pensamientos virtuosos, y para apoyar su santa labor terminó con los bailes y conciertos que antes se ofrecían.

Los títulos eran su otra debilidad, y no satisfecha con el de condesa de Brézé y de gran senescala de Normandía, heredados de su marido, el Rey le otorgó el de duquesa de Valentinois al darle la propiedad de las tierras de Valentinois y de Diois, que habían pertenecido a César Borgia. Como duquesa, cobraba fuertes impuestos sobre sus feudos, extorsionando a los campesinos y mercaderes. Era también condesa de Albón y señora de Saint-Vailier, y con toda esta retahíla de títulos firmaba sus cartas.

Además de dinero, propiedades y títulos, quiso intervenir en el poder, ejerciendo su influencia mayormente en los asuntos religiosos: protegiendo a los católicos y haciendo la guerra a los protestantes; también tuvo que ver con la actitud asumida por Enrique II contra España, haciendo que se mantuviera viva la llama del odio contra ese país.

Entrada monumental de Anet propiedad de Diana de Poitiers.

La bella dama, que aunque ya rozaba los sesenta lo seguía siendo, en todo este tiempo no tuvo rival que le hiciera sombra. Pero todo acaba, y su pequeño imperio se acercaba a su fin. El 30 de junio de 1559 estaba programado un torneo en el que el Rey participaría. Catalina, que al parecer tenía algún mal presagio, le pidió que no tomara parte, pero él, que nunca tuvo en cuenta sus opiniones, no tenía por qué hacerlo ahora. Así que salió a batirse montando un caballo con un nombre bastante siniestro: *La desdicha*. Libró dos combates de los que salió victorioso, el tercero era contra el capitán Gabriel de Montgomery, y la lanza de este contrincante penetró a través de la visera, pasó por un ojo y le salió por la sien. Fueron diez días de agonía, durante los cuales Catalina no le permitió a la favorita acercarse al lecho de Enrique ni una sola vez. Es más, pocas horas antes de que falleciera, la reina, ultrajada por tantos años, le envió un mensajero a Diana de Poitiers con la orden de que se retirara a una de sus propiedades, devolviera las joyas que pertenecían la corona y toda una serie de valiosos regalos de los de los que Catalina había llevado escrupulosamente la cuenta.

Diana, transida de dolor, no sabemos a causa de cuál de las pérdidas, expresó que quería morir también y que no pensaba obedecer a nadie. Pero en fin, tuvo que devolver todo que le pidió Catalina, entre otras cosas el castillo de Chenonceau, y en cuanto a seguir al Rey a la tumba, no cumplió su palabra. Siguió viviendo muellemente con todo lo que pudo lograr, y conservar, no renunció a las cacerías, mantuvo toda la belleza que se puede esperar en una mujer que alcanzó los sesenta y seis años, y tuvo tiempo de organizar su entierro, que entre otras cosas obligaba a los participantes a repetir: ¡Rogad a Dios por Diana de Poitiers!

3. Madame Roland

¡Oh, libertad! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre! Éstas fueron las últimas palabras de madame Roland, segundos después la cuchilla de la guillotina caía sobre su cuello. Era un grito desesperado, no por morir simplemente, sino por morir acusada de traidora al único culto que dedicó su vida.

La condenó el Tribunal revolucionario, la acusaban Robespierre, Dantón, Demoulins. Era la época del Terror, cuando la muerte estaba deparada al menor acto sospechoso, a la más oscura denuncia de desafecto a la República, y esa batalla la libraban los jacobinos, partidarios a ultranza de la Revolución.

Madame Roland era girondina, y una de las más fervientes adoradoras de la Gironda. Inicialmente jacobinos y girondinos eran aliados, pero a medida que la Revolución se radicalizaba, que la confrontación de clases se convertía en conflicto internacional y se ponía en peligro el sagrado suelo de Francia, la Convención se divide. Los ideales eran los mismos, pero la forma de defenderlos era diferente; el precio humano que había que pagar por la libertad era valorado de distinta manera. Jacobinos y girondinos fueron la expresión partidaria de este conflicto. La intensidad de la lucha radicalizó las facciones, los ejércitos de las monarquías europeas derrotaban a las fuerzas de la Revolución como consecuencia de la debilidad o la traición de los generales que los comandaban; la disyuntiva era vencer o morir, salvar la Revolución o perderla. Los girondinos se opusieron a esta política de todo o nada, querían buscar una línea media que les permitiera salvar la Revolución y sus principios; los jacobinos, en cambio, pusieron la salvación de la patria por encima de todos los principios: las fuerzas de la Intente fueron vencidas, la Revolución fue salvada, pero ambos, jacobinos y girondinos, perecieron. El 18 de brumario Napoleón Bonaparte liquida las facciones, consolida la Revolución, pero coarta la libertad.

Madame Roland, arrastrada por la violencia de este conflicto, pereció en él. Sus últimos cinco meses de vida los pasó en prisión, y el estoicismo que la caracterizaba le permitió, entre el hacinamiento, los gritos y los lamentos, tener la suficiente concentración para escribir sus *Memorias*, y a ellas nos remitimos para conocer un poco de su vida.

Marie-Jeanne Phlipon nació en París el 17 de marzo de 1754. Su padre era grabador y traficante de joyas, casado con Marie Margarite Bimont, muchacha bonita y alegre con la que tuvo siete hijos, de los que sólo logró rebasar la infancia Marie-Jeanne. A la niña la enviaron a un pequeño pueblo al cuidado de una nodriza; cuando volvió a París era una criatura fuerte y sana. En la casa la llamaban Manon, apodo que no le gustaba mucho pues era el nombre de la poco edificante heroína de François Prevost.

Era sumamente inteligente, a los cuatro años ya sabía leer, siempre estaba rodeada de libros de contenidos serios, los que asimilaba con gran facilidad; el padre la enseñaba a dibujar, tenía profesores de caligrafía, baile, y música, y sus tareas escolares las comenzaba desde las cinco de la mañana. A los nueve años sus escritores favoritos eran Fenelón, Tasso, Plutarco, y conocía al dedillo el Antiguo y Nuevo Testamento.

A los once años le ocurrió un desagradable incidente, un joven de quince años que estaba de aprendiz de grabador en su casa, trató de forzarla sexual mente; faltaba poco para que tomara la primera comunión, y ella y su madre se encerraron en sus habitaciones hasta que el muchacho se fuera de la casa, pues la denuncia provocaría un gran escándalo. Entonces pidió permiso a sus padres para internarse en un convento durante un año. Tomó la comunión un poco después, y tal parecía que, invadida por una fuerte religiosidad, no abandonaría la clausura. Pero fue sólo una crisis y volvió a su casa y al mundo de los libros.

El periodo de misticismo se invirtió, y comenzó a ser asaltada por grandes dudas teológicas. Un abad, para fortificar y esclarecer su espíritu, le recomendó una serie de autores que defendían la fe católica, pero estos libros argumentaban su defensa refutando a otros autores impíos, y de los nombres de estos últimos fue tomando nota Marie-Jeanne, así fue como llegó a Holbach, Helvetius, Voltaire y Rousseau, que a partir de ese momento serían sus maestros, sobre todo Juan Jacobo Rousseau. Todos los

políticos de la Revolución Francesa se inspiraron en él, pero quien representó su espíritu con mayor encanto y brillo fue Marie-Jeanne, la futura madame Roland, llamada *la hija de Juan Jacobo* o el *Juan Jacobo de las mujeres*, y a él le debe cuánto hay de ardor y de elevación en su espíritu.

Marie-Jeanne ya era una quinceañera, y ateniéndonos a s autorretrato, medía cinco pies, tenía las piernas bien torneadas, el pie fino, las caderas anchas y el pecho ancho y bien formado; su cara, según nos la describe, no tenía nada que llamase la atención, salvo una gran frescura, con mucha dulzura y expresión, ninguna línea de su rostro era regular, pero conjunto era agradable; la boca grande de sonrisa tierna seductora; la nariz un poco gruesa en la punta, pero de perfil se veía bien; la piel suave y los brazos redondeados. El primer pretendiente fue su profesor de guitarra, al que despidió cortésmente; luego el viejo profesor de baile, también rechazado; después un carnicero, viudo por dos veces y con bastante dinero; un joven escritor, La Blancherie, y un médico, entre otros, siguieron el mismo camino que los primeros. El padre estaba preocupado por esta cadena de rechazos, pues ya Marie-Jeanne iba por los veintiún años. Por fin, a esta edad llegó a su vida el filósofo Jean-Marie Roland de la Platiére, recomendado por una amiga del convento, Sofía Cannet.

A la joven le agradó el señor Roland, veinte años mayor que ella, sobre todo por su inteligente conversación y que en sus visitas no mostraba más sentimiento que el de la amistad. Se conocieron en diciembre de 1775, y a fines del verano de 1776 el señor Roland tenía que hacer un viaje largo, dejando bajo la custodia de Marie-Jeanne todos sus escritos; esta muestra de confianza impresionó agradablemente a la muchacha, que en su ausencia se dedicó a conocerlo mejor a través de sus escritos, en los cuales pudo discernir

> *«un alma fuerte, una probidad austera, principios rígidos, doctrina y gustos que se manifiestan muy claros».*

Regresó el caballero e hizo sus visitas más asiduas, y al cabo le cuatro años de amistad declaró su amor a la joven. La situación en la casa de Marie-Jeanne no era muy favorable, pues su padre, después de enviudar, se había vuelto conflictivo; y considerando que no existirían buenas relaciones

entre yerno y suegro, la muchacha disuadió al señor Roland de la idea de matrimonio. La situación se hizo tan intolerable en su hogar, que Marie-Jeanne decidió alquilar una habitación en el convento donde había vivido cuando aún era casi una niña. Allí fue a verla Roland, y la joven accedió a casarse. El 4 de febrero de 1780 fue la boda. La relación que siguió al matrimonio fue de estima, reconocimiento, colaboración y fidelidad.

El verdadero amor le llegó después, en el bregar revolucionario, con la persona de François Nicolás Léonard Buzot, seis años menor que ella, diputado de la Gironda y, también como ella, casado. Ambos compartían la pasión por la libertad y por Rousseau, y perfectamente rousseauniano fue j amor; novelesco, exaltado, que se sacrifica en aras de virtud y que trata de conciliar el deber y la pasión. Madame Roland le confió a su esposo su amor por Buzot, pues consideraba injusto esconder a su marido este sentimiento. El señor Roland, con profundo dolor, le propuso dejarla libre para que alcanzara su felicidad pero ella no aceptó, por encima de su amor estaba su honor y su deber —tenían una hija—, aunque ya estaba tranquila después de su gesto de franqueza.

Retomando el orden de los hechos, la niña, Eudora, nació en 1782. Durante los primeros años de matrimonio la pareja viajó mucho, y en 1789, como cuenta madame Roland:

> *«Sobrevino la Revolución y nos inflamó de ardor: amigos de la humanidad, adoradores de la libertad, creíamos que venía a regenerar la especie humana, a destruir la ignominiosa miseria de esa clase infeliz que tan a menudo habíamos compadecido; la acogimos con entusiasmo».*

Roland fue llamado a Lyon para ir a París como diputado de la Asamblea Constituyente. No tenía madera de gran político, pero sí la tenía madame Roland que fue su brazo derecho, su orientadora y consejera indispensable.

En la casa de los Roland cuatro veces a la semana se celebraban tertulias a las que asistían muchos de los grandes hombres de la Revolución, entre ellos Robespierre. Allí se forjaban los grandes ideales y se discutían las altas metas que todos soñaban para la República. La Gironda, partido al que se habían afiliado madame Roland y su esposo, propuso a este último,

conociendo su probidad, como ministro del Interior. En este cargo el señor Roland tenía una directa relación con el rey Luis XVI, y madame-Roland se mantenía muy al tanto de que a su marido no le flaquearan sus principios republicanos.

Eran momentos críticos en que el Rey había llamado en su ayuda a los reyes europeos y se veía en peligro la Revolución. Ante las derrotas de los ejércitos franceses, en junio de 1792, los ministros girondinos le presentaron al Rey dos decretos que ya en una oportunidad había rechazado; el primero era establecer un ejército de veinte mil hombres junto a los muros de París para la protección de la ciudad, y el segundo afectaba los intereses del clero. Luis XVI no aceptó ninguno. Roland decidió renunciar a su puesto de ministro ante el fracaso de la gestión ante el Rey, pero madame Roland se opuso a la dimisión y le aconsejó presentar un ultimátum al Rey: tendría que aprobar los decretos o declararse contra la Constitución, que entre otras cosas establecía la soberanía nacional, y ella redactó la carta. La respuesta del Rey fue expulsar de sus cargos a los ministros girondinos. Madame Roland determinó entonces que su marido mandase a la Asamblea la orden de despido recibida, acompañada de la carta que la había provocado. La idea surtió el efecto que esperaban, y pronto todos reclamaron la restitución de los ministros girondinos en sus puestos.

Roland volvió al gobierno, pero ya los girondinos habían comenzado a perder terreno, y la escisión entre ellos y los jacobinos se hizo palpable el 2 de septiembre de 1792; cinco mil personas fueron declaradas sospechosas y asesinadas. Los periódicos jacobinos vociferaban «*Hay que limpiar las prisiones. Antes de irnos hacia la frontera no podemos dejar traidores a la espalda*». Los girondinos habían votado en contra de esa matanza —programada por Dantón para comprometer al pueblo y lanzarlo a la lucha contra los ejércitos extranjeros—, al igual que entre noviembre y enero, en el proceso seguido a Luis XVI, no votaron a favor de su ajusticiamiento. Madame Roland veía acercarse la época más oscura de la Revolución: «*Estamos bajo el cuchillo de Robesspiere y Marat*».

Las reuniones en la casa de los Roland eran más ardientes que nunca, y la más feliz fue la del 22 de septiembre de 1792, cuando se proclamó la

República *unitaria e indivisible*; Madame Roland puso pétalos de rosa en su copa en el momento del brindis, y Vergniaud, uno de los principales jefes girondinos, expresó: «*Quizás en nuestros vasos esta noche tendríamos que verter hojas de ciprés y no de rosas. Bebamos por la República, pero quién sabe si en cambio tendríamos que beber por nuestra muerte*».

Los girondinos empezaron a ser atacados, y con más saña los Roland. Por precaución, enviaron a Eudora fuera de la ciudad, Roland fue acusado de robo de dinero público, y de que, impulsado por su mujer, la Circe de la Gironda como la llamaba Marat, empujaba a Francia hacia el abismo. Roland presentó su dimisión, pero de nada le valió para su tranquilidad ni la de su familia.

Marat expresó que «*Los girondinos desfilarían triunfalmente, pero hacia la guillotina*». La política de los girondinos, ante estas amenazas, fue buscar alianza con las provincias moderadas contra la violencia y el extremismo desatado en París. Estos pasos fueron considerados como conspiración contra la República y en los primeros días de junio de 1793 comenzó el desfile que predijo Marat. Los diputados y ministros girondinos fueron encarcelados, juzgados por el tribunal del Terror y ajusticiados. Madame Roland fue de las primeras en ir a la cárcel, y durante cinco meses estuvo prisionera, sucesivamente, en la Abadía, en Sainte Pélagie y en la Conciergerie. El juicio, celebrado el 8 de noviembre, fue tan rápido que no tuvo tiempo de defenderse. Ese mismo día fue llevada a la guillotina.

A media tarde, la carreta que llevaba a los condenados salió de la Conciergerie, en ella iba madame Roland y un director de fábrica llamado Lamarque. Un testigo describió así la escena:

> *«Su calma era total y ninguna clase de alteración aparecía en su rostro. Sus labios estaban abiertos y dibujaban una sonrisa llena de hechizo. Y sin embargo, estaba seria, no jugaba en absoluto con la muerte. Junto a ella se encontraba el desdichado Lamarque, tan abatido, que parecía que su cabeza iba a caer a cada movimiento del carretón».*

Era regla que el verdugo ajusticiara, en casos como estos, primero a la dama, pero madame Roland, dirigiéndose a su acompañante, le dijo: «*Subid, vos no tendríais el valor de verme morir*». Cuando le llegó su turno,

subió tranquila mente el *Ángel de la Gironda*, y antes de colocar la cabeza bajo la guillotina, pronunció las palabras que pasaron a la Historia.

El señor Roland se suicidó al enterarse del ajusticiamiento de su esposa, y Buzot, su amor sacrificado, no tardó en seguirla al patíbulo.

4. Manuela Sáenz

Como valiente general y gran estadista alcanzó merecidísima gloria el caudillo de la independencia americana, Simón Bolívar, también notorias fueron sus aventuras galantes. Y seguramente como una admiradora más tomó el libertador a la bella quiteña; y admiradora era, pero de otro orden y calibre, pues no sólo amó al hombre, sino también su causa.

En 1797, en una señorial casa de la Plaza Mayor de Quito, vino al mundo Manuela Sáenz, rodeada del confort que ofrece una familia de próspera economía. Nació en momentos en que los aires de libertad ya venían soplando por América, impulsados, mayormente, por la corriente de la Revolución Francesa. La madre, doña María Joaquina de Aizpuru y Mazo era una criolla dueña de dos fincas en las cercanías de la ciudad. Manuelita fue el fruto de sus amores con el juez de la Audiencia y hombre de negocios don Simón Sáenz Vergara, caballero español que, con la venia de todos, mantenía dos hogares: el de su legítima esposa y el de doña María Joaquina.

En las haciendas de su madre la niña se sentía a sus anchas, allí aprendió a montar a caballo, pero no a la mujeriega, sino a horcajadas, lo que casi era peor visto socialmente que el hecho de ser hija ilegítima; y también allí jugaba con los niños indios y mestizos, hijos de los que trabajaban las tierras de su madre; pero su compañía predilecta era Jonatás, esclava negra unos años mayor que ella y muy avispada, que estará a su lado toda la vida. Fue Jonatás quien enseñó a Manuela, además del amor a los animales y los artificios de la galantería, el resentimiento contra los españoles, resentimiento que se fomentó con las idas a la casa de su padre, donde sus hermanastros y la señora esposa de don Simón, también dama española, la trataban con no disimulado desprecio, seguramente motivado más bien por ser hija de *la otra* que por ser americana.

Otro hecho que terminó por colmar su creciente odio por España y tomárselo a su padre, fue cuando en agosto de 1809 —ella tenía sólo doce años— los hombres más eminentes de la sociedad de Quito declararon a la ciudad independiente del impuesto rey José Bonaparte. Todos estaban felices, y Manuela y su madre eran partidarias de este acto de rebeldía, todo lo contrario de don Simón Sáenz. El virrey de Lima envió un ejército que aplastó la rebelión, encarceló a todos los que con ella tuvieron que ver, y al tiempo se supo que doscientos de ellos fueron fusilados. El juez de la Audiencia ganó grandes méritos ante los ojos del nuevo Rey, pero perdió todo el afecto de su criolla hija.

Manuela era ya una hermosa joven de ojos y cabellos negros, piel blanca y buena silueta; le desagradaban las joyas y los perfumes y cuando estaba en el campo vestía ropas de hombre; no tenía ninguno de los remilgos de señorita de buena sociedad, a nada temía y amaba a los animales cuanto más salvajes fueran. Su madre creyó que ya era hora de enviarla a estudiar a un convento. La abadesa era tía suya y la disciplina no se caracterizaba por su rigidez. Allí aprendió a tocar el clavicordio, a bordar y a leer en latín a sus historiadores predilectos, Salustio, Tácito y Plutarco. Y aunque no se lo enseñaron, aprendió a fumar, a despreciar a las mujeres sumisas y a sentir cierta desconfianza de la Iglesia. Quedaban aún algunos grupos de rebeldes luchando por el norte de la región, y como era conocida la simpatía de la madre de Manuela por los rebeldes, ésta pensó que sería saludable alejarse con su hija de la ciudad, así que se fueron a Ibarra; cuando todo acabó, regresaron y la joven se incorporó de nuevo al convento.

A los diecisiete años Manuelita se enamoró de Fausto de Elhuyar, apuesto oficial del ejército del Rey, y con él se escapó. El idilio duró pocas semanas, y la causa del rompimiento se desconoce, quizás haya sido por razones políticas dadas las ideas independentistas de la muchacha. Visto el caso, la madre consideró que la hora de casarla también había llegado, el problema radicaba en con quién. Manuela era hermosa, rica y de buena familia, que fuera hija ilegítima y su aventura con el joven oficial no eran obstáculos, la dificultad estaba en la escasez de jóvenes que le pudieran agradar y convenir, pues la rebelión había hecho estragos entre los que

tenían edad de matrimonio, sólo quedaban las filas de los jóvenes partidarios del Rey, pero la muchacha luego de su experiencia con De Elhuyar había renunciado a cualquier alianza con ese bando.

Por esos días estaba enamorado de Manuela un médico inglés, James Thorne, respetable hombre de cuarenta años y posición acomodada. Se casaron en 1817, tenía ella veinte años y el amor que existía en esta unión viajaba en un solo sentido: de él hacia ella. En un momento dado Fausto de Elhuyar volvió a Quito, y el doctor Thorne, temeroso de la reacción de su esposa, le propuso a ésta dejar la ciudad; tal vez para su asombro ella aceptó de buena gana. Se dispuso la mudada, se vendió la casa y el consultorio, y con todo lo humanamente transportable: equipaje, criados y animales domésticos, emprendieron el viaje a caballo hasta Lima.

Manuela fue todo un éxito entre la sociedad limeña, precisamente por el fuerte contraste que con ella hada, Entre las damas y caballeros con poses cortesanas entró la quiteña con vestidos exóticos, fumando y sin recurrir a los elegantes desmayos de las señoras. Su afición a los animales pobló de papagayos y monos su salón, amén de un cachorro de oso. La mujer más bella de Lima era en aquellos momentos una rubia de ojos azules, etérea, licenciosa y creyente, llamada Rosita Campuzano, y Manuela le llegó como complemento a sus atributos: extrovertida, inquieta, librepensadora y fiel a su marido. Entonces entró en Lima San Martín, y mientras Manuela se interesaba por los acontecimientos políticos, Rosita se convirtió en amante del general.

El matrimonio con el inglés al parecer no le resultaba muy entretenido a la temperamental muchacha. Tampoco había logrado tener un hijo, pues de acuerdo al diagnóstico del doctor Cheyne, médico que la atendió más tarde, tenía problemas de constitución que le impedían concebir. Así que pretextando añoranza por su madre y aprovechando la estancia de su padre en Lima por viaje de negocios, obtuvo el permiso de su marido para regresar a Quito acompañada por éste. A su llegada, la ciudad se estaba preparando para recibir al general Simón Bolívar. Lo conoció durante un baile; el héroe ya había cumplido cuarenta años, aunque aparentaba cincuenta, y estaba extremadamente delgado. Manuela no se pudo sustraer

al impacto que la personalidad de Bolívar le produjo, y comprendió que era el hombre que necesitaba; corría el año 1822.

La unificación de América era la próxima y gran tarea de Bolívar, y Manuela se dio a ella con el mismo apasionado fervor con que se entregó al hombre; cuando el libertador dejó Quito, ella quedó en la ciudad trabajando en pro de estos planes. La historia del amor entre Bolívar y Manuela está plagada más de largas ausencias que de vida en común, aunque mantenían una comunicación epistolar frecuente, sobre todo de ella hacia él, y de ser ciertas las afirmaciones, de algunos sobre que la amante, en esporádicas ocasiones, le fue infiel al hombre, lo cierto es que jamás lo fue a la causa política por la que él luchaba y que ella abrazó. Por su parte, Bolívar no se caracterizaba por su fidelidad a ninguna mujer, se apasionaba por todas las que se cruzaban en su camino, pero Manuela fue algo más que una amante, fue una colaboradora a toda prueba y una compañera en sus momentos difíciles.

En el año 1826 la pareja pudo estar junta por primera vez durante varios meses, desde febrero hasta septiembre. Se establecieron cerca de Lima, en la villa Magdalena. Durante los últimos años, el amor de Manuela había ganado terreno en el corazón de Bolívar; no obstante, el doctor inglés en todo este tiempo no cesó de pedir a su esposa que volviera a su lado, y en una carta de respuesta a su reclamo, Manuela le contesta:

> *«Señor, usted es excelente, es inimitable; jamás diré otra cosa sino lo que es usted. Pero, mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de usted sería nada».*

Manuela mostraba a Bolívar todas las cartas recibidas del marido y los borradores de sus respuestas, por tanto, el general estaba al tanto del sufrimiento del buen hombre, y en vista de ello el año anterior había intentado que la muchacha regresara a su hogar, pero inútil fue su esfuerzo. Manuela era feliz, y la ciudad de Lima no se escandalizó con su proceder, al contrario, la reconoció como la amante oficial del general y todos la saludaban al encontrarla cabalgando a horcajadas y con anchos pantalones rojos, siempre seguida de dos jóvenes negras, Jonatás y Natán.

Este periodo de convivencia, casi idílico, fue muy positivo para ambos. No eran vacaciones, pues el trabajo no cesó; Bolívar iba diariamente al palacio presidencial y muchas veces le tomaban allí altas horas de la noche. A su lado estaba Manuela que lo ayudaba, le servía de apoyo y reducía sus tensiones. Ella lo amaba profundamente y él se dejaba arrastrar por ese amor, se empezó a ver a sí mismo a través de sus ojos y a contagiarse de la fe ciega que Manuela tenía en su destino victorioso.

En la noche del 25 de septiembre —ya para esa fecha habían abandonado villa Magdalena—, Bolívar se sentía enfermo y mandó a llamar a Manuela a las afueras de Bogotá, donde residía, para que acudiera al palacio de San Carlos. Ella tampoco se encontraba bien y no fue al primer reclamo, pero ante la insistencia se encaminó a la ciudad, le dio algún remedio y lo acostó. No pasó mucho rato cuando sintieron unos tiros, el general tomó un arma pero Manuela le impidió salir y lo hizo saltar por una ventana. Entonces salió ella al encuentro de los asaltantes, y al cabo de un tiempo prudencial los dejó pasar al dormitorio, no sin antes haberles dicho que Bolívar se había marchado hacia varias horas, uno de ellos le propinó una bofetada y los otros se lanzaron a la persecución del Libertador, pero éste ya había tenido tiempo de escapar, salvando la vida gracias a Manuela. Anteriormente también lo había librado de la muerte, fue durante un baile de máscaras en que un hombre había logrado pasar, oculta, un arma; Manuela se percató del hecho y de las intenciones y avisó rápidamente a Bolívar del peligro.

El orden que demandaba la independencia y los método, para conseguirlo, estaban en pugna con la imagen que la gente tenía del Libertador; Bolívar perdía el favor popular ya su alrededor se tejían las conspiraciones, él las conocía pero no hacía nada por evitarlas. Lo ocurrido el 25 de septiembre lo había vuelto a reunir con su «amable loca», como le gustaba llamarla, o como la bautizó aquella noche: «la libertadora del Libertador». La casa de las afueras de Bogotá se convirtió en su hogar, al que volvía al terminar sus asuntos en el palacio de San Carlos. Manuela prefería este refugio a vivir en la ciudad, pues Bogotá no era ni Quito ni Lima, aquí no fue recibida en sociedad y no perdían oportunidad para

difamarla. Bolívar estaba enfermo y le quedaban pocos fieles, ahora Manuela permanecía casi todo el tiempo a su lado.

A fines de 1829, el departamento de Venezuela decretó el destierro de Bolívar, y a principio de 1830 el Libertador presentó su renuncia como presidente de Bogotá; pasados tres meses salió de la ciudad. Manuela no lo acompañó y nunca más lo volvería a ver. Venezuela pidió entonces que, Bolívar fuera desterrado de América, y a la ciudad donde nació el Libertador se dirigió Manuela para oponerse a los que decretaron la expulsión de Bolívar del continente. Tenía treinta años, y como en otras ocasiones se quedó luchando en la retaguardia. También ella fue desterrada a Jamaica, adonde fue con sus dos sirvientas negras y un cofre en el que guardaba las cartas de Bolívar. A los que la perseguían le manifestó: «*Yo les digo que todo pueden hacer, pueden disponer alevosamente de mi existencia, menos hacerme retroceder ni una línea en el respeto, amistad y gratitud al general Bolívar*». En la última carta que le envía Bolívar le recomienda:

> *«Amor mío, mucho te amo, pero más te amaré si tienes ahora más que nunca mucho juicio. Cuidado con lo que haces, pues si no, nos pierdes a ambos perdiéndote tú».*

La muerte de Bolívar moderó su temperamento. La leyenda cuenta que intentó suicidarse a la manera de Cleopatra, pero todos coinciden en que si lo hubiera intentado, dada su fuerza de carácter, lo hubiera logrado. Cuando ya tenía cuarenta años, quiso regresar a Quito. Llegó hasta Guayaquil, y al acercarse a su ciudad los soldados del gobernador Flores la hicieron volverse y fue nuevamente desterrada. De Guayaquil fue para Paita, y al cabo de los dos años, cuando Flores anuló su orden de destierro, ella se negó a volver. Subsistía con pequeñas cantidades de dinero que le llegaban de las propiedades de su madre y con lo que le producían los dulces de frutas que hacía para vender. Los pobladores de Paita le tomaron un gran afecto y cada vez que nacía un niño le pedían que fuera la madrina, y a todos los varones le ponía por nombre Simón, mientras a los perros que recogía los bautizaba con los apellidos de los generales que le fueron infieles a Bolívar. Aún vivía su esposo, el doctor Thorne, que no había

renunciado a ella, suplicándole a cada rato que volviese y enviándole dinero que invariablemente era rechazado. Al morir el médico inglés, asesinado misteriosamente en Lima, la dejó como heredera universal de su fortuna, que tampoco fue tocada por Manuela.

Vivió el resto de su vida humildemente, ya estaba obesa e inválida; junto a su silla siempre estaba el cofrecito donde guardó las cartas de Bolívar y nunca se las enseñó a nadie. Fue visitada en una oportunidad por otro libertador, el italiano Garibaldi, quien expresó: «*Me despedí de ella con lágrimas en los ojos. Doña Manuela es la más simpática y gentil dama que he conocido*». En diciembre de 1859 la atacó la difteria y su muerte llenó de consternación al pueblo de Paita. El cofrecito que guardaba su gran tesoro, las cartas del hombre que amó, se perdió en los trajines de la fumigación que revolvió la casa después de su muerte.

Capítulo 5

Mujeres famosas de la literatura

1. Safo
2. Santa Teresa de Ávila
3. Margarita de Valois Angulema
4. Sor Juana Inés de la Cruz
5. George Sand
6. Emilia Pardo Bazán
7. Gabriela Mistral

1. Safo

El mito y la leyenda son los que recrean gran parte de la vida de la que fuera el más alto exponente de la poesía lírica griega: Safo. Su vida y su personalidad han sido construidas, fundamentalmente, sobre la base de los fragmentos de su poesía que han llegado hasta hoy, con el concurso de escritores griegos que, como no fueron sus coetáneos; tuvieron que recurrir a fuentes muchas veces contradictorias entre sí, y con la rica imaginación de sus estudiosos a través de los tiempos; pero con todo esto, hay quienes niegan que haya existido o, en el mejor de los casos, dudan. Aun cuando lo único genuino parezca ser su obra, apasionada y de refinado lirismo, nosotros nos inclinamos por su historicidad, al menos por consideración a los que se han dedicado a conformarla con tanto tesón.

El lugar de su nacimiento se discute entre Éfeso y Mitilene, ciudades de la antigua isla de Lesbos, y la fecha se sitúa aproximadamente en el 624 a. C. Sus padres, Scamandronymos, exportador de vinos, y Cleis, pertenecían a la aristocracia del lugar. La familia había mantenido, fuera del alcance de los invasores que azotaban Grecia, sus tradiciones y su religión, actitud común a todos los griegos ante el extranjero, a diferencia de los romanos, que bebían de todas las culturas que pisaban su tierra. La hija mayor del matrimonio era Safo, y por tradición siempre una de las muchachas tenía que consagrarse a Afrodita, diosa del amor, y de la fertilidad de la tierra.

A los doce años la niña tuvo que abandonar las dulzuras hogareñas para servir a la diosa que habitaba sobre una colina cercana a Éfeso en un templo de rosado mármol, y ofrecerle su voto de castidad. Las vestales, vestidas con una túnica blanca y larga, y en la frente una cinta de lino, eran también muy jóvenes; entre ellas había jerarquía, y la más alta dentro del templo se le otorgaba a la vestal que procediera de la familia más importante: en este caso era Safo. Las demás muchachas estaban bajo su cuidado, era ella quien

dirigía los ritos religiosos, disponía de la vida cotidiana en el templo y atendía personalmente a la estatua de la diosa, sólo ella podía tocarla, tanto para su limpieza como para engalanarla cada vez que cambiaba la estación; era la gran sacerdotisa de Lesbos.

La ceremonia más importante se celebraba a la entrada de la primavera, con ritos propiciatorios dedicados a Afrodita y se simbolizaba la resurrección de Adonis. Safo comenzaba el largo día de ceremonias sacrificando un cerdo sobre el altar de la diosa, e inmediatamente, antes de que cesara de correr la sangre, plantaba una rama de mirto. Mientras, las sacerdotisas menores la rodeaban tocando cuernos de carneros y regando el suelo con leche de cabras blancas. Luego se dirigían en procesión hacia el mar, Safo iba al frente, con una túnica bordada en color púrpura y una diadema de oro, llevando en alto la estatua en madera de Afrodita; la seguí una vestal encargada de los vestidos de la diosa para después del baño, y las demás portaban sendas liras. En esta ceremonia participaba el pueblo; había danzas, vinos y banquetes, y al caer la tarde, después del baño de purificación que Safo daba la estatua de la diosa en las aguas del mar, comenzaba la comilona, y al caer la noche se desataba la orgía, donde todo era lícito y apreciado como sacrificio.

Las vestales eran vistas por el pueblo como semidiosas, por tanto el aspirar a una de ellas era casi imposible; y decimos casi, porque aunque hicieran voto de castidad no era el caso de muchachas que renunciaban al culto de la diosa para consagrarse al del esposo y los hijos. A Safo, que había adquirido fama de poseer cualidades sobrehumanas, —desde que era la gran sacerdotisa y sembraba la rama de mirto en primavera ésta florecía y ninguna calamidad había sobrevenido—, en ningún momento le pasaba por su mente la idea de abandonar el templo. A sostener el destino que le eligieron y que abrazó, la ayudó seguramente la conciencia que tenía de su falta de atractivos físicos. Tenía un alma sensible, llena de ternuras que desbordaba en las jóvenes vestales y en el lirismo de sus composiciones. Se cuenta que, cuando joven, la cortejó tímidamente con sus versos el también joven poeta Alceo, pero Safo rechazaba estas amables demostraciones de amor.

La ciudad donde vivía la familia de Safo estaba gobernada por una oligarquía aristocrática, y una coalición de burgueses y pequeños propietarios la derribó instaurando la democracia a través del dictador Pittakos, que no se limitó a echar a los aristócratas del poder, sino que los echó del país. Todas las familias de esta clase social tuvieron que huir, y entre las primeras la de Scamandronymos, padre de Safo, que por temor a la ira del pueblo, aliado del nuevo gobernante, recogió todo aquello que merecía ser llevado y lo cargó en uno de sus barcos. Safo tuvo que obedecer al padre y partir con los suyos ante la revuelta que también amenazaba el templo —pues entre otras cosas pretendían cambiar los antiguos dioses por otros nuevos, y malignamente rumoreaban que Safo era una maga que ofrecía sacrificios sangrientos y misteriosos—, las demás vestales también huyeron.

A su exilio, Safo llevó consigo la estatua de la diosa del templo. La travesía por el mar Egeo era difícil a causa de las tempestades; por otra parte, estaban indecisos si elegir entre Corinto o Corfú para radicarse; por el momento hicieron un alto en Andros para pasar el mal tiempo. Allí Scamandronymos tenía un buen amigo, Kerkylas, dueño de viñas y persona un poco vulgar. La estancia se hizo más larga de lo que habían calculado, quizás esperando mejores vientos, quizás esperando un cambio en la situación de Lesbos y, mientras, Safo acompañaba sus versos con la lira, y Kerkylas, que aunque no comprendía la lengua en que eran cantados, la miraba arrobado. Tanto apego le tomó el hombre, que a la hora de partir, se unió a la familia y escogieron Siracusa pare establecerse.

La travesía hasta las costas de Sicilia no fue nada feliz para Safo: durante el trayecto la estatua de la diosa que con tanta devoción custodiaba, cayó al mar, y sus padres la comprometieron en matrimonio con Kerkylas. Tal vez ahora añoraba a Alceo, de alma sublime como ella; pero la casaron con el rústico, pero rico, Kerkylas. Safo estaría cerca de los treinta años, sería alrededor del 596 a. C., y se casaron en enero, mes en que por tradición se celebraban los matrimonios entre los griegos, y para el otoño les nació una niña a la que llamaron con el nombre de su abuela materna, Cleis.

En el 585 a. C. pudo regresar a Lesbos; para ese entonces era viuda y dueña de la hacienda de su marido. Como no podía volver al templo después de su matrimonio, instituyó una escuela para señoritas de la mejor sociedad de Mitilene, donde se impartía retórica, poesía, música y danza. La idea tuvo un gran éxito, y pronto no tan sólo de Mitilene, sino de distintas regiones de Grecia enviaban los padres a sus hijas a ser educadas en la escuela de Safo. La disciplina era rigurosa, y con el tiempo vino a tener algunas de las características del templo de Afrodita. Aunque no se adoraba a ninguna diosa, también vestían las alumnas con túnicas y saludaban con ceremonias a la primavera; tampoco se exigía el voto de la virginidad, pero Safo sufría atrozmente cuando alguna dejaba la escuela para ir tras el amor de un hombre, tal es el caso de su discípula Attis, una de sus preferidas, y que le inspiró algunos de los mejores versos de la lírica de todos los tiempos, *Adiós a Attis*. También padeció cuando su hermano Caraxos fue a correr aventuras por Egipto, y a su regreso trajo a Rodope, una cortesana con la que se casó y por la que Safo sintió de inmediato fuertemente atraída. Rodope, al poco tiempo, regresó a su patria para librarse de los asedios de Safo.

Según Ovidio, el poeta latino, después recomenzó a amar a los hombres, y se enamoró perdidamente del marino Faón, y no correspondida por éste se precipitó desde un peñón de Léucade, el famoso *Salto de Léucade* que se puede apreciar en un fresco de la basílica pitagórica de Puerta Mayor, en Roma, y que representa a Safo en el momento en que se lanza al mar abrazada a una lira como, de acuerdo a la leyenda, también hizo Afrodita. Por motivos morales la posteridad fue muy severa con Safo. Hace aproximadamente novecientos años, la Iglesia condenó a la hoguera su obra, contenida en nueve tomos. A finales del siglo pasado dos arqueólogos ingleses descubrieron en Oxyrhynchos algunos sarcófagos envueltos en tiras de pergamino, en una de las cuales se podían leer aún seiscientos versos de Safo. Ellos bastan para situarla entre los más grandes poetas del siglo VI a. C.; así, el sabio Solón, después de escuchar una de sus odas exclamó «¡Ahora puedo incluso morir!», era la poetisa por antonomasia, y la estrofa sáfica, creada por ella, ha sido empleada por grandes poetas de siglos posteriores.

2. Santa Teresa de Ávila

El 27 de septiembre de 1970 Paulo VI proclamó Doctora de la Iglesia a Santa Teresa de Ávila por su contribución, desarrollo de las doctrinas ascéticas y místicas dentro de su Orden. La sabiduría religiosa de esta santa está recogida en cinco obras que se sitúan entre las más grandes de la literatura mística y entre las más representativas de la literatura española. Y es significativo que Santa Teresa de Jesús como más se le conoce, no escribiera por amor al ejercicio literario, sino por encargo de su confesor, el padre Jerónimo Gracián, quien primero le pidió *El libro de la vida* como testimonio para el inquisidor que andaba investigándola por sus actividades reformadoras, y los demás libros: *Camino de la perfección, Moradas o castillo interior, Libro de las fundaciones, Del modo de visitar los conventos* y *Meditación sobre los Cantares*, también le fueron pedidos por el padre Gracián para guía espiritual, principalmente, de las monjas de la Orden Carmelita. Además de piezas literarias, estas obras constituyen una muestra de la humilde obediencia de Santa Teresa, pues aunque desde niña le gustaba leer, jamás le agradó escribir.

Santa Teresa de Jesús vino al mundo en Ávila de los Caballeros el 28 de marzo de 1515 en el seno de la ilustre familia de Cepeda y Ahumada. Su padre, don Alonso, tuvo dos matrimonios, del primero le quedaron tres hijos, y del segundo, contraído con Beatriz Ahumada, tuvo nueve, entre los que se cuenta Teresa.

Podríamos imaginar el bullicio de una docena de muchachos en el que se crió Teresa, pero ella y su hermano Rodrigo, unos cuatro años mayor, antes que las travesuras y correrías, preferían aislarse en compañía de alguna novela de caballería. Teresa escuchaba con atención durante horas las caballerescas aventuras, y mientras disfrutaba de la trama, forjaba en su mente otras tan riesgosas como aquéllas cuyos protagonistas eran ella y su hermano, así que lo convence para irse inmediatamente al África a luchar

contra los moros. La cruzada la emprenderían a pie y como alimento llevarían un saco de pasas. Con todo dispuesto salieron de Ávila por la puerta de Ajada, con rumbo a Salamanca, pero tropezaron con el contratiempo de un tío de ambos que los devolvió resueltamente a la casa paterna, y de esta manera se vieron frustrados sus aventureros ideales; ya desde entonces despuntaban dos de las características que marcarían la personalidad de Teresa y como la definiría un ilustre nuncio: «inquieta y andariega».

En vista de lo difícil que resultaba emprender el camino de valerosas hazañas, los dos niños se decidieron a practicar una vida de austeridad que, aunque sin peligros, no era menos edificante; y con este fin practicaron unas cuevas en el patio para que les sirvieran de lugar de retiro. Por este tiempo Teresa aprendió a leer, cambiando el refugio de ermitaña por la bien provista biblioteca de su padre, y sobre todo por los libros más amenos de su madre. Doña Beatriz, murió cuando Teresa contaba catorce años, y la adolescente quedó al cuidado de sus hermanos mayores y de su padre, hombre culto que, además de sus propiedades, quería dejar a sus hijos una buena educación. Teresa era muy buena hija, pero inquieta y de una curiosidad insaciable, así que al contraer matrimonio su hermana María, dos años después de la muerte de doña Beatriz, internan a Teresa en el convento de Nuestra Señora de Gracia de Ávila. Tenía dieciséis años y el convento era un buen lugar para su educación; ni por la mente de la familia, y mucho menos por la de Teresa, pasaba la idea de consagrarse a la vida religiosa.

Al tiempo de estar entre las monjas, una extraña enfermedad, que por los síntomas podría considerarse epilepsia, la hizo conocer el dolor y el sufrimiento en carne propia. El padre la llevó de vuelta a casa, pero un cambio se había operado en el carácter de la joven, antes tan despreocupada y pueril, la enfermedad había infundido en su espíritu la idea de la muerte y el temor al infierno. Cuando estuvo mejor pidió a su padre entrar nuevamente en el convento, pero ahora como monja. Ante la oposición paterna huyó de la casa y se presentó en el convento carmelita de la Encarnación. Corría el año 1536 y esta decisión fue provocada ante el temor divino, aún no había florecido en su alma el amor incondicional a Dios.

Al año siguiente profesa y vuelve a caer enferma, esta vez los ataques se han producido seguidos y más violentos, tanto es así, que pasa la mayor parte del tiempo con escaso dominio sobre sus sentidos o privada de ellos. De nuevo el padre va por ella, agotó todos los recursos, los mejores médicos los tuvo a su cabecera, se recurrió a las artes de una curandera, pero nada parecía salvarla, tal vez sólo un milagro. Un atardecer de agosto le sobrevino el ataque más violento de todos los que había sufrido, entre delirios, convulsiones, dolores y gritos, pasó toda la noche, tenía la lengua destrozada y la espuma fluía de su boca. A este cuadro le siguió la parálisis, quedó rígida y fría; los médicos certificaron su muerte. En el convento, entre el llanto de las monjas, se cavó la tumba y los enterradores fueron a buscar el cadáver. El padre se negó a dar el cuerpo, afirmando que no estaba muerta. Y se mantuvo durante tres días con sus noches junto a Teresa. Al amanecer del cuarto día la joven abrió los ojos para encontrarse un cuerpo al que el dolor no permitía que lo tocasen y una garganta por la que no pasaba un hilo de agua. Permaneció en casa hasta Pascuas, cuando aún en estado de postración pidió ser trasladada al convento. Por espacio de tres años permaneció en la enfermería, y en este aislamiento solo tuvo por compañía a Dios.

Por fin, en 1540, un buen día se levantó y ante el asombro de todos comenzó a caminar, y aún un poco débil se incorporó a las actividades del convento. Pero una vez puesta sobre sus pies, surgió ante ella la disyuntiva que la desvelaría por casi más de veinte años: los hombres o Dios. Los locutorios de los conventos de la época eran visitados a todas horas por personas ajenas al claustro, y las monjas podían conversar lo mismo con mujeres que con hombres, puede decirse que se formaban verdaderas tertulias. Teresa sentía placer en entregarse a sus oraciones en la celda, pero también la satisfacían las conversaciones del locutorio. Así las cosas, pensó aconsejarse con un confesor, y luego otro y otro más, pero ninguno tomaba en serio lo que ella llamaba «sus distracciones en el locutorio». Por fin decidió recurrir a Dios para que él aclarara su espíritu, y su vida durante todo este tiempo se resume en el coloquio entre su alma y Dios.

Para ella «*la oración mental no es sino un íntimo comercio de amistad en el que el alma conversa a solas con Aquél del que sabe que es amada*», y

de esta forma rezaba siempre, hasta que la relación se hizo tan estrecha, que comenzó a recibir las «visitas» de Cristo; lo veía con los ojos del alma y Él se le presentaba para advertirla, para reprenderla o para aconsejarla. También se le presentaron visiones celestiales; Teresa creyó que algo sobrenatural le estaba ocurriendo y se lo confirmaron el éxtasis y la levitación —esto último no le agradaba, pues decía que daba pie a habladurías—. Para entonces su amor a Dios era tan grande, que se sentía morir por el deseo de verlo y de alcanzar aquella verdadera vida que pensaba no encontraría sino en la muerte.

Pero su verdadero servicio lo comenzaría a los cuarenta y siete años, y levantaría no habladurías como la levitación, sino un verdadero escándalo que se oiría en Roma. Como hemos dicho, la disciplina de los conventos no era nada rigurosa: los locutorios parecían salones de sociedad y monjas se mostraban acicaladas y se hacían llamar «doña» o «señora»; los protectores, a cuenta de las rentas que daban como caridad, iban y venían por el convento como por sus propias casas. Teresa, ante este desorden, se rebeló y tomó la decisión de reformar las Carmelitas, llevar la Orden a su primitiva regla, donde el voto de pobreza era uno de los más importantes. En este empeño se retiró a un pequeño convento sumamente pobre con unas cuantas monjas y sin depender de renta alguna; era su primera fundación.

Las protestas por lo que pudiéramos llamar «su denuncia» del relajamiento existente, no se hizo esperar, pues muchos intereses se verían afectados si se llevaba a cabo la reforma. De entrada, todas las autoridades de la ciudad, tanto eclesiásticas como civiles, pusieron obstáculos. Se reunieron todas las órdenes religiosas de la ciudad y se solicitó la opinión de dos doctos por cada una de las órdenes de España. El caso de las monjas descalzas de San José —primer convento reformado— fue llevado ante el Consejo Real, Por último la Inquisición tomó cartas en el asunto y se dio inicio a una larga investigación que se encontró con opiniones divididas: unos eran enemigos de la reformadora y otros, sus partidarios. En 1563 Teresa redactó las *Constituciones* que recogían los aspectos de la reforma, y dos años después fueron aprobadas por Pío IV.

Venció la monja reformadora y sus fundaciones se fueron multiplicando, entre las primeras están el convento de San José, el de

Carmen de Ávila y las Carmelitas Descalzas de Medina del Campo; de 1.568 a 1571 funda nueve más, y alrededor de otras diecisiete serán fundadas sucesivamente hasta el año de su muerte. Teresa está feliz, le había devuelto a su Orden la regla de Nuestra Señora del Carmelo tal y como fue establecida en 1248 bajo Inocencio IV, hasta que luego fuera mitigada su rigurosidad por Eugenio IV en 1432.

Ahora no comían carne si no era por absoluta necesidad; ayunaban ocho meses al año, aparte de las penitencias; nada de colores en las ropas ni espejos en lugar alguno del convento; el lecho de paja y sin almohada, como tampoco abrigos durante el invierno; por calzado, sandalias hechas con dos tiras de cuero unidas; y entre el trabajo y los rezos consumían veinte horas de las veinticuatro que trae un día, y eso cuando no existía necesidad de emplear las veinticuatro. Aún así, el número de monjas iba creciendo.

Su ejemplo fue seguido por Juan de la Cruz, quien, en 1568, con la colaboración de Teresa, fundó el primer convento reformado masculino de la Orden del Carmelo y de acuerdo a las *Constituciones* redactadas por ella. Santa teresa alcanzó a vivir sesenta y siete años, ya su cuerpo era un pergamino y su rostro estaba surcado por tantas arrugas como sufrimientos había tenido. El 26 de julio de 1682 sale de Burgos en mula para ir a Palencia y Ávila, pero recibe orden del vicario de ir a Alba de Tormes. Llega ya muy delicada el 20 de septiembre y las monjas del convento al ver su estado le preguntan si quiere ser trasladada a su ciudad, Ávila, a lo que ella responde: «*¿No creéis que aquí también me darán un poco de tierra?*», y con esa paz de espíritu, propia de quien sabe que ha cumplido con su misión, dejó el mundo el 4 de octubre. Fue sepultada en un nicho de la iglesia de Alba de Tormes, y lo que dejaron los devotos de su cuerpo, luego que se exhumara momificado, se encuentra hoy en el altar mayor de la misma iglesia. Fue beatificada en 1614 por Paulo V y canonizada en 1622 por Gregorio XV.

3. Margarita de Valois Angulema

Para Francisco I, rey de Francia, una corte sin damas eran una primavera sin rosas, pero allí más importante que las rosas se elevaba Margarita, la Margarita de las Margaritas, es decir, la perla de las perlas, su hermana mayor y fiel confidente.

Ni Francisco ni Margarita eran hijos de reyes. Su padre, el conde Carlos de Valois Angulema, dada su posición de primo lejano del rey de Francia, Carlos VII, era como un pariente pobre de la familia real, y aunque estaba en la lista de sucesión al trono, su nombre aparecía tan atrás que nadie hubiera imaginado que algún día un Valois-Angulema sería rey de Francia. Carlos se casó con una Barbón, Luisa de Saboya; una bella italiana que dominaba más la lengua francesa que la italiana, y debía de ser algo despistada, pues un día, mientras comía, se tragó, sin darse cuenta, una perla que se encontraba en una ostra. A los pocos meses nació en el castillo de Angulema, el 11 de abril de 1492, una niña tan bonita y tan perfecta que la llamaron Margarita. No pudieron elegir un nombre mejor. Continuaban la tradición real de dar a los nuevos vástagos los nombres de antepasados ilustres —la historia de Francia está cuajada de reinas llamadas Margarita— y fraguaban una leyenda, presagiándole además a la niña un futuro resplandeciente, pues Margarita, significa en latín perla. Dos años después nació Francisco.

Pero el futuro esplendoroso parecía lejano ya en 1496, cuando Margarita contaba cuatro años y su madre se tuvo que vestir de luto. Luisa no llegaba ni a los veinte años y su marido no la dejaba en una desahogada situación económica. A pesar de ello se preocupó por la educación de sus hijos, y Margarita recibió la cultura digna de una hija ilustre del Renacimiento. Aprendió latín, griego, español, italiano, y algo de hebreo, además de filosofía, matemáticas, teología, y bellas artes. Luisa debió de ofrecer a sus hijos mucho amor y cariño, y creó así una familia, aunque

pequeña, muy unida. Margarita adoró a su hermano Francisco toda su vida, y recibió el mismo afecto de su hermano.

Tal vez el único punto criticable de Luisa de Saboya fue su frivolidad. Viuda desde tan joven, pronto encontró con quien amenizar las horas que no dedicaba a sus hijos, y los amantes se sucedieron los unos a los otros. La lista llegó a tomar una dimensión legendaria, pues en seguida, dada su reputación, se le fueron añadiendo trofeos injustamente otorgados. Sin embargo, sus hijos jamás la recriminaron. Francisco siguió, como su madre, una vida galante, plena de aventuras; mientras que a Margarita, mujer sin margen a dudas, fiel y casta, no le debió molestar el ambiente cortesano. De hecho, como veremos después, le provocó algunas horas de indulgente diversión.

Mientras Francisco y Margarita crecían, la rama principal de la familia real se había extinguido, y el soberano francés era ahora un Valois-Orleáns, inmediatamente después, en lista de espera se encuentra el Valois-Angulema. Así, lo que para el padre parecía algo intangible, sentarse sobre el trono de Francia, para Francisco se iba convirtiendo en una posibilidad cada día más factible. Es por esto que Margarita también va creciendo en importancia, y su primer pretendiente es Carlos de Habsburgo, conde de Flandes, y futuro rey de España y emperador de Alemania. Pero al rey francés, Luis XII, no le parece conveniente poner a la disposición de España una posibilidad, aunque remota, de hacerse con la corona de la flor de lis, y rechaza al pretendiente. Para evitarle la tentación a otros ambiciosos extranjeros aspirantes ya a la mano de Margarita ya al trono de Francia, prepara la boda de la Valois-Angulema con alguien en quien, como en ella, bulle la sangre real francesa, el duque de Alençon, Carlos.

Margarita tenía por aquel entonces diecisiete años, y aceptó el cónyuge que el monarca, primo de su padre, le propuso o impuso, pues ya sabemos que a estos personajes en aquella época no era muy fácil llevarles la contraria. De su relación con el duque poco sabemos, no le dio hijos y vivió una vida retirada.

La estrella de su hermano iba en ascenso, tras la muerte de los dos hijos de Luis XII, era el heredero al trono. Además, para darle aún más fuerza a su posición, aunque en Francia era innecesario, pues por la Ley Sálica la

mujeres estaban excluidas del trono, contrajo matrimonio con la mayor de las dos hijas de Luis, Claudia. Con todo esto, Francisco debió pasar sus momentos de incertidumbre y ansiedad, pues Luis XII, aunque ya enfermo y casi sesentón, intentó hasta el último momento de su vida dar un hijo suyo como heredero al trono. Contaba para ello con la colaboración de su muy joven y reciente real esposa, María de Inglaterra, quien estaba tan dispuesta a lograr el ansiado fin que hasta prescindía del marido para la misión.

Murió Luis XII, y siguiendo la costumbre de asegurarse de que la Reina no se hallaba en estado de buena esperanza, aguardó a que se cumpliera la cuarentena. A pesar del esfuerzo colaborador no se produjo el deseado fruto, Francisco de Valois-Angulema se convirtió en Francisco I, rey de Francia. Con el nuevo rey entra en la corte aire fresco. Francisco es guapo, más ambicioso que inteligente, valiente, culto y amante de las mujeres en general, y de las rubias nórdicas en particular. Además trae a Luisa, la reina madre, aunque demasiado joven para este título, no tiene ni siquiera cuarenta años, y ya sabemos cómo era: si la nota de austeridad y pudor dependiera de ella, jamás iba a sonar. De esta corte llegó a comentar alguien que la frecuentaba que era «Una enorme casa de placer». Pera hay que ser justo, una enorme casa de placer a la francesa, es decir, frívola, casquivana, coqueta, tal vez para muchas inmoral, pero culta y refinada, inteligente y laboriosa, y dedicada al engrandecimiento de la más importante de todas las amantes de todos las reyes franceses, la dulce Francia. Por todo esto, Margarita se podía encontrar cómoda en la corte, quería intensamente a su hermana, y hacía muchos años que se había acostumbrado incluso, e indulgentemente, a aceptar los devaneos de su madre, además le ofrecía la oportunidad de relacionarse con los artistas que su hermano reunía a su alrededor, allí conoció, entre otros, a Leonardo da Vinci.

Margarita no era una gran belleza, pero era en aquella época tan joven y poseía encanto. Combinaba la inteligencia con la dulzura. Era exigente consigo misma, aunque toda indulgencia y sumamente cordial para con los demás. De risa fácil, pero envuelta en un aire de inaccesibilidad del que emanaba gran atractivo. Varios personajes, entre ellos el almirante Bonnivet y el condestable de Barbón, pusieron los ojos en ella, pero Margarita se mantuvo siempre fiel a su insulso marido, el duque.

De ambos pretendientes a amantes existen anécdotas. Según se cuenta, el almirante Gpuffier Bonnivet aprovechó la ocasión que le brindaba la visita del rey y de su corte a su castillo, y se introdujo en el cuarto donde había alojada a Margarita. Ésta dormía, pero la presencia del almirante la despertó, y sin saber quién era le propinó tal cantidad de golpes, arañazos y mordiscos, que a la mañana siguiente el almirante no se pudo presentar en público, ni siquiera despedir a su amigo y monarca, Francisco. Hasta que no quedaron rastros de las heridas sufridas en tan singular batalla, la Corte no gozó de la compañía del apasionado almirante. Margarita, lejos de defenderse, se lo tomó con humor y filosofía, una experiencia más que plasmaría algún día en alguna novela.

Su historia con el condestable de Borbón es más enredada. Luisa de Saboya estaba enamorada de él, hasta el punto que le propuso matrimonio.

Así que mientras Margarita era asediada por el condestable, éste sufría el cerco de la madre. Ninguno de los sitios tuvo éxito, pero Luisa de Saboya no se conformó fácilmente, y le hizo la vida imposible al condestable, hasta el punto quo éste se pasó al bando del enemigo tras un conflicto ocasionado por una herencia que no se le concedía.

El enemigo de Francisco l, era Carlos I de España. Ambos habían aspirado a la corona imperial; pero Carlos, gracias al apoyo de los banqueros germanos, más la influencia de su abuelo el Emperador Maximiliano, fue quien obtuvo la mayoría en la elección. Francisco, cuando vio la situación propicia, atacó y cruzó los Alpes. Tras esta cordillera lo esperaba su gran derrota, la de Pavía, allí cayó prisionero de los españoles y el resto del derrotado ejército francés regresó a Francia con el duque de Aleçon. Margarita se reunió en Lyon con su esposo, quien al año siguiente, en abril de 1425, moriría en sus brazos. Otra víctima de esta batalla fue el almirante Bonnivet, quien por su valentía merece mención, pues al ver a su rey hecho prisionero, declaró que no podía resistir tanta vergüenza y se lanzó al campo de batalla sin yelmo.

Viuda y con su querido hermano prisionero de Carlos V, Margarita debió de pasar los momentos más duros de su vida. Luisa se encargó del gobierno de Francia, como regente, y esta mujer a la que tantas veces se la ha acusado por su frivolidad, supo demostrar su inteligencia política.

Francisco no cedía en España los pedidos de Carlos, y su terquedad lo puso bien cerca de la muerte. Pero Margarita acudió al lecho del moribundo, le inspiró ánimo y le hizo recobrar las, esperanzas; ordenó misas en su nombre y comulgó junto a él, y le exigió a Carlos que lo tratara como un monarca merecía. Fortaleció el espíritu de su hermano y le devolvió la vida. Este episodio de la vida de Margarita tuvo un final novelesco. En camino hacia Francia, los nobles, españoles le prodigaban su hospitalidad y, entretenida, se fue demorando. Sin embargo, debía de ser cuidadosa, pues su salvoconducto tenía una validez de tres meses, y de caducar, Carlos V hubiera podido aumentar a dos el número de sus prisioneros reales franceses. Al parecer fue el condestable Borbón quien se dio cuenta del detalle, y, aunque se había pasado al bando contrario todavía debería recordar su amor por la Princesa, y se lo advirtió a Francisco. El soberano francés le mandó un emisario a su hermana, advirtiéndole de que se debería apurar a llegar a la frontera. Margarita abandonó la cómoda litera que la transportaba, y montada a caballo llegó a suelo francés antes de que caducara el salvoconducto. Tal vez este final sea una invención romántica, pero plasma muy elocuentemente a los personajes y al momento histórico.

De vuelta a Francia, en su feudo de Aleçon, Margarita se concentró en el estudio de la filosofía y de la Biblia, se alejó así de la política y de la vida cortesana. Pero la vida deparaba para Margarita momentos de gran alegría. En 1427 se casó con Enrique de Albert, rey de la Navarra francesa. Con él llegó el título de reina, pero también algo mucho más importante, el amor. Enrique y Margarita se habían conocido y se amaban; éste fue, por lo tanto, un matrimonio por amor. En un año consiguió Margarita lo que en los catorce años del matrimonio anterior no había logrado. En 1528, a los treinta y siete años, fue madre de una hermosa niña, Juana. Otros niños siguieron a Juana, pero ésta fue la única que no murió durante la niñez, única nota de tristeza de este enlace tan singular, que al amor, ingrediente insólito en el caso de uniones entre la realeza, añadía el de la diferencia de edad entre los cónyuges, siendo Margarita once años mayor que él.

En la pequeña y pobre Navarra, Margarita creó una corte en donde reunió a un selecto grupo de intelectuales. A los literatos, filósofos y poetas les atraía esta mujer, que seguramente poseyó una de las inteligencias más

preclaras de la época, y era uno de sus grandes humanistas. Conocía la literatura italiana como pocos, y se contaba en el escaso grupo que conocía a fondo *La Divina Comedia*. Aparte de Dante, también había leído a Petrarca y a Boccaccio. Se la llamó la décima musa, y en la literatura francesa del siglo XVI ocupa un lugar destacado, no por ser mujer escritora, sino por ser una gran escritora. Dominó el verso y la prosa, y en el género de la novela corta, merece ser reconocida como una autora que mejor supo desarrollar los aspectos psicológicos de sus personajes, tampoco se le puede poner nadie de esta época por delante cuando se trata de escudriñar el alma.

Uno de los hermosos rasgos de Margarita es que su intelectualismo jamás opacó su sentido del humor. Su más célebre obra, el inconcluso «Heptameron», nacido a imitación del «Decamerón» de Boccaccio, es una colección de relatos en los que se narran historias de la vida galante. Pero a diferencia de la obra del gran italiano, los de esta princesa están basados en la realidad. Disfrazados bajo seudónimos y anagramas, desfilan en estos cuentos personas del círculo de Margarita. Su madre, Luisa de Saboya, es Oisille, incluso ella aparece con el nombre de Parlamentare, y cómo no, también revive allí el rasguñado almirante Bonnivet y su hermano Francisco con todas sus amantes.

Otra de las virtudes dignas de mención de Margarita fue Su tolerancia religiosa. En una época dominada por el sentimiento opuesto, ella jamás pudo comprender cómo por una idea se podía sacrificar la vida de un hombre en la hoguera. Protegió a muchos reformistas y simpatizó con algunos de los conceptos de la Reforma. Incluso una de sus obras, *El espejo del alma pecadora*, causó que la Sorbona la acusara de poseer ciertas «trazas de herejía». Por este motivo tuvo algunos conflictos con su hermano, que era partidario de usar la mano férrea contra la herejía.

Su relación con su hija Juana, no fue la que una persona de naturaleza tan amorosa hubiera deseado. Juana había crecido lejos de la madre, pues su tío Francisco quiso que se educara en Piessisles-Tours. Por otro lado, Juana

poseía un carácter extremadamente fuerte, incluso llegó a encararse con Francisco, quien le había impuesto un matrimonio con Guillermo de Cléves. Tal fue el alboroto de Juana, que llegó a conseguir del Papa la anulación del matrimonio. Por último, se casó con Antonio de Borbón. Margarita les envió una epístola en verso en las que les indicaba su deseo de verse convertida en abuela, lo que consideraría un gran don enviado por Dios. Nunca llegó a conocer a su nieto, quien heredó de ella el sentido del humor, la tolerancia y la generosidad, y fue un gran rey de Francia, Enrique IV de Borbón.

La religión y la literatura llenaron los últimos años de la vida de Margarita. Muchas de su grandes obras son de esta época, *Canciones espirituales*, *La Nave* y el tercer libro de *Las prisiones*. EI21 de diciembre de 1549, murió en el castillo de Audos, en los Pirineos. Mujer sumamente religiosa al tiempo que humanista, supo en una época de excesos conjugar magistralmente ambas facetas, pues para Margarita «*Nunca nadie ha amado a Dios perfectamente, hasta que ha amado perfectamente a una de las criaturas de este mundo*».

4. Sor Juana Inés de la Cruz

A mediados del siglo XVII, la vida colonial de América fue propicia para el desarrollo de la poesía barroca, escuela literaria que le viene de España con retraso. Los poetas se adiestraban para lucir su ingenio en distintos certámenes y en todos se aprecia la influencia de Góngora y Quevedo, el uno de la rama culterana del barroco y el otro de la conceptista. Poetas famosos, cultivadores de este estilo, fueron Arias de Villalobos, Juan de Palafox y Mendoza, Matías Bocanegra, Luis Sandoval Zapata, Carlos de Sigüenza y Góngora y sor Juana Inés de la Cruz, considerada en vida «la única poetisa», «Musa Décima» y «Fénix de México».

Sor Juana Inés de la Cruz, para el mundo Juana de Asbaje y Ramírez de Santillana, nació el 12 de noviembre de 1651. En un documento suscrito por ella en el convento de San Jerónimo, en el que profesaba, aparece:

> *«En el siglo me llamaba Juana Ramírez de Asbaje, natural de la provincia de Chaico, hija legítima de don Pedro de Asbaje y Vargas, natural de Guipúzcoa, España, y de doña Isabel Ramírez, su mujer, mis padres y señores».*

La madre, Isabel Ramírez de Santillana, de padres andaluces, era natural de Tecaplixtla. Ahora bien, pese a la afirmación de Sor Juana de ser hija legítima, otras fuentes declaran, basándose en el hallazgo del testamento de Isabel Ramírez, que ésta tuvo seis hijos, tres con don Pedro Manuel de Asbaje y tres con el capitán don Diego Ruiz Lozano, sin contraer matrimonio con ninguno de los dos. Esta situación, de ser cierta, nos habla mucho más a favor de la futura monja, la que entonces tuvo que enfrentarse a una sociedad que seguramente reprobaba su origen. Y aunque no nos habla nunca de su madre, de cierta manera le demuestra su consideración al llevar durante muchos años su apellido.

Era asombrosa la inteligencia que de niña tuvo sor Juana; a los tres años ya sabía leer, y por cierto que aprendió a espaldas de su madre, valiéndose de una pequeña mentira a la maestra, a la que dijo que su madre la enviaba para que aprendiera junto con su hermana; la maestra no le creyó, pero hizo como si tal y por juego empezó a enseñarle, pero al ver los progresos, tomó en serio los deseos de la niña y guardó el secreto de su infantil embuste. Para esta fecha la familia se había trasladado para Amecameca, pues en el caserío de San Miguel de Neplanta no había escuelas. A los siete años Juana escribía correctamente y al conocer que existían en la ciudad escuelas superiores y una Universidad, pidió insistentemente a su madre que la enviara allí a estudiar. En espera de que se cumplieran sus deseos, se encerraba en la biblioteca del abuelo, don Pedro Ramírez, ofreciéndole una tregua a la madre a quien acosaba con sus continuos *por qués* a los que la pobre mujer no podía responder. Poco antes de los ocho años concursa con una loa en la fiesta del Santísimo Sacramento con el solo fin de obtener el libro que daban como premio.

Tenía ocho años cuando por fin se realiza su sueño de ir a estudiar a México; por esta fecha ya había fallecido su abuelo y ocupaba el lugar de hombre de la casa el capitán Diego Ruiz Lozano. En la ciudad vivía una hermana de la madre que gozaba de buena posición, y tanto ella como su esposo dieron una cálida acogida a la niña, que además despertó no poca admiración por su inteligencia y los conocimientos que poseía a pesar de provenir del campo. Los tíos le asignaron un maestro, el bachiller de la Universidad Martín de Olivas, y veinte lecciones de latín fueron suficientes para que Juana pudiera, ya por cuenta propia, llegar a dominar en poco tiempo esa lengua. «*No hay cosa más libre que el entendimiento humano*», dicen unos versos suyos, Y a alcanzar esa libertad se dispuso con todas sus fuerzas. Estudiaba incansablemente, encerrada día y noche con su, libros; le imponía retos a su inteligencia, tales como cortarse un pedazo de trenza y obligarse a aprender determinadas disciplinas en el tiempo que demorara aquélla en crecer el tramo que le había cortado.

El tiempo transcurría, y la niña que llegó a la capital del Virreinato de la Nueva España estaba convertida en una encantadora joven que era el orgullo de sus parientes, pero junto con el sano orgullo de saberla

inteligente y bella abrigaban temores respecto al asedio de los hombres a que se iba a ver expuesta la muchacha, y para asegurar su porvenir la introdujeron en el palacio del Marqués de Mancera, Virrey en esos momentos, como dama de la Virreina.

Su vida, de los trece a los diecisiete años, se desarrollará en esta Corte virreinal y será en extremo agitada. Juana de Asbaje es admirada y objeto de mil agasajos, además de bien querida por los virreyes; su carácter es sociable y dulce, pero su personalidad es independiente, de espíritu libre. Con dolor, veía tronchados sus deseos de dedicarse plenamente a los estudios, pues salvo los versos que escribía por encargo de alguna personalidad o con motivo de alguna celebración —era la poetisa oficial de la Corte—, apenas tenía tiempo de leer entre fiestas, recepciones, visitas, cumplidos o lutos. Este rosario de ocupaciones frívolas que entorpecen sus verdaderos anhelos hacen que determine refugiarse en un convento; asiste a su última fiesta el 22 de diciembre de 1666, y allí está también presente su confesor, don Antonio Núñez de Miranda, quien es el único que conoce las tempestades del alma de la joven. Para ella no está hecho el matrimonio, tan lleno de deberes absorbentes y tampoco la maternidad; quiere consagrarse a su único amor: el saber.

En su decisión de tomar los hábitos jugó un importante papel don Núnez de Miranda. Juana de Asbaje no tenía una profunda vocación religiosa, pero se sentía capaz de cumplir, y para ello estaba dispuesta por naturaleza, los votos de castidad y pobreza. Primero ingresó, el 14 de agosto de 1667, en el monasterio de San José, de las carmelitas descalzas; tenía casi quince años. En el convento se seguían las reglas de reforma de Santa Teresa, y la joven quiso cumplir tan puntualmente con la disciplina, que al poco tiempo enfermó gravemente. Se vio obligada a abandonar el convento en noviembre del mismo año y volver al palacio de los virreyes, pero permanecerá allí poco tiempo. Por esos días el marqués de Mancera convocó a las figuras más destacadas de la Universidad y la ciudad de México para someter a un examen a su eminente protegida. Entre los cuarenta escogidos había teólogos, matemáticos, historiadores, poetas y humanistas; los conocimientos de Juana aplastaron a los examinadores. Pero esta exhibición a que la sometió el Marqués no hizo más que afirmarla

en sus propósitos de aislamiento. Tras un año de prueba como novicia, el 24 de febrero de 1669 tomó los hábitos en el convento de San Jerónimo y se convirtió en sor Juana Inés de la Cruz.

Sus mecenas, los virreyes, cuidaban de que nada le faltara. Su celda, si es que así se le podía llamar, tenía una mesa bien provista de papel, plumas y tinteros; las paredes estaban tapizadas con estantes de libros y con instrumentos musicales y matemáticos, nada delataba la habitación de una monja. Pero con todo, tampoco aquí encontró toda la tranquilidad que buscaba. Por una parte, tenía que cumplir las obligaciones propias de su condición de monja, y por otra no le dejan de llegar encargos literarios del palacio y los virreyes la visitan constantemente para compartir con ella sus preocupaciones o pedirle consejo sobre cualquier situación o dificultad que surgiese en el virreinato. También recibía las visitas de prestigiosos intelectuales, entre ellos, don Carlos Sigüenza y Góngora, la amistad más apreciada de la monja y alma gemela de la suya. En fin, que las paredes del claustro eran transparentes para sor Juana, pues sus relaciones la mantenían en el centro de todos y cada uno de los acontecimientos, y no como simple espectadora.

Su prestigio literario traspasaba las fronteras de México, ya en España se preparaba la primera edición de sus poesías, que saldrían a la luz en 1689. Para esta época eran otros los virreyes que gobernaban; en 1673 se marcharon sus primeros mecenas, el marqués y la marquesa de Mancera, y los otros que fueron sucesivamente ocupando el palacio dispensaron a sor Juana igual admiración. En diciembre de 1688 llega el virrey don Gaspar de Silva y Sandoval; la poetisa tiene ya treinta y siete años, pero se le avecinan tiempos tormentosos. Contaba con la amistad del obispo de Puebla, Fernández de Santa Cruz, y el propio obispo induce a la monja a escribir una crítica al *Sermón del mandato*, pronunciado por el padre jesuita Antonio de Vieyra, uno de los oradores religiosos más grandes de su siglo, el Jueves Santo de 1650. Este predicador, no sin petulancia, se había comprometido a superar cualquiera de las finezas dichas por los padres de la Iglesia acerca del amor de Cristo hacia los hombres, y sor Juana rebate sabiamente al jesuita. El obispo de Puebla imprime y publica la crítica de la escritora con el título de *Carta Atenagórica*, es decir, digna de Atenea. Los

efectos fueron nefastos, pues si bien algunos ilustres intelectos la elogiaron, muchos le retiraron su amistad, entre ellos su confesor, el padre Núñez, y las puertas del palacio del Virrey se le cerraron. Aún no se han puesto de acuerdo los estudiosos de la vida de la poetisa mexicana para determinar el móvil que tuvo el obispo de Puebla, pues, hombre inteligente, tuvo que prever las consecuencias que tal crítica iba a traer; se piensa que puede haber sido su antipatía por los jesuitas lo que lo llevó a valerse de sor Juana para que los demoliera con su pluma, o bien con el fin de poner a mal a la monja con el clero que siempre la había estimado y permitido sus actividades intelectuales.

Cuando publicó el obispo la Carta Atenagórica, recibió sor Juana una misiva firmada por sor Filotea de la Cruz, remitida desde Puebla, y seguramente escrita por el padre Fernández de Santa Cruz bajo este seudónimo, que era una reconvención, una amonestación privada donde afloraban todos los prejuicios sociales de la época y se llamaba al orden a la monja; para sor Juana, como intelectual, representó la sentencia de muerte.

Sor Juana entendió perfectamente el mensaje, pero la crisis que se desató en su alma una vez que decidió renunciar a todo vínculo con el mundo del intelecto, la demoró seis meses en responder, y era la primera y última defensa de la mujer antes de que la monja se perdiera para siempre tras los sólidos muros del convento. El 1 de mayo de 1691 fechaba su *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, carta autobiográfica en la que se rezuma su amor a la sabiduría, y que, quizás sin proponérselo, resultó todo un manifiesto, el primero escrito en América, en defensa de los derechos de la mujer.

Otro golpe, quizás el más directo de todos, no tardó en llegarle. El arzobispo Francisco de Aguiar y Seijas le exige que venda su biblioteca para recaudar limosnas para los pobres; era el último lazo que unía a la intelectual con la vida, y se lo desataron; ahora sólo quedaba la monja, que poco sobrevivió. En 1693 había aparecido la segunda edición del segundo tomo de sus obras, y el 5 de marzo de 1694 firmaba con sangre, extraída de sus venas

> *«su definitiva renuncia a todas las cosas terrenales; era el paso del encausto a la sangre, era el fin del duelo entre la mujer y la monja».*

Se sumergió en una extrema religiosidad y es un misterio si fue una sincera búsqueda de Dios o una evasión.

Una epidemia de peste entró al convento y muchas de sus compañeras fueron atacadas. Sor Juana se entregó por completo al cuidado de las enfermas, las atendía personalmente y hacía oídos sordos a las advertencias sobre el peligro que desafiaba, era como si buscara la muerte. Cuando a la fuerza la quisieron aislar, era tarde, ya estaba contagiada. Recibió todos los tratamientos de que se disponían contra la enfermedad y la ciudad entera rezaba por su salud, su inminente muerte tenía a todos consternados. Pero ella, con su lúcida inteligencia, sabía que era el fin, y los que estuvieron a su lado, como su querido amigo Carlos de Sigüenza y Góngora vieron en sus ojos un profundo júbilo, como quien sabe que se acerca a la liberación. El 17 de abril de 1695, entre las tres y las cuatro de la madrugada, murió. Fue llorada por todos, se esfumaron el celo y la envidia que la habían acosado en los últimos años; los que la condenaron, ahora competían a más y mejor en dar muestras de dolor, era lo último que podían hacer por quien ya no estaría allí para opacarlos con la brillantez de su inteligencia.

Se cumplían, sólo en parte, las palabras de la poetisa: «*¡Válgame Dios! ¿Que el hacer cosas señaladas es causa para que uno muera?*», porque sor Juana de Inés de la Cruz siguió viviendo en sus romances, sus redondillas, sus décimas, sus sonetos y demás géneros literarios que cultivó; su personalidad de intelectual extemporánea encontró la tan buscada comprensión en los siglos subsiguientes, el tiempo ha ido trayendo su espíritu hasta colocarlo en la época en que realmente le correspondía nacer, y si pudiera ver la obra convertida en uno de los mayores monumentos literarios de las letras españolas y su vida en constante reto para historiadores y biógrafos, tal vez pensaría, esta artista inconforme, que no fue tan poco lo que hizo.

5. George Sand

En las tardes de domingo, Marcel Proust niño escuchaba, de labios de su abuela, pasajes de las novelas tiernas y a veces prohibitivas de una mujer que había dado mucho que hablar a sus contemporáneos y no menos a la posteridad, y que algunos califican su obra de perfecto deleite para el alma de las criadas, y otros, los más lúcidos, las enmarcan, como las de Tolstoi, dentro de la bondad y la distinción. Se trataba del ser que había inspirado a Liszt y a Chopin, a Musset y a Saint Beauve, que despertaba la admiración de Dostoievski y de Turgueniev, que posó para las pinturas de Delacroix, que fue la confidente literaria de Balzac y que Flaubert llamaba la mamá Sand.

Bajo la sombra de Sand se formó Proust, quien amaba la campiña francesa tanto como ella había amado el Nohant del Berry, y Albertine, una de las muchachas en flor, tendría un aire inconfeso, de amor silenciado como aquél que hable sentido uno de los amantes de la Sand.

Esta mujer, que más que un ser humano parecía un museo en el que la suerte acostumbraba a dejar por accidente a ciertos genios desorientados para que encontraran en su pecho una especie de principio ordenador, o al menos un motivo para la creación, no recibió el trato que su espíritu reclamaba, pero la curiosidad y el justo juicio de estos grandes hombres, precisaron que nos ocupáramos de ella.

Aurore Dudevant, que pasaría a la historia de la literatura, con el seudónimo de George Sand, había nacido el 1 de julio de 1804, en los albores del Imperio que inauguraba Napoleón, pero sintiendo todavía en la mejilla los aires de la Revolución de 1789 y de la República; en su casa paterna aún vagaban los espectros de Voltaire y de Rousseau, que ya nunca más se marcharían de toda casa habitada por un hombre que presumiera de ser culto.

Había en su familia un tipo de enfermedad congénita que inclinaba a sus miembros a los amores prohibidos, de los que salían hijos naturales que

luego pagarían su bastardía; y el caso de Aurore no sería diferente. Su padre, Maurice Dupin, era hijo de Marie Aurore de Sax, que a su vez era hila natural de Maurice de Sajonia, un distinguido militar que era el fruto de las relaciones extramaritales de Augusto II, rey de Polonia y elector de Sajonia, con una condesa sueca. El último de los Maurice, hasta el momento, —luego veremos que el hijo de Sand también se llamaría así— era un oficial de Napoleón que en una de sus campañas había conocido a Sophie, hija de un criador de pájaros caído en desgracia, que para entonces ya era madre soltera y había venido de compañera de un viejo general.

De este verdadero pero tortuoso amor, nace Aurore, porque su abuela, Madame Dupin, a pesar del grandísimo cariño que sentía por su hijo Maurice, nunca le perdonó el haber escogido a esta mujer por esposa; y después de muerto el padre, será la niña quién pagará con el desequilibrio emocional las desavenencias entre nuera y suegra.

En uno de sus arranques de cólera contra la madre de Aurore, la señora Dupin le había contado a su nieta el pasado oscuro de la «odiada», pero la niña siempre fue comprensiva para con las faltas de la madre. A propósito de esta historia torturó sus primeros años, diría refiriéndose a su abuela, «*No entendía que en la vida de los pobres hay tentaciones, congojas, desastres que los ricos jamás comprenderán*». Quizás esta comprensión haya ido más allá del plano familiar y fuera lo que la animara a estar junto a los pobres cuando las barricadas del 48, y del mismo modo a poner su pluma al servicio de la Comuna.

De sus primeros años conserva Aurore varios recuerdos importantes: uno, de un día en el palacio de Godoy durante un viaje a España con sus padres, cuando la ocupación de las tropas napoleónicas, en el que le pusieron un pequeño uniforme de ayuda de campo para diversión del general Murat; otro, la visión de su padre cayendo del caballo en la tierra de Nohant de donde no se levantaría ya más.

De este mismo Nohant, que luego sería su propiedad y eterno refugio, escribía:

«Adoraba ya, adoré siempre la poesía de las escenas campestres, los grandes bueyes de testuz bajo, de lento paso, las carretas de heno, las asambleas aldeanas, las bodas campesinas, las veladas en que el

agramador relataba las viejas leyendas y el barbecho que esperaba por su sementera».

Nohant hizo de ella un espíritu silvestre, que pasaba los días al aire libre jugando juegos de hombres junto a su medio hermano Hipólite. De esos años en los que Aurore pasaba por ser todavía una niña rebelde, en la que se podía descubrir una bella adolescente, nos llega la descripción de un joven vecino:

«poseía una profusa cabellera negra, ojos de andaluza, un color tabaco de España y la figura ágil de una amazona que parecía tomar el porte bravo de un húsar».

Por esta etapa Aurore se sentía cansada de ser la manzana de la discordia familiar, su madre y su abuela no cedían un ápice en la contienda, y esta última, para separarla de una posible perdición, la envió a un convento al cumplir los catorce años. El convento de las Agustinas inglesas fue para ella un oasis maravilloso, comprensible sentimiento si recordamos que la casa había sido el centro de un universo cruel, En el convento reinaba la vegetación —estaba rodeado de viñas y jazmines—, la paz que había allí era reconfortante para el alma de Aurore, lo que favoreció un acercamiento a Dios.

En los primeros meses de su estancia, nuestra heroína era una niña inquieta que se mezclaba en todas las expediciones por techos y sótanos. Sus amigas la apodaron *Cuadernillo*, porque siempre tomaba notas en una libreta, o *Somebread*, traducción inglesa de un poco de pan, en tanto que las religiosas la llamaban *Madcap*, porque siempre estaba en falta.

Antes de Aurore llegar al convento había tenido uno, educación fuera de la ortodoxia religiosa, su abuela era volteriana hasta la médula, y su preceptor, Deschartres, era un antiguo sacerdote que había colgado los hábitos. Allí adquirió el grado de misticismo y concentración necesario para pasar las horas rezando en la pequeña iglesia del convento. Su actitud cambió completamente, un día corrió a donde estaba su confesor, el abate de Prémor, en busca da una reconciliación con el cielo y sus palabras fueron: «*Seré la sirvienta abrumada de fatiga, la barrendera de tumbas, la*

acarreadora de inmundicias, todo lo que quieran…, con tal de que sólo tenga a Dios por testigo de mi suplicio y su amor por recompensa».

Pero el abate no pretendía hacer de ella una santa, sino una mujer recta y preparada para conducirse bien en el mundo, de manera tal que no perdiera todas sus energías con la esperanza de una vida eterna. Por lo tanto, le impuso como penitencia volver a los juegos y diversiones inocentes de su edad.

Los consejos de este hombre servirían a Aurore cuando, de vuelta a su finca, se encontró completamente sola. Su abuela había muerto y ella tendría que llevar la carga de la administración y de sus pocos años, entonces el abate le escribía: «*Lee a los poetas, todos son religiosos. No le temas a los filósofos, todos son impotentes contra la fe*», y la joven siguió sus consejos al pie de la letra, comenzaba su comunión con Rousseau, descubría el *Emilio*, su vocación. Tenía en común con éste la ternura, el deseo de sinceridad, el amor a la naturaleza, de él aprendió que es necesario vivir conforme a esa naturaleza, obedecer a las pasiones y, en particular, al amor; eso fue lo que hizo durante toda su vida.

Pero éste no fue el único aporte de Rousseau al espíritu de Aurore. La posición de la joven con respecto a Dios era diferente, creía en él, en la Providencia, en la inmortalidad del alma, pero no creía en un dios personal, trascendente, que asistiera a la humanidad desde afuera, decía: «*Prefiero creer que Dios no existe a creerlo indiferente*», y entonces, se volvía atea por veinticuatro horas, pero luego comenzaba a sentir la presencia divina en todas partes.

Aurore realmente sentía la ausencia de la abuela, y necesariamente una persona que se responsabilizara de la finca, que llevara el peso mayor y que a la vez la librara de la tiranía de la madre, que había vuelto a entrar en escena después de la muerte de la señora Dupin. Fue así como decidió ir al matrimonio, el elegido era un muchacho simplón, que rayaba en la nulidad, ¿su nombre? Casimir Dudevant, ¿su función en la vida de Aurore?, ser el responsable de años de infelicidad, de inanición, de desesperanza, pero no todo fue malo, inconscientemente ayudó a engendrar a George Sand, hizo una escritora, ya que Aurore sólo encontraba refugio en la literatura, en la música, y creaba, creaba incesantemente, a veces una lírica desgarrada o

unas novelas que ponían a llorar a la servidumbre femenina de Francia, pero útiles desde el punto de vista de que estimularon en ella una dedicación al trabajo y una vocación más que decidida.

Prueba de esta dedicación es la historia que narraban los allegados de Sand y De Musset, de que mientras este último escribía diez líneas y se tomaba una botella de alcohol en una noche, Sand, por su parte, hacía medio manuscrito y se tomaba una botella de leche. No cabe duda de que su capacidad de trabajo fue superior a la de De Musset.

La transformación de Aurore en Sand no fue radical, pasaron años para que se convenciera de que se debía desprender de ese afán de virtud, de ese apego al matrimonio aunque éste no conllevara amor. Necesitó una buena dosis de vejaciones, de engaños y de incomprensión, pero al fin se liberó, aprovechó la primera oportunidad, había encontrado el testamento de Casimir en que la acusaba de infidelidad; se marchó directamente a París y separaron sus vidas. La de ella se renovó junto a un joven, Jules Sandeau, rubio, de diecinueve años, estudiante de derecho que descuidaba sus deberes para participar de las actividades de la vanguardia política y literaria, influido por Víctor Hugo y De Musset. Juntos escribieron un cuento largo, *Rose et Blanche*, que fue publicado en 1831 y les valió la suma de cuatrocientos francos, habían descubierto el camino del éxito y la crítica parisina hablaba de ellos.

Después de esto, se pusieron de acuerdo para hacer una nueva novela. Aurore se retiró a escribir su parte a Nohant, y a los tres meses estaba de vuelta en París con una obra completa, y en cambio Jules no disponía más que de una, pocas líneas. Este y otros motivos favorecieron la separación. Sand había alcanzado la fama con *Indiana* y también una colaboración en la revista Revue des Deux Mondes y cuatro mil francos al año.

Luego de *Indiana* vino *Valentine*, que se escribió en cuatro meses. De ella escribía el crítico más influyente de la época, Saint Beauve, «*el autor posee las llaves del corazón humano, el don de la creación. El nombre de Sand esconde a un verdadero maestro*». Ya estaban abiertas las puertas de la gran urbe, en la medida en que éstas podían abrirse para un escritor en el siglo XIX, es decir, de una manera tímida, sin ninguna protección para el creador. Víctor Hugo había vivido un año con cien francos y hasta había

invertido su levita para usarla por el revés y que pareciera nueva. No era fácil la consagración ni la vida de los escritores, afortunadamente Sand poseía algún dinero que le enviaba Casimir para sus gastos más necesarios y nunca se vio en la pobreza extrema.

En 1833 se publica «Lelia», que es todavía mejor acogida por la crítica, y entra en la vida de George Sand, Alfred de Musset. Su primer encuentro fue en una comida ofrecida por Buloz. En aquella ocasión la escritora llevaba una extraña indumentaria medio oriental y de su cintura pendía una daga que le resultó curiosa a De Musset, y esto da pie para una conversación. Nació una amistad, Alfred, como ya le llamaba, frecuentaba casi todos los días a la escritora en su piso del 26 de la quai Malaquais, él fumaba tabaco egipcio en pipa de cerezo, que ella le preparaba enfundada en una bata turca. Se observaban y se creían a salvo de toda tentación, Musset fantaseaba con ser para ella un compañero sin complicaciones, pero al fin escribió la esquela que George esperaba: «*Os amo, señora, desde el primer día… Os amo como un niño*», poco después ella escribía a su crítico y confesor, Saint Beauve, «*me he enamorado y ahora de verdad, de De Musset… No se trata de un capricho… Esta vez encuentro un candor, una lealtad, una ternura que me embriaga*».

Era un amor de juventud, juntos escribían, Musset había abandonado su vida de libertino nato y trabajaba en su obra. Ella se encerraba en sus habitaciones y también trabajaba. Pero la paz no duró mucho tiempo, Musset reclamaba de su amada el tiempo que le dedicaba a la literatura, en él no había constancia, comenzó un tiempo de peleas y reconciliaciones, el poeta celaba la gloria de George y no resistía que fuera tan masculina, que usara esos trajes varoniles —Sand acostumbraba ataviarse con unos pantalones de montar y una especie de frac recortado—, ambos eran personajes públicos, formaban parte de los elegidos del siglo, y sus escándalos estremecieron todo París. Su historia fue la más cacareada en todos los salones durante años.

En un tiempo intermedio aparecieron nuevos amores en la vida de Sand, pero el que tomó aires definitivos fue el que vivió con Chapín, el músico polaco que cautivaba a la ciudad, «*tenía el aspecto de un dandy, siempre de guantes blancos y asistiendo a bailes y visitando a condesas*», pero no era

saludable a pesar de que tenía una apariencia rolliza. El músico no se quedaba atrás respecto al mal que con frecuencia aquejaba a sus colegas. La tisis había venido para dificultar su obra. Tal parecía que ésta era enemiga de la belleza.

Aurore se erigió en madre, enfermera y amante. Emprendieron un viaje a Mallorca del que esperaban mucho, pero los cálculos fallaron: Chopin empeoró y Sand no pudo disfrutar momentos de pasión. Sin embargo, el romanticismo ganó una obra maestra total, los 24 preludios. De regreso del viaje se establecieron en Nohant; allí todo fue mi, tranquilo, de este tiempo son las Polonesas y algunas mazurkas. Sand, que siempre había amado la música, se deleitaba escuchándolo, pero Chopin representaba el papel de tercer hijo —Sand tenía dos reales: Maurice y Solange—, y sus relaciones eran un tanto platónicas. Claro, ya no eran jóvenes, Sand rondaba los cuarenta y se sentía envejecer. Pero juntos conocieron una bella época, disfrutaron del calor de sus amigos, en su piso de París los visitaban Lízst, Hein, Delacroix, madame Dorval y Berlioz. A pesar de estas ocupaciones aparentemente triviales, Sand estaba cada día más ligada a la vida social. Proudhon revuelve el cerebro de los parisinos: *¿la propiedad es un robo?*, la revolución llegaba, París despertaba hecho una barricada, se instauraba la república, luego el Segundo Imperio y Luis Napoleón enviaba a prisión a sus antiguos partidarios; éstas son épocas difíciles para Sand y otros intelectuales, pero toda tormenta afortunadamente pasa. Ya era alguien imprescindible para Francia, escribía de todo e incesantemente, hasta se acercó al teatro con la adaptación de una novela, *El marqués de Villamer*, que triunfó en 1864.

Respecto a su vida amorosa, pasó sus últimos años con Alexandre Manceau, un grabador, que no sólo tomó, sino que también supo dar y se mantuvo junto a ella durante quince años, todo un récord para Sand. Ella le enterró en 1873, también tísico, y luego le siguió. Murió el 8 de junio de 1876. Pidió para su tumba una ausencia total de epitafios triviales; le había dicho a sus hijos: «*Dejad crecer la hierba*»; pero así y todo, Víctor Hugo redactó el elogio «*Lloro por una muerta y saludo a una inmortal*». Esta era la posición que mejor le ajustaba: la inmortalidad.

6. Emilia Pardo Bazán

Lope con faldas llamó el escritor Ramón Pérez de Ayala a su fecunda colega que tanto dio que hablar en su tiempo con su postura feminista y su afán de mostrarle a España, pedagógicamente, la nueva corriente literaria que imperaba en Francia, el naturalismo.

La primera vez que se escuchó su voz fue el 3 de septiembre de 1851, en Marineda, La Coruña, donde vino al mundo para felicidad de don José Pardo Bazán y doña Amalia de la Rúa, sus padres. Fue única hija de una familia acomodada y noble que le prodigó gran cariño pero sin hacer de ella una criatura engreída y caprichosa. De niña no fue muy aficionada a jugar con muñecas, prefería leer los libros de su padre y experimentar fuertes emociones escuchando cuentos de aparecidos. De muy joven, casi adolescente, empieza a componer versos, llevada por su admiración a Zorrilla y. Víctor Hugo. Pero pronto, dentro de sus aficiones, tendrá que hacerle lugar al matrimonio, el cual quizás ella hubiera abrazado mucho más tarde si a los quince años no se encontrara comprometida con José Quiroga, el que le causó buena impresión a la muchacha por su aspecto de poeta romántico.

En 1868 se casa y la familia se traslada para Madrid, de allí salen al extranjero en espera de que la situación política, creada por la revolución, se estabilice. Viajan por Francia, Italia e Inglaterra y nada escapa a la observación de Emilia, que en un cuaderno recoge todas sus impresiones. Regresan a Madrid cuando el ambiente es más sereno. Vuelven las tertulias —en las que prima el tema político—, los paseos a caballo, el teatro, los conciertos; pero pasado un tiempo se siente aburrida y le pide a su marido que la lleve a la Exposición Universal que se va a celebrar en Viena. Al regreso, organiza sus lecturas; comienza por los filósofos Kant, Spinoza, Schopenhauer, Santo Tomás de Aquino, Aristóteles y Platón; luego las ciencias: botánica, física, química e historia, entre otras. Es una fiebre de

hacerse de una sólida cultura, y llega a trasmitírsela a su esposo. El otro paso es entablar amistad con los escritores y poetas más destacados que se hallen en la ciudad. Una vez pertrechada de las últimas ideas de su tiempo y con el bagaje adquirido en su, lecturas y viajes, se retira a la Coruña a estudiar inglés, alemán, y a escribir.

Su primera publicación, un grupo de cuentos, se la hacía un editor catalán. Luego, el nacimiento de su hijo Jaime lo inspirará tiernos poemas que su amigo Francisco Giner publicará bajo el título de Jaime. Participa y gana, por esta época, en el Certamen de Orense con *Ensayo crítico de las obras del Padre Feijoo* —y las obras de este benedictino abarcaban una variadísima gama de temas y disciplinas—. Emilia comienza a ser mirada con cierta desconfianza por la sociedad cuando colabora con la revista *Compostela*, en que aborda asuntos científicos, no apropiados, según las críticas de la época, para una señora distinguida. Y como para que no cupieran dudas sobre su posición ante la gazmoñería aristocrática, escribió y publicó *Pascual López*, cuyo personaje principal es un estudiante de medicina que pacta con el diablo, un alquimista; en esta obra hace gala de su conocimiento de las ciencias. Es el año 1879, y en él empieza la relación epistolar entre Emilia Pardo Bazán y Menéndez Pelayo, insigne polígrafo al que no le gustó la reciente novela de su amiga.

Ya Emilia tenía dos hijas más: Blanca y Carmen, y está en plena actividad literaria. El médico le recomienda un descanso en un balneario, pues tiene trastornos hepáticos, y en Vichy inicia la novela *Un viaje de novios*. Ya de regreso, llega a Paris para conocer a su ídolo Víctor Hugo.

En el año 1881 le es literariamente favorable, pues publica su obra acerca de San Francisco de Asís; esta vez la aceptación general y, sobre todo, recibe los elogios de Menéndez y Pelayo. Pero 1883 será un año decisivo en su carrera, la publicación de *La cuestión palpitante*, donde trata acerca del naturalismo, que en España era sinónimo de obscenidad y corrupción. El libro resultó un escándalo que toda La Coruña se apresuró a leer, aunque fuera para atacarlo; se hablaba de excomunión, ateísmo, anatema, y el esposo de la Pardo Bazán, presidente del Círculo de Artesanos, presionado por la opinión pública y con miedo a las

consecuencias, le exige a Emilia que se retracte públicamente de lo escrito y saque el libro de la circulación.

La escritora comprende que está francamente sola en esta lucha; además, aunque sabe que su libro no peca de herejía, quiere escuchar la opinión de una alta autoridad, así que se encamina hacia Roma. La recibe un cardenal, y las palabras del prelado le sonaban como campanas durante todo el camino de regreso:

> *«Puedes estar tranquila, hija mía. Tu libro es bueno. No tiene nada contra el dogma ni contra las doctrinas de Nuestra Santa Madre Iglesia».*

En Madrid la recibieron con admiración y elogios, pero en Marineda, su ciudad, la esperaba su matrimonio destruido, pues aunque Quiroga la recibe con un homenaje, ella está decidida a la separación. Se reunirán para hablar de la educación de los hijos y aparecerán en público cuando la ocasión lo exija, pero vivirán separados, ella en sus propiedades y él en las suyas.

Emilia, aunque objeto de controversias, tiene un talento que no hay otra salida que reconocerle, porque lo tiene y grande. Comienza una vida de completa independencia, viaja infatigablemente y escribe sin reposo: son de estos primeros tiempos de libre albedrío *La dama joven*, *La tribuna*, considerada como la primera novela española de carácter social, y a éstas seguirán otras muchas. En una velada a la memoria de la poetisa gallega Rosalía de Castro, pronunció su primer discurso y recibió calurosas felicitaciones, y comienza su acercamiento a destacadas figuras de las letras españolas, entre ellas Pérez Galdós, Unamuno, Campoamor, Juan Valera y Emilio Castelar; y en una temporada que pasa en París, conoce a Zola.

La Pardo Bazán no deja de ser llevada y traída por la crítica. La próxima piedra de escándalo es su crónica de viaje *Mi romería*, donde en sus comentarios sobre el carlismo y ante la posibilidad de una guerra civil, aconseja la tolerancia y las conversaciones entre los partidos. Sus opiniones políticas desatan una guerra entre los periódicos del partido carlista, unos a favor y otros en contra de sus sugerencias, y estos belicosos plumazos ocasionan la escisión del partido. Para el sentir de la mayoría, la escritora era una extravagante que no hacía honor a su sexo, pues se inmiscuía en

asuntos que eran privativos de los hombres, y esta actitud molestaba tanto las mujeres, que no tenían ni el valor ni la capacidad para imitarla, como a los hombres, a los cuales les hacía la competencia. Y hasta de pornográfica fue tildada por sus libros *Insolación* y *Morriña*, donde aborda temas que las mujeres nunca habían sacado a la luz pública. Para colmar la paciencia de aquella sociedad, ahora Emilia se ha empeñado en ser catedrática, posición, como todas las importantes, detentada por los hombres. Ya había logrado escalar algunos asientos que hasta entonces eran exclusivos del sexo masculino: socia del Ateneo y presidenta de su sección de Literatura, profesora de la Escuela de Estudios Superiores y Consejera de Instrucción Pública. Ganaba terreno en favor de los derechos de la mujer, pero las féminas permanecían indiferentes ante los esfuerzos que se hacían en su beneficio, y para contentarlas en lo único que al parecer les interesaba, Emilia les dedicó *La cocina española antigua*, para que vieran que se podía estar, desafiando al refrán, *en misa y repicando*.

Su vida privada había sufrido cambios: su hija Blanca se casó con el general Cavalcanti, quien admiraba muchísimo a su suegra; su esposo, del que había permanecido separada, muere, y tres años después, 1915, le sigue su madre, Amalia de la Rúa, y su padre ya había muerto hacía años. Emilia sale muy poco de su casa por estos tiempos, la *eterna viajera* prefiere ahora que la visiten todos sus amigos, pero a cada rato sus hijos la escuchan decir «*Si yo fuera catedrática*», y para ella querer es poder. Así, en 1916 el ministro de Instrucción pública le otorga el título de Catedrática de Lenguas Neolatinas de la Universidad Central. Pero esto no fue en ningún modo con el beneplácito del claustro de profesores.

La primera catedrática de España tiene sesenta y cinco años cuando entra en su aula. Alcanzado este objetivo, ya tiene otro acuciando su inquieto espíritu, ahora desea tener participación directa en la política, en los asuntos públicos, actividad por la que siente, también, gran inclinación. Pero esta vez no será la incomprensiva sociedad quien pondrá obstáculos a su nueva ambición, será una fuerza superior que no reconoce méritos, ni distingue sexos, ni sabe de partidos: la muerte. En la mañana del 12 de mayo de 1921 se sentó a escribir, como era su hábito, de nueve a una. Al poco rato un desvanecimiento rompió su sagrada rutina y el médico

diagnosticó una gripe, pero rápidamente se complicó con la diabetes, le sobreviene un ataque cerebral y muere en la noche. La Universidad cerró sus puertas en señal de duelo y los periódicos le dedicaron sus primeras páginas.

La obra de Emilia Pardo Bazán es muy amplia y variada, escribió novelas históricas y regionales, cuentos, estudios histórico-literarios, reseñas de viajes, ensayos teatrales y obras líricas. El estilo de su prosa es artístico y natural al mismo tiempo, y de gran colorido. En sus novelas se destaca el trazo psicológico con que anima a sus personajes. Y su lírica es eminentemente romántica. El naturalismo en su obra, según el propio Zola, «*es puramente formal, artístico y literario*», adaptado al espíritu español.

7. Gabriela Mistral

Para el mundo ella fue Gabriela Mistral, la musa que vertió en versos y poemas los más puros sentimientos y que volcó en palabras lo indescriptible; para sus padres y amigos, era simplemente Lucila Godoy Alcayaga, el nombre que le dieran desde que nació en 1889. ¡Quién hubiera dicho en ese año que aquella bebita traería tantos honores a Latinoamérica… ya su casa!

La pequeña Lucila, o Gabriela, permaneció en su hogar materno, en el valle de Elqui, Chile, hasta los doce años. Poco después dejó su pueblo natal para imitar la profesión de su padre, que era maestro, ya los 15 años de edad ya era profesora de educación elemental en la escuela de la Compañía, una aldea en el Norte de Chile. Quizás fue el contacto con la niñez de esos lugares, o la relación que estableciera tan temprano en su vida con el mundo de los niños, lo que se fue incrustando en su pecho, y a su debido tiempo salió burbujeante en forma de canciones infantiles o de cuna primero, y de versos luego, para sorprender al mundo, para conquistarlo con la poesía de esta noble chilena. Lo cierto es que, luego de ejercer como maestra rural, a los 21 años ya era catedrática de segunda enseñanza. Es por esta época que comienza a escribir pequeñas canciones y poemas infantiles, publicándose un poema suyo por primera vez en 1912, año en que uno de sus sonetos fue premiado en los prestigiosos juegos florales de Santiago.

Gabriela Mistral, su seudónimo, surge luego de una trágica experiencia: el suicidio del hombre que fuera su gran amor, Romelio Ureta. El joven Ureta se quitó la vida en el mes de noviembre de 1909, debido a la vergüenza que sentía por un desfalco que no pudo justificar. Al reconocer el cadáver, las autoridades únicamente encontraron una tarjeta en su bolsillo y, en ella, un nombre: Lucila Godoy… Este suceso inspiró los *Tres sonetos a la muerte*, con los que Gabriela Mistral ganara aquellos juegos florales y comenzara a darse a conocer. El tema de sus poemas conquistó al jurado

que quedó impresionado, no sólo por la riqueza lírica de la obra, sino también por las bellas imágenes empleadas y, sobre todo, por su temática. Los versos estaban cargados de los más fuertes sentimientos y pasiones que, de aquí en adelante, serían las características de su poesía, convertida en portavoz de las más caras emociones humanas.

A través de su obra se presentó un mensaje social dinámico y se mostró una perspectiva diferente del dolor de sus protagonistas: los integrantes de la familia humana. Se acoge bajo un nuevo cielo al novio suicida, por quien se ruega perdón; se comprende a la mujer en su maternidad frustrada; se halla un color y una forma precisa para el indígena humillado; y hay compasión para el niño descalzo y harapiento que, además, está hambriento de amor.

Sus poemas, tales como *Oración de la maestra* y *Rondas escolares*, por ejemplo, comienzan a aparecer en las principales publicaciones chilenas y, poco a poco, son reclamadas por los medios de comunicación internacionales, hasta que finalmente se publica su primer libro, *Desolación*, en 1921 el mismo año en que Gabriela comienza a despedirse de la docencia escolar, la profesión que tanto amaba. También por esta época que viaja a México, cuyo gobierno la solicita para que se una a ellos en las reformas de educación que están realizando. Fue un gran honor para esta joven chilena, y que no fue pasado por alto por sus compatriotas: la despidieron con manifestaciones públicas, con crónicas y notas periodísticas, con asistencia del gobierno, con el corazón de un pueblo que comenzaba a admirarla y entregarle su cariño, sin imaginar siquiera que éste era sólo el primer honor que su Gabriela les brindara. El día de su partida, la multitud se apretaba en las calles por donde ella pasaría, se paraban de puntillas en el aeropuerto, en cualquier rincón de Chile, para poder verla, para poder desearle feliz viaje. Como música de fondo a tan emotiva despedida, cientos de niñitas cantaban dulcemente algunos de sus versos y, los más mayorcitos, gritaban su nombre: «¡*Gabriela, adiós Gabriela*!».

Esta asignación especial en México sería sólo la primera de las muchas de prestigio que se le ofrecerían en el extranjero, Gabriela supo combinar perfectamente su pasión por la poesía con una serie de cargos públicos y

honores que recibiera a través del mundo: fue profesora invitada en instituciones de renombre de Estados Unidos, Francia y España; Cónsul de Chile en Nápoles, Lisboa, Brasil, Italia, Nueva York y otras grandes capitales del mundo.

Muchas veces tuvo que viajar para recibir galardones y premios en el extranjero. Los dos viajes más recordados en su álbum de gratas memorias quizás hayan sido el viaje a España, en 1928, como representante de las mujeres universitarias chilenas en el Congreso Universitario del Instituto de Cooperación Intelectual y, sin duda alguna, la vez que tomó el avión que la llevaría a Estocolmo, en 1946, cuando recibió de manos del Rey Gustavo de Suecia el Premio Nobel de Literatura correspondiente a 1945, el tercero que se le concedía a un escritor de lengua española.

El que se le concediese el máximo galardón que se le pueda dar a un escritor, el Premio Nobel, dio lugar a las más diversas opiniones. Algunos aseguraron que la obra de la Mistral no era lo suficientemente grande como para merecer tal honor, pero la mayoría aplaudió el acontecimiento y lo calificó, apegándose a las bases del Nobel, según las cuales «la persona que haya producido la más destacada obra idealista» es la que merece el galardón. Y cualquiera que haya leído alguna de las obras de Gabriela Mistral, puede percibir que están más que impregnadas de los más nobles sentimientos y las más bellas, aunque realistas, perspectivas. Es cierto, su obra no fue tan extensa ni nutrida como la otros poetas, pero quienes la conocieron, aseguran que su vehemencia por alcanzar la perfección le impedían pasar a otro poema, a otra línea siquiera, sin antes haber pulido al extremo la anterior. Cuentan que en una ocasión pasó seis meses, sin terminar un verso, buscando «la palabra ideal», una sola, que describiera lo que ella deseaba transmitir. Así, en sus libros *Lectura para mujeres* (1922), *Ternura* (1924), *Tala* (1932), *Lagar* (1954) y *Poema de Chile*, entre otros, se percibe su incansable búsqueda por la calidad de sus páginas y su desinterés por la cantidad de éstas, pues lo que ella buscaba —y lo que logró— era pintar sobre el lienzo de la conciencia humana una mayor sensibilidad sobre cosas cotidianas y sencillas, como la sonrisa de un niño, el dolor de un ser humano o la ardua misión de una maestra de escuela.

Así, las cinco letras de su país, Chile, viajaron por el mundo y se acrecentaron henchidas de orgullo ante cada nuevo triunfo de la poetisa, que hasta el último suspiro le dio a su pueblo hondas satisfacciones. Después de todo, no es algo común el que la Asamblea de las Naciones Unidas suspenda la sesión de un día, o que el gobierno de Estados Unidos ponga a la disposición de la embajada de Chile todos los servicios que deseen para rendir honor a alguien. En esta ocasión tuvo que ser Gabriela Mistral la que lograse eso, aquella mañana del 10 de enero de 1957, cuando los gobiernos de estos dos países arreglaron su viaje hacia Chile, el último. El pueblo entero la esperaba con los máximos honores… y lágrimas en los ojos. ¡Qué lástima que, esta vez, ella no pudiera verlo!

Capítulo 6

Famosas heroínas románticas

1. Isolda
2. Eloísa
3. Francesca de Rímini
4. Lady Hamilton

1. Isolda

Una de las más bellas leyendas medievales, es la historia de Tristán e Isolda —o Iseo como también se le llama—, amantes que tuvieron un trágico final.

La primera versión de la leyenda, actualmente perdida y que reunía elementos celtas y franceses, data de 1135 y se le atribuye a Galfried von Monmouth. Basada en ella tenemos la del trovador Thomas, entre 1150 y 1170; la de Chrétien de Troyes en 1155 y también perdida; la de Béroul, en 1190, y la de Eihart von Oberg, en 1190. En 1210, Gottfried von Strassburg escribió una versión, basada en la de Thomas, que llevó el poema a su forma más conocida y a su fama universal. Hay también una versión musical: la ópera de Wagner.

De acuerdo a la leyenda, Isolda nació alrededor del año 1000 en Irlanda. Era hija del rey Gordmond y la reina Isolda, La madre dedicaba mucho tiempo al estudio de las ciencias, pero además le gustaba elaborar filtros amorosos. Siendo ya Isolda una hermosa joven, recogieron en el castillo a un náufrago casi moribundo, encontrado en la playa de Duveline —hoy Dublín—. En agradecimiento, Tantris, que así dijo llamarse el extranjero, antes de volver a su país enseñó a Isolda a leer, a escribir, a tocar el arpa, y a comprender las palabras de los poetas.

Pasó el tiempo, y al viejo rey de Cornualles se le apremiaba para que tomara esposa. Una mañana, una paloma dejó caer ante los pies del rey unos rizos rubios, y tomándolo como una decisión del destino, dijo a los cortesanos que sólo se casaría con la dueña de aquellos cabellos. En la Corte vivía un sobrino del rey, llamado Tristán, y que resultó ser la misma persona que Tantris. Tristán reconoció los cabellos de Isolda, y se ofreció para ir a pedirla como esposa para el rey Marcos y traerla al castillo.

Cumplidas todas las formalidades de la petición, Isolda partió para Cornualles en compañía de Tristán, para celebrar sus nupcias con el rey

Marcos. Pero sucedió que la reina, madre de Isolda, con su afición a preparar filtros, le encomendó a Brangania, dama de honor de la muchacha, que en la primera noche de la boda le diera a los esposos el brebaje preparado por ella, en lugar del vino. En una oportunidad, durante el trayecto, Brangania, al servirles el vino a Isolda y a Tristán, cometió la torpeza de equivocar los frascos y darle de beber el filtro del amor; y así comenzó la desafortunada historia de los amantes.

Brangania tuvo que expiar su error la noche de la boda, pues tuvo que hacerse pasar por su señora y entregar su virginidad al rey en la oscura habitación. Después de cumplido el ritual y dormido el rey, Isolda ocupó su lugar en el lecho real. De esta manera quedó cubierta su honorabilidad ante el esposo y fue el primer eslabón de la cadena de subterfugios de la pareja de enamorados.

La reina y Tristán fueron vistos, en algunas ocasiones que se entregaban a su pasión, por un conde y tres barones: Andret, Guénelon, Denoalen y Gondoine, que rápidamente se acercaron al Rey para hacerle partícipe de la infidelidad de di esposa y de su sobrino, pero sólo de palabra podían acusar a sus víctimas, pues todas las trampas eran sorteadas por los enamorados; no obstante, para más tranquilidad, el rey alejó a Tristán de la Corte.

Los espías descubrieron que, de todos modos, los amantes se seguían poniendo de acuerdo para verse bajo un pino que se hallaba junto al estanque del parque del castillo, así que idearon una nueva estratagema para que el Rey tuviera pruebas irrefutables del adulterio. Programaron una cacería, y el Rey dijo a su esposa que estaría fuera algunos días. Llegada la noche, Tristán acudió a encontrarse con Isolda, pero el Rey había vuelto de incógnito, se ocultó en el sitio donde se efectuaban las citas. Al llegar Tristán, vio, al tiempo que la reina se encaminaba a su encuentro, que en el estaque se reflejaba la imagen de su tío. Isolda se extrañó de la rigidez del amante bajo el pino y de que no fuera a recibirla como siempre; por tanto, sospechó que algo anormal estaba pasando y con precaución se iba acercando a Tristán, pero por fortuna para ella, vio también el rostro de Marcos en las aguas del estanque y una vez más lograron salir airosos de la situación. Isolda aparentó enfado por la presencia de Tristán y en su farsa aludió a otras citas que él le había pedido pero a las cuales ella no había

concurrido, pues sobre ellos pesaba la sospecha del Rey. Tristán tomó al vuelo el hilo salvador que le lanzaba Isolda para despistar al Rey, y le explicó que esas citas eran para pedirle a ella que intercediera a su favor ante el monarca, para poder volver a la corte y recobrar el afecto de su tío; y sobre esta suerte de explicaciones que desmentían lo dicho por los espías, continuaron hablando, aprovechando que el rey estaba oyendo sin imaginar que ellos lo habían visto. El resultado fue la reconciliación inmediata entre el conmovido tío y el sobrino.

De vuelta al castillo, y contando con la recuperada confianza del Rey, Tristán dormía junto a la alcoba real. Una noche en que Marcos estuvo fuera del castillo hasta la madrugada, el malvado enano hocino, suponiendo lo que ocurría esa noche, regó harina en el trayecto entre el lecho de Tristán e Isolda, pero el amante tuvo buen cuidado de no pisarla, pero no se percató de la herida que tenía en la pierna y que aunque sangraba un poco, dejando huellas de sangre en el camino y en las sábanas del lecho real. Ya tenían la prueba de la infidelidad, y al volver el rey a altas horas de la noche, lo llevaron para que él mismo sacara sus conclusiones de las evidencias. Isolda rogó piedad, pero el Rey le dirigió unas pocas y frías palabras: «*Moriréis los dos al amanecer*», y a esa hora todo estaba listo para cumplir la sentencia. Tristán partió primero hacia el lugar donde se levantaba la hoguera, mientras Isolda era ataviada por sus damas antes de partir hada la muerte. Estando en estos menesteres, le llega la noticia de que Tristán, durante el trayecto, había logrado escapar de los verdugos. La tranquilidad de la salvación de su amado le dio ánimos para afrontar su propia muerte, y hermosa y serena se puso en camino.

El pueblo, reunido para presenciar la ejecución, pedía al Rey el perdón para la bella Isolda, o al menos que la enjuiciara un tribunal y escuchara a la defensa; además, maldecían al enano Frocino y a todos los que se habían conjurado para destruir a la Reina. Por el camino apareció un gran grupo de leprosos atraídos por los pregoneros del Rey, y ante el temor del contagio, casi todos abandonaron la plaza. El jefe de los leprosos se dirigió al Rey con la propuesta de que Isolda fuera con ellos en lugar de morir en la hoguera, porque al suplicio de vivir en una pestilente covacha, comer mendrugos y ver su blanca y fina piel comida por la lepra, era mil veces

peor que ser consumida en pocas horas por el fuego, Isolda rogó al Rey que la mandara a la hoguera antes de darla a los leprosos, pero el Rey, ganado parias ansias de venganza, accedió al pedido de los leprosos y les dio a su esposa.

Pero Tristán no andaba muy lejos, esperando la oportunidad para salvar a Isolda, y cuando los leprosos se pusieron en camino con su preciosa víctima, Tristán irrumpió entre el grupo a todo galope y con su espada en alto, tomó a Isolda como un relámpago y juntos se internaron en el bosque. Allí permanecieron mucho tiempo, sufriendo todas las inclemencias del tiempo y alimentándose de lo que les ofrecía la naturaleza. El rey Marcos, que aún se debatía entre la ira y el amor, no había renunciado a encontrados, y así, una noche que se aventuró por el bosque, los sorprendió durmiendo juntos. Su primer impulso fue darles muerte allí mismo, Pero al acercarse, observó que entre la pareja descansaba la espada de Tristán y, según la tradición, cuando la espada del caballero se interpone entre éste y la dama, es señal de castidad, por tanto, se alejó dispuesto a mostrar indulgencia. Por su parte, ya los amantes habían decidido, antes que los encontrara el Rey, separarse; Tristán se marcharía en busca de gloriosas conquistas como correspondía a su rango y ella suplicaría piedad para reintegrarse a su vida de reina. Isolda le entregaría a su amado un anillo de jaspe que debería portar quien le trajera algún mensaje importante, para ella estar segura que no era una trampa. Con este acuerdo, tomaron caminos diferentes y ella llegó ante el Rey, que con lo visto hacía muy poco ya estaba predispuesto a la clemencia.

Tristán fue condenado al destierro, e Isolda debería someterse al *juicio de Dios* para probar su inocencia, y aquí veremos nuevamente como Isolda hace gala de su ágil inteligencia. Lo único que solicitó fue que el juicio se celebrara ante el rey Artús. Al reino de este monarca y al de Marcos, los separaba un río, y la prueba, a solicitud de Isolda, debería ser en la orilla perteneciente a los dominios de Artús. En el momento de pasar el río, la reina solicitó a sus damas que llamaran a un mendigo que estaba echado bajo un árbol, para que la sostuviera al saltar del bote y no estropearse su traje. El presunto mendigo la llevó a horcajadas sobre sus hombros hasta donde la reina le indicó, y ésta le dio en pago, como quien da una limosna,

una sortija de jaspe. El *juicio de Dios* consistía en hacer un juramento, tomar una barra de hierro al rojo vivo, y caminar nueve pasos con ella, si las manos no se quemaban, la persona era inocente. Isolda, de pie ante el fuego, juró que nunca tuvo entre sus brazos a más hombres que a su esposo, el rey Marcos, y al mendigo que la acababa de trasladar a la orilla ante la vista de los allí presentes; una vez prestado juramento, tomó el hierro candente con ambas manos y caminó con él, dejándolo caer a los pies de los jueces, y mostrando las palmas de sus manos, que por supuesto estaban intactas, pues realmente Isolda no había mentido, ya que el supuesto mendigo era el propio Tristán. El rey Marcos le pidió perdón por haber dudado de ella al prestar crédito a las venenosas palabras de sus barones.

Los amantes pasaron muchos días sin saber nada el uno del otro, hasta que una noche Isolda oyó el canto de un ruiseñor y reconoció que era una señal de Tristán. Se deslizó calladamente del lecho y fue al encuentro del joven; era el momento de la despedida, ninguno de los dos concebía la vida sin el otro, pero tenían que separarse. Pasó el tiempo, y Tristán, después de correr aventuras y cruzar el mar en un vano intento de olvidar a Isolda, se casó con otra Isolda, que a su nombre agregaba el epíteto *la de las blancas manos* y que también era muy bella, pero no despertaba ningún impulso en

su esposo. Esta indiferencia molestaba a la muchacha, y cuando Tristán fue herido en un combate con una lanza envenenada, ella escuchó como su esposo le confiaba al cuñado su secreto amor por Isolda de Cornualles y enviaba por ella para tenerla cerca al morir; el mensajero llevaría el anillo de jaspe, y al regreso desplegaría una bandera blanca si volvía acompañado de Isolda, o una negra si esta se negaba a reunirse con él. Isolda, la de las blancas manos, vio en este plan la oportunidad de su venganza.

En Cornualles, la Reina se había enterado de la boda de Tristán y, sin darlo a entender, mucho había sufrido. Cuando llegó el mensajero portando el anillo de jaspe y transmitió a Isolda los deseos de Tristán de tenerla junto a él ahora que peligraba su vida, la muchacha no dudó en partir sin reparar en las consecuencias. Pero cuando la esposa de Tristán divisó el barco de su hermano, se lo hizo saber al desesperado herido, y al preguntarle éste de qué color era la vela que traía, ella le respondió, mintiendo: negra. Tristán pensó que ya nada tenía que hacer sobre la tierra al faltarle el amor de Isolda, y luego de pronunciar tres veces su nombre, murió cuando Isolda llegó, apartó a la arrepentida viuda y se tendió al lado de Tristán, lo estrechó fuertemente y bebió de sus labios el mortal veneno, para cumplir con el juramento que se habían hecho: «*Ni tú sin mí, ni yo sin ti*».

Los cuerpos de los amantes fueron llevados a Cornualles. El rey Marcos, quien por una carta que le dirigió Tristán conoció que el causante de la pasión entre ambos jóvenes fue el filtro amoroso que les administraron equivocadamente; perdonó y les hizo un regio funeral; sobre sus tumbas sembró una vid y un rosal, que se enlazaron recordando a todos el fuerte amor entre Tristán e Isolda.

2. Eloísa

Un amor a prueba de tiempo fue, sin dudas, el de Abelardo y Eloísa, que aún a ocho siglos de distancia conmueve al más pétreo corazón, y la tumba donde yacen juntos, en Père-Lachaise, París, ha sido y es uno de los puntos de peregrinaje más famoso.

Los orígenes de esta inmortal amante son más legendarios que históricos, pero la esencia de su vida, es decir, su relación con Abelardo, está fundamentada, ante todo, por el epistolario que ha salvado el abismo de varios centenares de años. El nacimiento de Eloísa se sitúa en París, aproximadamente a inicios del siglo XII, entre 1100 y 1101. De sus padres ningún dato fehaciente se guarda, sino lo que podríamos llamar habladurías; el nombre de la madre oscila entre Hersindis o Hersenda, y la identidad del padre se desconoce, la figura del canónigo Fulberto, si bien está avalada por la historia, respecto a Eloísa tiene pasajes oscuros: unos le atribuyen la paternidad, aunque secreta, de la joven, quien le daba el tratamiento de tío; por otro lado, los desmedidos celos que experimentó por Eloísa, sobrepasan los naturales de un padre. Y otro gran celo tuvo para con su sobrina, pero este sí muy encomiable: el de su educación.

De pequeña, Fulberto la puso en el monasterio de Santa María d'Argenteuil, de donde salió a los catorce años dominando, entre otras cosas, tres lenguas: el latín, el griego y el hebreo. Tanta instrucción en una mujer de aquella época era motivo de gran admiración, aunque los prejuicios no le permitieran luego asistir a ninguno de los colegios que, en lugar de la Universidad que aún no se había fundado, existían en la ciudad; así que con la filosofía, la teología y las letras, tenía que vérselas de su puerta para adentro.

En la Francia de aquellos momentos el filósofo más célebre era Pedro Abelardo, quien había nacido cerca de Nantes en 1079, es decir, unos veinte

años antes que Eloísa. Las ideas de Abelardo le habían procurado gran cantidad de admiradores, pero también otro tanto de adversarios, y de figura tan llevada y traída seguramente oyó hablar muchas veces Eloísa, si es que no lo vio alguna vez por las calles del entones aún pequeño París, rodeado de sus discípulos. Abelardo se había dedicado por largos años al estudio, y la posición que gozaba en esos momentos era la que había soñado: cátedras donde exponer sus ideas, alumnos a quienes formar en sus principios, y fama. Tenía, además, una atractiva apariencia que no había explotado en absoluto, pues su único interés siempre había girado alrededor de la sabiduría. Pero ya estaba bien arraigado su prestigio y podía ampliar su ámbito de actividades. Con estos ánimos, en una oportunidad escuchó hablar sobre Eloísa y sus excepcionales conocimientos y sintió curiosidad por conocerla.

El modo de llegar hasta ella se lo proporcionó indirectamente Fulberto, que con su fama de avaro y su proverbial orgullo por la instrucción con que dotó a su sobrina, dio la idea a Abelardo para penetrar en su casa. Contando con su avaricia, le ofreció una buena suma por la renta de una habitación, aparte de brindarse para impartirle clases a Eloísa, gratuitamente por supuesto. El tío Fulberto estaba más que en la gloria: dinero y las enseñanzas gratuitas de tan famoso maestro que, por lo demás, conociendo como todo el mundo de su castidad, no le preocupaba dejar a solas con su sobrina.

Abelardo, dado más a admirar la belleza del intelecto, se sintió rápidamente atraído por Eloísa que, como él mismo dice en una carta «*en la abundancia del saber era insuperable*». No describe su apariencia física, pero estudios de sus restos arrojaron que era alta y bien formada. Abelardo sacó sus cuentas y llegó al resultado, bastante poco modesto pero muy objetivo, de que él era perfectamente amable por la joven. Y así fue.

Para enteramos de lo que ocurría durante las clases, veamos lo que cuenta el propio profesor:

> *«Los libros quedaban abiertos, pero nosotros hablábamos más de nuestro amor que de lo que allí leíamos, y yo daba más besos que explicaciones. Las manos iban más bien del uno a la otra que a los*

libros, y en nuestros ojos se reflejaba el amor más que cuanto la literatura los instruyera en sus textos».

Esporádicamente se dejaba escuchar como una bofetada, que en ocasiones era sólo «un efecto de sonido» y en otras legítima, para que Fulberto creyera que se estaba castigando a su sobrina porque no aprendía como era debido —lo cual era costumbre de los maestros—, y por tanto no sospechara en qué invertían el tiempo destinado a las clases.

La pasión fue tomando fuerza, haciéndose absorbente, y los alumnos de Abelardo empezaron a notar en él un comportamiento fuera de lo habitual. Ya no mostraba aquel inflamado entusiasmo por el estudio, y la prisa por despachar a los estudiantes lo antes posible era mal disimulada. Pronto los intrigados muchachos cayeron en la cuenta de que el maestro siempre iba hacia el mismo lugar una vez que terminaba la clase: la casa del canónigo Fulberto, donde vivía, además, la mujer de inteligencia más notoria de París. Y como por el hilo se llega al ovillo, todos comprendieron en qué consistía el relajamiento de la conducta de Abelardo, y la noticia corrió como la pólvora por toda la ciudad, llegando, por último, a los oídos del tío Fulberto. «*Nos ocurrió lo que la leyenda poética cuenta de Marte y de Venus cuando fueron sorprendidos juntos*», comentaría luego Abelardo.

La primera represalia de Fulberto no se hizo esperar: alejó a la fuerza a su sobrina del amante. Eloísa, que había quedado encinta, se las ingenió para hacerle llegar la noticia a Abelardo. El filósofo demostró entonces que también era bueno para correr aventuras, y al rescate de la amada se lanzó. La sacó de París con el atuendo de una monja y la llevó a Bretaña, donde la puso bajo la custodia de su hermana Denise. El tío Fulberto, al descubrir la huida, oscilaba entre la más tremenda furia y la pena más lastimosa; una o la otra, llevó a Abelardo a hacer lo que para él era un gran gesto de desagravio: plantearle a Fulberto su disposición a casarse con Eloísa, pero con una condición: la alianza debería quedar en secreto. Fulberto aceptó enseguida, pues después nada podría impedirle proclamar a voces el hecho.

El que Abelardo no quisiera hacer público su matrimonio, no debe desacreditarlo ante nuestros ojos. Recordemos que d era considerado un sabio, y según los conceptos filosóficos que imperaban en esos momentos, el matrimonio era visto como una debilidad en los hombres dedicados a la

sabiduría. De acuerdo con estos conceptos medievales, el prestigio, pudiéramos llamarlo profesional, de Abelardo, se hallaría en peligro de ser difundida la noticia de su casamiento con Eloísa, por muy sabia que fuera también ella. La muchacha comprendía también el riesgo que iba a correr Abelardo y trató de disuadirlo de la idea de casarse; para ello apeló a los argumentos que Séneca y San Jerónimo blandieron contra el matrimonio, pero como siempre, cedió ante la determinación de Abelardo y la ceremonia nupcial se celebró en París en absoluto secreto.

Era el momento que estaba esperando Fulberto para aplastar a Abelardo, y como tenía proyectado, informó a toda la ciudad del acontecimiento. Eloísa, que había ido por un tiempo a un convento, no dudó en jurar ante Dios que la noticia que su tío había divulgado era totalmente falsa. Y el hacerse perjura por salvar a Abelardo, fue la gota que rebosó la ira de Fulberto y lo llevó a consumar su atroz venganza sobornó a un criado de Abelardo para que le permitiera entrar en la casa, acompañado de unos cómplices, cuando el sabio estuviera dormido. Una vez en la habitación, cayeron sobre el durmiente para inmovilizado y lo emascularon. Al saberse la vil acción de Fulberto, decenas de personas llegaron frente a la puerta del maestro para condolerse de su desgracia y repudiar el acto de Fulberto. Para Abelardo, el sentirse objeto de la piedad pública, fue la mutilación definitiva de su aura. Se retiró a la abadía de Saint-Denis y envió a Eloísa a tomar el hábito en el monasterio de Argenteuil; ambos recorrieron la misma órbita: gustaron la pureza de la sabiduría, se entregaron a una pasión arrebatadora y estaban iniciando una vida de monjes sin vocación.

La muchacha no atendió a las súplicas de sus amigos, que no querían verla tras los muros de un convento contra sus íntimos deseos; pero para ella, el aceptar sumisamente el encierro, era como su expiación por los daños inferidos a su amado. Tal fue su abnegación, que a los pocos años era la priora del convento, y como no era un secreto para nadie su trágica historia de amor, la admiración por su voluntad del renunciamiento era mayor. Así las cosas, aconteció que el abad Sigieri de Saint-Denis quiso aumentar la extensión del su dominio con la propiedad de Argenteuil, donde se hallaba el monasterio de Eloísa, y con estos fines levantó falsos

testimonios que acusaban a las monjas de inmoralidad, logrando que fueran vergonzosamente expulsadas del convento.

Abelardo, en todo este tiempo en que Eloísa se trataba de entregar a Dios, él volvió a entregarse, a solicitud de sus alumnos, al mundo de su cátedra. Como antes, tuvo seguidores y enemigos, y éstos últimos lo condenaron en el Concilio de Soissons, sin darle oportunidad de defenderse, por su obra *Unitate et Trinitate divina*, y el libro fue a parar a la hoguera. Tras este golpe, se construye en un lugar apartado una humilde cabaña que usa como oratorio y que dedicó a la Santísima Trinidad, y que luego tomó el nombre de Paráclito, es decir, Consolador. Le ofrecen entonces ser abad de Saint-Gylda, y estando allí supo la situación por la que atravesaban Eloísa y sus hermanas de claustro. Pensó que tal vez podrían remediarse provisionalmente con el Paráclito. Y les escribió ofreciéndoselos.

Los primeros tiempos fueron muy duros para las monjas, pues el lugar carecía de las elementales condiciones y escaseaba el alimento. La resignación y el espíritu de sacrificio del grupo de religiosas fue difundiéndose por la región, y alcanzaron a llegar donaciones que luego se fueron multiplicando. El Paráclito se convirtió en un floreciente convento.

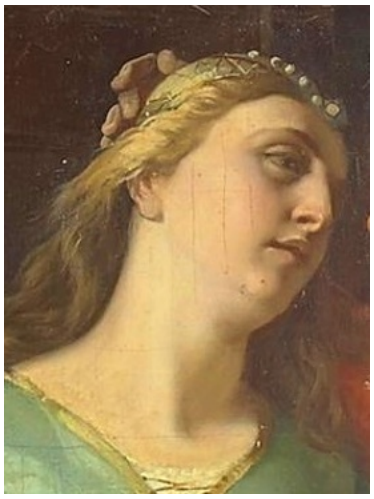
Abelardo frecuentaba el monasterio, pero siempre sus encuentros con Eloísa tenían lugar en presencia de otros y con toda la formalidad debida, todo esto para evitar comentarios calumniosos, pero sus enemigos de todas maneras empezaron a murmurar y las visitas se suspendieron. Para Abelardo y Eloísa esta nueva renuncia a estar cerca, aunque fuera ante terceros o cuartos, debe haber sido otro golpe del cruel destino. Pero la posteridad muchas veces se ha visto favorecida a costa del dolor ajeno, y en este caso también sucedió así. Al último encuentro en el Paráclito siguió un largo silencio entre la pareja, el que vino a ser sustituido por una rica relación epistolar que ha servido de base a la leyenda romántica, y que el propio Abelardo relata en *Historia Calamitatum*.

El hostigamiento contra Abelardo no se detiene; en 1141, se le acusa de herejía en el Concilio de Sens, pero el luchar siempre contra lo mismo: la envidia, lo tiene cansado.

Renuncia a defenderse ante el Papa y se retracta de la tesis que había provocado la acusación. Por último, se retira como penitente al convento de

Cluny, donde muere el 1 de abril de 1142. Pedro el Venerable, bajo cuya dirección se hallaba Cluny, le comunicó por escrito la triste nueva a Eloísa, quien pidió que le permitieran trasladar los restos al Paráclito, donde había abierto una fosa para los dos. Tendrían que pasar veinte años, o quizás algunos más, para que los amantes pudieran reunirse definitivamente. Eloísa murió un 16 de mayo, que pudo haber sido del 1163 o un poco más adelante. La hermosa catedral de Notre-Dame, ocupa el lugar donde una vez estuvo el Paráclito, y su construcción comenzó también alrededor de 1163. Los restos de Abelardo y Eloísa, enterrados originalmente donde ella dispuso, fueron trasladados, en 1817, para Père-Lachaise.

3. Francesca de Rímini



Leíamos un día en grata hora, del tierno Lanceloto la aventura, solos, y sin sospecha turbadora. Nuestros ojos, durante la lectura, se encontraron: ¡perdimos los colores, y una página fue la desventura! Al leer que el amante, con amores, la anhelada sonrisa besó amante, esto, por siempre unido a mis dolores, la boca me besó, todo tremante… ¡El libro y el autor… Galeoto ha sido…! ¡Ese día no leímos adelante! Así le refiere Francesca el momento de su caída al poeta que visita el infierno.

Dante Alighieri fue el primero en llevar a la literatura el drama de Francesca de Rímini y Paolo Malatesta, y los encontramos en el canto V de *La Divina Comedia*. El nacimiento del poeta italiano, en 1265, puede haber ocurrido paralelamente a los acontecimientos que convertirán a Francesca de Rímini en un personaje literario de categoría universal. Seguramente muchos recordaban aún la historia cuando Dante vivió desterrado en Ravena, ciudad de origen de la muchacha. Casos semejantes se daban con frecuencia en aquella época, pues los matrimonios los concertaban los padres sin contar con el parecer de los hijos, tampoco es raro encontrarlos en tiempos posteriores por las mismas causas, pero éste, por lo bellamente narrado, pasó a la posteridad.

Los contornos históricos de Francesca se limitan, además del nombre, a ubicar su nacimiento a mediados del siglo XIII. Se sabe que era hija de Guido da Polenta, hombre rico y jefe del partido güelfo de Ravena, dueño de un castillo en Polenta en el que se crió Francesca, y que el señor Da Polenta tuvo un serio disgusto con la familia Malatesta, de la vecina ciudad de Rímini, cuando su hija era adolescente. De ahí en adelante, y sobre la base de lo poco dicho por Dante, infinidad de autores han creado versiones, han hecho conjeturas, en fin, se han hecho leyendas, así que navegaremos entre posibilidades.

Guido da Polenta, buscando un punto de reconciliación con la familia Malatesta, al parecer llegó a un favorable acuerdo para las dos casas, y una de las condiciones era que su hija Francesca se uniera en matrimonio con uno de los Malatesta. Los dos candidatos a esposo de la muchacha eran los hermanos Paolo y Gianciotto; el primero era un hermoso galán de fino espíritu; el segundo, un hombre valiente pero de aspecto desagradable. De acuerdo con la versión que de los hechos de Giovanni Boccaccio, para la celebración de las nupcias Gianciotto envió a Ravena, en su lugar, a su hermano Paolo, para efectuar un matrimonio por poder; después le llevarían a la desposada a su castillo de Rímini. Al tanto de estos detalles estaban los padres de la joven y, por supuesto, Paolo; Francesca nada sabía, y creyó que su marido sería el apuesto mancebo, que mucho le agradó desde el primer momento. Otra versión plantea que fue al revés: el prometido era Paolo, y el que fue en representación del verdadero novio fue Gianciotto, pero cuando conoció a Francesca, pensó que sobraba el «por poderes» y se quedó con la prenda. Todos coinciden en que el esposo, de una forma o de otra, fue Gianciotto.

Francesca no estaba nada a gusto con el hombre que lo tocó como esposo. Si fue engañada a Rímini, su desilusión debe haber sido extraordinariamente profunda, y si conoció primero a Gianciotto, de igual manera debe haber estado muy inconforme con su suerte al ver a Paolo. El amor entre los jóvenes puede haber nacido desde el primer encuentro; el momento en que cayó uno en los brazos del otro, responde a la opinión de distintos autores: para Dante sólo fue aquella vez que leían la historia de Lancelote y Ginebra; para otros, fueron amantes reincidentes, e incluso advertido por el engañado marido. Pero de cualquier forma, un día fueron sorprendidos por Gianciotto, que cegado por los celos los atravesó con su espada. Los cuerpos fueron sepultados juntos, pues tres siglos después, en un sarcófago de mármol en la iglesia de San Agustín, en Rímini, Corsuccio da Sascobaro halló los restos.

La ventaja que nos ofrece la leyenda sobre la historia, es que nos permite acercamos al personaje por el lado que más nos guste, e incluso le da margen a la imaginación para añadir comentarios u ofrecer nuevas interpretaciones. Francesca de Rímini y Paolo han sido, a lo largo del

tiempo, material de trabajo de investigadores, escritores y músicos. Hay quienes justifican la traición de la bella heroína, hay otros que la censuran; mientras, sus sombras abrazadas vagan impelidas por los vientos del Infierno.

4. Lady Hamilton

«*Muy bella y hecha a la perfección… Aquello que mil artistas se considerarían felices de crear, aquí se ve acabado en móvil y respirante realidad con una diversidad asombrosa… En ella se encuentran reunidos todos los antiguos y todos los bellos perfiles de las monedas sicilianas…*», son algunas de las impresiones que describe el poeta alemán Goethe al conocer en Nápoles a lady Hamilton, que con un rostro de óvalo perfecto y facciones acabadas, ojos de un azul profundo y cabellos castaños que le cubrían hasta los pies, y un cuerpo con todas las excelencias de una irreprochable escultura, era considerada la más bella dama inglesa.

Su belleza le abrió paso en la sociedad, su imagen fue llevada a innumerables lienzos, le cantaron poetas, y en la Corte de Nápoles, donde fue embajadora, contó con gran influencia sobre los reyes. La ambición y el resentimiento quizás fueran los móviles que la impulsaban a escalar una posición, pues ni lisonjas ni privilegios podían compensar por sí solos la falta de amor.

Emma era de extracción social muy humilde. Nació aproximadamente en 1763 en Nesse, Cheshire. Su padre tenía el oficio de herrero y su madre era ama de llaves. Al morir el padre, en 1765, la madre buscó refugio en el pueblo de su familia, donde se colocó de cocinera. La niña, más mal que bien, aprendió a leer y a escribir, y tan pronto pudo se empleó de criada. El sueldo era mísero, y cuando cumplió los catorce años fue a Londres en busca de mejor fortuna. Trabajó en la casa de la dueña de un salón de mala reputación. Aquí conoció al capitán de navío John Willet Payne, quien a cambio de un favor que le prestara a la muchacha, le convierte en su amante. Queda encinta y su patrona la expulsa. De vuelta a la casa materna, tiene una niña que alcanza a vivir pocos años.

Emprende de nuevo el camino de Londres a los dieciocho años, y esta vez logra hacer su vida galante entre ciertos círculos de nobles, además de

prestar su cuerpo para exhibiciones que hacía en su estudio el doctor Graham, que a la medicina mezclaba la magia y el baile. La policía cierra el consultorio del doctor y lo obliga a marcharse del país. Emma se queda sin techo una vez más y regresa a su pueblo, pero en esta ocasión logró reunir algún dinero y establecer algunas relaciones.

Entre las amistades londinenses se halla Charles Greville, quien bajo una apariencia paternal y desinteresada, hará de la joven un instrumento de sus ambiciones. Mediante sus cartas le empieza a hacer conciencia de que tiene que dedicar tiempo a estudiar, que necesita pulir sus modales, dejar las malas compañías y su desordenada vida. En ocasiones, la ilusiona con la idea de traerla de vuelta a la ciudad, otras, no le menciona el regreso a la capital. Por fin, accede a qua vuelva a Londres y le ofrece su apartamento con la condición de que se haga acompañar de su madre. La joven se compromete a estudiar y a administrar la casa, tiene el firme propósito de hacerse toda una dama, y ahí está Greville, que es todo un caballero, para enseñarla. Emma, además de convertirse en la mejor discípula, se enamora de su profesor, creyendo que la finalidad de Greville era casarse con ella después de instruirla.

Pero nada estaba más lejos de las intenciones de Greville, que aunque de vez en cuando se permitiera disfrutar de las bondades de Emma, la tenía destinada a un viejo tío suyo a cambio de que le pagara todas sus deudas y le garantizara una buena herencia. Sir William Hamilton, que así se llamaba el tío de Greville, era desde hacía años embajador de Inglaterra en Nápoles. Ya viudo, su mayor placer lo encontraba en la escultura. Greville le hablaba de Emma en sus cartas, y de su belleza, comparable a la de una estatua griega, y sutilmente iba despertando el interés de Hamilton por la joven. Cuando el embajador toma sus vacaciones en Londres, entre sus primeras visitas sitúa la de su sobrino, y queda vivamente impresionado con Emma, pero discretamente piensa que pertenece a Greville.

Cuando Hamilton regresa a Nápoles, su sobrino le pide que invite a Emma a pasarse una temporada en la ciudad italiana, para que estudie canto. Por su parte, ya él ha logrado que el tío le pague sus deudas y le deje una finca como herencia. Le envía a Emma, acompañada de su madre, no sin antes prometerle a la muchacha que irá a Nápoles en breve tiempo.

Hamilton no repara en atenciones para con su bella huésped, a la que le brinda toda clase de comodidades y con la que se muestra muy afectuoso. El tiempo transcurre, Greville deja de contestar las apasionadas cartas de Emma y mucho menos aparece en el palacio Sessa. Ella se da cuenta del engaño y con dolor e indignación le escribe:

«Os habéis hecho amar por mí, me habéis enseñado a ser buena, y después me abandonáis… Pues bien, no mendigaré más, no rogaré más, será como lo habéis querido… Tened cuidado. No quiero ser su amante, pero si me empujáis hasta el final, me casaré con él».

Greville, que sólo había querido proporcionarle a su tío una amante, pero sin que cayera en la tentación del matrimonio, y así ser el heredero universal de los bienes de Hamilton, quedó chasqueado, al menos por el momento. Con toda la pompa de una gran dama se casó Emma con el embajador, y pasó a ser la respetable embajadora de Inglaterra en Nápoles. La alta sociedad inglesa la recibió, y ella conquistó a todos con su belleza y dulzura. Pero el señor Hamilton tenía sesenta y un años y su hermosa mujer sólo veintiocho, y el amor, como ocurre muchas veces, pesaba de un solo lado de la balanza, el de Hamilton.

Emma Hamilton, como embajadora, mediaba entre los reyes napolitanos, Fernando IV y María Carolina, y Horacio Nelson, almirante que decidió la hegemonía inglesa en el Mediterráneo con su victoria naval sobre los franceses frente a las costas de Abukir. Emma y Horacio Nelson se vieron por vez primera en 1793, cuando éste fue a pedir a los reyes de Nápoles hombres para continuar el asedio de Tolón. En aquella ocasión, el almirante fue huésped de los embajadores y con su ayuda consiguió de los soberanos napolitanos lo que necesitaba; desde el primer momento lady Hamilton empleó toda la influencia que tenía en la Corte para proporcionarle ayuda militar. En septiembre de 1798 se convierten en amantes; en ese mismo año Emma colabora y media entre Horacio Nelson y los reyes de Nápoles, para poner a éstos a salvo en Sicilia. Pero ya la relación entre el almirante y la embajadora había llegado a oídos del gobierno inglés, y sir William Hamilton es retirado de sus servicios de

embajador que había desempeñado durante treinta y seis años; junto a su esposa y Horacio Nelson, vuelve a Inglaterra.

El recibimiento al almirante que se enfrentaba valiente y victoriosamente a Napoleón, fue grandioso; pero entre la multitud no estaba Fanny de Nelson, la esposa del almirante, Emma vio como buena señal la calurosa acogida que tanto la oficialidad como el pueblo ofreció a su amante. Sin embargo, al exembajador y a ella se les cerraban todas las puertas; los esfuerzos de Hamilton por reintegrarse a la sociedad a la que pertenecía fueron inútiles, y en ellos se le fue gran parte de su dinero. Era la sorda censura por la escandalosa relación entre su esposa y el hombre más notorio en esos momentos en Inglaterra.

El amor entre Emma y Horacio Nelson era auténtico. En 1801 les nace una hija, Horatia, que es llevada a la casa de los Hamilton como una huérfana adoptada por el almirante. Horacio y Fanny se separan. Emma compra una casa en el campo que se encarga de atender y en ella pasan los amantes todos los momentos en que se pueden reunir. En 1803 muere Hamilton, y entonces ya no se ocupan en velar sus relaciones. Emma cuenta, para pasar una vejez tranquila, con la herencia de su difunto esposo, pero al cabo todo salió como inicialmente lo había planeado Greville: a Emma sólo le tocó una pequeña renta, que finalmente nunca llegó a pagarle el mezquino Greville.

Las deudas se le empezaron a acumular a la otrora bella mujer. El almirante no podía correr con todos los gastos, pues tenía toda una numerosa parentela que mantener; la situación se hacía cada vez más difícil. Después de siete años, el 29 de octubre de 1805, antes de comenzar a dirigir la batalla de Trafalgar, Horacio Nelson escribió su última voluntad, encomendando al rey ya Inglaterra que no dejaran desamparadas a Emma y a Horatia. Es herido en la batalla, y antes de morir vuelve a encargar al capellán la protección de las personas que más ama, como llamaría a Emma y a su hija en la última carta que les escribió antes de la batalla. Pero la última voluntad del gran almirante no fue respetada. Emma quedó sola, todos le dieron la espalda y los acreedores la asediaban. Estuvo encarcelada dos veces por deudas; y la dama, antes objeto de rendidos halagos, de soñada modelo de muchos pinceles y musa de poetas, casi llegó a la

mendicidad; tuvo que huir de su país a la tierra contra la cual tanto había luchado su amante: Francia. En medio de grandes privaciones educó a Horatia, pero sin decide jamás que era su madre, para ahorrarle la pena de ser hija de adulterio.

Ya estaba tremendamente avejentada y gorda. Murió a los cincuenta y tres años. Todas sus pertenencias no sobrepasarían los doscientos veintiocho francos y la enterró un pariente lejano en el cementerio de Calais; su mayor anhelo era descansar junto a Horacio Nelson en la catedral de San Pablo, pero hasta las señas de su sepultura se perdieron. La historia respectiva de los tres países con que la vida la relacionó, ha sido inflexible con Emma Hamilton: para Italia fue el demonio que se posesionó del espíritu de Horacio Nelson y lo llevó a ser instrumento de la venganza de los Borbones; para Inglaterra, la criada casquivana y arribista que, después que la alta sociedad le hizo el favor de recibirla, se convierte en mácula de uno de sus hombres más gloriosos, el que le dedica sus últimos pensamientos antes de concentrarse en una batalla y los últimos antes de morir; Francia esgrime la parte alegre de la vida de Emma como una forma de desquite contra el hombre que alcanzó victorias sobre ella. Y quizás lo que también pueda decirse de esta mujer es que, además de bella, fue infeliz, que cuando encontró el amor y fue correspondida, a ambos les faltó libertad para vivido plenamente y tuvieron que llevado como una afrenta hasta sus últimos días.

Capítulo 7

Mujeres famosas de las artes plásticas

1. Angélica Kauffman
2. Berthe Morisot
3. Mary Casta
4. Frida Kahlo

1. Angélica Kauffmann

Si el nombre de Angélica Kauffmann no le dice nada, no se preocupe. Muchas personas versadas en las artes plásticas tampoco la recuerdan. No es que Angélica fuera una artista de segunda, colada en la historia de la pintura por la única virtud de ser mujer, sino que la estética cambia con el transcurso del tiempo, y el estilo que dominó su época, el neoclásico, está muy alejado del gusto actual. Sin embargo, en su época Angélica fue uno de los pintores más admirados y mimados. Basta con decir que la gran ciudad del arte, por la que todos los grandes del pincel se paseaban para aprender y perfeccionar su oficio, la consideró, en aquella época, su más grande pintora.

Tal elogio no se debía al nacionalismo de los habitantes de la Ciudad Eterna, pues Angélica ni siquiera era italiana. Para que mayor fuera su mérito, había nacido en un país conocido por su chocolate, sus quesos, sus relojes y sus contadores, rara vez por sus artistas, Suiza. Vino al mundo en la pequeña ciudad grisona de Coire, el 30 de octubre de 1741. Parece que sus padres hubieran presagiado que iba a ser hija única, pues, tal vez para no dejar nada en el tintero, la llamaron María Ana Angélica Catalina. No vivió mucho tiempo en su ciudad natal; cuando contaba once meses, la familia se mudó a Morbegno, en Valtelina. Su padre era muralista y, lógicamente, sus principales clientes eran las iglesias, aunque de vez en cuando le encargaban algún retrato. A Juan José Kauffmann el epíteto de mediocre se le ajusta a la perfección, pero pronto reconoció el talento de su hija para el dibujo, y para cultivarlo la hacía copiar estatuas antiguas y figuras de yeso, para luego introducirla en la pintura haciendo que coloreara los dibujos al óleo. A los nueve años, Angélica ya era capaz de producir retratos al pastel. No es de extrañar que, dados los resultados, prefiera pintar a jugar. Su padre pronto la convierte en su colaboradora, y a los once años

le encargan el retrato ni más ni menos que de monseñor Nevroni, obispo de Como.

La falta de aptitudes no fue el problema de Angélica. Poseía una hermosa voz que también le educaron. Además de la música, estudió historia, literatura, religión y lenguas idiomas. Se convirtió en una verdadera políglota, pues hablaba alemán, francés, italiano e inglés. De esta última faceta de su esmerada instrucción se encargó su madre, Cleofe Lucin.

Para un pintor en ciernes es tan importante la práctica como observación de las grandes obras maestras. Pronto Suiza sería demasiado limitada para esta niña, prodigio por sus capacidades y no por su pedantería, y en 1754 su padre la lleva a Milán. Italia, salvo por cortos periodos, siempre ha sido el centro principal de la pintura. Allí pintaron los grandes y en sus galerías se encuentran muchas de sus mejores obras. Por éstas pasean los Kauffmann aprendiendo y copiando. La venta de su producción le permite a la familia vivir desahogadamente. Pero las copias de Angélica son las que llaman la atención, y va a contar entre sus entusiastas admiradores y protectores al conde de Firmian, a la duquesa de Massa y Carrara, y al cardenal arzobispo Pozzobonelli. El que le abrirá las puertas de la sociedad milanesa será el duque de Módena, gracias a quien parece que logró finalmente asistir a las galerías y a la Academia con la ropa que le correspondía como mujer. Según una leyenda muy difundida, Angélica se tenía que vestir de hombre para efectuar su labor de copista, pues era un campo en el que la mujer no era muy bien recibida, a no ser que fuera la protegida de algún gran personaje. Otros piensan que más que a la oposición de celosos estudiantes, su disfraz de muchacho se debía a la ansiedad del padre de mantener oculta su indiscutida belleza. A pesar de los desvelos del padre, Angélica rompió sin mucho remordimiento más de un corazón amante. Entre estos trofeos se encuentra el del pintor Nathanniel Dance, que durante nueve años intentó infructuosamente con una infatigable persecución, trocar los papeles y convertirse, de cazado, en cazador de la escurridiza Angélica.

Quedó huérfana de madre a los dieciséis años. Para sosegar el dolor de la pérdida, el padre decidió cambiar de aires, pues no podía resistir permanecer allí donde todo le recordaba a Cleofe. Así, padre e hija parten

hacia Alemania, y luego se instalan en Swartzenberg, donde había nacido Juan José. Emprendieron un nuevo trabajo, la decoración de la iglesia parroquial. El padre pintaba la bóveda y la hija se encargaba de la creación de doce figuras, los Doce Apóstoles. La juventud de la colaboradora pudiera llamar la atención, pero no tanto como el hecho de que una mujer se hubiera salido de la temática que la tradición les había impuesto. Las mujeres que en aquella época querían pintar, estaban limitadas a retratos y bodegones. Angélica será una de las primeras rebeldes, y cuando se propuso tocar la temática histórica, lo hizo. Ya veremos más tarde, cuando este género no estaba todavía muy en auge, de qué artilugios se sabrá valer para salirse con la suya.

La procesión de padre e hija continúa; Van a Morsburgo, donde una vez más a Angélica se le encarga el retrato de un prelado, el príncipe obispo de Constanza. Y de allí, vuelve a Italia.

De nuevo el estudio, el trabajo y la libertad se conjugan a la perfección. Producen copias de las grandes obras maestras que luego venden. ¿Qué quieren estudiar a Correggio?, se encaminan a Parma; ¿ahora les interesa la escuela de los Carracci?, se ponen rumbo a Bolonia. Y desde luego, terminan, en 1762, en la ciudad del Amo, donde les aguarda la obra de Masaccio, Miguel Ángel, Leonardo y tantos otros. Reciben todo tipo de atenciones y facilidades. Las cartas de presentadas de los antiguos amigos y mecenas milaneses, los entusiastas de Angélica, le abren las puertas de las galerías florentinas, y los estudiantes, a quienes les molesta la presencia femenina, sólo tienen dos recursos, murmurar o callar.

De allí sólo hay una ciudad hacia donde partir; un año más tarde se encuentran en Roma. Esta ciudad les ofrece experiencias únicas. Por todas partes surgen ruinas de la Antigüedad, incluso al punto que se tornan hasta molestas a sus habitantes más cultos; pero, no es así para una estudiosa de los clásicos como Angélica. Aquí se encuentra Juan Joaquín Winckelmann, el teórico del clasicismo, escuela de la que Angélica se convertirá en uno de sus grandes exponentes y difusores. Es en el mismo año de su llegada, el 1763, cuando el sabio alemán le comunica a un amigo, un arqueólogo italiano, «*Yo la considero lo que se dice una belleza*». Cualquiera que haya leído alguna de las obras del insigne padre de la arqueología, pensará que

tal despliegue de admiración sólo se lo hubiera causado una vasija griega, una cultura romana, o alguna pieza de la antigüedad, pues no. Se lo provocó una jovencita de cabellos castaños, de rostro ovalado y piel muy blanca y sonrosada, su retratista Angélica Kauffmann.

Debió ser un gran honor para Angélica que este puntilloso estético le encargara su retrato y que, además, le prodigara tantos elogiosos epítetos. Para él, ella era «*Una persona excepcional… y para quien aprecie la melodía, ella puede parangonarse con nuestros mejores virtuosos*». Aquí el sabio tocó un punto doloroso, pues Angélica había tenido que tomar una decisión difícil: su voz era tan magnífica, que se hubiera podido dedicar a la ópera; pero en su resolución intervino un pío sacerdote, que le aconsejó al padre de la pintura favor de la pintura, pues en el ambiente teatral su virtud habría de encarar muchos peligros. En 1779 Angélica pintó un cuadro alegórico en el que se ve ella representada entre dos figuras. A una la mira, llena de tristeza y remordimiento, mientras le estrecha la mano despidiéndose, a la otra le extiende la mano abierta; le dice adiós a la Música al tiempo que se entrega a la Pintura.

En Roma comparte muchos momentos con otros pintores como Rafael Mengs y Pompeyo Batoni, aparte de Winckelmann, y con el inevitable Nathaniel Dance. Su éxito social y artístico no le impide dedicarle tiempo al estudio de la literatura, la arquitectura, la perspectiva ya los legados del. Antigüedad clásica. Hasta para viajar tiene tiempo, y visita Nápoles. Su prestigio como artista adquiere el reconocimiento oficial cuando la Academia de San Lucas la elige miembro en 1765.

Para octubre de ese mismo año ya está en camino, junto a su padre, hacia Venecia, donde aprende el uso del color —a través de las obras de Tiziano, Tintoretto y el Veronés— que le convertirá en la más grande colorista de su época. Además de las glorias del pasado, se codea con los que cuentan en algún momento. Conoce a lady Wentworth, la esposa del embajador británico en Constantinopla, quien la convence para que se traslade a Londres. La dama es tan amable que le ofrece hospedaje en su casa, aunque por un pequeño desliz se olvida extender la invitación al padre de Angélica. Otra disyuntiva: dejar al padre o labrarse un futuro más

espléndido, pues según contaba y prometía Lady Wentworth, en Londres podría ganar más dinero del que jamás soñó en Italia.

En Londres entró como César, pero a lo femenino, ella llegó, la vieron y venció. Allí la esperaban amigos, conocidos de Italia, como el pintor americano Benjamin West, y ¿hace falta nombrarlo?, pronto conoció a Joshua Reynolds, el pintor de moda y el más influyente de Inglaterra, a quien según cuenta la chismografía de la época la joven y bella pintora le dio calabazas. Pero su apoyo, unido al de Lady Wentworth, arrastró a la sociedad inglesa a encargar a la gran pintora los retratos de rigor. No pasó mucho tiempo antes de que pudiera alquilar un hermoso apartamento, lo suficientemente elegante como para recibir a la crema y nata londinense. Al año de su llegada ya había ahorrado lo suficiente como para poder invitar a su padre a vivir con ella. El triunfo tan rápido y tan completo de una mujer joven y bella, sólo podía atraer una cosa: la envidia. En seguida corrieron rumores; la Kauffmann debía todo a los hombres, pero esos mismos que criticaban posaban en su estudio, todos deseaban ser retratados por esta mujer que había traído el clasicismo a Inglaterra. Su gusto por idealizar y su fidelidad a los cánones clásicos, resultaba en una transformación del modelo indiscutiblemente favorecedora. Su estudio era el salón más celebrado y las propuestas de matrimonio la acosaban, pues Angélica unía a su talento y belleza una personalidad encantadora. Era una mujer culta pero sencilla y modesta, y quien la conocía, sabía que sus contactos la habían ayudado, pero que fueron su constancia y laboriosidad las que la llevaron a la cúspide.

Pero hasta al más virtuoso, el éxito se le sube a la cabeza. Así que cuando el conde de Horn le propuso un matrimonio secreto, lo aceptó. El conde reunía todas las características de un héroe romántico. Era noble, joven y guapo, el misterio rodeaba su figura, pues por alguna razón había huido de su tierra natal, la lejana Suecia. Un día se presentó en su estudio, como hacía asiduamente, pero en vez de mostrarse enamorado como siempre, se presentó agitado y nervioso. Le dijo que los emisarios del rey de Suecia habían arribado ya a Inglaterra y que temía que el gobierno inglés lo entregara. Angélica le propuso la huida, pero el conde Horn le sugirió que aceleraran su matrimonio, pues nadie se atrevió a imponerle un futuro

incierto al esposo de tan amada persona. La pintora en un principio dudó, pero por último aceptó seguir al misterioso personaje hasta una iglesia católica, donde un sacerdote los unió en matrimonio sin la concurrencia siquiera de testigos.

Federico, que así se llamaba el conde, agobiado porque no le llegaban fondos de Suecia, le pedía incesantemente dinero prestado a su esposa para calmar a los acreedores, y de esta manera Angélica fue perdiendo parte de sus ahorros. Por fin, el conde accedió a informar a Juan Kauffmann sobre el matrimonio. La relación entre ambos no fue muy buena, pues el padre de Angélica deseaba conocer la situación real de su yerno. Éste se negaba a contestarle, pues no le gustaban las conversaciones «demasiado serias», pero el señor Kauffmann seguía insistiendo, hasta que el conde amenazó con llevarse a Angélica lejos de Londres para poder así vivir alejado de tantas malignidades. Angélica, desgarrada entre sus dos amores, propone una separación temporal hasta que la situación se aclare. El conde, airado, le respondió que si quería una separación, la tendría, y se fue, enviándole un abogado tres días después. Separarse de él le costaría quinientas libras esterlinas. La desilusionada y arrepentida esposa empezó a recibir noticias sobre su singular marido Según éstas, Federico no se llamaba Federico, sino Burkle, aunque en Amsterdam lo conocían como Studerat y en otros lugares como Rosen Kranz y aun en otros como Brandt. Su profesión también era difícil de precisar, pues había desempeñado las más humildes, aunque en Hildesheim había convencido a muchos de que era teniente coronel del ejército prusiano de Federico el Grande. En fin, lo único que tenía visos de verdad era su relación con el condado de Horn, aunque allí no lo trataban como conde, sino como a uno de los camareros de éste.

Ante la revelación de tamaña cantidad de embustes, el marido de Angélica decide que es mejor conformarse con trescientas guineas y firma la separación el 10 de febrero de 1768. Ese mismo día se le informa a Angélica que si está dispuesta a costear los gastos de viaje y de alojamiento de una alemana, ésta estaría dispuesta a testificar a su favor contra su marido. Era la esposa de Burke, a la que había abandonado en la ruina.

Angélica no aceptó, pues ya tenía bastante teniendo que desafiar las burlas y los chistes. Se contentó con intentar la anulación del matrimonio.

Según se rumoreaba tenía bases sólidas para hacerlo, pues el conde y teniente coronel había sufrido ciertas heridas en la guerra que imposibilitaron la consumación del matrimonio. Pero no todo eran habladurías, había quien la quería y la protegía.

Al año siguiente del infortunado matrimonio, en 1768, se formó la Royal Academy (La Academia Real), y Angélica fue nombrada uno de sus miembros. Sólo a otra mujer se le concedió tal honor, a Mary Moser, también pintora, pero más convencional, su temática se restringía a los bodegones.

Una de sus obras se expuso en la primera exposición anual de esta institución: *La despedida de Héctor y Andrómaca*. Solo ella y West se atrevieron a presentar temas históricos. Todos los demás, incluso Reynolds, exhibieron discretos retratos.

Angélica intentó, al igual que sus amigos West y Fuseli, ilustrar al público inglés, sacarlo de su encasillado gusto por el retrato, pero no tuvo éxito. Mujer al fin, halló un compromiso perfecto que los haría felices a todos, a ella incluso: los ingleses querían retratarse, pues los retrataría. Ella quería desarrollar las composiciones complejas que los temas históricos demandaban, pues también lo haría. Con unas cuantas pinceladas convierte a la marquesa de Townshend ya su hijo, en Venus y Cupido; Sir John y Lady Webb con sus hijos le hacen sacrificios a Ceres, mientras una estatua de Minerva los recibe de Frances Hoare.

Su época de Londres termina en 1781, el mismo año en que su bribón marido muere y en que se casa con un pintor veneciano, Antonio Zucci. Poco antes su padre ya había vuelto al continente. El nuevo matrimonio, tras una corta estancia en Ostende, se reencuentra con el anciano en Venecia, quien muere poco después en los brazos de su hija. Pero Venecia también le trajo suerte. Conoció al Gran Duque de Rusia, Pablo, quien encabeza la lista de los personajes de la gran nobleza europea que a partir de entonces empezará a retratar.

Pintores los dos, buscan una ciudad bella, llena de luz, con un buen clima y que ame el arte; naturalmente, se encaminan a Roma. La actividad no cesa, cuanto más toma el pincel Angélica, menos lo ejercita Antonio, quien consagra sus dedos al conteo de billetes y al manejo de cuentas. Por

el taller desfila gran parte de la nobleza europea: lady Hamilton, el cardenal Albani, la reina de España y las innumerables, por numerosas, princesas italianas. Hasta el Sumo Pontífice se encontraba en lista de espera, pero algo pasó y los planes quedaron en eso, sólo planes. El rey de Nápoles le encarga dos cuadros; la reina Carolina, también de Nápoles la invita al reino. La quiere «secuestrar» para que se convierta en su maestra yen la de sus hijos. El rey Fernando la quiere hacer la Pintora de la Corte, pero Angélica logra escabullirse del real aprieto y volver a Roma a su plebeya libertad.

Por Roma anda en aquella época Goethe, quien, aburrido del romanticismo, al que ya le había dado su principal héroe, Werther, busca «el verbo neoclásico», y ¿quién mejor para conjugárselo que la discípula de Winckelmann? Entre Angélica y Goethe nace una hermosa relación intelectual. Incluso parece que hubo un momento en que Goethe soñó con algo más que la amistad, pero Angélica era bastante mayor que él y por Roma también respiraba en aquella época Magdalena Reggi, quien cortaba el aire o ponía a suspirar a cualquiera que la viera.

Angélica es la gran pintora romana y miembro de la mundialmente reconocida Academia de San Lucas. Lo demás es mucho trabajo y buenas amistades. Su esposo y administrador muere en 1795, hacía años que era un discreto inválido. Si el matrimonio había sido de conveniencia, pues el padre lo arregló para dejar a su hija amparada ante su inminente regreso a Italia, y Antonio era incluso quince años mayor que ella, Angélica lamentó su muerte con todo su corazón, y poco más tarde la sentiría con todo su bolsillo. No sabía nada de administración y la situación de inestabilidad política de Italia no ayudaba al pronto cobro. Pero no pierde el desaliento, confía a un primo los asuntos financieros, y ella se dispone a trabajar como siempre. Decía «*No me importa ser pobre. En verdad no he nacido rica, y con estas manos estoy aún en disposición de ganarme la vida*».

Hasta casi el último día de su vida continuó trabajando. En 1802 cae enferma, aquejada de los pulmones. Por recomendación médica sale de viaje y recorre nostálgica los lugares de su niñez. Algo recuperada, regresa a Roma; pero sufre una enfermedad incurable, la que los sabios doctores decimonónicos diagnosticaban como «languidez». Lentamente su vida se

consume y el 5 de noviembre de 1807 se extingue la última llama de esta hoguera que se llamó Angélica, mujer que con un leve pincel desafió imperceptiblemente al mundo. Fue neoclásica, cuando el estilo se hallaba en sus albores. Por su elección estética, fue elegante y ahogó sus sentimientos con una precisión académicamente escueta, pero no olvidó la gracia ni el encanto, y en el color fue la más grande de su época.

Hasta hace poco las ciudades eran casi humanas, se avergonzaban de sus habitantes o se llenaban de orgullo por ellos. El más noble y el más humilde sabía quién era quién. Para las exequias de Angélica, la ciudad en pleno salió a despedirla, a darle el último adiós a su pintora.

Para el que no sabía quién era Angélica Kauffmann, si alguna vez va a Roma y pasa por el Panteón, la verá entre sus inmortales.

Joseph J. Kauffman padre de la pintora.

2. Berthe Morisot

Para los impresionistas, Berthe era alguien muy especial Pertenecía al movimiento, pero siempre se tuvo que mantener, y la mantuvieron, un tanto alejada; la causa: era miembro de otro grupo, el del excluido género femenino. Pero con su muerte se hizo palpable cuán cercana se hallaba su alma a la de todos ellos, cuánto se le había prendido a sus vidas. Al recibir Renoir la noticia, se encontraba junto a Cézanne, cerró su caja de pintura y tomó el tren con dirección a París, ante todo necesitaba darle el pésame a la hija de Berthe, Julie Manet, la cual comenta así la dolorosa escena: «*Nunca he olvidado la manera en que entró en mi habitación de la Rue Weber y me tomó entre sus brazos…*». Pissarro, sólo por ofrecerle su último adiós, permaneció en la capital francesa más días de los previstos. Con un tono lleno de aflicción se lo explica a su hijo: «*Todavía en París, porque quiero asistir a los funerales de nuestra antigua camarada Berthe Morisot… No te puedes imaginar cuán sorprendidos nos hallamos todos, cuán conmovidos también, por la desaparición de esta distinguida mujer, que poseía tan espléndido talento femenino y quien aportó el honor a nuestro grupo impresionista el cual está desapareciendo con todo. ¡Pobre señora Morisot, el público casi ni la conoce!*». Fue Mallarmé quien se encargó de enviar la nueva a muchos amigos. De él procedía el telegrama que Degas recibió, que decía: «*Soy el portador de una noticia muy triste. Nuestra pobre amiga, la señora Manet, Berthe Morisot, ha muerto…*».

Estos eran algunos de los amigos de Berthe. Y si Dios los cría y ellos se juntan, con sólo mencionarlos bastaría para retratarla. La vida de Berthe, que aunque relatada no parece muy llena de agitación ni de interés, está llena del heroísmo cotidiano de la mujer que lucha día a día, hora tras hora, por consumar su vocación y cumplir las obligaciones que la sociedad le exige como hija, madre y esposa. Ella, al igual que otras, retó al mundo,

imponiendo su presencia como artista profesional; pero además, para que su actitud fuera todavía más imponente, llevó una vida de acuerdo a la norma social impuesta sobre su género, fue esposa y madre. Su presencia para los franceses era probablemente más turbadora que la de George Sand o Mary Cassatt, ambas profesionales; pero mientras una de ellas se vestía de hombre, la otra era una extranjera, y sus vidas, por lo tanto, al igual que su profesionalismo, se presentaban como una ruptura de los cánones sociales, y lo excéntrico es, por lo entretenidamente inofensivo, consentido. Berthe, sin embargo, era más retadora, manteniendo su posición como miembro femenino de la alta burguesía francesa, imponía su profesionalismo artístico, no ya como una anormalidad, sino como una alternativa. No rompía el molde de lo femenino, sino, algo más peligroso, lo dilataba.

Los Morisot pertenecían a la alta burguesía francesa, Edmé Tiburce Morisot, aunque por educación era arquitecto, jamás ejerció la profesión. La sacrificó para desempeñar cargas administrativos importantes en el gobierno de la República. Sin embargo, mantuvo el gusto por el arte. Y en su casa, como en tantas otras de su mismo nivel social, la sensibilidad artística, el buen gusto y el saber apreciar lo bello, eran una manifestación primordial del rango social Su esposa, Marie Joséphine Cornélie, añadía al buen gusto unas maneras exquisitas. Cortés al más alto grado, siempre sabía decir lo apropiado y se destacaba en el entonces tan admirado arte de la buena conversación. El matrimonio tuvo un hijo y tres hijas, Yves, Edma y Berthe. A las tres se le confirió la misma educación, administrada principalmente en el hogar, y con la que se esperaba moldear a las mujeres de acuerdo a lo que la sociedad educada admiraba en ella. De allí que se concentrara en la apreciación literaria, al dibujo, la escultura en barro, la costura y el consabido piano, pero enfocada de manera que las niñas se convirtieran en entretenidas aficionadas, nunca en profesionales.

En 1855, cuando Berthe contaba catorce años y la familia se había mudado de su Bourges natal a París, las tres niñas asistieron a un exclusivo colegio privado en Passy. La villa de Passy, integrada casi a la metrópolis, se convertirá, años más tarde, en el lugar de residencia principal de Berthe.

Dos años después, Marie Joséphine pensó que un dibujo sería un hermoso regalo de cumpleaños para su marido, al que envió a sus hijas a

que estudiaran con Geoffrey Alphonse Chocarne. Chocarne era un pintor académico que impuso sobre las jovencitas una instrucción disciplinada, excesivamente teórica y aburrida. A las cuatro lecciones Yves desertó y sus dos hermanas exigieron un cambio de instructor. El elegido fue Joseph Benolt Gouchard. El cambio fue total y absoluto. Gouchard era un seguidor de Delacroix y de Ingres, y no tardaría mucho en vaticinarle, escandalizado, a la madre de las criaturas:

> *«Considerando el carácter de sus hijas, mi enseñanza no las conferirá con ligeros logros para ser mostrados en el salón de visitas; se convertirán en pintoras. ¿Usted se da cuenta de lo que esto significa? En el medio social de la clase alta al que usted pertenece, ser revolucionario, me atrevería a casi decir que catastrófico. ¿Está usted segura de que nunca vendrá a maldecirme el día en el que el arte, habiendo ganado el acceso a su casa, ahora tan respetable y pacífica, se convertirá en el solo árbitro del destino de sus hijas?».*

Pronto Gouchard tendría a las hermanas Morisot copiando al Veronés y a Rubens en el Louvre. Y jóvenes y bonitas no tardaron mucho en llamar la atención. En 1868 conocieron a Fantin-Latour que sería quien les presentaría, años después, en 1867, a Edouard Manet. Manet ya para esa época era un pintor conocido, principalmente tras el escándalo de su *Olimpia*, rechazada por el Salón de París para la exposición de 1865. Pero, aparte del común interés por la pintura, a Manet y a las Morisot los unía el hecho de pertenecer a una misma clase social, y las familias conformaron un estrecho vínculo amistoso. A veces era la madre de Manet la que ofrecía su casa para las reuniones, otras era la madre de las Morisot.

Manet tenía por costumbre utilizar a sus amistades como modelos, y conminó a Berthe para que posara para él. Entre los cuadros en los que aparece Berthe, el más conocido es El balcón. La extraña belleza de la modelo llamó la atención de todos. Su pelo negro y su enigmática mirada se conjugaban con un rostro melancólico de finos rasgos, en el que se asomaba una cierta fiereza sojuzgada. La joven dama del «balcón», no semejaba una integrante de la alta burguesía francesa y, según ella misma comentó, algo

se rumoraba sobre su aspecto: «*Soy más extraña que fea*»; parece que el epíteto de «femme fatale» ha estado circulando entre los curiosos…

Su relación con Manet, sin embargo, dio más frutos que puras murmuraciones. De ella Manet tomó el gusto de pintar al aire libre. Berthe había adquirido esta costumbre de su amigo, el pintor Corot, a quien había conocido en 1861. Con el discípulo de éste, Achille François Oudinot, y en compañía de su hermana, había pasado varios veranos pintando en Pontoise, Normandía y Bretaña. De hecho, su primera exhibición en el Salón, en 1864, se compuso de una serie de paisajes pintados en el área del río Oise, entre el Pontoise y la Auvernia. De Manet, Berthe aprendió mucho. Su pincel se hizo más libre y su paleta más audaz. El detalle lo reemplazó con trazos esquemáticos, atrevidos y seguros. Y al igual que los otros impresionistas, se concentró en capturar los efectos de la luz, siempre cambiante y evanescente.

Pero tal vez sea en el plano sentimental donde más le deba Berthe a Edouard Manet, pues en 1874 se casó con Eugène Manet, el hermano pequeño del pintor. Eugène fue para Berthe un esposo comprensivo y uno de sus principales apoyos. Con él tuvo una hija, Julie Manet, quien sería, junto a su hermana Edma, una de sus principales modelos.

El contraste entre Berthe y Edma permite comprender mejor a la primera. Mientras Edma al casarse abandonó la pintura, Berthe no sólo siguió pintando toda su vida, sino que se ligó al movimiento más combativo del momento.

Al partir de 1864 y durante diez años, exhibirá en el Salón Pero en 1874 juró no presentar en este bastión del arte académico ni un solo cuadro más. A raíz de 1874 expuso junto a los impresionistas en el salón conocido, en ese año, como el de los independientes. Exhibirá, a partir de entonces y a pesar de la inicial oposición de Manet, en todas las exposiciones de estos artistas, salvo en la de 1879, año en que dio a luz a Julie.

Aunque Berthe probablemente no asistía a las reuniones de los artistas, sus vínculos con Manet y con otro miembro de la alta burguesía, Degas, la mantenían siempre al tanto de las discusiones y debates. Entre sus amigos también se encontraban Mallarmé, Baudelaire, Zola, y los músicos Chabrier y Rossini. Sobrevive una anécdota muy simpática de su relación con

Mallarmé. Berthe le propuso encargarse, junto a otros pintores, de la ilustración de la edición de su poema en prosa *El nenúfar blanco*, y a Mallarmé le gustó la sugerencia. Poco después recibía una carta firmada por Berthe, en la que le indicaba que por favor fuera a cenar a su casa el jueves siguiente, ya que tanto ella como Renoir se encontraban un tanto confundidos y necesitaban algunas explicaciones para las ilustraciones. Mallarmé, galantemente, aceptó. Pero sus explicaciones no debieron de ser tan buenas como su lírica, pues el proyecto nunca se convirtió en realidad. Berthe, sin embargo, efectuó varios grabados a buril inspirada en algunos de sus poemas.

Si su condición de mujer no la ayudaba en su relación con los indómitos impresionistas, sí lo hacía su desahogada situación financiera. Y el hecho de que su arte no fuera conocido durante su vida, no le debió de doler, al menos monetariamente, tanto como a ellos. Sin embargo, aunque no bajo la presión económica que sufrían Monet, Pissarro, Renoir y Sisley, ella siempre trabajó al mismo nivel de producción y de compromiso artístico que estos otros integrantes del grupo. A la muerte de su cuñado, en 1883, participó activamente en la organización de una exhibición retrospectiva del gran pintor. Curiosamente, sus cuadros alcanzaron mayores cotizaciones que los de Monet, Sisley y Renoir.

También su bienestar económico le permitió, aparte de las estancias veraniegas lejos de París, visitar España, Holanda, Inglaterra e Italia. Su obra, sin embargo, viajó aún más lejos, pues en 1883 se expuso en Bastan, y en los Estados Unidos también tuvo lugar su primera exposición exitosa en 1886. Pero no sería hasta seis años después que logró por fin exponer como artista único en las galerías de Boussod y Valadon. Su éxito como artista lo empañó la tristeza como mujer, pues fue en ese mismo año en que murió su esposo.

Tres años después, el 2 de marzo, seguiría a su buen compañero, dejando en el grupo de los impresionistas un espacio vacío, imposible, como ya vimos al principio, de ser ocupado por otra persona. A pesar de las restricciones que como mujer, al igual que a su amiga Mary Cassatt, le limitaron su temática artística, Berthe se destaca como uno de los grandes impresionistas. Sus paisajes refulgentes y delicados a un tiempo,

armoniosos y plácidos, y sus escenas interiores en las que captura como pocas la naturalidad y la espontaneidad, son parte fundamental del acerbo pictórico del mundo moderno. A su mérito de artista profesional se le unen el de haber sido una excelente esposa y madre. Tuvo una vida plena y, aunque aparentemente sencilla, difícil. De su batalla para lograr compaginar su profesión y su vocación de madre y esposa nos ha quedado un hermoso testimonio, su correspondencia con su hermana Edma, que es una fuente de inspiración para los millones de mujeres que en la actualidad luchan por vivir en paz entre ambos frentes.

3. Mary Cassatt

Un incrédulo observador comentó: «*No estoy dispuesto a admitir que una mujer pueda dibujar así de bien*», pero, pese a su empecinamiento, terminó comprando la obra. Su nombre era Edgar Degas. Si una anécdota vale más que mil palabras, ésta vale más que cualquier volumen sobre la vida de Mary Cassatt, mujer discreta y trabajadora, que deseaba que se la conociera por su obra, y que ésta hablara por ella. Durante años se negó a narrar detalles de su vida, y sólo cuando ya contaba sesenta y nueve años aceptó ser entrevistada por su primer biógrafo, Achille Segard. De esta monografía provienen la mayoría de los detalles que se conocen sobre la gran pintora norteamericana.

Robert Cassatt había amasado un capital que le permitía llevar una vida cómoda y sin preocupaciones económicas. Cuando su cuarto hijo nació, Mary, el 22 de mayo de 1844, la familia Cassatt vivía en Allegheny City, que más tarde se convertiría en parte de Pittsburgh. Pero ya para 1849 la familia se encontraba en Filadelfia y dos años más tarde se embarcaban hacia Europa, donde planeaban pasar una prolongada temporada.

Su primera residencia en Europa estuvo en París, y en 1853 se encuentran, nuevamente de mudada, rumbo a Alemania, donde el hijo mayor, Alexander, cursa estudios de ingeniería, mientras Robert, otro de los hijos, recibe tratamiento médico.

Tras la muerte de Robert, en 1855, la familia regresa a Filadelfia. Y en esta ciudad Mary comienza su aprendizaje artístico. En 1861 ingresa en la Academy of Fine Arts (Academia de Bellas Artes), y allí recibe la instrucción de rigor. Sus profesores son competentes, pero les falta personalidad; dicho en buena prosa: son mediocres. Los estudiantes primero hacen copias y dibujos a los modelos de yeso, después a los modelos naturales, y el final del camino lo marcaban las reproducciones al óleo de otras pinturas. Siguen un método tradicional, eficaz en cuanto a instituir la

bases del oficio en los aprendices, pero también transmisor de la mediocridad de los maestros.

Mary aceptó que la única forma de aprender era copiando, pero intuyó que sólo copiando a los grandes aprendería a pintar como ellos. En aquella época el acervo pictórico de los Estados Unidos era inexistente, por lo tanto era sólo en Europa donde podía completar su educación. Decide viajar hacia el Viejo Continente y se lo expone a su padre, quien, aunque cariñoso y apegado, le contesta: «*Antes prefiero verte muerta*». Hay que comprenderlo, en aquellos tiempos las jovencitas, por lo menos las respetables —aunque no necesariamente respetadas—, no viajaban solas. Además, si hablar de «mujer profesional» era insólito, de «pintora profesional» era inaudito. A pesar de la oposición familiar, Mary logró persuadirlos. Por lo menos la dejaron partir, pero tardó muchos años en convencerlos de que era en verdad una pintora. Unos años más tarde, su hermano cariñosamente se burlará de Mary, informándole a la familia, con excesivo proteccionismo e ironía, que firmando con el nombre de Mary Stevenson intenta «hacerse conocida».

Ya en París, en 1866, pronto se matricula en la Academia de Bellas Artes, «École des Beaux Arts», pero pronto la abandona para hacer lo que desde Norteamérica se había propuesto: copiar a los grandes. En museos y galerías, esta joven delgada y alta, de facciones finas pero marcadas y de ojos entre azules y grises, se convierte en una predecible parte de la exposición. El callado ámbito del mundo artístico es destruido por la guerra; en 1870 Francia y Prusia se hallan en plena conflagración bélica, y Mary vuelve al hogar paterno en Filadelfia.

La estancia en esta ciudad dura poco, al año siguiente se encuentra en Italia, en la ciudad de Parma, estudiando a Alegri da Correggio, el gran pintor de Madonas con Niño, tema, aunque desacralizado, del que Cassatt se convertirá en la maestra contemporánea. De la Península Itálica pasa a la Ibérica, donde descubre a Velázquez y al Greco, y de allí a Holanda. Hacia Holanda partió buscando a Rubens, de quien aprendió a expresar con el pincel y el color la vitalidad de la carne.

Pero París la reclama. Es allí donde la pintura se manifiesta a través de Una nueva vena, revolucionaria y rebelde, aunque para nosotros ya sea

clásica: el impresionismo. En 1873, Mary Cassatt se instala definitivamente en la capital francesa, todavía no se ha apartado del arte oficial y académico. Un año antes el *Salón*, órgano oficial del academicismo, aceptó exhibir una de sus obras. Durante los años subsiguientes sigue exponiendo en el *Salón*, pero poco a poco la estrechez plástica del jurado la va cansando; ocurre que un año una de sus pinturas es rechazada, para ser aceptada al siguiente. No fue por capricho que Mary cambió el fondo de sus cuadros. Sus dorados luminosos molestaban a los depositarios del gusto oficial, y para satisfacerlos los tuvo que oscurecer.

El gran cambio ocurre en 1877. Es el año en que Mary «comienza a vivir» y en el que exhibe en el Salón de los Impresionistas, los rechazados por la academia, ya quienes preocupaban, en vez de los fondos dramáticos, los efectos de la luz sobre las imágenes representadas, los pintores no de la historia, sino del mundo moderno, como les pedía el gran poeta Baudelaire. Abandona el arte convencional y acepta el llamado que escuchaba desde hacía tiempo: el de Courbet y el de Manet, a quienes admiraba como los maestros verdaderos. Entre estos últimos incluía a su gran amigo Edgar Degas, quien hacía poco había reconocido, no ya que era una gran dibujante, sino que era su alma gemela.

Durante la exhibición del Salón, en 1874, un amigo común le señaló a Degas un cuadro de Mary Cassatt. El comentario del gran pintor fue: «*Es verdad, hay alguien que siente como yo*». La relación entre los dos pintores se extendió hasta 1917, año de la muerte del pintor. No fue una relación sin altibajos, ambos poseían un carácter extremadamente fuerte. Discutían a menudo de arte, de política o sobre cualquier otro lema. El contacto entonces se interrumpía por algunos meses, hasta que Mary, menos testaruda, auspiciaba el acercamiento.

Hay quienes, guiados por el romanticismo, han querido considerar su relación como sentimental. Indudablemente fue así, pero basada en la amistad. La difícil amistad entre un hombre y una mujer dominados por una misma pasión, el arte. Es Degas quien lleva a Mary hacia el uso del pastel, quien le muestra la belleza de los grabados japoneses. En ese medio Mary producirá muchas de sus grandes obras, al tiempo que los grabados alterarán su técnica y perspectiva, e inspirarán sus mejores aguatintas.

Ambos rechazan la etiqueta de impresionistas, y en sus paletas permanece el negro, rechazado por los pintores de este movimiento. También se asemejan en su temática, su concentración en la representación de la figura humana; pero mientras Degas desecha la pintura al exterior, Mary la sigue practicando. Son su fuerte personalidad y su genio artístico los que le permiten beneficiarse de su relación con Degas, pero no dejarse asfixiar por él.

Su familia se reúne con ella el mismo año en que expone Ion los impresionistas. En Estados Unidos quedan ya sólo sus hermanos Alexander y Gardner, aunque visitan a la familia con frecuencia. El primero, ya en 1880, se halla en París. Con la familia en casa, los modelos se encuentran por todas partes. Su hermana Lydia y sus padres aparecen en hermosos cuadros, mientras sus sobrinos y sobrinas, muchas veces acompañados por la madre, le inspiran bellísimas composiciones. Pero con la familia también viene el sacrificio. Su labor pictórica sufre gran número de interrupciones, cuando una serie de enfermedades atacan a los suyos.

Su fama se va extendiendo. Expone varias veces con los impresionistas, yen 1891, al fin, consigue exhibir sola. Como siempre, el reconocimiento en la propia patria tarda en llegar, aunque sus obras se exhiben en exposiciones en Boston, Filadelfia y New York, y en 1891 le ofrecen un encargo muy importante: pintar un mural para la Feria Mundial de Chicago. El tema es la «Mujer Moderna». En este trabajo se ilustra su relación con Degas y se destaca su personalidad decidida y fuerte. Durante la creación de la obra, efectuada en su recientemente adquirido «Chateau de Beaufresne», pasó por una serie de momentos difíciles, deseaba la opinión de Degas, pero no lo llamó. Temía que estuviera en uno de sus momentos de «humor» y le desbaratara su labor a base de críticas negativas; para eso no tenía tiempo, y cómo deseaba concluir la obra en la fecha acordada, decidió, aunque extrañara su opinión, resolver sus problemas por sí misma. Una amistad menos vibrante, pero muy hermosa también, la unía a otro impresionista, la pintora Berthe Morisot, a quien a veces iba a buscar a caballo, y con ella en la grupa galopaba por el Bois de Bologne.

Su segunda exposición como artista única se produce en París en 1883, y tanto la crítica como el público la reciben entusiásticamente. Dos años

más tarde prueba suerte en Nueva York, pero en Norteamérica su obra no llamó la atención. Mary, a pesar de ser una de las más grandes pintoras que ha dado este país, no será admirada hasta después de su muerte.

A pesar de la falta de reconocimiento, siempre se consideró norteamericana. En 1898 viajó a su tierra natal, donde permaneció durante seis meses visitando a sus hermanos y amigos. De vuelta a Francia, convirtió su casa en refugio para sus jóvenes compatriotas que, al igual que ella, cruzaron el Atlántico en busca del alimento artístico que necesitaban sus almas. Pero Mary siempre recordó a los que se quedaron atrás, por falta de recursos u oportunidades.

Tal vez pensando en ellos, ayudó con sus consejos a los norteamericanos que compraban obras de arte en Europa. Comenzó su actividad como asesor artístico con Louisine Havemeyer, con la que le unía una amistad que databa de 1873. El esposo de Louisine era un riquísimo banquero; la combinación, por lo tanto, era perfecta: gusto y dinero. A partir de 1901, Mary y los Havemeyer viajaron por Europa comprando obras, y reunieron una colección que en 1929 pasó al Museo Metropolitano de Nueva York. Pero su ayuda a los coleccionistas norteamericanos no se ciñó a los Havemeyer, sino que ayudó a infinidad de ellos. Gracias a sus sabias indicaciones, llegaron a Norteamérica gran cantidad de las obras importantes que se encuentran actualmente en sus museos, pero esta actividad le restó tiempo a su producción artística.

Los últimos años de la vida de Mary Cassatt estuvieron ensombrecidos por la enfermedad y la pérdida de familiares, lo cual también afectó considerablemente su creatividad. Su hermana había muerto muy joven, así que sobre los hombros de Mary recayó totalmente la responsabilidad de cuidar a su madre durante la prolongada enfermedad que precedió a su muerte, en 1905. Para hacer más doloroso el golpe, un año más tarde falleció su hermano favorito, Alexander.

A pesar de todo, todavía le gusta viajar y se anima, en 1911, a acompañar a su hermano Gardner y a la familia de éste a un recorrido por Egipto. Pero la tragedia la sigue y su hermano contrae una enfermedad, muriendo poco después en París. Consecuentemente Mary sufre una depresión que la aleja de la pintura hasta 1912.

Pero la tristeza provocada por la desaparición de tantas personas queridas es sólo parte del problema. Mary ha ido perdiendo la vista, lo que le permite únicamente trabajar el pastel. Tiene que abandonar totalmente el grabado, que tanta fama le había merecido, y el óleo, y sus colores cada día son más chillones. Con el ánimo que siempre poseyó, se somete a tratamientos y operaciones, pero no recupera la vista, y en 1913 tiene que dejar de pintar.

Mary Cassatt murió el 14 de junio de 1926. Hasta los últimos días de su vida, aun casi ciega, fue parte de la riqueza artística mundial, pues en su casa se reunían los jóvenes artistas a escuchar de sus labios conceptos sobre el arte y las nuevas tendencias de éste.

Su obra, por su devoción familiar y su concentración en la creación de colecciones norteamericanas, no fue, lamentablemente, lo extensa que pudo ser. Sin embargo, es lo suficientemente amplia como para poder calificarla, sin miedo, como uno de los grandes artistas del mundo contemporáneo. Pocos críticos se han atrevido a atacar a Mary por su falta de técnica o por su dominio artístico; siempre se la recrimina por el ángulo de su temática: la abundancia en su obra de figuras femeninas, de niños y de madres con sus criaturas. A los señores críticos se les olvida aclarar que esta falta no se la deben achacar a Mary, si no a la sociedad en la que vivió, que hada tan difícil a una mujer el acceso a modelos masculinos. De estas limitaciones, Mary Cassall, al igual que su colega Berthe Morisot, es víctima y no causa. Mujer de acción, prefirió aceptar la temática impuesta y tratarla desde un nuevo prisma, a no poder pintar por falta de modelos.

4. Frida Kahlo

«Se nos permite asistir, como en los mejores días del romanticismo alemán, a la entrada de una mujer joven, provista de todos los dones de seducción y acostumbrada a evolucionar entre hombres de genio. En ese caso se podía esperar que su espíritu fuera un lugar geométrico, en él se hacen para encontrar su solución vital, una serie de conflictos del orden de los que afectaron en su tiempo a Bettina Brentano o a Carolíne Schegel. Frida Kahlo se encuentra precisamente en ese punto de intersección entre la línea política y artística».

Así veía André Breton a esta mujer excepcional, Frida Kahlo, pintora mexicana, llamada surrealista por sus contemporáneos, amada de Diego Rivera, su esposo, y de las mujeres de éste; amada por todos los que la conocieron, por su espíritu dulce y superior, por su humanismo especial, a veces comprensivo, otras consentido, pero siempre marcado por el dolor y la enfermedad que la suerte le había deparado.

Era Frida Kahlo el encuentro de dos mundos, la América más nueva, refugio de los europeos con espíritu aventurero y la vieja Europa, cansada de dar hijos a los que casi ya no podía alimentar. Su padre, Wilhelm Kahlo, era alemán, natural de Baden Baden, de ascendencia judía. Había venido a México buscando otros horizontes y ahí conoció a Matilde Calderón, que procedía de la provincia de Oaxaca, y a su vez era hija de un español con una joven de raza india. Corría por la sangre de Frida esta mezcla que hemos mencionado: la judía, la española y la india. Todo ello no era gratuito, porque había sembrado un espíritu rebelde que encontraba caldo de cultivo en el México de la primera década de este siglo. Según algunos, Frida había nacido el 6 de julio de 1907, pero ella se complacía en decir que su nacimiento había ocurrido en 1910, año en que Emiliano Zapata, el Gran Insurrecto, se lanzaba a los campos y abogaba por una reforma agraria: También era época de

revolucionarios alocados o de bandidos pintorescos. Frida había nacido con el fuego que hacía arder las grandes haciendas y las pequeñas casas campesinas, el mismo fuego que sus antepasados mexicanos habían adorado. No podemos asegurar cuál fue el año, pero algo nos queda claro, la luz y el calor que emanaban del fuego abrasaban a Frida Kahlo, y a su lado siempre se debía tener presto un balde de agua para aplacar sus ímpetus.

Era ella tierna e irascible, había dos Fridas en su cuerpo maltratado por las enfermedades. Muy pequeña sufrió la poliomielitis, que le causó una cojera prematura, y cuando tenía dieciocho años, junto a su novio Alejandro Gómez Arias, fue víctima de un accidente.

Iba de regreso a su casa de la escuela politécnica en la cual estudiaba, en un vehículo abierto, un camión, cuando éste se cruzó con un tranvía y Frida salió volando hasta caer sobre un hierro puntiagudo en medio de la calle. Entre la confusión y la sangre, su novio la descubrió atravesada por esta especie de lanza que le hizo recordar a los indígenas huyendo de Tenochtitlán, en medio de la confusión de los hombres barbados, los gritos y las llamas. Frida resistió con valentía el dolor, fue llevada al hospital y operada por primera vez. Luego le siguieron otras operaciones. El resultado del accidente fueron cuatro vértebras rotas, todo tipo de trastornos internos que le causaron la esterilidad —el hierro le había penetrado por la espalda y le había salido por la vagina—. Pero eso no era lo peor, sino las secuelas psicológicas del accidente. Se sucedieron años de supuesta recuperación, de reposo absoluto, de invalidez y de postración que le fueron agotando la paciencia y las ganas de vivir.

Pero como todo desastre, éste tuvo su compensación, de él nació Frida Kahlo, la pintora. Sobre su cama de convaleciente el padre colocó un espejo, para que ella pudiera mirarse y entretenerse; Frida primero lloró, porque se podía observar a sí misma en todo su desastre. Era un cuerpo cubierto por una sábana hasta los hombros del que sólo sobresalía un rostro de expresión adolorida. Todo esto le despertó las ganas de dibujar y surgió el tema que marcaría toda su obra pictórica, Frida Kahlo vista a través del ojo crítico de Frida Kahlo. Al dibujo le siguió el color, ella lo necesitaba, estaba ávida de luz, era un símbolo, su vida era como una luciérnaga

palpitante que necesitaba abrirse camino, y el color era un descubrimiento. También había hecho otro, el arte ante todo necesitaba tiempo para reflexionar, para obrar, para profundizar, y ella era dueña de todo el tiempo del mundo. Hizo de su enfermedad una etapa fecunda y comenzó a leer y a pintar, esto era por ahora lo único que la ataba a la vida, luego aparecería Diego, que la ayudó a echar raíces.

En el año 1927, Frida parecía recuperada del accidente, después de largos meses de reposo vendrían otros febriles de intensa actividad, porque ella tenía energías de reserva; comienza a frecuentar los ámbitos artísticos y a mezclarse en lucha comunista. Es en una de estas reuniones en casa de Tina Modotti, que le presentan a Diego Rivera. Este franqueó la puerta con su figura imponente y todos aplaudieron, le escuchaban sus historias de París, de Londres, como embobecidos, pero Frida lo calaba y descubría que todo en él era desmesurado como su figura, grande, gordo, feo, cuando estaba sentado no sabía qué hacer con su barriga, pero tenía algo indiscutible, muy suyo: el aura del artista. Luego de la reunión comenzaron a frecuentarse y se hicieron grandes amigos. Diego iba hasta Coyoacán, le pedía opinión acerca de su pintura y la escuchaba atentamente. De estos días recuerda Frida:

> *«Fuera de las bases clásicas de ambos nuestras pinturas seguían caminos diferentes. Diego trabaja a su escala, monumental, yo, a la mía, en proporciones reducidas; él, vuelto hacia el exterior, lo social, principalmente; yo, vuelta hacia adentro, lo íntimo, lo humano».*

El 21 de agosto de 1929 se casaron. Era la unión entre una paloma y un elefante, pero Frida era feliz, en ella se produce una transformación, renegó de su atuendo de adolescente rebelde, de sus trajes de hombre, su camisa de trabajar, de pelo corto, y cambió su imagen por la de la muchacha mexicana con enaguas de puntillas, faldas largas, vestidos de colores, peinados con cintas, joyas pesadas y sobre los hombros siempre un rebozo. Quería agradar a Diego y poco a poco se volvió más mexicana que las mexicanas, sobre todo si recordamos que por sus orígenes era mitad centroeuropea y un cuarto española, que había estudiado en la escuela más reputada y elegante

de México, que hablaba con fluidez el alemán y estaba impregnada de la cultura occidental.

La pareja se mudó a la casa azul, la de los años de la niñez de Frida. Allí pintaban; tenían estudios apartes, pero allí consultaban sobre lo que estaban trabajando. Frida siempre había soñado con un hijo; salió embarazada, y como se había pronosticado, perdió la criatura.

En 1930 se trasladaron a los Estados Unidos, Diego recibió la propuesta de hacer un mural. Vivieron en New York y San Francisco durante algunos meses. Frecuentaron grandes reuniones y personajes, pero Frida extrañaba México, el olor de las tortillas de la plaza, su casa de Coyoacán. Por último se trasladan a Detroit, Frida estaba embarazada de nuevo y muy alegre. Se tomaron una serie de precauciones: reposo, cuidados, pero Diego no estaba entusiasmado. No quería ningún hijo, para él lo primero era su arte y además tenía tres hijos de mujeres anteriores.

Frida perdió el niño de nuevo. A consecuencia de su dolor, pinta *En el hospital Henry Ford*, en el que aparece tirada sobre una cama y la sangre brotando de su sexo, en la parte superior un feto, a su lado un niño y atrás unos edificios. De esta huella que deja la pérdida del bebé nace otra obra: *Frida y el aborto*: se representa a sí misma, de pie, desnuda con un collar alrededor del cuello y grandes lágrimas en las mejillas. En su vientre un feto; fuera de ella, unido por un cordón umbilical, otro feto, un varoncito más grande; brotando de su sexo, la sangre corre a borbotones a lo largo de la pierna y se infiltra en la tierra, la alimenta, hace nacer de ella raíces y la vida renace. En el cielo un gajo de nubes llora también mirando a Frida Kahlo.

El matrimonio de Frida tenía fisuras, Diego era extremadamente mujeriego y a la vez celoso. Tenía romances públicos y extensos, durante los cuales se alejaba de Frida mientras ésta permanecía en la casa azul pintando. A consecuencia de esto, ella fue totalmente fiel como amiga y compañera, pero no así en amores, necesitó también escapadas, pero no al estilo común del aburrimiento: los hijos, la familia, sino al estilo de alguien que sufre porque tiene un cuerpo enfermo y necesita ser amado, reafirmarse como ser humano porque esa era su única manera de estar realmente viva. Por estas mismas razones, se ve mezclada en la vida de León Davidovitch

Trotsky. Éste venía a hacer una escala en su largo camino de perseguido político. Era el año 1938 y Diego Rivera fue informado de que debía protegerlo. Ambos esposos acogen a Trotsky y a su compañera, Natalia, en su casa de Coyoacán. En este convivir, surge el amor de Trotsky y Frida de Rivera, entre ellos conversaban en inglés para eludir la presencia de Natalia, e intercambiaban libros en los que dejaban como olvidados, notas y cartas de amor. No puede considerarse esta relación un caso de «debilidad carnal», eran ambos dos seres acosados pero en diferentes caminos, el uno, un hombre político que esperaba cada mañana la muerte como algo natural; la otra, el blanco del sufrimiento corporal, que también vivía casi en concubinato con la muerte. Prueba de esa obsesión de Frida es uno de sus cuadros, *Pensando en la Muerte*, en el que ella aparece en un primer plano con un peinado hacia arriba, el cuello muy fino y transparente, y en el medio de la frente, por encima de las cejas, la imagen típica de la muerte. La relación de Frida y Trotsky terminó como cabía esperar, ésta podría traer consecuencias políticas. Trotsky se mudó al campo para reflexionar. Allí fue a verlo ella con intenciones de llegar a un desenlace. Quien puso punto final a la relación, es algo que no se sabe, pero Frida, como prueba de amistad, le regaló un autorretrato y le devolvió sus cartas, la dedicatoria del cuadro rezaba:

«A León Trotsky, con todo cariño dedico esta pintura el 7 de noviembre de 1937. Frida Kahlo, San Ángel, México».

Éste no fue el único desliz de Frida. En New York, con motivo de una exposición personal de veinticinco cuadros que presentó en la Julien Levi Gallery, se reunió con un fotógrafo americano que había conocido anteriormente en México y con el que se había compenetrado, porque habían descubierto que ambos tenían un origen húngaro, Nickolas Murray. Esta amistad con el tiempo se convirtió en amor, Diego ponía en peligro su relación por sus amores incesantes, pero los de Frida, a pesar de su intensidad, no anulaban su cariño por él. Sin embargo, se entregaba a ellos por entero y así sucedió con Nickolas, quien estaba al tanto de Diego. Frida no lo ocultaba, pero lo amaba como si la figura de su marido no pudiera impedir nada. Disfrutaba de la vida con su nuevo hombre, de su

inteligencia, de su sensualidad, gozaba con la imagen de mujer hermosa, original y deseable que él le devolvía.

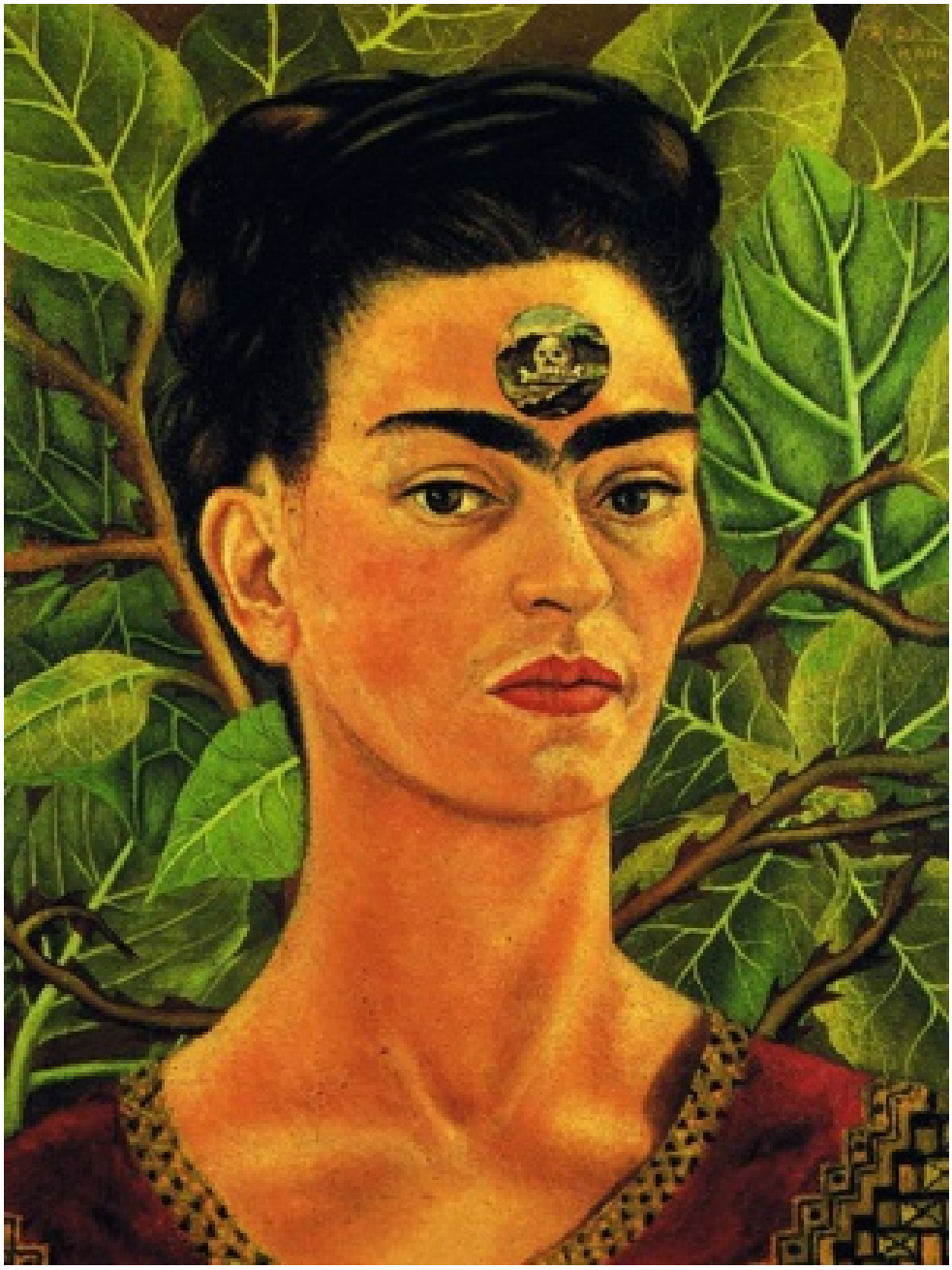
Por esa época, Frida recibe una invitación para ir a París a exponer junto a los surrealistas, en New York había pintado algunas cosas, entre ellas el cuadro que representa el suicidio de la actriz Dorothy Hale, éste había sido hecho a petición de una amiga de la muerta que pensaba regalarlo d la madre de la actriz, pero al final la mujer resultó totalmente sorprendida: Frida pintó la tragedia de la existencia de la joven, cristalizando en la tela la angustia que debió preceder a la decisión de suicidarse y el paso al acto mismo.

El viaje a París fue fructífero, a pesar de que éste se realizó en contra de su voluntad. Frida expuso sus obras junto a muestras del arte prehispánico mexicano y a algunas fotografías de Manuel Álvarez Bravo, conoció a Paul Eluard, Ives Tanguy, Max Ernst y Marcel Duchamp, por los que se sintió realmente impresionada, con este último hizo una gran amistad y vivió el tiempo que permaneció en París con él y su esposa.

Después de este viaje, Frida volvió a New York a reunirse con Nick; cuando llegó, él le dijo que iba a casarse, ella lo aceptó con dolor pero tranquila. Volvió a México, a Diego, pero la separación había sido larga, éste casi no la iba a ver, entre las pinturas y sus mujeres tenía todo su tiempo ocupado. Entonces Frida se concentró en sus cuadros y esto la salvó una vez más. Decidieron separarse y al fin se divorciaron. Frida fue a San Francisco, ya para entonces era muy conocida y sus cuadros se vendían. De esta época es *Las dos Fridas*. Sobre un fondo de cielo gris, con nubes de tormenta, hay dos Fridas sentadas mirando al espectador, una con una blusa y falda de tehuana, tiene en la mano un medallón con una fotografía de Diego de niño, la segunda, que lleva un vestido blanco de cuello alto con encajes como una novia de otro siglo, trata de detener con una pinza quirúrgica la hemorragia que brota de su corazón abierto. Pero el mal está hecho, nada consigue detener la sangre que sale del cuerpo de Frida. La característica relevante de este cuadro es que tiene unas dimensiones atípicas a la obra de Frida hasta este momento, más de un metro sesenta. Ahora su autora no podía concentrar lo que llevaba dentro, su salud también salió afectada de la separación de Diego, la espalda volvía a dolerle, pero a

pesar de todo pintaba encarnizadamente, aparecieron otras nuevas obras, *Autorretrato con mono*, *Autorretrato de pelona* y *Autorretrato con collar de espinas y colibrí*.

Finalmente, Frida y Diego volvieron a unirse, decidieron reconciliarse, pero llevarían un estilo de vida más calmado. La salud de Frida marchaba de mal en peor, se sucedían las operaciones hasta que le amputaron la pierna izquierda. Todos los amigos sentían, al igual que Frida, que se acercaba el fin, y decidieron hacerle un homenaje: una exposición retrospectiva de su obra que se presentó en la famosa galería de la fotógrafa Lola Álvarez Bravo, el 13 de abril de 1953. Frida fue trasladada al lugar en una cama, allí, una vez más, recibió el cariño de sus admiradores. En el verano de 1954 la encontraron muerta en su cama, la última frase de su diario fue «*espero alegre la salida… y espero no volver jamás*». No sabemos exactamente qué lugar le tocaría a Frida Kahlo en el próximo ciclo reencarnativo, pero sí estamos convencido de que por esta vez su misión estaba perfectamente bien cumplida.



Autorretrato de Frida Kahlo, Pensando en la muerte, (1943).

Frida nunca se traicionó, amaba las cosas llamadas por su nombre o «*pintadas en su forma original y verídica*», aunque intervinieran las fuerzas de la imaginación y el subconsciente; en este caso trabajaba a la manera surrealista, pero inconscientemente. Nadie había pintado antes la venida Al mundo de un nuevo ser, de una manera tan fiel y sentida como ella lo hizo en el cuadro *Mi nacimiento*.

Al hablar de su propia pintura, decía:

> *«El tema indispensable de mis cuadros es tan sólo el pretexto necesario para hacer poner el verdecito cerca del color-de-rosa y ver qué pasa»*.

Si por una feliz coincidencia, entre estos colores se establecía un contraste armonioso, ya era suficiente, se había realizado el milagro de la vida. Entonces su obra se convertía en la imagen de dos seres humanos que por casualidad se rozan, se tocan la punta de los dedos, y deciden unirse y engendrar. El arte, para su genio, era una aventura amorosa de luz y color.

Para que todos podamos disfrutar de su talento y de su pintura, se ha convertido en museo la casa en que nació y creció la pintora, y donde también compartió su vida con Diego Rivera, el otro gigante de la pintura mexicana. Esto se hizo con el objetivo de preservar su personalidad y obra artística, porque sus cuadros, en originales, son muchas veces desconocidos, ya que pertenecen a coleccionistas particulares y a amigos de la pintora.

Pintura de la artista mexicana, titulada «Las dos Fridas».

Capítulo 8

Mujeres famosas en música, danza, teatro y cine

1. *María Malibrán*
2. *Sarah Bernhardt*
3. *Isadora Duncan*
4. *Ana Pavlova*
5. *Greta Garbo*
6. *María Callas*
7. *Marilyn Monroe*

1. María Malibrán

«*La voz salía del sol grave de contralto para elevarse hasta el mi sobreagudo. Sus características eran la vivacidad y la precisión, la audacia en el ataque, las gamas cromáticas ascendentes y descendentes, los trinos, los saltos de octava, de duodécima y quinceava, los arpegios y los pasajes resplandecientes por gracia, potencia y coquetería*». Esta es una de las tantas valoraciones críticas sobre María Malibrán, una de las primadonnas más célebres de la historia de la música.

María Felicia nació, el 24 de marzo de 1808, si no en cuna de oro, en cuna de música, arrullada por voces consagradas al *bel canto*. Su padre, Manuel García, era un célebre tenor sevillano que se trasladó a París en 1807, en compañía de su esposa Joaquina Sitches, quien como soprano de cierta notoriedad, adoptó el seudónimo de Briones, y un hijo, Manuel, que también alcanzaría fama como cantante y profesor. En París les llegó María Felicia, destinada a condensar en ella todo el talento de sus progenitores, y más.

Pronto descubrió Manuel Carda el tesoro encerrado en la garganta de la pequeña María, y en medio de la ambulante vida que llevaban entre París, ciudades italianas y Londres, encontró tiempo para dedicarse a educar con toda meticulosidad la voz de María. Era un profesor en extremo exigente, que a la hora de ser severo y exigir esfuerzos y sacrificios, no veía ante sus ojos a una niña, sino a la futura diva.

A los cuatro años subió María por primera vez al escenario, sustituyendo a un cantante que interpretaba el papel del niño en la ópera *Agnese* de Ferdinando Paër, para lo cual tuvo que aprenderse de ahora para luego la partitura; es decir, a sus dotes naturales unía una muy viva y precoz inteligencia.

La educación de María no se limitó a la música; pintaba con técnica y buen gusto, era una excelente amazona y practicaba con acierto la esgrima; además dominaba a la perfección el español, el italiano, el francés, el inglés y el alemán. Todo muy bien calculado, el único inconveniente para María fue que con el ambicioso plan de estudios impuesto por su padre, no pudo disfrutar de su infancia. El trabajo también, poco a poco, fue haciéndose disciplinario, y la presión aumentó cuando su padre le propuso al Park Theatre de New York llevarle, con su compañía, la ópera italiana, que aún allí era desconocida. En el otoño de 1825 embarca Manuel Carda con su compañía, la cual estaba compuesta por su familia y algunos cantantes de aceptable calidad contratados para la ocasión. New York entonces estaba en pleno desarrollo y el trabajo y los negocios eran florecientes. La Compañía Carda tuvo éxito y enormes ganancias, pero María, con dieciocho años, no soñaba con la fama ni la deslumbraba el dinero. La joven sentía la necesidad de un hogar tranquilo, de conocer el amor, de poner fin al interminable peregrinaje que siempre había sido su vida.

Bajo este estado de ánimo conoce al francés, naturalizado americano, Francisco Eugenio Luis Malibrán, veinticinco años mayor que ella. El pretendiente se presentó como un banquero al que si algo no lo desvelaría nunca serían las preocupaciones económicas, de honorabilidad íntegra y de costumbres reposadas. El caballero turbaba con delicadas atenciones a la señora Joaquina y a su inexperta hija; el padre inicialmente se opuso, pero fue vencido por la insistencia de las dos mujeres. Dio a su hija una generosísima dote y el matrimonio se efectuó fastuosamente el 23 de marzo de 1826.

Parecía que María había encontrado el remanso de paz que tanto deseó. El viaje de bodas lo hicieron a las Cataratas del Niágara, pero a la vuelta su castillo se derrumba, el espejismo se esfuma: el presunto millonario lo único que tenía era deudas y una banda de acreedores, que no lo mandaron a la cárcel a la espera de cobrarle cuando entrara en posesión del dinero de María. Lo que sentiría la muchacha es perfectamente imaginable.

Ahora a María Malibrán sólo le quedaba un camino, y para ello se había preparado durante toda su vida: el canto, era la única forma de recaudar algún dinero y poner el mar de por medio. Reunió lo preciso y en octubre

de 1827 zarpó hacia Francia; del esposo le quedaba la infinita decepción y el apellido con que se haría famosa.

En París se entrega por completo al canto, vuelven los tiempos del constante sacrificio, del estudio y el trabajo cotidiano. Una noche se presenta en una velada en homenaje al viejo tenor Galli, el público es nutrido y selecto, y el éxito de la Malibrán es rotundo. No demora en ofrecérsele un excelente contrato para la temporada del Teatro Italiano. Tiene veinte años y para todo París es la *prima donna* indiscutible, su fama cruza las fronteras y toda Europa participa de la admiración por la extraordinaria cantante.

Además del amor a su arte, que la impulsa a ser mejor cada día, tiene también otro estímulo que le da fuerzas para conquistar el mundo. Pasado un año de su arribo a París, conoce a un violinista belga que puede decirse que la *flechó*, y a su consagración al canto sumó su consagración a Carlos de Beriot, seis años mayor que ella, de familia rica y distinguida, y magnífico violinista. Y aunque se casarán, como era común en muchas parejas *uno querrá y el otro se dejará querer*, en este caso Carlos se abandonará a la pasión de María.

En 1832 van a Milán, sólo a saludar a un buen amigo, pero Italia se convierte en el centro de la vida artística de María. El ritmo de trabajo que desarrolla es frenético, las jornadas de actividades se enlazan unas con otras y la celebridad de la Malibrán es proporcional a sus esfuerzos. Su repertorio, principalmente de Rossini, se ha enriquecido con las obras de Vincenzo Bellini, de las cuales será la más famosa intérprete. En 1832 se la puede encontrar en Roma, Nápoles y Bolonia. En la primavera de 1833 está en Inglaterra. Poco después verá un sueño cumplido al ser contratada por la Scala de Milán: ciento ochenta y cinco representaciones entre el otoño de 1835 y el de 1837, así que además du significar el máximo reconocimiento a su talento, el fabuloso sueldo que percibirá por el contrato le garantiza su economía.

Pero la Malibrán no se limita a la Scala, sigue recorriendo los escenarios europeos, excepto los de España, donde nunca llegó a cantar. A su vuelta a Milán recibe la noticia de la muerte, ocurrida el 23 de septiembre de 1835, de Vincenzo Bellini. Al conocer la triste nueva, escribe a un amigo común: «*Siento que no tardaré mucho en seguirlo*». María cierra una temporada de presentaciones en la Scala de Milán con una velada en honor al maestro Bellini.

Por fin está libre, le ha llegado la sentencia de anulación de matrimonio y el 29 de marzo de 1836 se casa con Carlos en París. Se toman unas vacaciones en Bélgica y luego en Londres, donde una mañana de julio sale a cabalgar con un grupo de amigos, pero el caballo que monta se espanta y a la joven no le es posible detenerlo en su loca carrera; trata entonces de colgarse de una rama al pasar bajo un árbol, pero no lo logra y queda colgando del estribo por un pie mientras es arrastrada por el caballo una buena distancia. Alguien pudo detener al animal y María consigue levantarse; no quiere ver médicos y sólo toma algo para los dolores. Esa misma noche se presenta a escena en el Drury Lane, y allí trabajará hasta el

23 de julio. Pero se siente enferma: jaquecas, falta de fuerzas, insomnio, dolores en todo el cuerpo y cada día pierde más peso. Se va a descansar a Bélgica, a su casa de Ixelles, visita Lieja y Aquisgrán, donde recibe los honores militares de la guardia personal del rey de Prusia. Luego descansa unos días en Francia, pero un compromiso hace que deje el reposo. Es el festival anual del *bel canto* que se celebra en Manchester y al que asisten las más grandes voces de Europa. Sale para Inglaterra y se presenta en la velada inaugural del festival; a la mañana siguiente participa en un concierto, y por la noche de nuevo al escenario. En la noche del 14 de septiembre, el público le pide que repita lo último que ha cantado; ella accede, pero sus fuerzas ceden y se desmaya en el escenario.

Sobrevive nueve días, y el 23 de septiembre de 1836, al año exactamente de la muerte de Bellini, fallece la Malibrán. Las causas fueron producidas por la caída del caballo y, lamentablemente, esperaba un hijo al morir. Tenía veintiocho años, belleza, fama, amor y dinero, estaba en plena gloria, y así pasó a la historia de la música, con sus lauros casi recién estrenados.

2. Sarah Bernhardt

En todas las épocas, han existido un puñado de artistas que han marcado pautas y han cautivado al público Salvo escasas excepciones, han estado mejor dotados naturalmente que sus colegas, y han tenido el tipo de personalidad que va más allá de las candilejas, y que hace que las masas derriben las puertas del teatro para asistir a sus actuaciones. De alguna manera —y ahí reside el misterio— logran transmitir emociones que otros no consiguen, y lo que es más importante para su gloria, convencen al público y lo arrastran hasta el delirio.

Una entre estos elegidos, sin duda alguna fue Sarah Bernhardt, considerada la mejor actriz de todos los tiempos. Ella fue un carácter excepcional en todos los aspectos, no convencional hasta la excentricidad. Estuvo siempre adelantada en cuanto a las actitudes sociales e intelectuales de su poca; creativa hasta el punto de extender su arte a la pintura y escultura; sin edad en el sentido de que podía interpretar a un joven cuando tenía 56 años, y atraer amantes mucho más jóvenes que ella, cuando rondaba los 60. Desde la *Comuna de París* en 1870, a través de la *belle époque*, y hasta los años 20, tuvo siempre temporadas de éxitos rotundos en los dos continentes, no alcanzados ni antes ni después por actriz alguna. De la artista formada a sí misma, la estrella con mayúsculas, Sarah lo tuvo todo, pues fue manejada por energías que la hicieron grandiosa en su talento, agudeza e ingenio.

El 12 de octubre de 1844 nace en París. Aunque su familia era judía, originaria de Holanda, es bautizada y educada como católica en el monasterio de Grands Champs de Versalles, donde es internada por su madre. Allí alterna crisis místicas con ataques de furia de los cuales sus compañeras eran objetos. En el convento debuta como actriz, representando a un ángel de la guarda; y en 1858, ingresa en el Conservatorio de París, siendo sus maestros Prevost y Samson; a los quince años, en 1859, es

invitada a una representación, y en cuanto el escenario se ofreció ante sus ojos, en cuanto los actores pronunciaron los primeros versos, la niña-mujer tuvo la abrumadora certeza de que su destino estaba allí, de que el lugar de su existencia serían aquellas tablas, y más que un presentimiento, lo sintió como una realidad. En aquel momento no decidió ser actriz: descubrió que lo era.

Su debut profesional, en 1862, es gris, y las obras que hace en la Comedia Francesa, como «Ifigenia en Áulida», de Racine, no tienen éxito. Tampoco se hace notar en otros intentos teatrales, y decide hacer un viaje a España. A su vuelta, tiene un hijo, Mauricio, fruto de su relación con el príncipe de Ligne, un amigo de su madre. Esto contribuye a que decida reanudar su profesión, y logra con dificultad introducirse en el elenco de una comedia en el teatro de la Puerta de San Martín, pero luego se le facilita actuar en el Odeón. Entre 1867 y 1870 no cesa de hacer teatro («El rey Lear», «Ruy Bias», «Athalie») y comienza a imponerse. Ya es aplaudida, y se habla de su dicción irreprochable y el hermoso timbre de su voz; y en 1870, durante la guerra, se dedica exclusivamente a asistir a los heridos. En 1872 es contratada por la Comedia Francesa en calidad estelar, y su carrera, de ahí en adelante, se desliza vertiginosamente. Vienen los éxitos de «Mademoiselle de la Siegliére», «Dalila», «Británico», «Gabrielle», «La esfinge», «La extranjera», «Zaire» y «Andrómaca». «Fedra», en 1874, la consagra como la primera trágica francesa, y desde entonces se le llama *la voix d'or* (la voz de oro). Se dedica a la literatura, a la pintura y a la escultura, simultáneamente con su trabajo de actriz. En 1879 hace una gira triunfal por Inglaterra, llevando el desorden al barrio de Chester Square, donde vive durante su estancia en Londres: su fauna personal comprende un joven leopardo, un lobo blanco, 16 camaleones, 12 perros de razas diversas y una pajarera. A su regreso, renueva su gloria con «Hernani», «Le Passant», de Coopée, «Lorenzaccio» de Alfred de Musset, «Hamlet» de Shakespeare, y «Adriana Lecouvreur».

Forma una compañía por su cuenta en 1880, regresa a Londres, y de ahí embarca por primera vez a Norteamérica donde obtiene éxitos y ganancias considerables. Para su regreso a la patria, Sarah cuenta con un as en la manga: «La dama de las camelias» de Dumas, hijo. Está madura para un

matrimonio-capricho, y el 4 de abril de 1882, se casa en Londres a los 38 años con Arístides Damala, su Duval preferido, de sólo 28. Se trata de un bello y mujeriego exoficial griego, que se siente atraído por el teatro y vive de las mujeres después de haber dilapidado la fortuna paterna, Tras pocos meses de matrimonio, se separan; pero años más tarde, Sarah dará pruebas de generosidad al acogerlo, siendo un drogadicto crónico, para permitirle actuar junto a ella, Vuelve a París ebria de triunfo, y obtiene en el Vaudeville gran aceptación con «Fedora», de Sardou; «Nana Sahib» y «Macbeth». 1883 es el año de su escandalosa rivalidad con Marie Colombier; y el 26 de diciembre de 1884, justo un año después, obtiene un estruendoso éxito con «Teodora», y un crítico que dice entusiasmado:

«Sarah no es un ser, sino un conjunto de seres. Podría meterse en un convento, inocularse la rabia, descubrir el Polo, asesinar a un rey, casarse con un emperador negro, y no causaría sorpresas».

La Bernhardt no cesa de hacer giras por Europa y América, ganando muchísimo dinero; pero sus extravagancias y su mala administración, la arruinan. Los años desfilan veloces para Sarah, que se niega a envejecer. Hace «Cleopatra», «Tosca» y, en 1888, pone en escena un trabajo suyo, «La abeja», que, según la crítica, era un gran guiñol. En 1893 estrena «Juana de Arco», y en años sucesivos, «Magda» de Sudermann, y «El anfitrión», de Molière. 1898 es el año de «La ciudad muerta» de D'Annunzio, y el nuevo siglo la sorprende dirigiendo su propio teatro. Sarah alquila el Théâtre des Nations, que transformó y rebautizó orgullosamente con su nombre —el cual fue depurado— adoptando el antiguo nombre, bajo la ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial, a causa de los orígenes hebreos de la artista. Allí interpretó, desde 1899 hasta 1915, cuarenta roles diferentes, veinticinco de los cuales fueron estrenos.

Rostand le escribe «El aguilucho», que estrena en 1900, y para el cual la actriz, ya cincuentenaria, debe someterse a ingratos tratamientos de belleza para poder representar, de forma congruente, el papel de hijo de Napoleón. Cada vez pasa más tiempo en su ataúd, que conserva con ella desde joven, y que le sirve para dormir, pensar, concentrarse, estudiar sus papeles y evitar compartir el lecho con su amante de turno si no lo desea. Los escándalos de

Sarah siguen alimentando a París, y es por esta época que tiene una reyerta con una de sus actrices, a la que golpea con un látigo, y se bate con ella a florete. Estrena «Francesca de Rímini», de Gabriel D'Annunzio, en 1902; en 1907 obtiene la cátedra de declamación en el Conservatorio; en 1910 publica sus Memorias; y en 1912 celebra su jubileo de actriz.

En 1914, después de «La Reina Isabel», y «Jeanne Dorée» de Tristán Bernard, sufre un accidente y tienen que amputarle una pierna, pero sigue trabajando en papeles adecuados a la situación. En 1915 realiza sendas giras por Inglaterra y Estados Unidos; es una especie de embajadora de Francia. Crea «Daniel» en 1920; «La gloria» en 1921; «Regine Armand» en 1922. Hace una gira por Italia, y al regreso, preparando una obra de Sacha Guitry, con quien había filmado «La vidente», cae enferma, y muere el 26 de marzo de 1923. Se calcula que un millón de parisienses la acompañaron al cementerio de Pére Lachaise.

Amante de los animales, tenía con ella a la hora de su vejez, un chimpancé que abría y cerraba las ventanas, si se lo mandaba su dueña. Adoraba las joyas, e incluso las usaba auténticas en sus numerosas obras, diseñadas especialmente para cada personaje. En sus Memorias, ofrece un decálogo para mantenerse joven, que no expresa otra cosa que su filosofía de vivir:

1. *Ten un interés capital por la vida.*
2. *Ten otros intereses menores que te impidan ser parcial.*
3. *Concentra todos tus pensamientos en lo que tú consideras esencial.*
4. *Interésate, momentáneamente, por todos los acontecimientos, pero sin exagerar.*
5. *Come cuanto te apetezca y te plazca, pero no todo cuanto puedas.*
6. *Bebe mucha agua y muchos zumos de frutas.*
7. *Duerme donde y cuando te sientas cansada.*
8. *Varias veces al día tómate algunos minutos de descanso, que estos pequeños reposos prolongarán tu vida.*
9. *Busca tu vocación.*
10. *Considera el trabajo como un placer, y no como un castigo.*

3. Isadora Duncan

Con los pies descalzos, una túnica transparente y una danza que quiso revivir los mitos de la antigua Grecia, se lanzó a la conquista de la fama Isadora Duncan.

En el momento que viene al mundo Isadora, 27 de mayo de 1868, su hogar está atravesando por una difícil situación: el padre, Charles, los ha abandonado en San Francisco y se ha marchado a Los Ángeles. La señora Dora Gray queda sola con sus cuatro hijos, un piano y mucha voluntad para salir adelante dando lecciones de piano. Ante el hambre y el frío se consuelan con buena música y la pequeñita Isadora aprende a mover el cuerpo antes de saber caminar. Cuando alcanza la adolescencia ingresa en una academia de danza, pero choca con los métodos rígidos de enseñanza que le impiden desarrollar su inspiración y creatividad, por lo tanto no lo piensa mucho y luego de unas cuantas clases, no asisto más. Se propone entonces crear su propia escuela, y para ello cuenta con un grupo de excompañeras de clase a las que les ha contagiado su entusiasmo por el baile libre de las mordazas académicas, en el cual los movimientos sean espontáneos y expresen el sentimiento y poesía de la música. En 1892 abre su escuela.

Como todo lo nuevo, su danza es mirada con reserva y en San Francisco nadie le ofrece la oportunidad de pisar las tablas. Pero el mundo es ancho, lo que se necesita es decisión y valor; y estas cualidades sobran en la familia, así que con el apoyo de su madre, Dora Gray, se van todos a New York. En 1895 obtiene su primer contrato en un modesto café concierto, *Masonic Temple Roof Garden*, donde cada tarde ofrece su arte bajo el seudónimo de O'Gorman. Al poco tiempo llega a la ciudad una compañía

que representa obras de Shakespeare y se le ofrece a Isadora un pequeño papel en una pantomima. Con este grupo estará de gira todo un año por diferentes ciudades, pero entre el cuerpo de baile de la compañía y algunas escasas participaciones como solista, no logra que se destaque su novedoso estilo. Regresa a New York donde la espera su familia, y reanuda las clases en su escuela de danza, a la vez que va estableciendo contactos con el ambiente artístico de la ciudad. Es un reducido círculo que se ha interesado en su arte, y la invitan a brindarlo en algunas fiestas particulares donde ella percibe que los artistas son tratados como criados distinguidos, y esta conclusión la decide a hacerse de una cultura por cuenta propia. Comienza a estudiar acerca de las diferentes artes y a leer con avidez, pero sin método ni organización.

No ha logrado aún ni la más mínima notoriedad, New York no le ha ofrecido la gran oportunidad que soñó. La familia está sin dinero pero rica en optimismo, así que con la esperanza como equipaje se dirigen a Europa. En 1899 embarcan en el Calcuta, buque de vapor destinado al transporte de ganado en el que la travesía no fue nada agradable. Llegan a Inglaterra sin nadie que les tienda una mano, pasan hambre y duermen a la intemperie, pero todas las miserias las olvidan al entrar a los museos y a las galerías desbordantes de obras de arte. No obstante, empieza a abrirse paso, y da a conocer su danza en círculos intelectuales y entre el ambiente mundano. Visita París y tiene buena acogida entre la bohemia parisina, pero los empresarios y directores la desconocen. Por fin, en 1902, el teatro Sarah Bernhardt le abre sus puertas, es la oportunidad tan esperada. Pero tampoco en ésta la ocasión, lamentablemente a la hora de salir a escena la orquesta no aparece por ningún lado, y se descubre que el empresario ha huido con la recaudación. Trata de salvar la situación pidiendo a algún pianista que se encuentre en el público que la acompañe; baila por fin, pero como primera presentación en teatro fue un fracaso.

En cuanto a amilanarse Isadora, ni pensarlo. Era joven y podía esperar otra oportunidad. Ésta se le presenta a través de la bailarina Loie Fuller, con la que entabla amistad. Van a Viena y bailan juntas en la Künstlerhaus, ante un público de artistas. El éxito es rotundo y de ahí sale con un contrato para una gira por Hungría. Es el año 1903, y del brazo del triunfo le llega el

amor. Oscar Beregi, actor húngaro, es su primera gran pasión, ya luego las pasiones se sucederán hasta el fin de sus días.

El tren de trabajo de la Duncan, ya célebre, no le permite mantener la relación con Beregi. Recorre Hungría, pasa brevemente por Florencia y de ahí a Alemania. Parte para Atenas donde sueña establecerse definitivamente y dar nueva vida con su danza al culto de los dioses paganos de la antigua Grecia; con esta idea invierte todo su dinero en la construcción de una casa en Kopanós, concebida dentro del estilo clásico. Alemania le extiende sus contratos y las más importantes capitales europeas se disputan sus actuaciones, el público la aclama y la crítica la colma de elogios. En Beirut es huésped de Cósima Wagner. Desde Rusia le llegan peticiones de sus principales ciudades, sus más afamados bailarines, directores y pintores quieren verla. Y en su viaje por Dinamarca y Suecia encuentra un nuevo amor.

Cardan Craig, hijo de una actriz inglesa, es también actor, director, escenógrafo, escritor y muy apuesto. Se enamoró de la Duncan, dejó a su esposa y cinco hijos, y se fueron a vivir a un pequeño estudio sin amueblar, donde regaron el suelo de pétalos de rosas artificiales. Van para Italia con Eleonora Duse, que ha contratado a Craig como escenógrafo de su próxima presentación en Florencia. A la pareja le nació una niña en 1906, la llaman Deirdre, pero la relación está muy deteriorada. Craig es extremadamente celoso y quiere que Isadora abandone su carrera. Él ha dejado de trabajar con la Duse y no tiene empleo estable; están, por tanto, sin dinero. La situación se resolvería si Isadora volviera a bailar, pero los meses de embarazo le han restado agilidad y necesita varios meses de entrenamiento. El público no la ha olvidado y los contratos no le faltan. Una nueva gira por Europa será suficiente para dejar atrás a Craig, y ella se va.

En 1907 retorna su antiguo sueño de fundar una escuela de baile, pero no tiene los suficientes recursos. Era una pésima administradora de su dinero, con la misma facilidad que lo ganaba —le pagaban fabulosas sumas en sus presentaciones— lo gastaba, contrayendo incluso deudas; por el momento el proyecto quedaba aplazado. En su lugar acepta la proposición del empresario Charles Frohmman para presentarse en Estados Unidos. Recibe la admiración de artistas e intelectuales, pero la acogida del público

no fue favorable, como tampoco la de la crítica y la de los sectores religiosos que calificaron de escandalosas e inmorales sus danzas. Para acallar juicios tan denigrantes, se vale del voto del presiden te Teodoro Roosevelt, quien, después de presenciar una de sus actuaciones, opinó: «*Me parece tan inocente como un niño jugando en un jardín*». Conquista también a Walter Damrochs, pianista que la acompaña en una de sus actuaciones y de quien pasajeramente se enamora. Vuelve a Europa, no ya cargada de esperanzas sino de un triunfo difícil de conquistar, el de su propio país.

En París, además de nuevos éxitos profesionales, la esperaba otro amor, también en un guapo joven pues tenía buen gusto la Duncan. Éste era Singer, el mismo de las máquinas de coser, y ella lo llamará Lohengrin, como el héroe wagneriano. Será él quien torne realidad su proyecto de la academia de danza. Permanece casi todo el tiempo en París, y fruto de este amor es Patrick, su primer varón. Se presenta sólo en funciones muy selectas y da clases en su academia. Para mantener una vida tranquila y armoniosa sería pedirle mucho a una mujer de su temperamento. Singer resultó algo tiránico y muy celoso, aunque respecto a lo último no sin motivos, tanto es así que una mañana la encuentra en los brazos del dramaturgo Henri Bataílle y tras una violenta escena, rompen: él se va a Egipto y ella regresa al escenario. Va en 1913 a Rusia y vuelve a los teatros de París. El enamorado millonario regresa y se reconcilian, al menos no estará sola en la tragedia que se le avecina.

El 19 de abril será una fecha fatídica para Isadora. Aquella tarde sus dos hijos, Deirdre y Patrick, mueren ahogados en el Sena. Fue un periodo de profunda pena que casi la hunde en la demencia. Una vez que trata de reincorporarse a la vida, lo primero que ve de París son grandes vallas publicitarias con la imagen de su hijo Patrick anunciando un jabón para niños. Ni con el dinero de Singer consiguen que retiren los anuncios. Resuelve irse de París, recorre Albania, Grecia, Turquía, Suiza e Italia, donde le da abrigo Eleonora Duse. Recae nuevamente en una infinita tristeza y busca evasión en el alcohol y los narcóticos. Eleonora la ayuda a salir poco a poco de su crisis emocional ya buscar refugio en su trabajo. También el músico Hener Skene, que la había acompañado en su último

viaje a Rusia, se reunió con ella en Italia y la ayudó en su propósito de recuperación, y para empezar el acercamiento a sus actividades, vive un breve romance con un joven escultor italiano que encontró en la playa.

Un telegrama de Singer la arranca de Italia: le acaba de comprar el Grand Hotel Bellevue para que reabra su academia de danza y ya le tiene un grupo de alumnas. Llega a París con gran entusiasmo y, además, embarazada, posiblemente del escultor italiano; el niño nace el 1 de julio de 1914 para vivir sólo algunas horas.

Ha estallado la guerra. Isadora dona al gobierno francés el Bellevue para que lo conviertan en hospital y embarca a sus alumnas para Estados Unidos. Singer no se ha separado de ella y ha corrido con todos los gastos. Llega a New York en 1915 y baila en el Metropolitan una danza inspirada en el himno nacional francés. Pero a nadie interesó la Marsellesa ni lo que ocurría en Europa; Isadora recoge a sus alumnas y pone rumbo a Nápoles, y de ahí pasa a Grecia para ver su casa de Kopanós, aún a medio construir y lo construido casi en ruinas.

Su academia, que se ha convertido en ambulante, le resulta incosteable y una gira, en 1916, la sacará de apuros. Esta vez es por América, acompañada del pianista Mauricio Dumesnil. En un momento dado tiene que hacer un alto en el trabajo y guardar reposo, para ello Singer le costea seis semanas en Cuba. Luego de este paréntesis, sigue sus presentaciones y entabla nuevas amistades que exacerban los celos de Singer, una vez más rompen.

Terminado el contrato vuelve a París, y como es habitual, se queda sin dinero. Trabaja en el vestíbulo de un teatro como mensajera de la actriz Rejane, y aquí se enamora del músico Walter Rummel. La guerra toca a su fin y parte para Grecia con su nuevo amante y algunas de sus discípulas. Su objetivo es establecerse en Kopanós, pero el músico le paga con la misma moneda con que ella le ha pagado a Singer: Se enamora de una alumna y la abandona. Regresa destruida a Francia, busca refugio una vez más en la bebida y cada día le va resultando más difícil bailar.

En 1921 recibe una invitación del gobierno soviético y la proposición de ir a dirigir una academia de baile. Con renovados bríos compone danzas inspiradas en la joven revolución y en sus himnos, pero sus innovaciones no

son asimiladas por el gusto ruso, tan aferrado al *ballet* clásico, Pero el escaso éxito profesional se ve compensado con el amor de un bello joven. Conoce en Leningrado al célebre poeta Sergio Aleksandrovic Esenin, diecisiete años menor que ella y ansioso de conocer Europa y Estados Unidos. Para hacer el viaje sin inconvenientes legales deciden casarse.

Viajaron por Alemania, Bélgica, Francia y Estados Unidos. La relación fue un total fracaso, el joven bebe sin medida y tiene un carácter muy violento y agresivo, llega incluso a decirle a Isadora que tiene idea de matarla. En 1923 están de regreso en París y poco después el poeta ruso es expulsado por las autoridades francesas, aquí termina su aventura con Esenin. En 1925 Isadora recibe la noticia de que se ha suicidado. También en ella se hace sentir el paso del tiempo y su desenfrenada vida. Su estrella está eclipsada y su cuerpo, ya demasiado gordo, no se presta para exhibiciones. Nadie se acuerda de sus aportes a la danza, y desencantada, avejentada y sin dinero, hace su última presentación en el teatro Mogador de París en 1927, sería su postrer fracaso profesional. Nunca más volvería a bailar.

De Niza, un editor le pide sus memorias y allá se traslada. En 1927 intenta una nueva aventura amorosa con un joven automovilista que encuentra en un restaurante. Conoce que el muchacho está interesado en vender su auto, un Bugatti rojo, y trata de llegar a él con el pretexto de estar interesada en la compra del auto. A todas estas, no tiene ni para pagar su hospedaje y recurre a Singer para que le haga un préstamo. El millonario, de momento, trata de evitar el encuentro, pero finalmente accede a concurrir a una cita. Pero lamentablemente, en el momento que Singer llega a la habitación, Isadora está conversando con Falchetto, ella trata de explicarle el mal entendido, pero Singer le volvió la espalda sin escucharla. Entonces ella le pide al confundido joven que vuelva más tarde con el auto.

Isadora lo esperó en el café situado frente a su hotel, estaba vestida de blanco y con un largo chal de seda rosa pintado a mano. Cuando llega Falchetto ella sube al auto, que lentamente se pone en marcha, pero el chal, en lugar de flotar al viento, se enredó en la rueda y al aumentar la velocidad se tensó la seda y lanzó a Isadora por tierra, semiestrangulada. Con el cráneo destrozado, aunque aún con vida, la trasladan al hospital, pero todo

fue inútil, muere aquella tarde de septiembre de 1927, después de haber marcado un hito en la historia de la danza.

4. Ana Pavlova

Una de las figuras artísticas que más rápido se ha deslizado hacia el reino de la leyenda, ha sido, sin ninguna duda, la bailarina rusa Ana Pavlova. Vino al mundo en la antigua capital imperial de San Petersburgo —hoy Leningrado—, el 31 de enero de 1881. Y según Helen Lieber, que fue su costurera principal durante muchos años, «*nació sietemesina, pero, a pesar de la creencia general de que éstos son débiles, Ana fue siempre fuerte*». Desde muy pequeña mostró predilección por la danza, y a los diez años ingresa en la escuela de *ballet* del Teatro Imperial Marinski, donde estudia por siete años consecutivos —uno de sus maestros fue el célebre Enrico Cecchetti—, luego de los cuales comienza su etapa profesional como miembro del cuerpo de baile del mismo teatro; un tiempo después es nombrada solista de la compañía, pues su talento excepcional atrajo enseguida la atención de todos.

Comienza a viajar como primera bailarina, y el público empieza a conocer de su carisma, su notoria individualidad. Presentaba a vastos auditorios, transidos de entusiasmo, una *Giselle* sencilla y sublime; versiones abreviadas de grandes *ballets* y obras clásicas, y sus propias danzas inimitables en las que transformaba lo cotidiano en algo milagroso. Aparte de los poemas conmovedores en que se convertían sus monólogos dramáticos, como *El vals triste*, *La libélula*, *La rosa moribunda* y tantos otros, Pavlova era absolutamente incomparable en los momentos de más pura alegría. El genial coreógrafo Fokine consideraba que esto era lo que daba, más que todo, la exacta dimensión de su grandeza, porque opinaba que «*la alegría sin trivialidad es el más difícil, de entre todos los estados de ánimo, de expresar mediante la acción*».

Otras de sus creaciones famosas, la Gavota, con música de Lincke, y la *Navidad*, compuesta por Tchaikovski, eran obras que, si las hubiese ejecutado otra artista, podrían haber descendido a una vulgar mediocridad;

sin embargo, bailadas por ella, dejaban en el espectador una impresión de divina ligereza, no ya meramente del cuerpo, sino del espíritu. ¿Quién, en el famoso *pas de deux de Don Quijote*, que con tanta frecuencia se interpreta con una técnica fría y mecánica, ha mostrado jamás tan chispeante ingenio, tanta pasión, como la Pavlova? Su impresionante *Bacanal* fue más genuinamente helenística que todos los intentos posteriores de evocación de antiguos ritos. La atmósfera del Partenón flotaba, realmente, allí donde Pavlova la bailara…

Cuando comenzó a interpretar danzas típicas y regionales de distintos países, resultó una exaltación estilizada y triunfante de los originales. *Los frescos de Ajanta* hicieron renacer la danza hindú, ya moribunda en su país de origen, Aunque el punto cumbre de su carrera fue su fantástica creación de *La muerte del cisne*.

Este brevísimo solo coreográfico —únicamente dura diez minutos— fue estrenado en el Teatro del Círculo de la Nobleza, en 1905, cuando la Pavlova contaba con sólo 24 años; y se reestrenó el 22 de diciembre de 1907 en el teatro Marinski, salas de San Petersburgo ambas. Fue concebido por Michel Fokine para ella, sobre la base de un trozo musical del *Carnaval de los Animales*, del compositor francés Camille Saint-Saens: *El cisne*. Ana adoraba a los cisnes, y este detalle inspiró al coreógrafo Fokine-años más tarde, la Pavlova demostraría su devoción por estos animales, llenando de ellos el estanque de su casa de Londres, amén de quinientos pájaros exóticos, adquiridos en Brasil, África y Australia, que poblaban los jardines de su quinta en Goldens Green— para crear la pieza que caracterizó, posterior y regularmente, a esta gran artista hasta su muerte.

Ana lo representó miles de veces durante toda su carrera, convirtiéndose en el símbolo de su personalidad y de su arte. Después de ella y hasta nuestros días, ha sido bailado por las más importantes bailarinas de todo el mundo, siendo la soviética Maia Plisetskaia y la argentina Liliana Belfiore, las que han creado las versiones actuales más particulares. El tema del *ballet* es simple: un cisne moribundo que aparece y tras algunas dolorosas evoluciones, cae vencido y muere. Sencillísimo en cuanto a sustancia coreográfica, ajeno a todo virtuosismo, requiere, sin embargo, una técnica académica impecable, por el perfecto acabado de cada mínimo movimiento,

y la capacidad de expresar la tensión emotiva de los estertores del ave herida.

La bailarina entra en la escena vacía y a oscuras, seguida por un solo haz de luz, desplazándose casi en vuelo rasante y sugiriendo el movimiento de grandes alas. Es la criatura de pura y frágil belleza destinada a la muerte; su breve aparición pronto está marcada por el dolor, culmina en el espasmo desesperado de un movimiento de inútil rebelión, y se entrega al fin a la Parca con doliente resignación, sacudida apenas por un último temblor. Fokine creó una obra maestra, y Pavlova lo expresó magistralmente.

Es por esta época que la Pavlova conoce y comienza su colaboración con Serge Diaghilev, empresario que había creado los Ballets Rusos, revolucionando la estética coreográfica de aquel entonces, debido a que amalgamaba en sus obras cuanto talento renovador iba surgiendo. Recordemos que entre las personalidades geniales que se integraron a esta compañía, se encontraban el bailarín Vaslav Nijinski, el compositor Igor Stravinski y el pintor Pablo Picasso, entre otros; y por supuesto, la Pavlova. El 2 de junio de 1909, otro momento memorable se inscribe en la historia del *ballet* y de Ana: el estreno en el Théatre du Chatelet, de París, de *Las Sílfides*. Utilizando preludios, mazurkas y nocturnos de Federico Chopin, orquestados por músicos como Stravinski y Liadov, el maestro Fokine creó la mágica atmósfera necesaria para enmarcar la danza de dos genios como Nijinski y Pavlova, con la ayuda de los diseños de escenografía y vestuario de Alexandre Benois.

Este *ballet* romántico, carente de trama, presenta a las sílfides, ninfas del aire, en un claro del bosque una noche de luna, danzando con un poeta melancólico que busca un ideal. Esta obra constituyó uno de los grandes éxitos de la Pavlova y de la primera etapa de los Ballets Rusos, y aún hoy se mantiene en los repertorios de las mejores compañías del mundo. En 1910, la Pavlova abandona a Diaghilev para proseguir sus actuaciones por todas partes con el nuevo conjunto que había formado.

En 1911, Ana sale definitivamente de Rusia. Se establece Londres, y su primera actuación allí, en el Covent Garden y en presencia de la Reina y de su corte, constituye un rotundo triunfo, a pesar de que momentos antes de salir a escena tuvo un fuerte ataque de nervios. Cuando estalló la guerra

entre Rusia y Alemania, Ana y su grupo estaban en Berlín, y al finalizar una función, dos edecanes condujeron a la Pavlova al palco del Káiser para que lo saludara. Sin dar tiempo a que se quitara los guantes, la Pavlova le besó la mano y dejó estampada en el guante blanco la roja huella de sus labios. Por este incidente, la prensa alemana armó todo un escándalo. Por los Estados Unidos, viajaba la compañía en un tren particular, que llevaba el letrero de «Ana Pavlova, Private Co». Conquista Nueva York con interpretaciones en el Metropolitan Opera House de piezas como *Coppelia* de Delibes, y la famosa *Bacanal*, de la cual se hizo un bajorrelieve para el Museo de Arte Moderno. La acompañan como «*partenaires*» durante todos estos años de giras, los célebres bailarines Mikhail Mordkin y Alexander Volinine.

Visita Cuba por primera vez en 1915, siendo éste el primet país latinoamericano en que actúa. Debuta la noche del sábado 13 de marzo en el teatro Payret, con un programa que comprendía los *ballets* Amarilla, *La noche de Walpurgis*, *La muerte del cisne* y *Bacanal*. La orquesta fue dirigida por Theodore Stier, largo tiempo vinculado a la Pavlova. Al día siguiente, toda la prensa la aclamó. Extraemos, del *Diario la Marina*, ese día 14 de marzo, la siguiente crítica:

> *«Ana Pavlova nos conmovió. Parece imposible, pero la eximia bailarina, pasión toda ella, temperamento vibrante y nervioso, nos dio la exacta visión de un alma enferma de amor, con una riqueza tal de gestos y actitudes que suplieron, con ventaja tal vez, a la expresión hablada…».*

Vuelve a Cuba en 1918, contratada por el empresario Bracalli, actuando en los teatros Payret y Nacional. Inicia una tournée por Centro y Suramérica, que incluye países como México, Brasil y Argentina, donde baila en el Colón de Buenos Aires. Más tarde, alrededor de 1920, visita toda Europa de nuevo, y llega a bailar hasta en Australia.

Estando en Río de Janeiro, en 1918, se aventuró a crear la coreografía de un *ballet*, *Hojas de otoño*, con música de Chopin. Ana estaba interesada sobre todo en la perfección de la ejecución de la técnica clásica, más que en el hecho de inventar nuevos pasos o gestos. Éste fue uno de sus papeles más conseguidos, quizás porque se lo creó a su medida. El tema, parecido al de

El ruiseñor y la rosa, de Oscar Wilde, expone, en un jardín, a un joven poeta (Volinine), que recoge un crisantemo (Pavlova), arrancado por el viento de otoño. El viento lo arranca de sus manos, y lo hace remolinear, hasta que lo abandona, ya marchito, a la caída del sol.

El poeta, viendo lo inútil de reanimar a la flor, se aleja.

Durante todo este tiempo de giras continuas, la vida sentimental de Ana Pavlova había sido muy equilibrada, ya que la acompañaba su esposo, Víctor d'André, a quien había conocido en París, durante su era con Diaghilev. Él era un ingeniero muy apuesto, de origen franco-ruso, que después, y por amor a *Aniushka*, dejó su carrera para consagrarse a ella, siendo el director de escena de la compañía.

A mediados de la década del 20, Pavlova y d'André regresaron a Europa, instalándose en París, donde fundan una escuela de *ballet*. La Implacable abatió al cisne, finalmente, en 1931, en la Haya, Holanda. Muere a los 50 años la gran leyenda de la danza, a consecuencia de una

pleuresía, la víspera de su partida hacia Bruselas, Bélgica, donde iba a actuar en el Teatro de la Moneda.

Un periodista local, escribió ese día:

«El Teatro de la Moneda estaba aquella luctuosa noche colmado de espectadores tristes. La orquesta, penetrada de melancolía contagiosa, llenó su programa prometido. Sólo faltaba la Pavlova. Saint-Säens estaba presente con La muerte del cisne, que ella debía bailar. (¡Ah, aquella pose final, recogida toda ella en un pequeño cuerpo, bajo la blancura de sus ropas, como un copo milagroso de nieve palpitante!). En la escena, en medio de un silencio espectacular, muchos ojos lloraban viendo el rayo luminoso de un reflector ir y venir sobre las tablas, alumbrando los sitios en que ella debía encontrarse, si en vez de estar rígida dentro de un ataúd lleno de flores, estuviera viva y armoniosa, divina ante nuestros ojos…».

6. Greta Garbo

Dentro de un siglo, dos, la gente seguirá hablando de La Divina. ¿Y por qué? Solamente ella, entre las actrices de su tiempo, se ha convertido en una leyenda.

Su vida terrenal fue convencional y humana, y sin embargo, un halo de misterio la rodeó siempre, mucho más aún, después de su retiro. No fue una actriz excepcional, pero sus películas son todavía admiradas, y hasta son objeto de culto, Quizás la perfecta belleza de su rostro tenga parte de culpa en la creación de la leyenda: de extremo refinamiento, cincelado en acero, purificado por el fuego, y moldeado en nieve. Estremecía la intensidad de su belleza, porque fue un fenómeno extraño, irrepetible: un rostro cuyos rasgos eran perfectos desde todos los ángulos. La nariz, el mentón, la boca, las mejillas, la frente, todo estaba en perfecto equilibrio. Una cara dominada por dos ojos grandes, resplandecientes, como si una luz interior los iluminase, adornados por unos párpados pesados y unas pestañas realmente largas. Nadie se le pareció nunca, porque poseyó la cualidad de ser memorable, y esto se debía no sólo a su hermosura, sino a la vida apremiante que surgía a través de su rostro, un entusiasmo salvaje e infantil que le brotaba por los poros. Era de movimientos rápidos, felinos; pero en la inactividad, tenía una apostura imperial. La majestad era suya por derecho natural, y pudo esclavizar a los hombres de sus películas con una sonrisa, o destruirlos con una mirada. En alguna parte, en el centro de su misterio, hubo siempre un volcán a punto de comenzar la erupción.

El departamento de publicidad de la *Metro Goldwyn Mayer* se adjudicó siempre la potestad de su leyenda, pero en realidad ellos poco tuvieron que ver con eso. Según Robert Payne, uno de sus biógrafos, ellos no sabían qué hacer con ella: «*Un unicornio hermoso y vivaz había entrado en el jardín. Los dueños de ese jardín la examinaron… decidieron ponerle un arreo y hacerla trabajar como caballo de tiro… pero siguió siendo un unicornio*».

La leyenda la creó ella misma, casi inconscientemente, el día que actuó por primera vez, sobre el techo inclinado de un cobertizo, en un patio sucio de Estocolmo, cuando tenía alrededor de 8 años de edad.

Greta Levisa Gustaffson nació el 18 de septiembre de 1905 en Estocolmo, capital de Suecia, hija de un obrero sin educación, que a menudo estaba enfermo o desempleado. Su padre, Carl Alfrid, murió cuando ella tenía 14 años, teniendo Greta que abandonar la escuela y trabajar como ayudante de peluquería, primero; y auxiliar en unos grandes almacenes, después. Allí llegó a ganar $25 mensuales; y cuando trabajaba en el departamento de sombreros de una tienda de ropa femenina, fue escogida para hacer anuncios de publicidad. Animada por esta experiencia, la joven de 17 años se matriculó en la Real Academia de Artes Dramáticas de Estocolmo. Más adelante recorría los estudios cinematográficos de esa época, en busca de trabajo; consiguió varios papeles menores, uno de ellos en una comedia titulada «Pedro el vago», hasta que llegó su gran oportunidad con Mauritz Stiller, uno de los dos más importantes directores de cine sueco en aquel momento —el otro era Victor Sjöström—. Stiller, un judío ruso que procedía de Finlandia, era un hombre alto, delgado, con una gran sensibilidad. Descubrió a Greta, la convirtió en su protegida, le cambió el apellido a Garbo, y le dio el estelar en la película muda «La leyenda de Gasta Berling», hecha en 1924. La primera imagen de Garbo en esta cinta surgía envuelta en piel de zorro y montada en un trineo que varios caballos tiraban, en una espectacular carrera huyendo de una manada de lobos. La reacción de Stiller ante esta escena es antológica: «*Su rostro. Uno sólo consigue un rostro como éste, frente a una cámara, una vez cada siglo*».

La película de Stiller llamó la atención del magnate de Hollywood, Louis B. Mayer, quien la vio durante un viaje a Europa, ofreciéndole un contrato al director con los estudios de la Metro. Stiller aceptó con la condición de que Garbo fuera contratada también. Ésta había filmado en Alemania, en 1925, otro interesante filme, «La calle sin alegría», dirigida por el prestigioso G. W. Pabst. Como dato curioso, les diremos que Marlene Dietrich aparecía en él en un papel muy pequeño.

Greta debuta en Estados Unidos con «El torrente» (1926), una versión de «Entre naranjos», la conocida novela de Vicente Blasco Ibáñez, y cautiva

a los espectadores del país; en ese mismo año trabaja en «La tentadora» y «El demonio y la carne», donde comparte el papel protagónico con John Gilbert, el famoso actor con el que viviría un tórrido romance. En 1927 filma «Amor», una adaptación ligera de «Ana Karenina» de Tolstoi; en 1928 «La divina», de donde surge el sobrenombre que la caracterizó de ahí en adelante, «La dama misteriosa», y «Una mujer de mundo». Tres producciones llenan también su tiempo en 1929: «Orquídeas silvestres», «Tentación» y «El beso». Mauritz Stiller, cansado da intentar el triunfo, abandona la Meca del cine —y a Greta—, y regresa a Suecia, para morir en su tierra a los 45 años.

A principios de la década del 30, ya la Garbo recibía entre $250 y $300 mil por película. En 1930 filma la obra teatral de O'Neill, «Anna Christie», uno de sus mayores éxitos, y «Romance». «Inspiración» corresponde a 1931, junto con «Susan Lenox», en la que la acompañaba Clark Gable, y «Mata Hari». «Como tú me deseas» pertenece a 1932, además de «Gran Hotel», la conocida novela de Vicki Baum, en la que Garbo encabezó un reparto de lujo que incluía a John y Lionel Barrymore, Joan Crawford y Wallace Beery. En 1933 fue «La Reina Cristina de Suecia», y en 1934 actuó en «El velo pintado». Le sucedieron dos de sus más memorables apariciones en la pantalla: «Ana Karenina», en 1935; y «La dama de las camelias», en 1937, con el joven Robert Taylor de galán —por estas dos cintas gana consecutivamente el premio a la mejor actriz del Círculo de Críticos Cinematográficos de Nueva York—. De este año también es «Conquista» o «María Walewska», junto a Charles Boyer. El mayor premio sueco a las artes, la medalla *Literis et artibus*, le es conferida en diciembre de 1936. Su carrera mengua al final de esta década, y sólo hace dos películas más: su única comedia, «Ninotchka», una farsa sobre los rigores del sistema comunista, en 1939; y en 1941, «La mujer de dos caras», dirigida por George Cukor.

Escena de La Reina Cristina de Suecia.

Anuncia su retiro del cine ese mismo año, cuando solo tenía 36 años de edad. Se convirtió en ciudadana norteamericana en 1951, Y se mudó de Hollywood a Manhattan, donde utilizaba el nombre de Harriet Brown, para pasar inadvertida. Paralelamente, mantenía una residencia en Klosters, Suiza. La Academia de las Artes y Ciencias Cinematográficas de Hollywood le otorgó cuatro nominaciones en toda su carrera (por «Anna Christie», «Romance», «La dama de las Camelias» y «Ninotchka»), pero nunca ganó. En 1954 le concedieron un premio especial por toda su carrera, que La Divina no fue a recoger.

Aunque los detalles sobre su vida privada han sido desconocidos por la prensa a través de todos esos años, y hasta su muerte, sí se sabe que estuvo ligada sentimentalmente al actor John Gilbert, quien fue su pareja en muchas cintas. Éste no pudo transferir su popularidad del cine mudo al hablado, y murió de un ataque al corazón a los 41 años. En la década de los 40 se relacionó con el empresario de origen ruso George Schlee, cuya mujer, llamada Valentina, diseñaba los vestidos de Garbo. La actriz compró un apartamento en el mismo edificio de Schlee, para verse tranquila y anónimamente, aunque él permaneciera casado. Esta relación se cree duró cerca de 25 años, hasta la muerte de Schlee en 1964.

En 1976, un libro titulado «A man called intrepid: the Secret War», escrito por William Stevenson, un exagente británico durante la Segunda Guerra Mundial, reveló que la Garbo llevó mensajes a agentes ingleses, en el transcurso del conflicto, e identificó a simpatizantes del nazismo en Estocolmo, denunciándolos a los británicos. Odiaba profundamente a Mussolini, Franco y Hitler, y al enterarse de que éste adoraba sus películas, se ofreció para ir a visitarlo, con el propósito secreto de asesinarlo, y, aparentemente, los Aliados no la tomaron en serio. Entre dos guerras, en una época de dificultad, pobreza y tiranías, fue la Garbo una de las pocas que aportó dignidad a la vida de la gente. Actuaba con un corazón pleno, e inesperadamente aparecía y desaparecía en esas vidas, pero nunca fue olvidada.

Distinta e inaccesible, soberbia y voluntariosa, su vida estuvo llena de secretos. Mantuvo un total hermetismo con respecto a su vida privada, vivió para su actuación —Ingrid Bergman, su compatriota, teorizó que «*el mundo*

de Garbo, sin su trabajo, estaba vacío»—, y rechazó hasta donde fue posible las retribuciones públicas de la fama. Su aversión a los periodistas y a las multitudes fue notoria, pero nunca dijo que quería estar sola —la famosa frase que se le atribuye—, sino que quería que la dejaran tranquila, para vivir su propia vida. «*No quiero la atención de nadie; sólo quiero saber que les he gustado en mis películas*», fueron sus palabras. Lo que ella tenía que decir ya estaba dicho en los filmes que interpretó; el resto era silencio.

Los motivos exactos de su temprano alejamiento del cine nunca se han sabido; son sólo conjeturas. Se dice que su carrera había declinado, que su última película, «La mujer de dos caras», fue un completo fracaso de taquilla; también que Garbo deseaba ardientemente vivir su vida sin las presiones que el cine le imponía. Lo que sí se sabe es que entre 1919 y 1950, se anunció su regreso en un proyecto que tenía a Greta entusiasmada: «La Duquesa de Langeais», una adaptación de la novela de Balzac, inspirada en la vida de la marquesa Henriette de Castries. Misteriosamente, el proyecto fue abandonado, y las pruebas que Greta filmó no han sido lo encontradas hasta la fecha.

El legado de Garbo fue un nuevo modo de actuar, muy moderno para la época de transición que le tocó, entre el cine mudo y el parlante, en que los intérpretes caían en la ampulosidad, habituados a expresiones exageradas para expresar sus sentimientos. Además, impuso un estilo de mujer física y mentalmente liberada, con un lenguaje directo que escandalizaba a los puritanos.

La Divina murió en Nueva York, el 15 de abril de 1990, a causa de una afección renal, a los 84 años; su misterio se fue también con ella. Fue la única actriz de Hollywood que intimidó a una de sus contemporáneas, la feroz Bette Davis. Ésta, unos meses antes de morir, declaró en una entrevista, hablando sobre Greta: «*Ella fue la única que admiré, la única que me petrificaba. Era magnífica; no hubo otra como ella, ni la habrá*».

6. María Callas

La carrera artística de María Callas fue singular y contradictoria, pero más lo fue su vida, que se puede definir como más espectacular y trágica que el argumento de cualquier ópera. Surgió como superestrella del canto después de la Segunda Guerra Mundial, y era la que más emocionaba al público, la que llenaba los teatros, la que siempre aparecía en los periódicos por su manera de cantar, por sus caprichos, por los escándalos que suscitaba y por sus actividades extramusicales que involucraban a multimillonarios griegos y personas célebres. Dura, implacable, con frecuencia poco ética, vivía concentrada en sí misma y el mundo debía girar en torno a ella, confiriéndole un nuevo significado a la palabra ego: necesitaba sentirse siempre elogiada y aparecer continuamente en los periódicos.

Nació con el nombre de María Kalogerópulos en la ciudad de Nueva York, el 4 de diciembre de 1923. Comenzó a estudiar canto cuando tenía 8 años, y a los trece su madre la llevó a Grecia, donde siguió estudiando por siete años más en el Conservatorio de Atenas, bajo la supervisión de la famosa soprano de coloratura Elvira de Hidalgo. En esta época era una joven compulsiva, obesa, mal vestida, sin amigos y con una gran obsesión por su profesión. Siguió así hasta conquistar la fama, y nunca olvidó su juventud desdichada. Siempre tuvo la sensación de vivir en una jungla en la que estaba sola para defenderse a sí misma. «*Odio inspirar compasión, y jamás he tenido compasión por nadie… He aprendido a no pedir favores; de todos modos, no se logra nada. Comprendo a los que odian; respeto la venganza. Uno debe defenderse, por eso soy fuerte, y por eso tengo disputas. Dicen que soy obstinada. No lo soy. Tengo razón*».

Callas reñía con todos; era vengativa, maliciosa, desagradecida, según dicen muchos de sus compañeros. Era más fría que la princesa de hielo de Turandot, y era capaz de arrojar de su lado a la gente, incluyendo a su propia madre, con una indiferencia total. A ésta le escribió una vez:

«No me transmitas tus problemas. Debo trabajar para ganar mi dinero, y tú eres lo suficientemente joven como para trabajar también. Si no puedes ganar lo necesario para vivir, puedes arrojarte por una ventana o ahogarte».

En 1958, le dijo a un periodista del *Post* de Nueva York:

«Si he debido pisotear a algunas personas para estar en la cumbre, es porque fue inevitable. ¿Qué debo hacer cuando hiero a alguien? ¿Retirarme?».

Pocas semanas antes de cumplir quince años, cantó la *Santuzza* de *Cavalleria Rusticana* con una compañía ateniense, y después de la guerra, regresó a Estados Unidos, donde permaneció por dos años. Durante esta permanencia, es que se somete a una audición en el famoso Metropolitan Opera House, de Nueva York. El entonces director general, Edward Johnson, le ofrece cantar el rol de *Butterfly*, pero la Callas lo rechazó, ya que pensó que una mujer que pesaba más de 160 libras como ella, haría el ridículo interpretando a la frágil y pequeña japonesita, heroína de Puccini.

En esa época, Callas deseaba poder cantar los grandes roles dramáticos, y cuando hizo su debut en Verona, en 1947, comenzó a lograr este propósito, pues interpretó la *Gioconda*. Pasados los años, alardeaba de no haber cantado nunca roles secundarios. «*Se tiene la voz o no se tiene, y cuando uno la tiene, empieza cantando roles estelares*», A fines de los 40, ya había interpretado los primeros papeles del repertorio habitual de los teatros de ópera, y comenzó a resucitar obras del bel canto que apenas se cantaban por su dificultad, como *Norma y Los Puritanos*. Conoce al industrial italiano Giovanni Battista Meneghini, veintisiete años mayor que ella, con quien se casa en 1949. Callas, que era muy calculadora, posiblemente se casó con él porque tenía mucho dinero y podía ayudarla en su carrera.

Durante la década de 1950, se sometió a una dieta estricta, y perdió más de 50 libras de peso. Es en ese momento cuando comienza a ascender, y se convierte en una estrella, combatiendo como nunca a su eterna rival, Renata Tebaldi, quien era la favorita de ambos continentes en 1950. Ésta era una mujer dulce, inofensiva, sin malicia, a quien todos amaban. Callas se

burlaba de Tebaldi, y decía que la voz de Tebaldi era gaseosa y que la suya era champaña. «*Tiene una hermosa voz, pero, ¿a quién le importa?*», afirmaba irónicamente. La enemistad entre ambas comenzó en Río de Janeiro; ambas actuaban en un concierto, y acordaron previamente que no cantarían bises. Pero Renata cantó tres, y María se encolerizó, sobre todo porque sólo había preparado uno. Pocos días después, Callas cantó *Tosca*, y fue abucheada; acusó a Tebaldi de haber desatado una campaña en su contra. Finalmente, logró que ésta última dejara la Scala. Cuando María Callas odiaba, alimentaba su odio hasta que éste adquiría proporciones gigantescas. Durante una representación de Aida, en Chicago, Tebaldi protagonizaba y Callas era parte del público. Ésta esperó hasta un pasaje crucial para Tebaldi, y empezó a crear un alboroto, diciendo que había perdido una joya, para arruinarle la función a su pobre rival.

Inaugura la temporada de 1951-52 en la Scala de Milán, trabajó profusamente, ese lugar era el centro de su actividad; y desde allí se trasladaba a cantar por toda Europa. En muchas ocasiones la dirigió Luchino Visconti, en óperas como *La Vestal* de Spontini, La Traviata de Verdi, y *La Sonámbula* de Bellini. En Estados Unidos cantó en el Chicago Lyric, en 1954, antes de aparecer en el Metropolitan Opera House, donde debuta en la noche inaugural de la temporada 1956-57, cantando *Norma*, una de sus grandes creaciones. Posteriormente, participa también en *Tosca* y *El Barbero de Sevilla*, regresando al Met por dos temporadas consecutivas. Rudolf Bing, el director, dijo de ella:

> *«Era una verdadera estrella. No necesitaba consejos; sabía muy bien que papeles debía cantar y cuáles debía evitar, qué honorarios pedir y cuáles rechazar. Cuando respetaba a un director, como en el caso de Franco Zeffirelli, cooperaba al máximo. En caso contrario, lo ignoraba y hacía en escena lo que le venía en ganas».*

Callas se disgustó con Bing, por motivos artísticos y económicos, en 1959; y se alejó del Metropolitan para seguir su tempestuoso camino.

En ese mismo año comenzó a desarrollar la que habría de ser la pasión de su vida, su relación con Aristóteles Onassis, magnate griego, a quien había conocido dos años antes. Al abandonar a Meneghini, éste se negó a

concederle el divorcio, pero un tiempo más tarde, en 1966, Callas lo obtuvo renunciando a su ciudadanía norteamericana. Hasta ese momento, usaba dos pasaportes, el norteamericano y el griego. Grecia nunca reconoció su matrimonio porque no había sido efectuado en una iglesia ortodoxa griega. Alrededor de un año duró la intensa luna de miel entre Onassis y Callas, y durante ese tiempo no cantó en público; en 1960 sufrió serios problemas vocales, y entonces supo que estaba perdiendo la voz.

Cuando Jacqueline Kennedy entró en la vida de Onassis, en 1963, comenzó a deteriorarse su relación con éste. Se dice que Onassis le dijo: «*¿Qué eres? Nada. Sólo posees un silbato en la garganta y ya no funciona*». Callas había encontrado un hombre más cruel que ella. El romance concluyó cuando Jackie y Onassis se casaron. Después de 1960, la Callas redujo su repertorio a tres óperas: *Norma*, *Medea* y *Tosca*, realizando actuaciones espaciadas, y teniendo que ingerir píldoras y aplicarse inyecciones para poder cantar. Reapareció en el Metropolitan en 1965, y fue un desastre total. Aún así; su público la adoraba y la seguía a todas partes, porque ella mantenía su aura; pero era ya una experiencia penosa el escucharla, más para aquéllos que recordaban su voz en anteriores décadas. El 5 de julio d. 1965 cantó su última ópera, en el Covent Garden de Londres.

Durante los ocho años siguientes, no volvió a cantar en público. Vivía cómodamente en París, ayudada por Onassis, a quien veía alguna que otra vez, además de que tenía su pequeña fortuna, debido a los elevados honorarios que, siempre cobró, más las ganancias que obtenía de sus grabaciones, que oscilaban alrededor de 100 mil dólares anuales.

En 1971, filma *Medea*, como actriz, bajo la dirección de Pier Paolo Passolini. Dio clases magistrales en la escuela Juilliard de Nueva York, durante 1970 y 1971; y en 1973 comenzó a dar recitales junto con su viejo amigo el tenor Giuseppe di Stefano, quien tenía en aquel momento tan poca voz como la Callas. Aún así, en 1974, realizaron una gira mundial. Tal resultado, a pesar de que los admiradores de Callas asistieron en masa, fue una parodia.

María Caltas murió el 16 de septiembre de 1977, en su apartamento de París. No dejó testamento y sus bienes fueron rematados; éstos habían sido

tasados en 10 millones de dólares. Meneghini, su esposo, quien siempre la idolatró, la siguió poco después, en 1978, a los 85 años.

La carrera artística de la Callas fue singular desde todo punto de vista. Su voz no era extraordinaria, no poseía una escala pareja, y tenía tres registros diferentes. Adolecía de deficiencias técnicas, incluyendo una afinación, un ritmo y un trémolo inestables. Supuestamente era una gran actriz, pero muchos críticos se burlaban de lo que llamaban sus tres gestos y su exceso de cálculo en los momentos dramáticos. ¿Qué tenía entonces para deslumbrar a su público como lo hacía? Inteligencia, musicalidad, magnetismo, intensidad, ambición, crueldad, misterio y una gran capacidad de trabajo; su conducta autocrática que fascinaba al público, su estilo de vida a la altura de una diva; una capacidad interpretativa que convencía; una voz que comunicaba un gran poder expresivo y un instinto publicitario muy certero, ya que durante veinticinco años, Callas apareció en periódicos y revistas más que ninguna cantante.

Conquistó al mundo con la avasallante personalidad que poseía. Quizás otras divas se hubiesen sentido derrotadas con un órgano vocal tan recalcitrante, pero en Callas parecía ser una ventaja. Convenció al mundo de que representaba mucho más que «*un canto hermoso, y que para transmitir el efecto dramático, tanto al público como a mí misma, debo producir sonidos que no son bellos. No me importa que no lo sean, siempre que sean auténticos*». Si lo dramático es realmente lo más importante de una ópera, Callas fue en verdad la cantante más grande de su época. Pero si el canto puro es el elemento principal, entonces Callas adolecía de muchos defectos. Al respecto, opinó el crítico musical John Ardoin, que

> *«conquistaba tanto por sus defectos, como por sus virtudes. Cuando se había escuchado su voz, difícilmente se la podía olvidar. Era obsesiva y perturbadora; estremecía e inspiraba, y con un repertorio tan amplio y una entrega tan intensa en sus interpretaciones, no cabe duda de que Callas exigía a su voz más de lo que ésta podía brindar. Pero también nos enfrentamos a la paradoja de que si se hubiese arriesgado menos, o se hubiese mantenido dentro los limites más seguros, nunca hubiera sido Callas».*

7. Marilyn Monroe

Ninguna mujer, a lo largo de toda la historia, ha sido tan mitificada en tan corto tiempo como Marilyn Monroe. La que en vida fuera calificada como «la rubia tonta» del cine, fue realmente algo más que eso: un compendio de inteligencia y dulzura, extrema belleza, un ingenuo *sex-appeal* y una deliciosa vulnerabilidad. Cuarenta y siete años han transcurrido desde su muerte, y el mayor mito del Hollywood de los años cincuenta sigue tan fresco, tan vivo como el primer día.

Siempre hay flores sobre su tumba, en la que puede leerse una sencilla inscripción: «Marilyn Monroe: 1926-1962». Son cilla fue también su vida, aunque se viera rodeada de numerosos escándalos; muchos de ellos inventados por una prensa ávida de buscar noticias a toda costa, y también, un poco celosa de su triunfo fulgurante y de la transparencia con que respondía siempre a las preguntas que le hicieron sobre su vida privada. En sus treinta y seis años de vida, nunca tuvo el menor reparo en revelar el cúmulo de tristezas, amarguras y desengaños que conoció durante su atormentada existencia; desde una infancia sin padre, con una madre enferma que no pudo hacerse cargo de ella, hasta sus fracasos sentimentales, que la llevaron a buscar la estabilidad en tres matrimonios, y en un número indeterminado de amantes que no supieron comprenderla, o que no llegaron a amarla como ella necesitaba. Según palabras de Neil Silnyard, uno de sus biógrafos, «ella fue Cenicienta en una era neurótica, sin que pudiera ir finalmente al baile, y sin que el príncipe se materializara de veras. Sólo fue princesa dentro de la maquinaria de sueños del cine».

Nació bajo el nombre de Norma Jeane Mortensen en el Hospital General de los Ángeles, el día primero de junio de 1926 bajo el signo de Géminis. Su madre, Gladys Pearl Baker Mortensen, se había casado dos veces y tenía dos hijos de un matrimonio anterior. El padre de la pequeña no

fue ciertamente el esposo de Gladys, Martin E. Mortensen, quien la había abandonado poco tiempo después de haberse casado en 1924. Generalmente se ha creído que el padre verdadero fue un vendedor llamado C. Stanley Gifford, quien fue amante de Gladys, con la que nunca quiso casarse. Gifford nunca reconoció a la criatura, y se cuenta que Marilyn, ya convertida en una famosa estrella, intentó una reconciliación con él en 1952, que resultó una gran humillación para ella, pues nuevamente la rechazó. En la familia de la niña existían antecedentes de personas desajustadas y con problemas mentales. Su abuela, Della Monroe, fue una fanática evangelista que terminó confinada en una institución psiquiátrica; su madre, Gladys, continuó la tradición familiar siendo internada también cuando Norma Jean era aún una infante.

Entre orfanatos y sucesivos hogares adoptivos, transcurrió la triste infancia de Norma Jeane; y a los dieciséis años, tratando de escapar a esta etapa de su vida, marcada por la falta de cariño y la soledad, Norma Jean se casa con James Dougherty, un joven de veintiún años, amigo de la familia de su tutora en aquel momento, Grace McKee. Ésta ayuda a la realización del matrimonio, para desembarazarse de la pizpireta chiquilla. Dougherty era un hombre simple, práctico, que trabajaba en una funeraria como embalsamador de cadáveres. El 19 de junio de 1942 fue la boda, y no pudieron tener luna de miel por falta de recursos económicos. Años más tarde, la propia Marilyn diría sobre esta experiencia:

> *«Aquello fue como haber ido al zoo. Nuestro matrimonio fue una especie de amistad con privilegios sexuales. Yo jugaba durante el día con los niños y niñas del barrio, por la calle; hasta que llegaba mi marido del trabajo, me recogía y me llevaba a la casa para hacerme el amor».*

El marido se alistó en la Marina, y Norma Jeane se encontró de nuevo sola y abandonada. Comienza a buscar trabajo para poder afrontar sus necesidades; y lo encuentra como modelo, al conocer al fotógrafo David Conover, con el que vive una fugaz aventura. Posa para diversas revistas de la época, que explotan los encantos de aquel hermoso cuerpo que no tenía reparos en mostrarse desnudo. En las Navidades de 1945, Jim Dougherty

regresa, y le da a elegir entre él y su profesión de modelo; ella escoge esta última.

El 16 de julio de 1946 es un día decisivo en la vida de la futura estrella. Ese día decidió probar fortuna en el cine, solicitando una audición en las oficinas de una importante compañía cinematográfica: la *Twentieth Century Fox*. Ben Lyon, el agente de talentos que la atiende, quedó más impresionado con su atractivo personal que con el portafolio lleno de fotos, donde se incluía el famoso calendario en el que «sólo tenía el radio puesto». Lyon arregla para ella una prueba de cine, que dirige el experimentado Walter Lang. A Darryl F. Zanuck, director del estudio, le gusta la prueba y le ofrece un contrato por siete años, renovable cada seis meses a opción del estudio, y ganando $175 semanales. Ante el inevitable cambio de nombre, Ben Lyon sugirió Marilyn, por Marilyn Miller, quien era una famosa artista de los musicales de Broadway; ella agregó el Monroe, por su abuela, y ahí nació el mito.

Sus primeras apariciones en la pantalla («Dangerous Years» en 1947; «Scudda Hoo! Scudda Hay», en 1948, y «Ladies of the Chorus», en 1949) fueron breves y secundarias; en este último año se entera de que los hermanos Marx necesitaban una chica muy *sexy* para una película, y se presenta ante Groucho. Éste le preguntó: «¿sabe andar como para que mi ya anciana líbido se despierte y eche humor?». Por toda respuesta, Marilyn caminó, Groucho casi se desmaya, y el rol fue para ella. La cinta se tituló «Love Happy», y tuvo gran aceptación; a partir de ahí, comenzó poco a poco su popularidad. En 1950 filma otro musical, «A ticket to Tomahawk», junto a Dan Dailey; y su primer rol dramático en «The Asphalt Jungle», una obra maestra del llamado *cine negro*, que fue dirigida por John Huston. De este año son también las comedias «The Fireball», con Mickey Rooney; la aclamada «All about Eve», junto a Bette Davis, y «Right Cross», con Ricardo Montalbán.

En 1951 trabaja en «Hometown story», «As young as you feel», «Love Nest» y «Let's make it legal», con Claudette Colbert. Abre 1952 en «Clash by night», bajo las órdenes del prestigioso director Fritz Lang; le siguen «We're not married» con Ginger Rogers; «Don't bother to knock» con Richard Widmark (en donde interpreta a una retrasada mental); «Monkey

Business», una divertida comedia con Cary Grant, y «O. Henry's full house». Marilyn ya es una figura; en 1953 estelariza «Niagara», con Joseph Cotten; «How to marry a millionaire» y «Gentlemen prefer blondes». Durante la filmación de ésta última, la Monroe conoce y se enamora del jugador de béisbol Joe Di Maggio, del que fue novia durante dos años. Ya la fama comenzaba a pesar sobre los hombros de esta mujer controversial de veintisiete años, y para calmar sus estados de ansiedad, cada vez más frecuentes, recurre con exceso a las drogas. Di Maggio desconoce todo eso; y en enero de 1954 se casan.

Este hombre celoso y conservador, deseaba que el *sex-symbol* de millones de hombres se convirtiera en una perfecta ama de casa «a la italiana», por lo que pronto comenzaron a surgir las desavenencias. Él no soportaba las exhibiciones corporales de su esposa en películas y fotografías, y finalmente, ella decide la separación e 16 de octubre de 1954. Ese fue el año de filmes como «River of no return», una interesante aventura que dirigiera Otto Preminger, y donde Marilyn compartió fogosas escenas de amor con Robert Mitchum, y el fabuloso musical «There's no business like show business», en el que la Monroe se luce junto a grandes como Ethel Merman, Mitzy Gaynor, Donald O'Connor, Dan Dailey y Johnnie Ray. Billy Wilder la dirige por primera vez en 1955, y el resultado es una comedia famosa en todo el mundo: «The seven year itch». En ella ocurre la apreciada escena en que a Marilyn se le levanta el vestido en una calle de Nueva York.

Cada vez hace mejores cintas, y en 1956 filma «Bus Stop» versión de la obra teatral de William Inge. En junio de ese año se casa con el dramaturgo Arthur Miller, quien, por un tiempo, logra sosegar el espíritu atormentado de la actriz y calmar su ansiedad. Miller fue el hombre que más se ocupó de Marilyn como ser humano, y durante dos años la relación se mantuvo a flote, con momentos felices, y otros en los que el paternalismo del esposo no servía para nada.

Según Ralph Greenson, psiquiatra de la actriz, el gran problema de este matrimonio fue su relación sexual. 1957 es el año en que luce pareja con Laurence Olivier en «The prince and the showgirl»; y en 1959 nuevamente Billy Wilder la dirige en «Some like it hot», quizá la mejor de sus películas,

en donde la Monroe, junto a Tony Curtis y Jack Lemmon, hace la más chispeante de sus «rubias tontas».

1960 es el año de «Let's make love». Durante el rodaje de este filme tiene un romance con su coestrella, el cantante-actor francés Yves Montand. A pesar de sus respectivos matrimonios «literarios» (ella con Miller; él con la actriz y escritora Simone Signoret), ambos no pueden evadir la mutua atracción, que convirtió el romance imaginario en algo real. Éste es el germen, no la razón, de su ya inminente separación de Miller. En noviembre de 1960, terminado el rodaje de «The Misfits», el periodista Earl Wilson da la exclusiva del divorcio.

Marilyn con Joe Di Maggio, su segundo esposo.

La consumación de éste ocurre el 20 de enero de 1961. En aquellos días, el abatimiento, la angustia, la locura, eran sombras que bailaban alrededor del «mito». En febrero de ese mismo año es ingresada en la clínica psiquiátrica Payne Whitney, donde permanece por un mes en total aislamiento. Ese año también se estrena su última película, «The Misfits», que le dirige nuevamente John Huston, sobre un guión de Miller, que muestra la coincidencia trágica de sus protagonistas, (ella, Clark Gable y Montgomery Clift) que morirían poco después, cuando los tres se hallaban en el pináculo de sus carreras.

Marilyn Monroe muere, oficialmente de una sobredosis de barbitúricos, la madrugada del 5 de agosto de 1.962, dejando inconcluso el filme «Something's got to give», que dirigía George Cukor, y en el que participaban también Cyd Charisse y Dean Martin. Ella aparecía desnuda en esta cinta, bañándose en una piscina, en una total plenitud de su belleza.

Se ha especulado que su muerte estuvo relacionada con su supuesta relación amorosa con John F. Kennedy (entonces presidente) y su hermano Robert, pero a estas alturas aún no se ha probado: lo que sucedió esa noche en el apartamento de Brentwood es muy difícil que pueda aclararse, por las connotaciones políticas del caso.

A pesar de todo, el mito sigue vivo. Según su último esposo, Arthur Miller, ella fue «el champán de la pantalla». Para los hombres, y gracias a su voluptuosa hermosura, fue la última gran diosa del cine. Para las mujeres, gracias a su vulnerabilidad y a sus dotes de comediante, fue el último exponente de fragilidad femenina, en un mundo despiadado e insensible. Quizá para los psiquiatras, fue solamente un caso «difícil», pero para la posteridad, ella permanecerá como el último ejemplo de una raza extinguida.

Capítulo 9

Mujeres difamadas

1. Lucrecia Borgia
2. Malinche
3. María Antonieta

1. Lucrecia Borgia

«Conócete a ti mismo», les recomendaba Febo Apolo a los mortales. Para Sócrates y Platón, el único sabio era aquél que había alcanzado la realización de tal recomendación. Cayó Grecia y cayó Roma, y siglos pasaron en los que los humanos, escudriñando el alma y olvidándose del cuerpo, se concentraron en emular infructuosamente las enseñanzas de Cristo, hasta que llegó un día en que en que nació una nueva generación de hombres, quienes se propusieron vivir olvidándose un poco del alma y escuchando las exigencias del cuerpo. Sus pasiones, ambiciones, caprichos y devaneos afloraron libremente y dirigieron sus vidas. El hombre había renacido, y era el centro del mundo.

Y es por esto que el Renacimiento italiano se presenta como una de la épocas más fascinantes de la historia occidental. Todavía podemos contemplar maravillados su gran producción artística. La escultura, la pintura y la arquitectura llegaron a un nivel de perfección probablemente insuperable. A través de su historia desfilan ante nosotros hombres de vidas audaces, atrevidas e intensas, y muchas de ellas previsiblemente cortas. De la política que dominó la época basta decir que «El Príncipe», no fue producto de la especulación de Maquiavelo, sino de su observación de la realidad. Probablemente los hombres del Renacimiento italiano no llegaron a conocerse a sí mismos, pero desenmascarando su humanidad, nos permiten a nosotros contemplarlos, y por ende vernos a nosotros mismos, tal vez como en realidad somos y como diría el gran poeta chileno Nicanor Parra, «*¡Un embutido de ángel y de bestia!*».

Entre las muchas familias representativas del Renacimiento se encuentra la de los Borgias. Como ninguna otra despertó el odio, aunque también el afecto. Sin embargo, se la eligió como chivo expiatorio de esta época desenfrenada. Ellos fueron los lujuriosos, los lascivos, los asesinos,

los envenenadores, nadie más. Que cometieron crímenes, nadie lo puede negar, pero ni fueron tantos, ni fueron los únicos en perpetrarlos, y, además, también, ejecutaron grandes obras. En la marea de difamación de los Borgia, que duró la friolera de cuatrocientos años, una de las víctimas principales fue la más inocente de todas, Lucrecia. Y para infringirla con una difamación aún más descabellada e indeleble, uno de los grandes de la literatura, Víctor Hugo, le arrebató su nombre y sus coordenadas vitales para conferírselos a un producto de su imaginación, una heroína del mal, cuya vida artificial se prolongó, mancillando la de la verdadera Lucrecia, en una ópera de Donizetti.

Como el gusto por la literatura y la ópera están más extendidos que el de la historia, y como lo morboso es para muchos más atractivo y accesible intelectualmente que la realidad histórica, y como, además, en su vida hay algún que otro capítulo que no se adscribe a la más estricta moral, parece un ejercicio casi fútil intentar rescatar a esta culta y bella mujer renacentista de las garras de la difamación; sin embargo, aquí va un intento.

En Roma, el 18 de abril de 1480, el año en que nació Lucrecia, su madre, la bellísima Vannozza Catanei, esposa de Carlo Canale para unos, y de Domenico Giannozzi para otros, ya le había dado varios hijos al cardenal Rodrigo Borgia. Lucrecia tal vez era el sexto, o quizás el tercer vástago de esta unión sentimental. Sólo podemos estar seguros de que César y Juan eran sus hermanos por ambas partes. La tríada Borgia-Catanei se expandirá poco después con la llegada al mundo, en 1482, de Jofré, aunque hay historiadores que piensan que era Lucrecia la menor.

En la Roma de aquella época no era ninguna vergüenza ser la hija de un cardenal. En el estado de la Iglesia, los Cardenales eran los príncipes, y por tanto sus vástagos poseían un alto rango, aún más en el caso de Lucrecia, cuyo padre era uno de los cardenales más poderosos, como el hecho de haber ejercido como vicecanciller por muchísimos años atestiguaba. Los primeros años de Lucrecia transcurrieron entre los muros de algunos conventos romanos, donde recibió una educación muy sólida, como su reputación de dama refinada y culta indica. Para completar su educación en un tono más mundano, abandonó los conventos y se instaló en casa de Julia Farnesio, quien era una de las grandes bellezas de la época y vivía con

Adriana Mila, ambas se encargaron de cuidar a la jovencita y darle los toques finales a su educación. En 1489, Julia se casó con el hijo de Adriana, Orsino Orsini, en el palacio del cardenal Rodrigo Borgia. Con sonrisa benevolente el cardenal contemplaba la unión entre su nueva amante, más tarde conocida bajo la blasfemia de «La esposa de Cristo», y uno de los miembros de una de las familias que más se interponía a su poder.

Para su hija, el cardenal Borgia también concierta bodas, primero con don Querubín Juan de Centellas, señor de Val de Ayora, y luego con don Gaspar de Aversa, conde de Procida. Ambos pertenecientes a familias poderosísimas de la tierra ancestral de los Borgia, Valencia. Sin embargo, ninguno de los matrimonios se lleva a cabo, pues la política italiana va tomando una gran relevancia para estos españoles trasplantados y la alianza política más conveniente en esos momentos es con una familia italiana, la de los duques de Milán, los Sforza.

El señor de Pesaro, Juan Sforza, y Lucrecia, cuyo padre ya posee la tiara y ha tomado el nombre de Alejandro VI, contrajeron matrimonio, por poderes, el 2 de febrero de 1493. La ceremonia oficial se celebró con gran fausto y pompa el 12 de junio de ese mismo año. Durante un año permanece el joven matrimonio en Roma, pero el 31 de mayo de 1494 se trasladan al lugar de su señorío, Pesaro, donde pasan el invierno, y de allí vuelven a Roma, al palacio de Santa María, en Pórtico. Que el matrimonio viajó y convivió, no hay duda, con respecto a si se consumó, existen dos versiones: la de Juan Sforza, que declaró que conoció a su mujer infinidad de veces, y la de los Borgias, que sostenían que Lucrecia permanecía virgen por ser Juan impotente. Tuviera la razón quien la tuviera, Juan tiene que aceptar que su matrimonio se anule el 18 de noviembre de 1497.

Lucrecia estaba dispuesta no sólo a jurar que su matrimonio no se había consumado, sino que incluso aceptaba ser sometida a un examen ginecológico, aunque las malas lenguas aseguraban que su figura se presentaba con la turgencia de una embarazada de cinco meses. Aunque a pesar del estado en que se encontraba, se presentó, según el embajador milanés, es decir, un empleado de los Sforza,

«tan elegante y gentil que si hubiese estado allí un Tulio Cicerón no habría sabido hablar más agudamente y con mayor gracia».

Ateniéndonos a todo lo anterior, Lucrecia se nos presenta como una verdadera descarada. Como Borgia que era, no podemos dudar de que poseía un gran control de sí misma, y que de haberse visto en situación similar hubiera podido, al menos, intentar darle la cara dignamente. Pero esta versión de la historia contiene tantos ingredientes falsos, o al menos falsificados, que más parece una escena de comedia que un acto jurídico.

Es verdad que por aquella época Lucrecia ya había tenido un romance extramarital, el único que, a todo lo largo de su vida, se puede tener fuera de dudas. El afortunado, aunque por su destino mejor merece el calificativo de desafortunado, se llamaba Pedro Calderón, al que todos conocían por Perotto. Era un joven español en el que el Papa había depositado su confianza, y al que le encargaba el oficio de mensajero cuando necesitaba comunicarse con Lucrecia, que se hallaba en el convento de San Sixto en espera de la anulación de su matrimonio. Entre mensaje y mensaje el romance floreció, y es posible, aunque no confirmado, que Lucrecia quedara embarazada. Sí se sabe con seguridad, que a principios del año de 1498 nació un nuevo Borgia, Juan, más tarde duque de Camerino y de Nepi, a quien se le especulan como posibles padres a Lucrecia y Perotto, o a Alejandro VI y Julia Farnesio o, por último, a César con una mujer soltera. Dado el odio ya creado contra los Borgia de aquella época, la especulación se restringe a ellos, y se rumoraba que la madre del Infante Romano, que así también se le conocía, era Lucrecia, pero el padre era o César el Alejandro VI, hermano y padre respectivamente de la muchacha. Es en este momento cuando nace la leyenda de las relaciones incestuosas entre los Borgia, y la paternidad de esta difamación sí parece apuntar, sin excesivas dudas, hacia Juan Sforza, quien acusado de impotente toma la revancha acusando a su esposa y a toda su familia de incestuosa.

Padre o no de la criatura, a Perotto le aguardaba un solo camino, la muerte. Lucrecia estaba destinada, por el nuevo giro de la política borgiana, a sellar una vez más con un matrimonio la nueva alianza con la casa real napolitana, y un romance como éste, sobre todo si incluía a una criatura, era un inconveniente. El cadáver de Perotto fue rescatado de las aguas del Tíber. Según algunos, había sido encarcelado previamente por dejar encinta a Lucrecia, y había seguido el camino deparado a muchos presos italianos

de aquella época: el río; según otros, había sido asesinado por el propio César Borgia en el Vaticano. Esta última versión incluye una escena aparatosa e irrealmente macabra, digna del gusto más morboso, en la que Perotto, perseguido por César, va a refugiarse a los pies de Alejandro VI, y es allí donde el airado hermano de Lucrecia lo alcanza, salpicando de sangre el rostro del Papa. Que César estuviera tras la muerte de Perotto no es improbable, pero que utilizara los métodos es, sino imposible, algo más que dudoso.

Alfonso de Aragón, duque de Brisceglie, llega a Roma en el año de 1498. El nuevo esposo de Lucrecia, aparte su extremada juventud y de un imponente porte, tiene poco que ofrecer, pero el matrimonio es feliz y pronto Lucrecia da a luz un niño, Rodrigo. Pero Alfonso tuvo la desgracia de convertirse en un estorbo para su cuñado César, cuya política apuntaba cada día más hacia la órbita francesa. El 15 de julio de 1500 sufre un atentado en plena calle y a la luz del día. A pesar de haber recibido varias puñaladas, sobrevive, y transportan su cuerpo al Vaticano. Lucrecia se consagra en cuerpo y alma a alcanzar su recuperación y está a punto de lograrlo cuando un día, el 18 de agosto, y según de nuevo crónicas no necesariamente fiables, se presenta en la estancia donde yace Alfonso, Micheletto, el asesino a sueldo de César.

Lucrecia, desconsolada, pide a su padre permiso para retirarse de Roma, y se dirige a Nepi, una de sus posesiones, en la que permanece hasta el otoño. Su retiro no podía durar mucho más, pues de nuevo se había convertido en una carta del juego político dirigido por su padre y hermano. Para principios de 1502 se encuentra en Ferrara, como desposada del príncipe heredero, Alfonso de Este. Las negociaciones previas no fueron fáciles, pues existían en la corte de Ferrara ciertos recelos contra Lucrecia, a pesar de que los propios embajadores ferrarenses la reconocían constantemente como «una amable y graciosa dama». No fueron éstos, sino la generosidad del padre de la novia, lo que allanó el camino. Papá Borgia la dotó magníficamente; aparte de castillos, de un fabuloso ajuar y de cien mil ducados, repartió todo tipo de investiduras y le concedió al ducado un descuento en las tasas que debían pagar anualmente al Vaticano.

En las tierras de su nueva familia, de poco le hubiera servido la generosidad de su padre de no haber hecho ella gala de su amabilidad, gentileza y tacto. Lucrecia pronto se ganó el afecto de los que la rodeaban, aunque nunca pudo superar del todo el estigma de ser una Borgia y una extranjera. Su matrimonio, sino feliz, fue fecundo, pero de los siete hijos que trae al mundo sólo sobreviven tres. Alfonso, por su parte, tal vez no fuera el esposo más indicado para ella, pues tenía más de hábil soldado y diligente gobernante que de humanista, pero si no la quería, al menos daba pruebas de lo contrario: la celaba.

Como duquesa de Ferrara, Lucrecia acogió en su corte a un espléndido grupo de poetas que dieron lustre a la casa de Este. Bembo, Ariosto, Strozzi, Caviceo y Luca Valenciano, son algunos de los grandes cuyos nombres están unidos al de esta singular dama. Sobre todo el de Bembo, de quien parece estuvo enamorada y fue correspondida, aunque probablemente todo se mantuvo a un nivel platónico. Similar caso es el de su relación con el cuñado de su marido, el duque de Mantua, Francisco Gonzaga. Ambas relaciones debieron ofrecer a Lucrecia la oportunidad de dar empleo a sus maneras cortesanas.

Estos años fueron seguramente los más tranquilos de su vida, aunque es probable que en su mente rondaran muchos fantasmas, pues había habido muchas muertes a su alrededor. Mujer religiosa, en los momentos difíciles se refugia en algún convento y se consagra a la oración. La paz de los conventos la busca cada día con más frecuencia, e incluso funda uno, San Bernardino. En el mundo, la fuente principal de su alegría son sus hijos, Ercole e Hipólito. A pesar de que le gustaba viajar, evitaba apartarse de ellos por mucho tiempo y los colmaba de mimos y regalos. Su amor de madre por Rodrigo, su primer hijo, permanecía vivo, e intentó llevarlo a vivir consigo, pero Alfonso no lo consintió.

César Borgia hermano de Lucrecia.

Tras ansiados, pero frustrados encuentros, consiguió tenerlo a su lado, en Ferrara, durante el verano de 1507.

El 15 de junio de 1519 dio a luz una niña sietemesina. Nunca se repone y muere el 24 del mismo mes. Hasta el último día de su vida se pareció a la descripción que de ella recibió, en 1501, su suegro Ercole I de Este:

> *«Es de una belleza sin rival, pero sus amorosos gestos y modales se la acrecientan todavía más, haciéndola parecer mayor, y en conclusión me parece tan llena de cualidades que de ella no se puede sospechar cosa siniestra…; tiene óptima gracia en todo, con modestia, hermosura y honestidad; no menor es su catolicismo y temor de Dios…».*

Su cultura, su actitud ante la vida, en la que el gusto por lo mundano y la religiosidad se combinan, la intensidad y brevedad de su existencia, la hacen una mujer muy del Renacimiento italiano. Más merecedora de elogio que de crítica, Lucrecia fue víctima por partida doble. Primero de su familia, que la utilizó como un objeto de intercambio en sus intrigas y manipulaciones políticas; después, de las calumnias perpetradas contra todos los Borgias. Creemos que en ella se encuentra, volviendo a la frase del poeta chileno, más de ángel que de bestia.

2. Malinche

En su tierra natal, montañas, ríos y volcanes llevan su nombre, pero éste es además sinónimo de traición y crueldad, y allí también, para reprochar el apego a las costumbres y modas extranjeras en menoscabo de lo propio, se habla del «malinchismo». Son la gloria y los jirones remanentes de una leyenda de otros tiempos.

Malinalli, que así se debió llamar, nació en Painala, en la región de Coatzacoalcos, actual Veracruz. Su padre era un cacique feudatario de México, quien tras quedar viudo de la madre de Malinalli, se volvió a casar. Tuvo un hijo con su nueva esposa y, de acuerdo con ésta, decidió deshacerse de la estorbosa niña. Al pasar por el lugar unos mercaderes de Xicalanco se la vendió como esclava, éstos, a su vez, se la pasaron a unos de Putunchan, terminando la antes noble, y ahora esclava, en manos de un señor de Chocan-Putun, actual Tabasco.

En estas tierras desembarcaron Cortés y sus hombres, el 12 de marzo de 1519. El recibimiento que les brindaron los belicosos tabasqueños no fue el más cordial. Pero después de varias escaramuzas, los naturales buscaron congraciarse con los españoles, y les ofrecieron algunos objetos de oro y veinte mujeres. Todo lo aceptan, y se somete a las mujeres a una rápida catequesis, a la que sigue el bautismo y el repartimiento. A Portocarrero, capitán al que Cortés favorecía de manera singular, se le otorga la muchacha que más se destaca por su hermosura e inteligencia, o como dice Bernal Díaz del Castillo: la que era «*de buen parecer, y entremetida y desenvuelta*». Es Malinalli, a partir de ahora se llama para los españoles doña Marina, el nombre cristiano que se le impuso, aderezado con el título de Doña que a los ojos de los españoles se merecía por su alcurnia.

Ante Cortés, hombre de gran sagacidad, ha pasado casi inadvertida una de sus principales armas para la conquista. Es Jerónimo de Aguilar, que conoce el maya, quien se percata de las capacidades de doña Marina cuando

la oye hablar en náhuatl con los naturales del litoral de Chalchihueacan, región también de la actual Veracruz.

Hasta ahora, la comunicación entre Cortés y los indígenas había sido posible gracias a Aguilar, pero al salir del área maya, la comunicación se hallaba en peligro de truncarse. Sin embargo, por doña Marina se pudo mantener el tan necesario vínculo lingüístico. Ahora Cortés tenía un sistema eficiente y fidelísimo: a través de sus «dos lenguas» tenía acceso al maya y al náhuatl, y los integrantes de estos mundos, al suyo, el castellano.

Doña Marina, la primera intérprete conocida del mundo, poseía una gran inteligencia, y con la ayuda de Aguilar aprendió el castellano. Cortés ya sólo la necesitaba a ella, y para garantizar su fidelidad, cuando el 26 de julio de 1519 Portocarrero partió de San Juan Ulúa rumbo a España, la convirtió en su amante.

Cortés se encamina hacia Tenochtitlán, y a su lado siempre se encuentra doña Marina. Para el pueblo, ambos se van convirtiendo en una misma persona. Se los empieza a conocer bajo el nombre del Malintzin, que tal vez venga de Marina, pues en la lengua indígena la «r» se pudo fácilmente convertir en «I», o de Malinalli más el sufijo náhualt-tzin, que denota reverencia. Y de la españolización de Malintzin devino Malinche.

Aún más difícil de lo que fue, le hubiera sido a Cortés la conquista de México de no haber contado con la colaboración de la Malinche. Pues no sólo tuvo en ella una constante fuente de información acerca de la cultura de los naturales, sino que lo protegió muchas veces sin que él ni siquiera se diera cuenta. En la conquista, el juego psicológico tuvo una importancia a veces difícil de comprender. La duda que en la mentalidad indígena persistía sobre el origen de los españoles —a los que a veces consideraban enviados del dios Quetzalcóatl, y otras simples mortales—, doña Marina contribuyó a explotarla a favor de los conquistadores. Cuando Cortés recibe por primera vez a los emisarios de Moctezuma va todo vestido de negro, color que para él denota elegancia, pero que para los aztecas simboliza el color de los dioses. Tras la segunda conquista de Tenochtitlán, cuando ya el valiente Cuauhtemoctzin ha caído prisionero y 141 presentan ante él, el único signo externo que portaba de sil victoria, tal vez inconscientemente, era un haz de plumas de quetzal en su sombrero, y para los aztecas el poder

real emanaba de Quetzalcóatl, la serpiente emplumada con plumas de quetzal.

En el plano práctico, la colaboración de Malinche salvó la vida a los españoles en Cholula, pues fue ella la que se enteró a tiempo de que se fraguaba un alzamiento en la ciudad y que los españoles iban a ser aniquilados. Una dama choluteca, que quiso hacerla esposa de su hijo, la informó para que se protegiera. Malinche simuló seguir sus consejos, pero so pretexto de buscar unas joyas, volvió a donde se encontraba Cortés y lo puso al tanto de los planes.

Hay otro episodio en el que la fama de Cortés no salió menoscabada gracias a la astucia de la Malinche. Cuando se encontraban en camino de Tenochtitlán, recibieron unos embajadores de Moctezuma. La dignidad de estos individuos era sólo aparente, pues era una estratagema para, mediante artes de magia, destruir los poderes de Cortés. Pero Malinche, al hablar con ellos, se percató por su dialecto de que sólo podían pertenecer a la clase baja azteca, e informado de esto, Cortés los despidió. Su prestigio de invulnerable, consecuentemente, fue en aumento.

Durante años la Malinche permanece junto a Cortés, primero en la conquista del Imperio azteca y luego en la exploración a las Hibueras, Honduras, hasta que en 1524 se casa con el capitán Jaramillo en el pueblo de Hiloapan, cerca de Orizaba. Hay quien afirma que la Malinche se había enamorado de Juan de Jaramillo, sin embargo, es algo difícil de documentar, lo que sí es obvio, es que ya había dejado de ser indispensable para Cortés, a quien poco antes le había dado un hijo, Martín.

Enamorada o no de su marido, los últimos años de su vida los vivió gozando de gran riqueza y prestigio junto a Juan, con quien tuvo una hija, María. Juan de Jaramillo se convirtió en regidor de la ciudad de México y después en alférez real. Se les otorgó la encomienda de Jilotepec y vivieron en una gran casa que estuvo erigida donde en la actualidad se halla el número 95 de la calle República de Cuba. También se sabe que doña Marina fue dueña de un terreno cerca de Chapultepec, y de una huerta que fue de Moctezuma. Por todos estos datos, se deduce que nunca debió de viajar a España, como tantas veces se ha afirmado, y sus días terminaron en México.

Malinalli en náhuatl significa «Princesa del sufrimiento», y para el pueblo azteca fue indudablemente un instrumento de la ruina de su civilización. Sin embargo, considerarla una traidora, no parece justo. Hay que recordar que su propio padre la había vendido como esclava, es decir, la había lanzado a correr su suerte sin el menor escrúpulo. Así, como individuo, la debemos contemplar, porque es de esa manera como la podemos comprender, y en lugar de tener a Malinche como sinónimo de traición, tal vez sería más acertado verla como una expresión de venganza, aunque lamentablemente haya tenido que tomarla contra su propia raza.

3. María Antonieta

«Tenía bella frente, ojos azules, boca muy pequeña, mentón de pronunciada línea austríaca, nariz aguileña. Era alta y bien formada, y suscitaba al mismo tiempo respeto y ternura», así la describió uno de los invitados el día de su boda con el delfín de Francia, el futuro Luis XVI, el 16 de mayo de 1770. Para ese entonces María Antonieta contaba apenas con quince años de edad, y, aunque muchos concuerdan en decir que no poseía una belleza impresionante, sí emanaba un carisma y atractivo singulares. O como afirmaran tantos otros:

> *«a esa edad, y en aquella época, una muchacha que supiera maquillarse —como ella lo hizo— llegaba a irradiar muy pronto un hechizo singular y era fácil confundir la belleza con la lozanía».*

Su nacimiento, quince primaveras antes a esa feliz fecha, había sido en Austria, el 2 de noviembre de 1755, en una cuna de aristocrático linaje, ya que sus padres fueron el emperador Francisco I y la emperatriz María Teresa. Fue la penúltima de los dieciséis hijos de la pareja, todos educados de una forma muy austera: nada de lujos, nada de caprichos, y mucho menos vanidades.

De niña no fue un dechado de virtudes: ciertamente no le gustaban los estudios y mucho menos la obediencia; era rebelde y le fascinaban las comodidades de la corte mucho más que sus responsabilidades. Le dio más de un dolor de cabeza a sus maestros y a sus padres, pero no tenía malos sentimientos ni mal corazón, simplemente su personalidad. Era inquieta, vivaracha, sumamente distraída.

De su vida amorosa se dice que fue la primera mujer en despertar el amor de su compañero de juegos y compatriota, un niño con inquietudes musicales llamado Wolfgang Amadeus Mozart, que con el tiempo llegaría a

ser famoso. También se asegura que Pietro Metastasio, el poeta de la corte, le dedicaba muchos de sus más tiernos versos, y que algunos preceptores ilustres pidieron su mano. Pero las cortes de Francia y de Austria ya habían, desde 1768, acordado el enlace de ella con el delfín de Francia; María Antonieta tenía trece años y Luis, catorce. Dos años más tarde, en Versalles, el pueblo entero cantaba y bailaba, festejando la unión de los jóvenes.

El 10 de mayo de 1774, al expirar Luis XV, María Antonieta y su joven esposo fueron llamados por primera vez «Su Majestad». En sus rostros juveniles había un poco de temor por la enorme responsabilidad que había caído sobre sus hombros. El dedo inexorable de la historia se encargaría de corroborar que, efectivamente, la carga era demasiado pesada para ellos, tanto, que terminó por aplastarlos.

Uno de los primeros problemas que esta inexperta pareja tuvo que afrontar, fue el de darle un heredero al trono francés, pero Luis XVI tenía dificultades para engendrar y se tuvo que poner en manos de un cirujano. Finalmente, en 1778, su esposa María Antonieta dio a luz. La niña se llamó Teresa Carlota, y pocos años después tendría la compañía de un hermanito, el delfín Luis José Francisco Javier.

Casi desde su llegada a Francia, María Antonieta se había ganado las más severas críticas de todos los que la rodeaban Su carácter alegre y su falta de respeto al protocolo, provocaban la ira hasta de sus sirvientes, ya los asiduos de la corte de Versalles les exasperaba la disposición a la carcajada sonora de la nueva princesa, que jamás tomaba nada en serio y, para colmo de males, les enfurecía la tremenda influencia que la dama tenía sobre su ingenuo esposo, que le consultaba a ella incluso más asuntos que a los consejeros reales.

Pasar por alto las tradiciones en la corte francesa era el pasaporte más rápido para despertar el escándalo, y fue esto precisamente lo que expuso a la nueva reina a los rumores de todo el pueblo: ignoraba las reglas de etiqueta, en más de una ocasión violó las leyes de cortesía, sus sonoras carcajadas distaban mucho de la recta conducta que se esperaba de ella, en fin, que poco a poco, aquellas ligerezas que los más benévolos comenzaron calificando de «pequeñas travesuras», se fueron convirtiendo en aguijones

que se clavaron en la memoria de los enemigos del trono y que, a su debido tiempo, fueron utilizados para aniquilarla.

Hasta nuestros días han llegado notas de la moda que allí impuso, recetas de los deslumbrantes postres y exquisiteces culinarias que sus chefs hacían, o de los estilos de muebles que llevan los nombres de ella o de su esposo. Y es que ella supo hacerse notar hasta en el último rincón del palacio, y del mundo. La extravagancia y el derroche se convirtieron en sus compañeros inseparables. Mientras el pueblo moría de hambre, en el palacio los cocineros de la reina competían entre sí para cautivar la admiración de los reyes y sus invitados con desfiles de platillos impresionantes en tamaño y sabor. Hasta más allá del Rin se supo de las excentricidades de las que vivía rodeada, de la opulencia que se exhibía en sus casi cotidianas fiestas y banquetes. A tal grado llegó su inconsciencia, que hasta utilizó fondos públicos para saldar las deudas de algunas de sus amistades dedicadas a llevar vidas de placer y de juego. Todo esto en una época en que un pueblo oprimido y hambriento, hacía frente a una enorme crisis económica, a la llegada de nuevos impuestos ya una miseria creciente.

Comenzaron entonces a desatarse los más voraces rumores. Se dijo que la reina tenía más de un amante y que le era infiel al Rey. Pero sus más allegados han reconocido que si bien ella era muy expresiva con sus amistades, jamás le fue infiel a su esposo. Es cierto, probablemente, que se haya enamorado de un joven sueco, Axel de Fersen, hijo de un mariscal. Pero el hecho ha sido descrito en más de una obra como «el amor romántico de María Antonieta», y todo parece indicar que fue sólo eso; jamás existió una relación adulterina entre ellos, aunque los demás, ansiosos de otro pretexto para censurar a la odiada austríaca, no lo quisieran ver así.

Cuando al fin el pueblo, enardecido ante los muchos escándalos, y resentido por tantos años de privaciones y pobrezas, se lanzó a tomar la Bastilla, más de uno se complacía en afirmar que el culpable de aquel levantamiento popular tenía sólo un nombre: María Antonieta. Sin embargo, la mayoría de los historiadores concuerdan en que la Revolución Francesa, un hecho de tanta trascendencia histórica y social, era demasiado complejo como para haber sido motivado por una sola persona. Queda claro que ninguna personalidad por separado puede ser el motor de la Historia.

Lo cierto es que, luego de la guerra de Independencia de Estados Unidos, eran de esperarse ciertos vientos revoltosos en Francia. Esto, aunado a la anarquía financiera que se desató en la nación —nadie quería ya pagar impuestos, valiéndose de mil excusas—, fueron algunas de las principales causas de la Revolución.

Pero el hambre, las privaciones, las necesidades y, sobre todo, la perspectiva lejana de un pequeño grupo que gozaba de la vida a manos llenas, fueron el peor consejero de un pueblo, cuya capacidad analítica se vio atrofiada ante la explotación. Francia necesitaba responsables, y el 13 de agosto de 1793, María Antonieta fue encerrada en el Temple junto a su familia. Cuatro meses después fue separada de su esposo y no lo volvió a ver, hasta el día en que lo ejecutaron, el 20 de enero de 1793. El 3 de julio el Comité de Seguridad separó al delfín de su madre que, si bien tenía fama de frívola, en esa ocasión demostró que era capaz de llorar y suplicar como la más tierna de las madres. Antes de eso, tuvo oportunidad de escapar en más de una ocasión, pero la tragedia despertó en ella una conciencia y una abnegación singulares: se negó a huir sin su esposo y sin sus hijos.

Foucault, Duzé-Verneuil y Lane, fueron los integrantes del tribunal revolucionario. Fouquier Tinville la acusó de impudicia y hasta de traición a la patria. ¿Los testigos?, muy pocos y sin ninguna prueba específica, sin acusaciones ni argumentos convincentes.

Solamente uno, Herbert, la acusó infamemente, olvidándose de todo respeto a la concurrencia y, sobre todo, al respeto debido al sexo opuesto. Si antes su conducta fue alocada e irreverente, en esta ocasión la Reina supo conducirse como tal y guardó silencio ante tales acusaciones. Al ser interrogada sobre la causa de su silencio, expresó: «*Mi naturaleza se niega a responder ante tal inculpación hecha a una madre. Apelo a todas las que puedan encontrarse aquí*». Aunque su defensa causó honda emoción, fue acusada de haber sostenido relaciones con los enemigos de la patria y de haber intentado provocar una guerra civil.

La reina María Antonieta con sus tres hijos.

Eran apenas las cuatro de la madrugada del día 16 de octubre, cuando la Reina oyó con serenidad su sentencia. Siete horas más tarde, era conducida en una carreta al lugar del suplicio. Ni aves cantarinas ni la serenata de un grillo entonaron música de fondo para despedirla; eran las voces de una muchedumbre llena de rencor, sus gritos y abucheos, lo que resonaba en sus oídos. Eran hombres y mujeres ciegos de odio y de furia, quizás los mismos que, años atrás, el día de su boda, bailaron y celebraron hasta el amanecer. Ella, con sobria firmeza, aceptó el castigo. No hubo escenas de histeria ni ataques de llanto, incluso al ser colocada frente a la guillotina, o al pasar junto a su verdugo, permaneció impávida, tranquila.

Sus labios apenas se despegaron para balbucir las frases de cruel despedida: el Credo. Su mirada se mostró serena hasta el último suspiro. Su nombre, María Antonieta, se alza hoy ante nosotros como fiel testimonio de lo caro que se puede pagar la insensatez, como mudo recordatorio de que el pueblo aguanta muchas cosas, pero cuando su ira se desata, no escucha razones, solamente exige encontrar, en algún rostro, un culpable.

Capítulo 10

Mujeres famosas en las ciencias

1. María Curie
2. María Montessori
3. Helen Keller
4. Irene Joliot Curie
5. Margaret Mead

1. María Curie

Sus padres, un profesor de física y la directora de un internado de señoritas, eran polacos, en una época en que precisamente la nacionalidad de las personas podría ser un arma en su contra: ser ruso era un privilegio; ser polaco casi un delito. Los conflictos de 1772 y 1795, después de los cuales las potencias europeas Prusia, Rusia y Austria se repartieron Polonia, dejaron sus secuelas en la población. La represión contra el pueblo no se había hecho esperar.

Aún con la presión de esos problemas políticos y sociales, nace en Varsovia, en 1867, María Sklodowska, la última de los cuatro hijos —tres mujeres y un hombre— que tendría la pareja. Su infancia estuvo marcada por el dolor y la tragedia, sentimientos que, para cualquier niña, hubieran sido la excusa perfecta para refugiarse en la apatía o el trauma. Para cualquier niña, sí; pero no para ella. Cuando se impuso en las escuelas el idioma ruso como oficial, ella fue una de las primeras en aprenderlo, y a la perfección; cuando las autoridades rusas supervisaban las escuelas de su país, siempre era María la representante de sus compañeros y maestros. Mientras otros chicos aprendían a jugar, a los cuatro años ella ya sabía leer; cuando los demás gozaban de sus años infantiles entre cuentos de hadas e historias encantadas, ella ya había visto de cerca la cara de la tragedia y el dolor pues, a los nueve años, vio a sus padres llorar la muerte de su hermana mayor, Zosia. Y el luto no se apartaría de su hogar dos años más tarde sufrió la pérdida de su propia madre, que murió de tuberculosis; la pequeña María no había cumplido los once años todavía.

Como si todo esto fuera poco, los problemas económicos no faltaron en su hogar, ya que su padre perdió el trabajo que les brindaba el sustento diario. Pero la niña no tenía tiempo para compadecerse, canalizaba todas sus fuerzas y energías en su único refugio: los estudios, y el 12 de junio de 1883 ganó una medalla de oro por obtener las calificaciones más altas de su

colegio. Al graduarse, su único deseo era poder ayudar a su hermana Bronia a continuar sus estudios de medicina en la Sorbona, París. Por eso renunció a sus propios deseos de seguir estudiando y trabajó como institutriz en casas de familias pudientes, para poder ahorrar, con su modesto sueldo, los 400 rubios anuales que necesitaba para su hermana.

En una de las casas conocería su primer amor, un aristócrata que no supo enfrentarse a los prejuicios de su familia, la cual despreciaba a la joven María por no pertenecer a la misma clase social de ellos. La enamorada esperó paciente y hasta pospuso sus planes de viajar a París a encontrarse con su hermana, con la esperanza de que su enamorado valoraría sus nobles sentimientos y la haría su esposa, pero su espera fue en vano. De nuevo la vida le jugaba otra mala pasada a la infeliz polaca.

Ya sin razones para permanecer en Polonia, María resolvió dejar a su padre y se marchó a París, donde iba a residir por algún tiempo con su hermana, que ya no dependía de ella, y que, además, ya había contraído matrimonio. Así es que en 1891, a los veinticuatro años de edad, María se matriculó en la Sorbona, la universidad más importante en aquellos tiempos, a fin de obtener la licenciatura en Física. Al poco tiempo se mudó a un cuartucho cercano al centro de estudios, donde pasaría largas horas en vela, estudiando, y comenzó, como nunca antes, una vida de soledad y aislamiento, en un mundo donde solamente había lugar para los libros y los papeles. En 1893, se graduó con los máximos honores, siendo la primera de su clase. Impresionada por las calificaciones, una conocida suya llamada Dydynska, le ayudó a conseguir una beca para que siguiera estudiando. Obtuvo la licenciatura en matemáticas en un solo año y logró el segundo puesto entre todos los estudiantes.

Es cierto, no pertenecía a la nobleza, ni poseía una extraordinaria belleza, tampoco tenía dinero. Solamente su tenacidad y empeño serían su pasaporte al éxito. Gracias a su esfuerzo constante y a sus altas calificaciones, la Sociedad para el Desarrollo de la Industria Francesa la eligió para que realizara más investigaciones sobre las propiedades magnéticas del acero. ¡Precisamente lo que necesitaba!, un trabajo que le proporcionara una entrada económica para, de esta manera, no tener que

regresar a Varsovia. ¡Podría permanecer en París! Pero, para poder desarrollar sus investigaciones, María necesitaba encontrar un laboratorio.

Un amigo suyo, el profesor Kowalski, le presentó entonces a un joven científico francés que, sin ella saberlo, no solamente la ayudaría a encontrar el sitio que ella andaba buscando para realizar sus experimentos… también sería, eventualmente, la recompensa a esa vida de abnegación y sufrimiento que había llevado hasta entonces; el compañero ideal para continuar sus investigaciones; un respiro en la carrera sin tregua que hasta entonces había librado en la vida… ¡el complemento del que saldría una fórmula perfecta: la pareja Curie!

Pedro Curie era un joven científico que trabajaba para ese entonces como jefe de la Escuela de Física y Química de la calle Lohmond. Tenía treinta y cinco años de edad, pero ya era célebre en su ambiente por sus múltiples estudios, por los logros que ya había comenzado a tener junto a su hermano Jacobo en algunos experimentos, como el del cuarzo piezoeléctrico hasta la enunciación del principio de simetría, así como sus balanzas y leyes. También él había vivido una vida de abnegación y dedicación al estudio lo que le apasionaba: las leyes físicas y químicas. Había sufrido también una desilusión amorosa y jamás se había vuelto a enamorar, pero sin saberlo, esperaba el amor.

La relación que comenzó como una simple conversación profesional y, más adelante, como camaradería entre colegas, se fue solidificando hasta que, finalmente, Pedro le propuso matrimonio a María. El 26 de julio de 1895 la tenaz polaca se convierte en María Curie, el nombre con el que se inmortalizaría en las páginas de la historia de las Ciencias.

Luego de un año de feliz matrimonio, María se somete al examen para convertirse en profesora de enseñanza media, y gana, —nuevamente—, con el promedio más alto. El 12 de septiembre de 1897 nace su primera hija, Irene. Y la vid., parece, al fin, sonreírle.

La maternidad y los quehaceres domésticos no le restan ni valor ni energías, y esta inagotable mujer parece robarle hasta el último segundo al reloj para seguir investigando. Desde hacía mucho tiempo María venía interesándose por unos descubrimientos que su colega Henri Becquerel había venido haciendo. Él había examinado las sales del uranio y descubrió

que emitían, sin intervención de la luz, unos rayos de naturaleza desconocida. Esto intriga a la científica que se propone descubrir de dónde proviene la energía que los compuestos de uranio emanan en forma de radiaciones, Pedro le facilita un pequeño local en la Escuela de Física y Química, donde ella comienza sus investigaciones.

Luego de muchas noches en vela, María logra descubrir que los minerales contienen Una materia radiactiva que es, al mismo tiempo, un elemento químico totalmente nuevo. En un informe a la Academia Francesa de Ciencias, en 18911, María Curie comunicó que dos minerales de uranio, la pecblenda y la calcolita, son más efectivos que el mismo uranio, lo que hace suponer que estos minerales pueden contener un elemento más activo que el uranio. Y así, casi por intuición, María da la primera información sobre el radio. Desde entonces, su esposo Pedro se une a ella en las investigaciones para ampliar los conocimientos sobre este nuevo elemento. Por ocho años la pareja se enfrasca en una inagotable labor en la que ambos son los únicos protagonistas. En los últimos cuatro años la lucha se hace más intensa: los esposos deben empeñar hasta sus bienes, tienen que pedir ayuda a las autoridades para poder extraer el material radioactivo que les permite continuar con sus investigaciones. Finalmente, en 1902, los Curie logran aislar un decigramo de radio puro y determinan el peso atómico de la nueva sustancia.

Pero quien piense que luego de tanto trabajo María pensaba descansar, no se ha familiarizado todavía con el carácter incansable de aquella ágil mujer. En 1903 terminó la preparación de su tesis y sé le otorgó el título de doctora en Ciencias Físicas con la nota de *cum laude*. Al poco tiempo se les concedió a su esposo y a ella la Medalla Davy, el primer reconocimiento oficial que el mundo de la ciencia les brindó. Sin embargo, las rivalidades y los celos no se hicieron esperar, y la Academia de Ciencias le negó a Pedro el derecho a entrar en ella. ¡Justamente en el momento en que quizás necesitaban de ese apoyo económico para continuar sus investigaciones! Sin embargo, en Suiza, se reparó semejante injusticia, y el 12 de noviembre del mismo año se les otorgó el Premio Nobel de física junto a Henry Becquerel.

Con los 70.000 francos que les concedió la Academia de Ciencias de Estocolmo, los esposos Curie continuaron sus investigaciones y su fama comenzó a extenderse. A Pedro se le ofrece la oportunidad de trabajar como catedrático de la Sorbona y María es nombrada su jefe de estudios.

Los esposos Curie en su laboratorio.

Es también por esta época que ambos reciben otros 50.000 francos, mitad del premio Osiris; su carrera está en la cúspide del éxito, sus relaciones familiares también y, el 6 de diciembre de 1904, nace su segunda hija, Eva. Por fin es aceptado en la Academia francesa de Ciencias. Saldan las deudas que tienen, compran una modesta casa en las afueras de la ciudad y, de nuevo, invierten la mayor parte de su dinero en las investigaciones.

Pero la dicha de la pareja se ve empañada cuando, una tarde de abril de 1906, un carro tirado por caballos, atropella a Pedro y le arrebata la vida. Sacando fuerzas de flaqueza, María vuelve a refugiarse en el trabajo. Funda el Instituto del Radio y, poco tiempo después, se le concede el Premio Carnegie. En 1908 llega a ser titular de la Cátedra de Física de la Sorbona y, dos años después, publica el «Tratado sobre la radioactividad». En 1911, luego que la Academia Francesa de Ciencias le niega la admisión entre sus miembros por ser mujer, la vida vuelve a hacerle justicia y la Academia Sueca le otorga el Premio Nobel de Química.

Quien diga que las mujeres forman parte del llamado «sexo débil» no ha leído la historia de María Curie. Cuando la guerra estalló en 1914, se entregó fervientemente a la asistencia de heridos. Terminada la conflagración mundial, regresó a su trabajo para sacar adelante el Instituto del Radio y la Fundación Curie. Fue invitada de honor de los principales presidentes del mundo; trabajó como colaboradora de varias instituciones de prestigio; se ganó el respeto y admiración de sus hijas, a quienes logró contagiar su sed por el conocimiento. Prueba de ello es que su hija Eva escribió la biografía de su madre y la mayor, Irene, colaboró con ella estrechamente en su laboratorio.

Su salud venía quebrantándose hacía años, pero ella no se doblegaba, no le prestaba demasiada atención a los malestares y seguía trabajando. Finalmente, en el mes de julio de 1934, su cuerpo agotado por una vida de tantos sufrimientos y esfuerzos, sucumbe; así como también por los efectos irreparables del continuo contacto con el Radio, que logran someter a esta ilustre mujer, investigadora incansable, que es hasta nuestros días ejemplo de tenacidad y amor a la ciencia, tanto para científicos como para todo el mundo.

2. María Montessori

Cuentan que el día de su graduación se presentó vestida de hombre como sarcástica protesta ante las restricciones culturales de la época hacia el sexo femenino: fue la primera mujer en graduarse de médico en Roma; corría el año 1894.

Nació en un pueblo llamado Chiaravalle, cerca de Ancona, el último día del mes de agosto de 1870. Desde muy joven sintió gran inclinación por la enseñanza. Sus primeros trabajos fueron como asistente en una clínica psiquiátrica. También trabajó con enfermos mentales por algún tiempo y, finalmente, durante estos primeros pasos en su carrera, dirigió una escuela de niños con problemas mentales. No cabe duda de que en estos años María estaba notablemente permeada por los métodos psicológicos del médico francés E. O. Séguin (1812-1880), pero faltaba poco para que sus técnicas predilectas fueran otras: las suyas propias.

Luego de trabajar por varios años con niños retrasados mentales, María comenzó a preguntarse si sus métodos serían aplicables también a niños normales. Una tarde, mientras realizaba algunos de sus primeros experimentos en una escuela del barrio de San Lorenzo, en Roma, observó que una pequeña de tres años de edad estaba completamente absorta tratando de encajar unos cilindros de madera en una pieza capaz de contener algunos de ellos. La pequeña pasó allí un gran rato, enajenada, inconsciente del mundo que la rodeaba, únicamente interesada en su labor. Cuando al fin logró colocar los cilindros en la pieza, miró a su alrededor con gran satisfacción, como si acabara de despertar de un sueño profundo y reparador. Entonces María se percató que desde pequeños los niños son capaces de sumirse en la más absoluta de las concentraciones. Canalizada de la manera apropiada, esa atención era la base para que, por sí solo, el niño aprendiera.

Comenzó a observar que, al igual que aquella pequeña, los niños, al concentrarse en una actividad determinada, entraban en lo que ella llamó «una polarización de la atención», después de la cual el niño se volvía más tranquilo, más expresivo, inteligente y ponía en evidencia cualidades interiores que recordaban los fenómenos de la más alta mentalidad. «Observé que —explicó ella después—, luego de ocurrir el fenómeno de polarización de la atención, todo lo que era antes confuso e inestable en la conciencia del niño parecía asumir una forma, cuyos maravillosos caracteres se reproducían en cada individuo. Esto hacía pensar en la vida del hombre, que puede dispersarse indistintamente, hasta que un objeto especial la atrae y le da una forma precisa, y sólo entonces se revela el hombre a sí mismo y empieza a vivir».

La observación de aquella pequeña, fue el principio de una serie de investigaciones y descubrimientos que la joven pedagoga comenzaría muy pronto a poner en práctica. Como primer punto, empezó a utilizar aquellas técnicas, que antes sólo había empleado en niños con dificultades para aprender, en chicos normales comprendidos entre las edades de 3 a 6 años. Poco tiempo después los extendió a algunos colegios que tuvieran niños de hasta 11 años, y así progresivamente. Ideó una serie de ejercicios de aprendizaje para los niños, materiales de enseñanza originales y cambió el concepto de que la maestra es la principal protagonista en el proceso de aprendizaje. En su método la «directora» observa, enseña poco y, sobre todo, se encarga de dirigir la actividad psíquica del niño, así como también su desarrollo fisiológico. El niño aprende a educarse a sí mismo, y será el material el encargado de señalarle sus errores.

Este método comenzó a tener repercusiones favorables en la gran mayoría de los niños a los que se les aplicaba, por lo que su difusión no se hizo esperar, sobre todo después de la Primera Guerra Mundial; primero por los países anglosajones y los Países Bajos, más adelante por el resto de Europa, Asia, Estados Unidos y algunos países de América Latina.

El método Montessori se basa en la creencia de que el potencial creativo del niño lo conduce a aprender, y éste es uno de sus principales derechos como individuo. Con ese sistema de enseñanza, los niños menores de seis años son estimulados a través de pequeñas motivaciones sensoriales, y

regularmente aprenden solos con facilidad. Gracias a esto, antes de los seis años los chicos ya saben leer, escribir y contar. Luego de esta fase, aprenderán a estudiar, siempre de una forma individual, las otras materias.

A partir de 1899, y hasta 1901, María trabajó como directora de una importante institución educativa de Roma, donde pudo probar la efectividad de su método. Pero un alma inquieta y trabajadora como la de ella, no se conformaba con lo aprendido hasta ese entonces, y supo combinar su trabajo con sus estudios de filosofía, psicología y pedagogía. De 1900 a 1907 enseñó pedagogía en la Universidad de Roma y, posteriormente, también antropología.

Es por este año, 1907, que abre la primera «casa del niño», la primera escuela en la que aplicaría sus métodos. Por los próximos 40 años, Montessori tendría que viajar intensamente por toda Europa, India y Estados Unidos, impartiendo instrucciones a maestros y centros educacionales que quisieran poner en práctica sus innovadores métodos.

María Montessori comenzó a perpetuar sus técnicas y métodos a través de diversas obras, siendo la primera *Il método della pedagogía scientifica*, en 1909. Ocho años más tarde publicaría un segundo libro llamado *The Advanced Montessori Method*, en 1917; y, por sus múltiples compromisos y ocupaciones, sus otras obras se verían pospuestas hasta 1936, año en que salió a la luz *The Secret of Childhood*, y nuevamente se interpondrían diez años de silencio antes de que se publicara *Education of a New World*, en 1946. Siguieron años de duro trabajo, más viajes y nuevos descubrimientos, hasta que la incansable educadora publicó sus últimas obras: *To Educate the Human Potential*, en 1948, *La mente absorbente*, en 1949, y su obra autobiográfica, *María Montessori*, *Her Life and Work*, en 1957. Todas sus obras han sido traducidas a varios idiomas y han tenido gran repercusión en los métodos de enseñanza de nuestros días.

Cuando el fascismo entró en Italia, María Montessori se vio obligada a dejar la tierra que tanto amaba. Vivió por algún tiempo en España y Sri Lanka, hasta que finalmente se estableció en Holanda, donde vivió sus últimos años.

María Montessori murió un 6 de mayo de 1952, pero sus métodos de enseñanza aún palpitan en nuestras comunidades, donde cada día se hacen

más latentes cuando más escuelas asumen algunas, o todas, sus técnicas. Su intensa labor en pro de la niñez mundial ha quedado en las páginas de la historia, sin que el paso inexorable del tiempo borre de nuestra memoria la transparencia de su alma, la nobleza de su espíritu y el valor de su tarea.

3. Helen Keller

Imagínese por un momento, que el mundo maravilloso de los sonidos, la música y el ruido quedan desconectados de su sistema auditivo y está inmerso en el más profundo de los silencios, un silencio inimaginable, no como el de la noche o la espesa madrugada, cuando todavía se genera un peculiar sonido, no. Imagínese un silencio severo, rotundo.

Ahora, cierre los ojos y trate de pensar que la luz y sus destellos, la forma y color del mundo, han desaparecido, y que se encuentra perdido en el vasto laberinto de la vida. Precisamente así se vio, casi desde su nacimiento un 27 de junio de 1880, en la población de Tuscumbia, Alabama, Helen Keller, una mujer cuya sed de conocimientos le impedirían quedar doblegada o sumergida en su angustia.

Es claro que la situación de ella era menos favorable que la de usted o la mía, si ahora nos sucediese esa tragedia, todo sería mucho más fácil, ya que ahora, en pleno siglo XX —y a las puertas del XXI—, nosotros contamos para comunicarnos con el mundo que nos rodea, con muchas de las facilidades que ella no tuvo. Sí, nosotros tenemos en la mano los instrumentos, mientras que ella tuvo que inventarlas, pelear para que llegaran a existir, pasar por años de lucha, de frustraciones, de tinieblas y de silencio.

Sus padres no eran pobres, tenían un hogar cómodo y seguridad económica, él se llamaba Arthur Keller y ella Kate Adams. Luego de año y medio de haber dado a luz y tener a su amada bebita Helen en casa, la pequeña enfermó de algo descrito como «una congestión cerebral y estomacal», que la dejó sin visión y le cerró también el mundo sonoro. La pequeña, que ya comenzaba a balbucir sus primeros vocablos, dejó de pronunciar rápidamente esas primeras palabras y enmudeció. Para pedir lo que deseaba intentó usar señas, pero sin resultados, así es que comenzó a

comunicarse por gritos y llanto, para pedir algo, y por risotadas tontas, para mostrar agrado.

A pesar de que algunos años antes de su nacimiento, en algunas escuelas de Escocia ya se había comenzado a instruir a niños ciegos y sordos, todavía en la mayor parte del mundo las personas que padecían su mismo problema eran consideradas retrasadas mentales. Sin embargo, un médico que la examinó, consideró que su inteligencia podía ser normal, mientras que, en otra parte del mundo, un francés llamado Louis Braille, inventaba un sistema de lectura especial para ciegos, el mismo que llevaría después su apellido.

Fue el propio Alexander Graham Bell, quien aconsejó a Arthur y Kate Keller que buscaran ayuda en el Instituto para sordos y Ciegos Parkings, de Boston. Allí, una jovencita de buen carácter, profunda paciencia y una vocación excepcional por su profesión, había demostrado su capacidad para trabajar con los niños incapacitados. Tenía diecinueve años y sus padres, unos inmigrantes irlandeses, habían muerto. Se llamaba Anne Sullivan, y ella fue la escogida para ser la maestra de Helen Keller.

A su llegada, la joven maestra descubrió que el trabajo que le esperaba era más difícil de lo que imaginó. Tenía que correr el manto negro que había cubierto a esta niña por bastantes años, tenía que quitar el tapón que le había vedado a Helen la posibilidad de saber de un mundo que no podía ver y tampoco escuchar. Su llegada era la primera pincelada de color sobre el lienzo de la vida pálida que había tenido esta niña, o, como la misma Keller describiera en su obra autobiográfica:

> *«Salí de Egipto y me encontré frente al Sinaí, y un poder divino inundó mi espíritu y le dio la facultad de ver, de manera que contemplé muchas maravillas y escuché una voz que venía de la montaña sagrada y que decía que la sabiduría es amor, luz y revelación».*

La fecha que el calendario marcaba, 3 de marzo de 1887, día en que Anne Sullivan llegó a la casa de los Keller, sería determinante en la vida de Helen; desde entonces, y hasta la misma muerte de la profesora, las uniría un lazo inquebrantable. La primera lección fue con una muñeca. Al sostenerla entre sus brazos, Anne escribió la palabra «muñeca» en la palma

de la mano de la niña. Y lo que comenzó como un juego para la pequeña de casi siete años, se fue convirtiendo en el hilo dorado que la pondría en contacto con el mundo.

Dos años después, en 1889, la niña ya escribía y leía Braille con fluidez. Con notable rapidez supo reponer el tiempo que la vida le había hecho perder. A los diez años el alma inquieta que había vivido encarcelada, rogaba por salir y comunicarse con sus propias palabras, por lo que le suplicó a su maestra que la ayudara a hablar. Y aquel sueño que parecía imposible para todos se hizo realidad, pues Anne descubrió que Helen podía familiarizarse con los sonidos al colocar sus dedos en la laringe de su maestra, y percibiendo las vibraciones, comenzó a imitar algunos de aquellos sonidos.

En el verano de 1894, Helen tuvo la oportunidad de ingresar en la Escuela Wright-Humason para sordos, en Nueva York. Allí pudo aprender aritmética, geografía, física, francés y alemán, además de perfeccionar la lectura de los movimientos labiales. Aunque sus logros en estos años fueron notables, eran menores a lo que sus profesores y ella misma esperaban, pues ellos deseaban que ella llegara a hablar con fluidez. Pero el tiempo que había permanecido en silencio le hacía difícil articular a la perfección.

En el verano de 1896 sufrió un gran dolor, su padre falleció luego de una breve enfermedad, y el mundo de Helen, que comenzaba a conocer la felicidad, se vio ensombrecido nuevamente, esta vez por el dolor de la muerte.

El tiempo no detuvo su paso ante la tragedia, y la vida tomó su curso nuevamente. En octubre de 1896, Helen se inscribió en el Colegio Cambridge para señoritas. Allí surgió el deseo, cada vez más fuerte, de asistir a la Universidad y proseguir sus estudios. Pero estaba en Cambridge y tenía que luchar mucho para cristalizar ese sueño. Dos de sus maestros aprendieron el alfabeto dactológico a fin de ayudarla mejor. Sin embargo, era siempre la paciente y bondadosa mano de su maestra Sullivan, la que estaba invariablemente cerca para deletrear en la suya lo que los profesores decían. No fue fácil estudiar bajo aquellas circunstancias: la señorita Sullivan no podía «traducir» todo lo requerido de acuerdo con los libros, ni hacerlo con la rapidez con que hablaban los catedráticos, además era muy

difícil hacer impresiones especiales de los libros de texto, o adquirirlas a tiempo; tampoco, como ella misma explicara,

> *«podía tomar notas en clase ni escribir los ejercicios, pero en casa, por las noches, escribía a máquina mis composiciones y traducciones».*

Luego de muchas noches en vela y tardes de intenso estudio, Helen pudo ingresar a la Universidad de Radcliffe, en el otoño de 1900. Años después, al graduarse, lo hacía con los máximos honores y lo hizo con grado *cum laude*. Desde entonces se dedicó a ayudar a otras personas que, como ella, tenían dificultades físicas. Por medio de la palabra impresa, a través de ensayos y columnas en periódicos y revistas de Estados Unidos, Helen creó conciencia del problema social que enfrentaban los niños y las personas que padecían de deficiencias similares a las de ella. Rompió no sólo la barrera del silencio que la había bloqueado por tantos años, también mostró al mundo que existía otro tipo de ceguera: la de una sociedad miope que había visto con indiferencia a estas personas, creyendo que sus deficiencias estaban siempre vinculadas a enfermedades venéreas. Ayudó al mundo a asumir responsabilidades en cuanto a los afligidos, fue miembro activo de diversas entidades benéficas, entre las que se destacan la Fundación Americana para los Ciegos. También formó la Fundación Helen Keller con un presupuesto de dos millones de dólares.

En 1932, la Compañía Pictorial Review le otorgó el Premio Proeza, consistente en 5.000 dólares por su singular labor. Viajó alrededor de más de 25 países, dando conferencias sobre las condiciones de los ciegos. Durante la Segunda Guerra Mundial, trabajó con aquellos soldados que habían quedado ciegos en el campo de batalla. Fueron muchos los premios que recibió, entre ellos vale la pena recordar col listón Chevalier de la Legión Francesa de Honor, así como también condecoraciones de diversos gobiernos del mundo. Dondequiera que aparecía, sus palabras y ejemplo inyectaban una nueva esperanza a los que, como ella, tenían limitaciones físicas, y les brindaba una nueva perspectiva a los que, no teniéndolas, padecían de limitaciones espirituales, ampliaba sus horizontes y les enseñaba a ver con los ojos del espíritu, a escuchar la música del alma.

En 1936 murió su maestra, Anne Sullivan, pero sus enseñanzas habían dejado raíces muy hondas en su amada pupila Helen Keller. Ya, con la ayuda de su profesora, había escrito varios libros, entre los que se destacan *El mundo en el que yo vivo*, *Fuera de la oscuridad*, Permítannos tener fe, *El diario de Helen Keller, La profesora Ann Sullivan Macy, Optimismo* y *La hacedora de milagros*, obra biográfica que le valió el premio Pulitzer, en 1960. Algunos de sus libros han sido llevados a la pantalla, otros han sido la fuente de inspiración para documentales, reportajes especiales, estudios más profundos sobre los ciegos, los sordos, los mudos… en fin, su legado al mundo es de un valor realmente inestimable.

Helen Keller y Anne Sullivan.

Luego de conocer casi todo el mundo, de sorprender el encanto de la vida y de la gente, de haber visto a través de una luz muy especial y diferente, murió Helen Keller, en 1968, satisfecha de la vida, feliz de su labor. Quizás, agradeciendo a Dios por haberle dado un espíritu tan emprendedor, por haberle permitido canalizar toda esa energía que por siete años estuvo revoloteando en la cárcel de un mundo incoloro y mudo, de haberla liberado en cierta forma, y permitido conocer la felicidad. Porque por difícil que parezca de creer, sobre todo para los inconformes y los escépticos, Helen Keller fue feliz. Se aferró al más delgado listón para prenderse de la vida y disfrutarla, mientras hay quienes, teniéndolo todo, se sienten atados. Se conectó al mundo para disfrutarlo plenamente y, como ella misma expresó alguna vez, «*en el mundo maravilloso de la mente pude ser tan libre como cualquiera*»… pero feliz como casi nadie, porque hay pocos seres tan privilegiados como ella, que fue capaz de ver y percibir las cosas que realmente son importantes, y que no siempre se captan con una mirada.

4. Irène Joliot Curie

Como si quisieran continuar una hermosa tradición científica, veinticuatro años después que el matrimonio Curie compartiera el Premio Nobel, los Joliot-Curie también lo reciben por su labor en conjunto.

Un año antes de que su madre lograra separar el radio, nació Irène, era el 12 de septiembre de 1897. Su niñez hubiera estado dominada por la soledad, debido a la consagración de sus padres a la ciencia, de no haber sido por la presencia de su abuelo paterno, quien vivía en la misma casa. Fue éste quien más influyó en su manera de pensar y de ser, pues, además, a muy temprana edad, a los nueve años, perdió a su padre. Es por lo tanto que de Eugène Curie, hombre de gran personalidad, médico que ofreció sus servicios durante la revolución de 1848 y durante la Comuna de 1871, de quien Irène hereda su anticlericalismo y sus ideas políticas.

La calidad científica de su educación no pudo ser mejor. A los diez años ingresó en un colegio organizado por su madre y otros eminentes científicos, y dos años después pasó al College Sevigne, de donde se graduó a comienzos de la Primera Guerra Mundial, y de allí a la Sorbona, aunque durante algunos meses tuvo que interrumpir sus estudios, pues sirvió como enfermera, colaborando con su madre en los servicios radiológicos.

Terminada la guerra, se integra, como asistente, al Instituto del Radio que dirige su madre. Pero poco después, ya en 1921, empieza sus propias investigaciones, concentradas en el estudio de las partículas alfa del polonio radioactivo, elemento descubierto por sus padres dos décadas atrás. Sus hallazgos la hacen merecedora del doctorado en 1925.

Es aquí, en el Instituto del Radio, donde conoce a Fréderic Joliot, con quien se casa en 1926, y con él comienza la faceta más importante de su investigación, que fue galardonada con el Premio Nobel de química en 1935, por la síntesis de nuevos elementos radioactivos. Un año más tarde, la

hacen profesora de la Sorbona, donde enseñaba desde 1932. La docencia no impide que continúe sus investigaciones, y durante la década de los treinta intensifica su investigación en el campo de la radioactividad. Estuvo muy cerca de descubrir que al bombardear con neutrones el uranio, se provocaría la división o fisión de sus átomos. Otros investigadores, realizando los mismos experimentos, lograron la fisión del átomo de uranio en 1938.

Aunque sólo por cuatro meses, trabajó en 1936 para el gobierno de León Blum, lógicamente en el área de la investigación científica, y es durante estos años que su actividad política aumenta considerablemente. Durante la ocupación nazi dio muestras de gran valor, pues solamente no abandonó París, sino que junto a su esposo, colaboró con la Resistencia. Pero el camino hacia el exilio lo tuvo que emprender en 1944, cuando las actividades de su marido empezaron a llamar la atención de la Gestapo, y con sus dos hijos se encaminó hacia Suiza, pasando Fréderic a la clandestinidad.

Regresó tras la liberación de París, y en 1946 se convirtió en la directora del Instituto del Radio. Ese mismo año, también encabeza la Comisión Francesa de la Energía Atómica, y como directora de este centro permaneció hasta 1950, cuando su salud empezó a deteriorarse.

La figura de Irène no sería tan atractiva, de no haberse preocupado también por cuestiones sociales y políticas. Siendo una mujer, trabajó fuerte en pro del avance tanto social como intelectual de ésta, también se destacó como luchadora a favor de un mundo más armonioso y menos cruel, participando en el Consejo Mundial de la Paz.

En su vida, gozó del reconocimiento de muchísimas instituciones. Gran número de universidades le concedieron títulos honoríficos, y fue miembro de un sinnúmero de organizaciones científicas. Su patria la condecoró con el máximo galardón que otorga la Legión de Honor.

Al igual que su madre, la humanidad le debe el respeto que se merece por haber sacrificado su vida a la investigación científica. Probablemente tras la causa de su muerte, víctima de la leucemia, se halle la exposición prolongada a la radioactividad. Murió el 17 de marzo de 1956.

Es Irène una digna heredera de Mme. Curie, y al igual que ésta, una fuente de inspiración para toda mujer. Por sus logros científicos posee

merecida fama, pero ésta no basta, si no reconocemos también los aspectos positivos de su personalidad, en la que dominaban los gestos pacientes y una amable ecuanimidad.

5. Margaret Mead

Pocos antropólogos han sido tan conocidos como Margaret Mead. Su fama se debe a una gran variedad de factores. En el campo profesional, su labor fue extensísima y su profesionalismo incuestionable; pero además, tuvo el mérito de hacer, mediante sus escritos y conferencias, sus hallazgos e ideas accesibles a todos.

Para Margaret hubiera sido difícil ser una persona insignificante, avalada por las condiciones de que su padre fuera un distinguido profesor en la Universidad de Pennsylvania, y su madre, Emily, una maestra graduada de Wellesley College, que además poseía una maestría en sociología. Emily, aparte de devota esposa y mujer de estudios, era feminista, sufragista, y le encantaba asociarse a cualquier organización social que intentara «convertir a este mundo en un mundo mejor». Para incrementar el bagaje de la familia, la abuela paterna de Margaret también había obtenido una educación universitaria y era maestra. En la actualidad, tener una madre y una abuela universitarias no llama excesivamente la atención, pero hay que recordar que Margaret pertenece a la primera generación del siglo xx, ya que nació el 16 de diciembre de 1901, en Filadelfia.

Los Mead eran unos entusiastas de la educación, pero consideraban que el sistema educativo imperante no tenía nada bueno que ofrecerle a sus cinco hijos. No estaban de acuerdo con que a los niños se les mantuviera encerrados y encadenados a sus pupitres, es por esto que la encargada de su primera educación fuera su abuela, Martha Adeline Ramsay Mead. Según la propia Margaret, de este trío singular aprendió lo que era el gozo intelectual, el respeto por los hechos, la ética académica, su interés por procesos reales y niños reales, el considerar la observación como un acto de amor, su adherencia a los principios igualitarios, su sentido de responsabilidad hacia la sociedad y la justicia, su austeridad, su amor al hogar, su generosidad y compasión.

Con este bagaje de conocimientos, poco podría ir a buscar a la universidad, y además estaba indecisa sobre qué carrera elegir, se debatía entre dedicarse a la psicología, o la sociología, como su madre, a la política, o simplemente ser escritora. Todavía no había recibido el «llamado», esto sucedería entre 1921 y 1922, cuando asistió, en el Barnard College, a su primer curso de antropología. Lo impartía ni más ni menos que Franz Boas, considerado por muchos el padre de la antropología americana, y lo asistía Ruth Benedict, una de las grandes en este campo del saber humano, y quien sería por muchos años su gran amiga.

Su elección tuvo una índole casi religiosa. Margaret buscaba dedicarse a algo donde pudiera hacer un aporte, un área de estudios donde su talento fuera utilizado al máximo, un trabajo que importara y que tuviera que hacerse ya. Así que cuando recibió su maestría en psicología, en 1924, su destino, sino trazado, lo tenía decidido. En 1972 recordará cómo cuando aún era estudiante, se despertaba por las noches diciendo:

«El último hombre de Roratonga que sabe algo acerca del pasado, probablemente se muera hoy. Me tengo que dar prisa».

Y prisa se dio. Al año siguiente ya se encontraba en Samoa, donde permaneció hasta 1926. Su viaje siguiente fue a Nueva Guinea, y el día que partió de Manus, la gente lamentaba su ida como si se fuera hacia el otro mundo, pensaban que jamás la volverían a ver. Pero Margaret fue una antropóloga muy particular, a diferencia de otros que efectuaban una extensa visita y recopilaban suficientes datos para nunca más tener que regresar, o si acaso retornaban, era por un corto espacio de tiempo o, incluso, en vez de ir ellos, mandaban a un colaborador; pero Margaret retornaba una y otra vez. A Nueva Guinea volvió veinticuatro veces, y al pequeño poblado de Pere, en la Isla de Manus, seis veces, de 1928 a 1972. Su obra acerca de estas gentes es monumental, y en ella, mediante una minuciosa exposición de detalles, logra plasmar la transformación cultural de una sociedad que en una sola generación pasó de la Edad de Piedra a la de la electrónica.

Sus estudios no se concentraron en los manus únicamente, como ella diría fueron «*ocho gentes que me admitieron en sus vidas*». Gracias a ella,

la vida, ya alterada por la sociedad moderna, de los samoanos, manus, arapesh, mundugumor, ichambuli, balineses, iatmul e, incluso, de americanos, ha quedado descrita para siempre en la obra científica de Margaret. Afortunadamente, no fue una amante de los términos oscuros, y del gusto de algunos especialistas de sólo escribir para otros especialistas; Margaret quería que todos supieran y que el mundo fuera más rico en sabiduría, y por eso escribió con un lenguaje sencillo y delicioso que hace de una narración científica, una lectura amena y accesible a todo tipo de público, al que ayuda a comprenderse a sí mismo. Sin embargo, los cuarenta y cuatro libros que componen la obra de Mead son, además, gran parte de la base de la antropología americana como ciencia.

Fue también en el campo de la antropología toda una innovadora. A ella se deben el primer uso de la fotografía, de las tomas cinematográficas en este campo y de los estudios interdisciplinarios. Pero lo que hace más interesante aún su labor, es su constante esfuerzo por aplicar los conocimientos ganados, en el estudio de otros grupos para mejorar su propia cultura. Sus trabajos, por lo tanto, por empíricos, teóricos o metodológicos que parezcan, siempre son la base de donde parte para enfocar problemas actuales que afectan la vida diaria del hombre moderno, y principalmente del norteamericano.

Cuando ella empezó a escribir, la cultura como concepto antropológico estaba en ciernes, y solamente se comenzaba a comprender la gran variedad de patrones culturales que existían, a través del espectro de las distintas sociedades, Fue ella la que por primera vez estudió a la mujer a través de una perspectiva transcultural, y gracias a sus conocimientos psicológicos, también la primera en hacer uso de esta ciencia en su labor de campo, es decir, en la compilación de datos. Fue pionera en los estudios sobre los métodos de crianza de los niños, y una de las fundadoras de dos escuelas dentro de la antropología, la cultural y la de la personalidad. Como sería imposible enumerar toda su contribución a la antropología, vamos a conformamos con indicar algunos de los estudios que demuestran su vigencia: las relaciones entre generaciones, la kinestética, el aprendizaje, la enculturación, la interpretación de la cultura a través de sus símbolos y el aspecto generacional.

Su visión del mundo, principalmente la que desarrolló y explicó durante las décadas del sesenta y del setenta, contiene advertencias que, lamentablemente, aún hoy son un llamado poco escuchado a favor del sentido común, una invitación al ser humano a respetar el planeta en que han tenido la suerte de desarrollarse. Lo que en un principio la había atraído hacia la antropología, la necesidad de preservar aunque sólo fuera en sus escritos la vida y las costumbres de comunidades amenazadas por los cambios, en sus últimos años se transforma en un llamado a la preservación del planeta, al que ve como un mundo frágil, pequeño y precioso, en el que la sobrevivencia humana se encuentra en peligro.

Sus conferencias, aparte de narrar sus experiencias como antropóloga, tocaban temas de interés social, personal y moral, como el control de la natalidad, la adolescencia, el sexo y el matrimonio; la posición de la mujer en la sociedad, la vejez y la muerte; la salud mental y espiritual; la educación, los problemas de la superpoblación, la alimentación y el hambre; la ecología, el medio ambiente y la paz. Practicante de su religión, la episcopal, también dio charlas sobre la religión en la sociedad moderna.

Su amplitud de miras y su casi legendaria celebridad, le causaron algún que otro problema con sus colegas antropólogos, que a veces la criticaron duramente. Pero Margaret no era mujer para amilanarse por críticas, y continuó expresando su opinión sin miedo a las censuras de nadie, además, perteneció a gran número de organizaciones tanto científicas como de bienestar social, norteamericanas e internacionales.

A pesar de tanta: actividad profesional, tuvo tiempo para encontrar tres maridos, todos ellos antropólogos. Con su último esposo logró satisfacer su más ansiado deseo, ser madre, aunque debido a ciertos problemas ginecológicos se tuvo que conformar con tener una sola hija, en vez de seis como quería. Su hija, Mary Catherine Bateson, nació en 1939, y con ella, por fin, quien tanto había estudiado la maternidad y la crianza de niños, pudo, con la llegada casi milagrosa de la «nueva persona», ser completamente feliz. Algunos años después, el ciclo se completaría con la llegada de su nieta; así, Margaret, que tanto había gozado y aprendido de su relación con su abuela, se realizaba, a su vez, como abuela.

En 1954, ocupa ya la cátedra de antropología de la Universidad de Columbia, la misma en la que recibió su entrenamiento en este campo, y su doctorado en 1929. En Nueva York también se encontraba «su oficina», el lugar al que regresaba tras sus viajes y donde mejor se concentraba para escribir, ubicado en el Museo de Historia Natural. De esta gran institución la nombraron Curador Emérito en 1969, y dos años más tarde, vio reconocida su obra al abrirse un pabellón dedicado a las gentes del Pacífico. Poco después, en 1976, para celebrar su setenta y cinco cumpleaños y sus cincuenta años como miembro del museo, se constituyó la Fundación de Margaret Mead.

El 15 de noviembre de 1978, el día en que el *World Almanac* (Almanaque mundial), incluía su nombre entre las veinticinco mujeres más influyentes del mundo, Margaret no pudo estar presente en la inauguración de la reunión anual de la Asociación Antropológica Americana, ni pudo seguir planeando su séptima visita a Manus.

Cuando los habitantes de Pere, en Manus, supieron que «Margarit Mit» nunca más volvería, cerraron los colegios y permanecieron encerrados en sus casas durante veinticuatro horas. Le rindieron un duelo que duró cinco días, como si de un gran jefe se tratase, y plantaron tres cocoteros en memoria de su gran amiga.

Al año siguiente, los Estados Unidos le confirió la distinción más alta que se puede otorgar a un civil, la «Medalla Presidencial de la Libertad».

La vida de Margaret Mead se extiende más allá de su vida natural, pues en sus libros permanece palpitante, a través de sus anécdotas personales, de su visión y de su capacidad intelectual. En sus obras, en sus notas de campo, en los textos de sus conferencias, grabaciones, fotos y películas, hay más de Margaret que en el cuerpo que la albergó.

Capítulo 11

Mujeres de acción

1. Juana de Arco
2. Florencia Nightingale
3. Mata Hari
4. Coco Chanel

1. Juana de Arco

El reinado de Carlos VII alcanzaba al inicio sólo hasta el sur del río Loira, pero tras su coronación en Reims, en 1429, reconquistó el territorio francés que se encontraba en manos de los ingleses, a excepción de Calais. Esto ocurrió durante el segundo periodo de la Guerra de los Cien Años, gran conflicto en que contendieron Francia e Inglaterra. Esta etapa de la guerra se inició con las pretensiones de Enrique V de Inglaterra a la corona de Francia, y que le llevó a lanzar contra este país una expedición compuesta por varios millares de hombres. Las victorias fueron favorables a los ingleses hasta 1429.

¿A quién se debió que Carlos VII fuera por fin coronado? ¿Quién, luego de largos periodos de derrotas, cambió la suerte del ejército francés? En Francia era muy conocida una profecía, según la cual de una mujer vendría la ruina del país; y de otra, una doncella proveniente de la región de Lorena, vendría la salvación. La primera parte de la predicción se vio cumplida, cuando Isabel de Baviera, esposa del rey Carlos VI, traicionó a su propio hijo, el Delfín, futuro Carlos VII, para aliarse con su pariente, el duque de Borgoña, partidario de los ingleses. Una niña campesina, llamada Juana de Arco, tendría ocho años cuando la reina Isabel de Baviera firmó el infame Tratado de Troyes, mediante el cual su hijo perdía el derecho al trono de Francia, el que pasaría a Enrique V de Inglaterra por su matrimonio con Catalina, hermana del Delfín. Todo el pueblo francés sufría por el destino del país, y no escapaban a ello las pequeñas aldeas, que en muchas ocasiones eran víctimas del abuso de los soldados ingleses. Y Juana, aunque niña, se percataba de los acontecimientos que consternaban a todos. Pero aún estaba lejano el día en que se cumpliría la segunda parte de la vieja profecía.

En Domremy, pequeña aldea francesa de los campos de Lorena, vivía el matrimonio de Jaime de Arco e Isabel Roomée, los que tenían ya tres hijos

varones, y aproximadamente el 6 de enero de 1412 les nació una niña, Juana, a la que seguiría otra más. La infancia de Juana se desarrolló como la de los otros niños de la aldea, nada especial la distinguía, y como ellos, ayudaba tanto en las labores domésticas como en las del campo, pues a los niños no se les enseñaba a leer ni a escribir, era un lujo considerado inútil, e incluso muchos ricos firmaban con una cruz. Si un rasgo diferenciaba a Juana, era su profunda devoción religiosa; muchas veces interrumpía sus juegos o su trabajo para apartarse a rezar.

Cuando cumplió los trece años, un día que se separó del grupo para hacer sus rezos, oyó que la llamaban. Fue a su casa pensando que era su madre, y luego supuso que sería broma de algún hermano o amigo; entonces, volvió al lugar donde había escuchado «las voces» a continuar su meditación. Pero de nuevo oyó que le decían «*Sé siempre buena y piadosa, Juana. Has sido elegida para realizar grandes hazañas*». El hecho siguió repitiéndose, y según ella declararía durante su proceso, se le apareció el Arcángel San Miguel, luego Santa Catalina y Santa Margarita, de las que era devota. Las santas le aconsejaban hacer una vida limpia, pero aún no le comunicaban cuál sería la misión a la que estaba destinada. Ante estos llamados a la pureza, Juana hizo votos de castidad perpetua. Pasaron cuatro años de coloquios con los divinos seres, pero ella sólo sabía que tendría que dedicarse por entero a su patria.

Llegó el año 1428, e Inglaterra decidió consolidar, de una vez y para siempre, su dominio en territorio francés. Y un día se le vuelve a presentar a la muchacha el Arcángel San Miguel, esta vez con órdenes precisas:

> *«Parte de tu aldea y ve a salvar a Francia. Tienes que presentarte al capitán de la fortaleza de Vaucouleurs, Robert de Baudricourt, y pedirle una escolta de hombres armados que te conduzcan a la presencia del Delfín. Tienes el deber de levantar el sitio de Orleáns, acompañar al Delfín hasta Reims para que sea coronado, y expulsar a los ingleses del suelo de Francia».*

Juana no cesaba de repetir que cómo ella, ignorante campesina, que no sabía cabalgar y menos manejar las armas, podría llevar a cabo hm grande empresa. Pero a su vacilación inicial, le siguió una firme resolución. El

primer inconveniente era su propia familia. A ésta nada podía participarle, pues jamás la dejarían partir a cumplir el deber a que estaba destinada. Recurre a su primo, Durand Laxart, al que llamaba tío, y que vivía cerca de Vaucouleurs. Fue a visitarlo, como a menudo hacía; y le confió todo cuanto le estaba ocurriendo desde hacía cuatro años. Le pidió que la acompañara a hablar con el capitán de la fortaleza, y él, aunque presintiendo lo baldío del viaje, fue con ella.

La primera entrevista no tuvo ningún éxito, todos pensaron que era una alucinada. Juana regresó a su hogar, no sin antes decir al capitán que no dejaría de volver en otra ocasión. Pasaron algunos meses, la situación de Francia empeoraba y las «voces» la apremiaban. La muchacha volvió a pedir ayuda a Laxart, y a mediados de diciembre de 1428 salió por última vez de su casa. El segundo intento ante el capitán Robert de Baudricourt de nuevo fracasó. Pero ya se había corrido la noticia de que una doncella de Lorena decía estar destinada por Dios para salvar a Francia, y todos comienzan a pensar si no sería la persona que indicaba la profecía. Por fin, el capitán se deja convencer por la ferviente seguridad con que la joven le hablaba, y temiendo oponerse a un, quizás, cierto propósito divino, le proporcionó una escolta para ir a Chinon a entrevistarse con el Delfín.

El Delfín cree en ella desde el primer momento, pero está rodeado de malos consejeros y su carácter es débil. Juana es sometida a un exorcismo —por si es una endemoniada— ya varios interrogatorios. Los representantes de la Iglesia no encuentran en ella, en esta ocasión, nada que pueda tomarse por herejía. Todas estas investigaciones sobre su persona, incluso llevadas hasta su aldea natal, la desesperan, pues el tiempo la apremia. Primero tiene que levantar el sitio de Orleáns, y para ir al campo de batalla le hacen una armadura a su medida, le bordan un estandarte que enarbolará en todo momento, le traen una espada que nadie sabía que estaba enterrada junto al altar de Santa Catalina de Fierbois y que ella manda a buscar, y le proporcionan un capellán, dos pajes y un limosnero para su servicio personal. Además, los jefes militares tienen órdenes expresas de mantenerse bajo su mando.

Parte para Orleáns, y en un momento dado sus órdenes son desobedecidas, pero pronto los oficiales se dieron cuenta de que ella llevaba

la razón y se pusieron incondicionalmente a su disposición. Los ataques son impetuosos, Juana exhorta constantemente a los soldados, y, aún herida, se mantiene al frente. Con el levantamiento del sitio de Orleáns, comienzan los reveses del ejército inglés, y el ejército francés vuelve a ganar confianza en sí mismo y a hacer suyas las victorias. La ciudad la aclama como su libertadora, por lo que también se le conocerá como *La doncella de Orleáns*.

La segunda etapa de su misión es conducir al Delfín a Reims para su consagración, sin lo cual no podía ser reconocido como el verdadero rey. El camino hacia la ciudad donde, desde el siglo v, se coronaba a todos los reyes de Francia, ya estaba limpio de ingleses; Juana, siempre a la vanguardia, iba obligando al enemigo a retirarse y dando triunfos a los franceses. Los ingleses estaban, por otra parte, convencidos de quela joven estaba asistida por el demonio, y los franceses opuestos a Carlos VII no dejan de ver en ella un mito al que hay que destruir. Así que Juana, además del amor del pueblo que ve en ella a la heroína salvadora de la profecía, tiene también grandes enemigos. Por fin, el 17 de julio de 1429, se realiza la coronación.

Le faltaba ahora recuperar para su rey los territorios que continuaban ocupados y unir a los franceses divididos. Juana sabe que le queda poco de vida, y su propósito inmediato es conquistar París; pero el Rey empieza a desatender sus consejos y con ello entorpece sus planes: los soldados de Carlos VII fueron retirados y Juana tuvo que permanecer todo el invierno inactiva. En abril de 1430 Se dirige hacia París con la pequeña tropa que le queda, pero antes tiene que acudir en ayuda de la ciudad de Compiegne, asediada por el duque de Borgoña. Ya las «voces» le han anunciado que caería muy pronto en manos de los enemigos. El 23 de mayo, ante Compiegne, lucha con ahínco, pero tiene que buscar refugio tras los muros de la ciudad. Al anochecer reemprende la batalla, pero la llegada de refuerzos para los adversarios la obligan a replegarse nuevamente, no sin dejar de cubrirle la retirada a sus soldados. Antes de que lograra entrar a la ciudad, el puente fue levantado, quedando ella, junto a los pocos que se encontraban a su lado, entre ellos uno de sus hermanos, a expensas de los enemigos. Que el puente se haya alzado impidiéndole refugiarse en la

ciudad, es una posibilidad de traición, que aunque no ha sido confirmada, mucho se ha manejado.

Le esperaban ahora, meses de atormentadores interrogatorios. La prisión de Juana fue un descanso para muchos, los que veían en la humilde campesina que había logrado infundir fuerza y confianza a los soldados, y que había sabido tomar acertadas decisiones sin conocer nada del arte de la guerra, a una clara, pero peligrosa inteligencia que hacía sombra a sus intereses. Estaba cautiva en un castillo de partidarios del duque de Borgoña, y luego la trasladaron a la fortaleza de Beaurevoir. El obispo de Beauvais, Pierre Gauchon, la vendió, en noviembre, a los ingleses por diez mil ducados de oro, y la trasladaron a Ruán, donde empieza el proceso. No obstante haberla puesto en manos de los ingleses, el tribunal eclesiástico francés pide juzgarla. Aunque las raíces del asunto eran políticas, el juicio tenía que llevarse por otros canales, había que probarle que era hereje a toda costa. Eran setenta y cinco jueces, y al frente de ellos, dirigiendo personalmente los interrogatorios, el obispo de Beauvais, Pierre Gauchon; eran los últimos días de diciembre de 1430, Carlos VII, que tanto le debía, se mantuvo alejado del proceso, y aunque en diciembre de 1429, como agradecimiento, y sin Juana pedirlo, le había concedido títulos de nobleza a ella y su familia, ahora no movió un dedo por salvarle la vida.

La primera sesión pública se celebró el 21 de febrero, Juana tenía diecinueve años. Todas sus respuestas eran inteligentes, valientes y prudentes, no se dejaba doblegar ni envolver por las bien preparadas preguntas que le hacía el tribunal con el fin de sorprenderla en alguna contradicción. Tal revuelo estaba levantando el juicio, que lo continuaron de forma privada. Hasta amenazas de tortura llegaron a hacerle. Además de interrogarla exhaustivamente sobre su vida, lo que más le interesaba al tribunal era que Juana hablara sobre las señales divinas que había recibido, de las «voces» que decía escuchar y sobre su seguridad de ser una enviada de Dios. Las sesiones fueron numerosas. El 27 de marzo se celebró otro juicio público, adonde se llevaron sesenta cargos extraídos de respuestas de Juana que fueron tergiversadas. Estos cargos se resumieron en doce, y el acta fue sometida a varios doctores en derecho divino y civil, los que concluyeron que Juana era hereje y, como tal, se debía condenar.

Al cumplirse un año y un día de haber caído prisionera, fue conducida una vez más ante sus jueces y ante el público, pero en esta ocasión era la última «invitación» que se le hada para adjurar públicamente de sus errores. Cauchon comenzó a leer la sentencia que la condenaba a muerte, y entonces el público le gritó que adjurara, que salvara la vida. Juana, aturdida por los gritos, agotada, y viendo frente a sí la carreta que la conduciría inmediatamente a la hoguera, hizo lo que el pueblo le recomendaba: abjuró. El tribunal y los ingleses fueron los más sorprendidos, y contrariados además, pues veían que Juana se les iba de las manos. Le dieron a firmar el acta de adjuración, lo que hizo con una cruz y un círculo. Como no sabía leer, dicen que el papel que firmó no fue precisamente el que le leyeron. Se le condenaba a prisión perpetua. Ella pidió ser llevada a una cárcel eclesiástica, pero la mantuvieron en la misma celda.

Pero a las cuarenta y ocho horas de su adjuración, se sintió profundamente arrepentida de su flaqueza, se quitó las ropas de mujer que le habían ordenado ponerse y vistió las de varón con que había alcanzado sus victorias. Cauchon se presentó en su celda con otros sacerdotes, y Juana se les enfrentó con estas palabras: «*Si dije que Dios no me había enviado, mentí y me condenaré, porque en realidad es Dios quien me ha enviado. Mis voces me han dicho que cometí una mala acción al decir que cuanto hice estaba mal, y debo confesar mi error*». Hizo ver que había sufrido una fuerte crisis y que no se había dado cuenta de lo dicho en el momento de su adjuración. A las nueve de la mañana del 30 de mayo de 1431, salió de la celda vestida con el sayal blanco de los condenados, subió a la carreta y la encadenaron a los barrotes; la llevaban, custodiada por ochenta soldados ingleses, hacia la plaza del Mercado Viejo, de Ruán, donde se alzaba la pira. Pidió que le sostuvieran una cruz ante los ojos hasta que muriera. Mientras las llamas comenzaban a subir, ella le hablaba a Dios, al Arcángel San Miguel y a las santas Margarita y Catalina; sus últimas palabras fueron:

«¡Jesús, Jesús, Jesús!».

Sus cenizas fueron arrojadas al Sena por orden de los ingleses. En 1455 la familia de Juana pidió a Carlos VII que revisara el proceso para reivindicar su memoria. El rey, para reparar su ingratitud, solicitó que se

reabriera la causa, y se inició el llamado Juicio de Rehabilitación. En julio de 1456 se declaró que el proceso de Ruán había sido injusto e ilegal. Ya habían pasado veinticinco años cuando fue declarada su inocencia. En 1909 se comenzó el proceso de beatificación y en 1920 Benedicto XV la incluyó en el santoral. El aniversario de la muerte de Juana de Arco, protectora de los franceses, es fiesta nacional en Francia.

2. Florencia Nightingale

Fue un regalo del cielo para su hogar y, ¿por qué no?, también para el mundo. Su presencia fue la estrella que alumbró el camino de las obras benéficas y marcó lo sublime del amor al prójimo. Su nacimiento estuvo caracterizado por un toque de romanticismo: nació cuando sus padres viajaban como turistas por la pintoresca Italia. Como no tenían muchas preocupaciones económicas, este viaje era largo y pausado, un recorrido amplio. Llevaban visitando el país dos años cuando nació Florence, corría el año 1820 y su nombre fue tomado de su ciudad natal. Traducido literalmente significa «Florencia ruiseñor», un nombre alegre que comunica contacto con la creación de Dios, música, alegría. Antes de ella, a casi nadie se le hubiera ocurrido ponerle a su hija ese nombre; algunos años después, la historia sería otra: muchos ingleses optarían por «Florence», como patronímico para sus pequeñas, sin saber su significado, pero en honor a ella, pues la italo-inglesa llegó a ser famosa.

Un año después de su nacimiento, sus padres regresaron con ella a la ciudad de sus ancestros: Inglaterra. Desde entonces comenzó a hacerse notar por su carácter rebelde e inquieto. No era fácil dominarla, a pesar de haber tenido las mejores condiciones para educarla. Su temperamento era tan fuerte que su hermana mayor afirmó acusadoramente «*es como un hombre*». Más adelante, de adolescente, estuvo en contacto con la más alta aristocracia de Gran Bretaña. De compañeros de diversiones tuvo a príncipes y duques; como marco de circunstancias, villas y castillos, en su mayoría propiedades «de la familia». Pero, lejos de lo que se pueda creer, mientras más privilegios tenía, menos se sentía deslumbrada. A menudo pasaba horas enteras encerrada, era muy propensa a deprimirse y, además, tímida.

Fue a la edad de diecisiete años que comenzó a sentir una vocación muy distinta a las de sus primas y amigas de la misma edad. Por esa época escribió en su diario «*Dios me habló y me llamó a su servicio*». ¿De qué manera?, no quería ser monja porque, aunque tenía una profunda fe en Dios, no era aficionada a las prácticas religiosas. Además, el amor por su madre y su hermana mayor la retenían en casa.

Pero los hechos que surgieron fueron abriéndole la perspectiva que buscaba con tanta vehemencia. Cuando su abuela y su ama de llaves enfermaron, fue ella quien les atendió en su lecho de moribundas, y entonces comprendió que quería cuidar de los enfermos del cuerpo que, como expresara en una ocasión, a menudo también lo son del espíritu. Poco tiempo después, una desavenencia muy fuerte con su madre y hermana fue el empujón que necesitaba para desprenderse del hogar materno. Partió a Kaiserwerth, donde fue escogida como aprendiz de enfermera.

Si antes su vida se caracterizó por los tiernos cariños y mimos de su madre y hermana, si estuvo rodeada del lujo y la opulencia, ahora conoció que había otro mundo en el que la miseria y el manto gris del olvido son la única cobija de sus residentes. Aprendió el valor de la renuncia y el sacrificio, y se enamoró de ellos. Disponía de diez minutos para cada comida, el resto del tiempo lo debía pasar atendiendo a los enfermos, en las salas para niños o aprendiendo a ayudar en las operaciones quirúrgicas. Y aunque los recursos médicos con que se contaba en aquel entonces en la clínica eran primitivos, Florence aprendió allí los cimientos de la profesión que llegaría a amar el resto de su vida.

De nada sirvieron las súplicas de su madre y hermana, que no concebían que su pequeña Florence llevara una vida tan austera; de nada valieron ruegos y largas charlas. Lejos de escuchadas, Florence se mudó a París, donde frecuentó un hospital de la rue de Bac, y siguió aprendiendo todo lo relacionado con el campo de la medicina. Allí consiguió vivir sola, en su propio piso. Y también en esa ciudad, París de los sueños, logró ser nombrada superintendente del Instituto para el Cuidado de Mujeres Pobres. Si los directores de esa entidad la contrataron pensando en el dinero que podía aportar para el nuevo local que necesitaban —como muchos han

tratado de afirmar—, poco tiempo bastaría para que descubrieran que ella podía brindarles mucho más que riqueza material.

Florence inyectaba un torrente de energía al lugar. Su capacidad de entrega y de trabajo eran inagotables. Mientras de noche las luces de otros dormitorios se apagaban, la de su alcoba permanecía encendida un rato más. En aquella época, Londres era azotada por el cólera, y el terror embargaba la ciudad. La mayoría de los médicos y enfermeras se habían marchado, huyendo de la calamidad como tantos otros. Así es que Nightingale llegó en el momento preciso para asistir a enfermos y desamparados, a los recogidos de las calles.

La guerra estalló entre Inglaterra, Francia, Piamonte y Rusia, las tropas inglesas que se movilizaron para la expedición de Crimea, estaban derrotando al enemigo, pero a su vez estaban siendo derrotadas por otro enemigo más sutil: las enfermedades allí contraídas y, lo que es peor, la falta de asistencia médica. La situación era realmente alarmante: de cada cien muertos en la guerra, ochenta eran víctimas de la ineficiente asistencia médica.

Fue el propio ministro de Guerra, sir Sidney Herbert, quien le escribió a Florence en nombre del gobierno, rogándole que fuera a asistir a los soldados al frente de un grupo de enfermeras. Comenzó entonces a convertirse en una leyenda, a dejar de ser ella misma para ser «el ángel del soldado».

A su regreso, escribiría en su diario «*he visto el infierno. Jamás lo podré olvidar*», y en más de una ocasión expresó su deseo de que una catástrofe como la de Crimea jamás se repitiera. Más que nunca luchó por mejorar las condiciones y derechos del soldado inglés. Se enfrentó a ministros de Guerra, apeló a las autoridades pertinentes y abogó por que se pusiera a personas competentes en los puestos principales de sanidad. Trabajó en estrecha cooperación con sir Sidney Herbert, a fin de elaborar proyectos para hospitales y cuarteles en el futuro. De tal labor nació también una amistad muy pura, que los uniría hasta la muerte de él.

Su amor a los desvalidos no le dejó tiempo para considerar seriamente otra clase de amor más personal. Hubo pretendientes, eso sí, a lo largo de toda su vida supo despertar el interés de varios hombres. Pero su pasión era

otra: cuidar de los desamparados, y aunque hay quienes han afirmado que su temperamento de hierro le impidió «*amar a un solo ser, pues amaba a la humanidad en bloque*», lo cierto es que los designios del corazón nadie los conoce, y tal vez ni ella misma haya logrado descifrar la complejidad de sus sentimientos. Una cosa sí queda muy clara: su vida es un ejemplo de abnegación y nos muestra el poder que el amor hacia otros logra. Deja claro también que el lujo y las riquezas no son siempre sinónimo de felicidad y, con frecuencia, es el maravilloso don de la entrega la clave perfecta para encontrar una vida más plena y feliz.

Tuvo a su cargo la dirección de la escuela de enfermeras que llevaba su nombre, y fue responsable directa de muchas obras benéficas. Incluso, la Cruz Roja está considerada como su obra, aunque es del dominio público que dicha institución, así como la Convención de Ginebra, fueron creados por el banquero suizo Jean Henry Dunnt. Sin embargo, fue precisamente él quien desvió la atención hacia Florence, cuando se encontraba en una conferencia en Londres, donde explicaría los orígenes de la Cruz Roja. En aquella ocasión, él declaró que, aunque era conocido como el fundador de dicha institución, tal honor correspondía a una noble mujer inglesa, Florence Nightingale, cuya labor en Crimea había sido su fuente de motivación. Una manera muy original de ganarse al público inglés, a la vez que se reconocía públicamente el apostolado de una gran mujer, sin cuya inspiradora labor, quizás no habría nacido la Cruz Roja, o por lo menos hubiera tomado mucho más tiempo en surgir.

Su ímpetu y energía no se extinguieron, tampoco su trabajo, aunque su vida se apagara a los 90 años, aunque cerrara los ojos por última vez una mañana del año 1910, aunque su corazón físico dejara de latir ese año, porque su labor y su energía siguen palpitando en cientos de obras de beneficencia alrededor del mundo, porque su nombre se ha convertido en una leyenda inglesa, porque vidas como la suya son imperecederas.

3. Mata Hari

¿Amante desafortunada, víctima de las circunstancias o una vil agente del mejor postor? ¿Quién fue realmente esta controversial mujer? Porque aunque la historia la haya dado a conocer como espía por antonomasia, siempre queda un margen de duda, de inextricable incógnita.

Su padre no era rico, trabajaba como sombrerero, y aunque no le iba muy bien en los negocios, supo ingeniárselas para dar a su querida hija, Margarita Gertrudis Zelle, posteriormente conocida como Mata Hari, una educación burguesa y convencional tan extremada, que no resulta difícil comprender por qué al poco tiempo, el megalómano de su padre, quedara en bancarrota.

Educada como la auténtica hija de una familia burguesa, Margarita había nacido en Holanda, en el año 1876. No conoció limitaciones ni privaciones hasta que a la edad de trece años, en 1889, comenzó a ver como su pequeño mundo se derrumbaba poco a poco, sin poder hacer nada para rescatarlo: la familia comenzó a afrontar problemas económicos y, a la vez, a desintegrarse. Los disgustos eran cada vez más severos, los enfrentamientos entre los padres cada vez más acalorados y las desavenencias casi cotidianas, hasta que finalmente el Sr. Zelle se divorció de su esposa Antje, que no alcanzó a sobrevivir un año.

Fallecida su madre, la joven pasó a vivir en la casa de su padrino, el Sr. Visser, quien se preocupó noblemente por ella y trató de ayudarle en cuanto estuviera en sus posibilidades. Gracias a las gestiones de él, y la magnífica formación que Margarita había adquirido anteriormente, pudo asistir a la escuela normal para maestras de niños desamparados de Leyden; una institución en la que solamente podían estudiar aquellos jóvenes que hubieran hecho buenos estudios preparatorios, requisito que, como habíamos dicho antes, ella satisfacía plenamente. Y no sólo por haber

estudiado en las mejores escuelas, sino porque, además, contaba con una formación cultural esmerada. A esa edad ya hablaba un poco el inglés, el francés y el alemán.

Muy pronto descubriría Margarita que los elogios que sus padres le dirigían cuando era muy pequeña al exclamar orgullosos «¡eres tan bella!», no eran mentiras. A los trece años ya causó la primera tragedia de amor: el director del instituto en el que estudiaba, se había enamorado perdidamente de ella, hasta el punto que el padrino de Margarita tuvo que intervenir y enviarla con otros parientes que radicaban en La Haya.

En la gran ciudad, la chica, que ya contaba entonces diecisiete años, se vio fascinada por las luces y destellos del nuevo escenario que la vida le ofrecía. Pero había algo más que la hechizaba en aquel ambiente: los uniformes en general y, especialmente, los de los oficiales, que lucían a sus ojos tan elegantes, enfundados en esos atractivos atuendos.

El corazón de la chicaque ha dejado la infancia, comenzó a latir fuertemente, cuando el objeto que arrancaba sus más hondos suspiros, un general, anunció en el periódico un pequeño anuncio redactado así:

«Oficial con permiso, de las Indias Orientales Holandesas, desearía conocer chica de buen carácter con fines matrimoniales».

Y la muchacha, sin analizarse a sí misma siquiera, pues de «buen carácter» no podía presumir precisamente —era egoísta, mimada, ambiciosa, caprichosa y poco constante en sus emociones—, se apresuró a contestar el anuncio, acompañado de una fotografía, quizás tratando de compensar inconscientemente el hecho de que no llenaba los otros requisitos y, así, cautivar al militar con su belleza. El anunciante, al ver aquel rostro moreno, de ojos grandes y extraña belleza, se sintió conmovido. Se escribieron por algún tiempo, se conocieron y, cuatro meses después, un 11 de julio de 1895 contrajeron matrimonio, así, casi intempestivamente, sin saber más que pequeñas generalidades el uno del otro, como por ejemplo que el nombre de él era John Mac Leod, y que había una barrera de 20 años separándolos, unieron sus vidas.

Luego de una feliz luna de miel, el servicio reclamó a John, así es que los tres —el 30 de enero de 1897 Mata Hari había dado a luz un niño—,

partieron hacia las Indias una mañana del mes de mayo. Allí comenzaron a salir a flote las grandes diferencias entre la pareja. A la joven esposa, acostumbrada a una vida cómoda y relajada, le molestaron los traslados frecuentes, las dificultades para hallar alojamiento apropiado y las molestias de un segundo embarazo —el 2 de mayo de 1898 tuvo una niña—. Todo esto fue haciendo que las discusiones entre la pareja se hicieran más frecuentes. Cuando la tragedia sacudió a la familia —el primogénito murió un fatal 27 de junio, y Margarita enfermó de tifus poco después—, no se encontró en el dolor un punto de unión, sino todo lo contrario. En marzo de 1902 la pareja regresó a Holanda y unos meses más tarde, John abandonaba a su esposa, llevándose consigo a la pequeña niña de ambos.

Comienza a surgir dentro de la herida Margarita una nueva mujer, o quizás fue la misma que existió desde siempre muy dentro de ella, pero que los convencionalismos de la época hasta ese entonces habían logrado aprisionar: surge Mata Hari. En vez de quedarse en casa a llorar el abandono de su marido, aunque sea para guardar las apariencias, la joven señora empaca sus cosas y se marcha a Paris.

Trabajó como modelo y maestra de equitación, hasta que, finalmente, un día participó en un espectáculo benéfico. ¿Su presentación? ¡Un baile oriental! Su hermoso cuerpo ondulando seductoramente al compás de la melodía y su mirada picaresca impregnando de belleza y misterio el lugar, conquistaron a los asistentes ya la prensa. Al día siguiente, los periódicos le dedicaban sus principales elogios, y desde entonces se dedicó a la danza oriental.

Adoptó el nombre de Mata Hari porque respaldaba sus argumentos de un pretendido origen hindú, porque la identificaba con sus velos y bailes exóticos, porque, sobre todo, significaba «Ojo del día» en malayo, y esto envolvía a su persona en un halo misterioso. Su éxito fue vertiginoso: los diez años siguientes de su vida enlazaban un triunfo tras otro, las ovaciones del público eran incesantes, los hombres la seguían de un lado para otro, pero especialmente, hombres importantes.

Su desenfrenada afición por el lujo y las riquezas la fueron sumergiendo en una enredadera que, aún hoy día, resulta difícil descifrar. No se sabe exactamente cómo, pero sus múltiples amigos militares, los costosos

regalos que le enviaban y una serie de actos no muy claros, la convirtieron en la principal sospechosa de una red de espionaje internacional, delito que en ningún momento es propicio cometer, y mucho menos en tiempo de guerra, cuando cobra dimensiones casi siempre catastróficas.

Todo comenzó quizás aquella tarde en que Mata Hari, dispuesta a trasladarse a la casa de su amante en Vittel, zona de guerra, acude a la oficina militar para extranjeros en París, para pedir un salvoconducto. El jefe del servicio de inteligencia francés le propone que «ayude a Francia»: ella tiene muchas amistades, puede conseguir valiosa información para el país. La bailarina promete que meditará la situación. Pero ¡tonterías!, una persona tan impulsiva como ella ¿cómo se iba a detener siquiera a meditar sobre eso? ¿Cómo perder el tiempo —por ella tan altamente cotizado— en pensar en los gravísimos riesgos que representaba tal misión? A su regreso, Mata Hari, sin previo análisis, aceptó la proposición y le pidió un millón de francos al jefe militar «por sus servicios», que consistían en regresar a Holanda y allí fungir como espía de los franceses.

Fue conducida a Scotland Yard para ciertas comprobaciones, y luego Ladoux, que era el jefe militar, sugirió que la trasladaran a Madrid, donde fue vigilada por agentes especiales. Para este tiempo, Ladoux había comenzado a sospechar que Mata Hari estaba haciendo «un doble juego» con los alemanes. Para desgracia de la bailarina, se interceptaron mensajes comprometedores que confirmaron las sospechas del oficial. Uno de ellos, enviado por los alemanes a Berlín, decía así: «Agente H 21 llegado a Madrid contratado por los franceses, pero devuelto a España por los ingleses, pide dinero e instrucciones». Solamente esa fue la prueba que se presentó en su contra, la coincidencia de «haber llegado a Francia y luego a Madrid». No había otra base para pensar que la espía H 21 era Mata Hari.

Pero el servicio secreto de Francia no opinó lo mismo, y el 2 de enero de 1917, la envió a Francia, supuestamente libre, pero vigilada por el oficial Ladoux. Un mes más tarde era detenida y acusada de «espionaje, colaboración y connivencia con el enemigo». El 25 de julio fue sentenciada a muerte y, el 15 de octubre, ajusticiada.

Muchos dicen que era inocente, otros que era culpable. También dicen que en Madrid, en el mismo hotel en el que ella se hospedó cuando

surgieron las sospechas, la auténtica espía, Marta Richard, estaba en la habitación contigua a la de Mata Hari. Dicen, además, que fue su vanidad y ambición desenfrenadas las que la llevaron a tan horrible final… Dicen que, el día de su muerte, su abogado quiso apelar diciendo que estaba encinta, pero que ella se negó… Dicen que hasta su último suspiro mantuvo que era inocente… Pero ante la incertidumbre de tantos rumores, sólo nos queda la figura real de un personaje histórico, que es asociado siempre al espionaje y las intrigas comunes entre las grandes potencias.

4. Coco Chanel

No nació, como era de esperarse al hablar de la reina del imperio de la moda, entre edredones de seda, ni encajes. Tampoco duques o princesas fueron a visitarle.

Su llegada al mundo fue modesta y sencilla, era el año 1883, y sus padres no pertenecían a la alta aristocracia francesa, ni gozaban de una situación económicamente holgada; todo lo contrario.

Su nombre verdadero era Gabrielle. A los seis años perdió a su madre, y su padre la dejó, sólo una semana más tarde, al cuidado de unas tías, donde muy pronto descubrió lo difícil que es la vida para algunos. Era su propia compañera de juegos, se acostumbró a hablar sola y a no confiar en nadie. Como toda niña, tenía muchos sueños; a veces le gustaba hojear las revistas femeninas y pensar en que pertenecía a la aristocracia francesa, pero cuando regresaba a la dura realidad, a los maltratos y regaños de que era objeto, contemplaba otro pensamiento: la muerte.

Ocurrió que sus tías decidieron enviarla a pasar un verano en Vichy, con su abuelo; y la jovencita que comenzaba a palpitar en su corazón, estaba maravillada ante aquel mundo nuevo. Al ver, a través de la ventana, caminando a las personas de dinero, a menudo pensaba: «*Existen en el mundo sitios en los que tendría que estar y donde no estoy*». Durante su estancia en Vichy, algunos familiares decidieron llevarla a un salón de té, allí conoció a un joven al que ella llamaría más tarde únicamente como M. B. Se citaron para el día siguiente. Fue en este segundo encuentro cuando ella, deslumbrada ante el fausto que él gastaba, exclamó: «*¡Qué buena vida!*»; a lo que él repuso: «*Podría ser la tuya también*». Y ella aceptó. Jamás volvió a la casa de su abuelo, tampoco a la de sus tías. Había encontrado un boleto hacia el encuentro con ella misma, hacia su propia libertad.

Con «M. B.» se fue a vivir a Pau, donde permanecieron juntos por algún tiempo, aunque ella no lo amaba. Allí conoció al que llegaría a ser el único amor de su vida, Boy Capel, con quien, nuevamente, se fugó. En París la instaló en una casa llena de lujos, pero Chanel no había nacido únicamente para admirar la belleza, un hada mágica revoloteaba dentro de ella y le pedía a gritos también crearla. Una tarde observó, a través del cristal de su ventana, que los sombreros que llevaban las mujeres que caminaban por la calle eran demasiado estrafalarios: enormes hogazas adornaban sus cabezas, plumajes o frutas extravagantes, pero lo que más la inquietaba era que esos sombreros no se les ajustaban bien a la cabeza. Así es que se le ocurrió decirle a Capel que quería hacer sombreros. Él aplaudió la idea y le alquiló un piso en la Rue Cambon, y el resto es historia: sus sombreros fueron la plataforma que la lanzó a la fama. Por todo París se comenzó a comentar los diseños sobrios, secos, originales, perfectos. Poco tiempo después la casa de sombreros de Chanel era autosuficiente económicamente.

Años más tarde, al estallar la guerra en 1914, se refugió en Deauville, adonde muchas mujeres elegantes también habían acudido. Como no había quién las vistiera, fue Coco la que asumió la labor. Tiempo después confesaría: «*No sabía nada de mi nuevo oficio. Ignoraba que existieran costureras*». Los modelos los sacó de sus propias ropas: diseños sencillos que había traído de la modesta casa de sus tías y que había vuelto a repetir en una sastrería inglesa. Como la tela escaseaba, hizo estos diseños en jerseys para sus clientes ya que la forma barroca de la moda había pasado, Coco Chanel estuvo en el momento preciso y en el lugar adecuado para cambiar su curso. El mundo red amaba un estilo diferente, sin tantos adornos, más sencillo y cómodo: ella se lo ofreció.

Como no tuvo oportunidad de seguir estudiando, Coco era algo así como un diamante en bruto. Solamente la vida, algunos de sus amantes y los libros —le fascinaba leer—, se encargarían de brindarle el conocimiento necesario con el que deslumbraría al mundo. No tenía la menor idea de las reglas de etiqueta o el protocolo. Cuando en una ocasión fue al Parlamento y estaba sentada en la tribuna diplomática de la Embajada de Inglaterra, alguien se declaró en contra de Clemenceau, y ella, a su vez, le gritó con fuerza, para sorpresa del público, que era una vergüenza que insultaran así

al salvador de la patria, ganándose así la atención —y los murmullos— de todos los asistentes.

Viviendo con Capel, vio un biombo de Coromandel, y le fascinó; jamás había visto uno. Desde entonces tuvo veintiuno de ellos: la subyugaban. Un día se enteró de que los hombres acostumbran a enviar flores a la mujer que aman, y se las pidió a Capel. Media hora más tarde recibió un ramo. Y durante dos días seguidos le llegó, cada media hora, un ramo.

Pero la dicha no duró mucho, su amado murió en un accidente automovilístico poco después de la guerra, y Coco se instaló, nuevamente sola, en el Ritz. Más que nunca se refugió en su trabajo, pues para ella éste era la mejor terapia; el ocio la exasperaba. Sus diseños enfatizaban la elegancia de la sobriedad. Mientras otros diseñadores hacían un festín con los colores en las telas, ella fue la pionera en imponer el negro como sinónimo de elegancia; mientras todos luchaban por recargar la moda con adornos, a ella la sedujo la sencillez de los modelos. No le gustaban las exageraciones, y confiesa que el mayor halago recibido fue el que le hiciera un norteamericano al exclamar: «*¡Qué cosa! ¡Haber gastado tanto en esto sin que se vea!*».

Comenzó con media docena de empleadas, y llegó a tener hasta 3.500. Fue la primera en imprimir un pequeño programa explicativo de su colección de modas, lo que dio lugar a «la poesía costurera», publicidad que ella catalogó más tarde de costosa, indigente e inútil. También se destacó por rechazar el ponerle nombre a sus vestidos, cosa que consideraba ridícula, por lo que recurrió, para identificar sus diseños, a la sencillez de los números. Como si fuera poco, también fue singular como patrona: siempre le pagó los mejores sueldos, y les brindó los mejores incentivos a sus empleadas —aunque luego tuviera conflictos con ellas—, pues según decía: «*Yo también sé lo que es trabajar*».

Sus amantes siempre fueron sus mejores maestros: Stravinski —que la amó con locura— le enseñó todo lo que ella llegó a saber sobre música; el duque Dimitri, la adiestró en cuestiones reales. Aunque si ella realmente se hubiera interesado en alguien de forma especial, hubiera sido en Pablo Picasso, pero lamentablemente el pintor no estaba libre. Sin embargo, por un tiempo fueron amigos, y él también contribuyó en la formación cultural

de la diseñadora, enseñándole un poco de pintura. La obra del pintor español siempre le gustó, a pesar de que, como ella misma confesara abiertamente, nunca la entendió.

En la década de los veinte, para caminar en la playa Chanel le pidió a un zapatero que cortara una plancha de corcho con forma de suela y le pusiera dos tiras; diez años más tarde el mundo entero las lucía junto al mar en diferentes diseños y colores. En la década de los treinta era ella la que, cansada de llevar los bolsos en la mano, les puso una correa y los llevó al hombro; pocos meses después, y hasta ahora, se siguen usando de esa manera. Fue también por esa época que pidió a un amigo suyo que diseñara adornos de fantasía para ella, y la industria de los collares, broches y pendientes de fantasía creció vertiginosamente.

No cabe duda de que el genio creador de Chanel revolucionó el mundo de la moda de su época y las posteriores. Pero a pesar de haber vivido rodeada de fama, de éxito y de dinero a manos llenas, constantemente confesó que prefería estar sola en casa. Se consideraba una persona tímida y, en una de sus conversaciones con el pintor Paul Morand —quien escribió un libro sobre ella—, le confesó que al principio, cuando encontraba a alguien en su tienda de sombreros, se ponía a hablar sin parar, pero por timidez, como escapatoria: «*Los habladores empedernidos no son en el fondo más que unos silenciosos que temen al silencio*».

En contraste a lo que sucedió el día de su nacimiento, ese 10 de enero de 1971 cuando ella murió, tuvo crónicas periodísticas y reportajes especiales. Todo el mundo supo de su fallecimiento. Se lamentó la muerte de la reina de la moda. Aquella misteriosa mujer de elegancia innata, que sin haber sido rica ni prodigiosamente bella, enamoró a los hombres más admirados, se codeó entre los grandes, conquistó la vida. Quizás ni ella misma supo comprender cabalmente la magnitud de su hazaña, pues siempre se sintió invadida por un sentimiento de insatisfacción y melancolía que la visitaba desde niña, y terminó confesando que jamás fue feliz, y que mucho de lo que quiso fue sólo un sueño: sueño sus amores; una pesadilla sus aparentes amistades, así como las relaciones con sus trabajadores; y, finalmente un sueño su trabajo, ya que también exclamaría poco tiempo

antes de su muerte: «*Quise vestir a la humanidad, y ahora la veo marchar completamente desnuda*».

Apéndice

En este apéndice hemos insertado un cierto número de mujeres célebres, que por sus actos, por su labor, han dejado su huella en la historia de la humanidad. Es una modesta manera de tratar de hacerles justicia, en la medida que la tiranía del espacio nos lo permite, a tantas otras que no por ocupar solamente unas cuantas líneas en este libro, tienen menos estatura histórica. A grandes rasgos, estas minibiografías les darán una idea de la época en que les tocó vivir, y de los hechos que las llevaron a la fama.

Addams, Jane (1860-1935)

Líder feminista estadounidense. Nació en Cedarville, Illinois. Se dedicó a promover obras sociales como la Casa Hull, en Chicago, extendiendo la ayuda a las minorías. Una de las fundadoras de la Asociación Nacional para el Avance de la Gente de Color. Dirigió la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la libertad. Obtuvo el Premio Nobel de la Paz en 1931.

Agnesi, María Gaetana. (1718-1799)

Matemática y filósofa italiana. Fue la primera mujer que ocupó una cátedra de matemática en la Universidad de Bolonia. Realizó importantes contribuciones a la teoría del cálculo diferencial.

Agripina (15 AC-15 d. C.)

Madre de Nerón y responsable de la muerte del emperador Claudio. Llevó una vida escandalosa. Fue asesinada por orden de su propio hijo a quien ella hizo emperador.

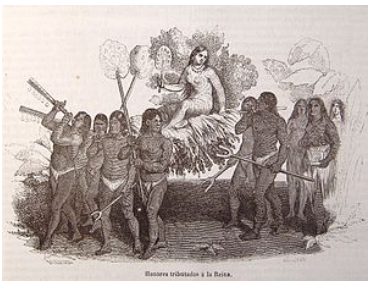
Agripina, Vipsania. (14 AC-33 d. C.)

Madre de Calígula, emperador romano. Era nieta del emperador Augusto. Considerada como un modelo de virtudes femeninas y de esposa ideal. Murió en circunstancias misteriosas durante el reinado de Tiberio.

Amaya, Carmen (1913-1963)

Actriz, bailarina y cantante española de fama internacional. Intervino en varios filmes, entre los que cabe mencionar *La copla andaluza*, *Fantasía de estrellas*, *Los tarantos*, y otras.

Anacaona, (¿-1501)



Princesa dominicana cuyo nombre significa Flor de Oro. Era hermana de Boechio, cacique de Jaragua, y esposa del gran Caonabó. Ambos recibieron a Colón a su arribo a la isla en 1492. Cuando los indios arrasaron el fuerte de La Navidad, Anacaona tuvo que refugiarse en Jaragua, donde los indios la nombraron reina. Nicolás de Ovando la detuvo y la llevó a la capital, donde fue ahorcada. Ha quedado grabada en la historia antillana como poetisa y autora de areítos (canciones).

Ángela Mereci, Santa (1474-1540)

Monja italiana. Fue la fundadora del Instituto de Santa Úrsula, en 1535, primera orden de monjas dedicadas específicamente a la enseñanza.

Arnim, Bettina von (1785-1859)

Novelista alemana nacida en Frankfurt. Importante figura del romanticismo alemán. Estuvo, en una época, apasionadamente enamorada de Goethe. Se inclinó al tema social y fue autora de *Die Gunderode* y de un interesante *Epistolario de Goethe con una niña*. Se le conoce también como Bettina Brentano.

Aspasia

Célebre por su belleza y su talento. Amante, esposa y consejera de Pericles.

Aylward, Gladys (1900-1970)

Misionera británica cuya vida fue llevada al cine. Su viaje a través de Siberia en medio de la guerra entre Rusia y China, la hizo famosa. Realizó una labor extraordinaria en China y Formosa.

Balch, Emily Greene (1867-1961)

Socióloga, economista y especialista en ciencias políticas. De nacionalidad estadounidense, fue una de las dirigentes del movimiento femenino por la paz en el período que siguió a la Primera Guerra Mundial. En 1946, obtuvo el Premio Nobel de la Paz, compartido con John R. Mott.

Bayley Seton, Santa Elizabeth. (1774 - 1821)

Religiosa estadounidense. Convertida al catolicismo en 1805, fue la fundadora en Estados Unidos de las Hermanas de la Caridad. La primera santa nacida en Estados Unidos.

Beauharnais, Josefina. (1763-1814)

Emperatriz de los franceses. Nació en la isla de Martinica. Su primer esposo fue el vizconde de Beauharnais, de quien enviudó en 1794. En 1796, contrajo matrimonio con Napoleón, siendo coronada con él en 1804. Al no poder darle un heredero al Emperador, se divorciaron en 1809.

Beecher Stowe, Harriet. (1811-1896)

Novelista estadounidense. Nació en Lichttfield, Connecticut. Perteneció a una familia importante en el clero protestante de su época. Ganó fama literaria por su libro *La cabaña del tío Tom*. Compartió con su familia el anhelo por la abolición de la esclavitud, como lo refleja en su obra maestra. El relieve alcanzado por su obra, se evidencia con una simple lectura de la historia norteamericana del siglo XIX, de la que ella fue una fiel ilustradora.

Brontë, Emily. (1818-1848)

Novelista británica, nacida en Thornton. Más famosa que sus hermanas Anne y Charlotte por la acogida de su obra maestra, la novela *Cumbres borrascosas*, llevada varias veces al cine. Describe brillantemente una pasión incomparable y el ambiente inglés de una región rural.

Cabrini, Santa Francesca Javier. (1850-1917)

Religiosa italiana, fundadora de las Hermanas del Sagrado Corazón. Nació en San Angelo Zodegiano. Desarrolló sus labores en Italia y Estados Unidos, donde ayudó a los emigrantes, especialmente italianos. Su organización se extendió a numerosos países de América y el mundo. Patrona de las personas sin hogar y de los emigrantes.

Carlota. (1840-1927)

Emperatriz de México, hija de Leopoldo I de Bélgica del emperador Maximiliano. En 1866 viajó a Europa en busca de la ayuda de Napoleón y el Papa contra los republicanos mexicanos, fracasando en su empeño. La ejecución de su marido al año siguiente empeoró su incipiente locura, por lo que fue encerrada en un castillo cerca de Bruselas.

Catt, Carrie. (1859-1947)

Feminista estadounidense que tuvo a su cargo una campaña en pro del voto para las mujeres y presidió la Asociación Nacional para el Sufragio Femenino. Fue una gran luchadora por la paz entre las naciones y fundadora de la Liga de Mujeres Votantes.

Corday, Carlota. (1768-1793)

Personaje de la Revolución Francesa. Nació en Saint-Saturni-des-Ligneries. Activa en su vida política durante los días de la Revolución, apuñaló a Marat para vengar a sus correligionarios, los girondinos, mientras éste permanecía en la bañera.

Davis, Bette. (1908-1990)

Actriz estadounidense que se mantuvo por cincuenta años en cartelera, desafiando varios pronósticos de caducidad. Sus papeles más logrados son los de mujer que actúa con independencia para conseguir sus propósitos. *The man who played God*, *Of human bondage*, *Dangerous*, *The petrified forest*, *Jezebel*, *What ever happened to Baby Jane?*, son algunos de los títulos que protagonizó.

Deledda, Grazia. (1875-1936)

Novelista italiana. Nació en Nuoro, Cerdeña. Recibió el Premio Nobel de Literatura en 1926. Autora de novelas y cuentos de gran relieve, como *Cañas al viento*, *Elías Portolú*. Sus temas se inclinan al costumbrismo.

d'Este, Beatriz. (1475-1497)

Diplomática italiana, nacida en Mantua. Mujer de notable belleza. Se destacó representando a su país, así como por ser protectora de las bellas artes y la cultura. Esposa de Giovanni Francesco Gonzaga.

Eddy, Mary Baker. (1821-1910)

Fundadora de la organización conocida como Ciencia Cristiana. Nació en Concord, de familia congregacionalista. Creía en la posibilidad de curarse a través de la fe, y llegó a establecer un sistema en el cual hay una sola realidad, que es la mente, Dios y el bien, considerando que el mal, la enfermedad y la materia no son reales. En 1879, fundó la Primera Iglesia Científica de Cristo, en Boston. Ese movimiento se ha extendido internacional mente. Su más famoso libro es *Ciencia y salud con llave de las Escrituras*.

Elder, Ruth. (1904-1977)

Aviadora estadounidense. Fue la primera mujer que intentó un vuelo trasatlántico; su empresa terminó cuando su monoplano cayó en las islas Azores.

Fry, Elizabeth. (1780-1845)

Reformadora británica del sistema carcelario. Nacida en Norwich, pertenecía a la clase privilegiada. Su actividad como dirigente cuáquera la inspiró a luchar por la reforma en las prisiones, y abogó por la separación de los sexos y la clasificación de los criminales. Extendió su actividad a otros países.

Godiva, Lady. (s. XI)

Famosa esposa de un señor feudal de Murcia. Según antiguos relatos, su fama procede de haber cabalgado desnuda a través de la zona de Coventry, tratando de ayudar a la gente pobre, a las cuales su esposo cobraba altos impuestos. Su vida ha sido llevada a la pantalla y se ha convertido en semilegendaria. Hizo muchas obras de caridad.

Goldman, Emma. (1869-1940)

Revolucionaria estadounidense, nacida en la Rusia blanca, pero de origen hebreo. En su juventud se radicó en Nueva York, uniéndose a grupos anarquistas seguidores de las ideas de Kropotkin. Sus actividades revolucionarias, la llevaron varias veces a la cárcel. Por medio de su periódico Madre Tierra, promovió ideas avanzadas para su época, tales como los derechos de la mujer y el control de la natalidad. Deportada de Estados Unidos, vivió en Rusia, donde criticó la dictadura bolchevique. Después de una estancia en Canadá, se unió a los anarquistas españoles de los días de la guerra civil. Finalmente murió en Toronto, Canadá. Es autora de una biografía y de numerosos escritos, y se le considera pionera de la actual lucha por la liberación femenina.

Gómez de Avellaneda, Gertrudis. (1814-1873)

Poetisa y dramaturga cubana, nacida en Puerto Príncipe (Camagüey), y radicada en Madrid. Clasifica entre los más descollantes talentos románticos de nuestra lengua, al tiempo que se le considera la primera figura femenina de la literatura cubana decimonónica. De un genio versátil, alcanzó merecida notoriedad dentro del mundo hispánico por su obra poética y dramas como *Baltazar*, *Saúl*, y novelas como *Sab*.

Henríquez Ureña, Camila. (1894-1973)

Escritora dominicana. Nació en Santo Domingo. Conferencista, ensayista y crítica literaria. Fue una eminente profesora de la Escuela Normal de La Habana, y de la Universidad de esa ciudad. Hermana de Max y Pedro Henríquez Ureña. Trabajó intensamente en organismos culturales cubanos, pues residió en ese país gran parte de su vida. Autora de Invitación a la lectura, William Shakespeare, Dante Alighieri y Curso de apreciación literaria, entre otros.

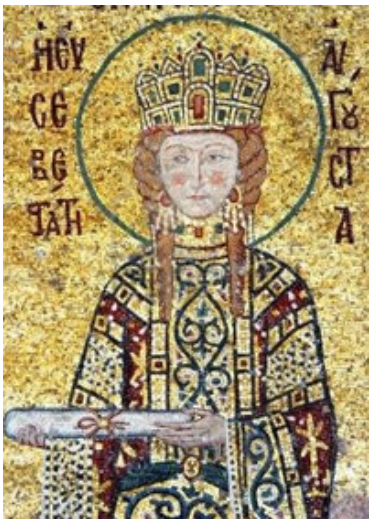
Ibarbourou, Juana. (1895-1979)

Poetisa uruguaya nacida en Melo, Cerro largo. Se le ha dado el título de Juana de América. Es una de las principales figuras del postmodernismo en Hispanoamérica. Su nombre de soltera era Juana Fernández Morales. Cantó al amor y a la pasión, en versos llenos de fragancia, pureza y colorido. Fue presidenta de la Sociedad Uruguaya de Escritores. Autora de *Las lenguas de diamante*, *El cantar fresco*, *Raíz salvaje*, *La rosa de los vientos*, *Estampas de la Biblia*, entre otras.

Ibárruri Gómez, Dolores. (1895-1989)

Política española, conocida como La Pasionaria. Dirigente del Partido Comunista de España en 1932. Fue condenada a quince años de cárcel por su participación en la revuelta de Asturias en octubre de 1934, pero pudo huir. Regresó en 1936, y fue elegida diputada por Oviedo. Durante la guerra civil, se distinguió por su activa propaganda a favor de la República. Al término de la guerra tuvo que exiliarse, y en 1942 fue elegida secretaria general del Partido Comunista Español. En 1960 fue sustituida por Santiago Carrillo y designada presidente del partido. En 1963, publicó El único camino, libro de memorias. Regresó a España en mayo de 1977. Elegida diputada a las elecciones del 15 de junio del mismo año.

Irene



Emperatriz bizantina. Esposa del iconoclasta León IV. A la muerte de éste, restableció, como regente, el culto a las imágenes. Mandó a cegar a su hijo Constantino IV en el año 797, para hacerse con todo el poder, lo que consiguió sólo por un breve periodo, ya que fue destronada en el año 802.

Karsávina, Tamara. (1885-1978)

Bailarina de origen ruso; estrella del Ballet Ruso de Serguei Diaghilev. Interpretó el primer Pájaro de fuego, y fue la primera muñeca del Ballet Petrouchka, junto a Vaslav Nijinsky.

Kaschnitz, Marie Louise. (1901-1974)

Escritora alemana, nacida en Karlsruhe. Novelista y poetisa tradicionalista. Notable cuentista, ensayista y libretista de gran popularidad. Autora de *Música de futuro, Danza de la muerte*.

Kelly, Grace. (1918-1982)

Actriz estadounidense. Su atractivo ha sido indirecto, tamizado por el aura de gran señora. Representó papeles de ese tipo con acierto, hasta que, en la cima de su carrera, la abandonó para casarse con el príncipe de Mónaco. Algunos de sus filmes son *Fourteen hours, Mogambo, The country girl, Rear window, To catch a thief.*

Kolb, Anette. (1870-1967)

Escritora francesa, nacida en Munich. Vivió en su nativa Alemania, en Suiza y, sobre todo, en París. También estuvo radicada en Estados Unidos. Autora de biografías noveladas y escritos autobiográficos. Ensayista y novelista fundamentalmente dedicada a temas femeninos. Autora de *Mozart*, *Daphne Herbst*, *El ejemplar*.

Kollowitz, Kathe. (1867-1945)

Pintora y grabadora alemana que se interesó por temas de inspiración social y política, como el sufrimiento de los pobres, la guerra, la maternidad y la muerte. Es autora de la serie *Guerra campesina*, *Guerra del proletariado* y *Muerte*.

Kruspskaya, Nadezhda. (1869-1939)

Revolucionaria rusa. Esposa de Lenin, a quien ayudó durante sus exilios y en sus luchas. Secretaria de la sección bolchevique del Partido Social Demócrata de 1900 a 1917. Colaboró con posteriores regímenes en materia educacional. Autora de *Memorias de Lenin*.

La Fayette, Madame de. (1634-1693)

Escritora francesa, nacida en París. Famoso personaje literario. Su Salón fue centro de literatos y artistas. Autora de la primera novela psicológica en francés, *La princesa de Cleves*.

Lamb, Carolina. (1785 - 1828)

Novelista británica. Esposa de William Lamb, lord Melbourne, quien fue primer ministro de Inglaterra. Amiga íntima de lord Byron. Su relación con el gran poeta la hizo famosa. Autora de *Glenarvon* y de varios escritos que no le ganaron reconocimiento de la crítica.

Lagerlof, Selma. (1858-1940)

Novelista sueca, nacida en Varmland. Escritora de cuentos infantiles de gran difusión. Su Saga de *Gosta Berling*, la hizo merecedora del Premio Nobel de Literatura en 1909. Autora de cuentos clásicos de la literatura infantil.

Leigh, Vivien. (1913-1967)

Actriz británica, nacida en Darjeeling, India. Su éxito con Gone with the wind, en 1939, la llevó al pináculo rápidamente, y no hizo más de ocho películas después de ésta. No parece, sin embargo, que alcanzara el nivel de mito. Filmó *Fire over England*, en 1937; *Cesar and Cleopatra*, en 1945; *Anna Karenina*, en 1948; *A street car named desire*, en 1951.

Lenclós, Ninón de. (1620 - 1705)

Famosa cortesana francesa. Mujer culta y hermosa que dictó las normas de la moda francesa en su época. Amiga de los grandes personajes de su tiempo como Richelieu, La Rochefoucauld, Condé, Sevigné, la reina Cristina de Suecia, y otros.

Lidia. (s. 1)

Personaje bíblico. Mujer de Tiatira, residente en Filipo de Macedonia. Griega convertida al judaísmo, o por lo menos devota del Dios de Israel. Aceptó, según la Biblia, el cristianismo, y fue la primera cristiana europea convertida mediante el apóstol Pablo.

Lind, Jenny. (1820 - 1887)

Soprano sueca, llamada el Ruiseñor de Suecia, que gozó de gran celebridad en los círculos internacionales de música, especialmente en Berlín, Viena, Londres y Estados Unidos. Fue el gran amor del escritor danés Hans Christian Andersen.

Liselotte von der Pfalz (Isabel Carlota del Palatinado) (1652-1722)

Hija del príncipe elector del Palatinado Carlos Luis. En 1671 se casó con Felipe de Orleáns, hermano de Luis XIV, que en nombre suyo elevó pretensiones sobre el Palatinado, que desembocaron en una guerra de sucesión. En sus cartas, critica con frecuencia la vida en la corte de Luis XIV.

Livia Drusila. (1 a. C.)

Emperatriz de Roma. Esposa del emperador Augusto luego de su matrimonio con Tiberio Nerón. Madre de Tiberio y Druso. Sus intrigas permitieron a su hijo Tiberio llegar a emperador de Roma. Se le atribuyen numerosos envenenamientos, y se le considera símbolo de crueldad y astucia política.

Lombard, Carole. (1909 - 1942)

Actriz estadounidense que llegó a ser la reina de la comedia. Fue gran deportista, y desarrolló una personalidad propia frente a la publicidad que intentaba lanzarla como un símbolo sexual. Murió en un accidente aéreo, mientras realizaba un trabajo civil para el ejército. Intervino en *A perfect crime*, *Supernatural*, *Twentieth century, My man Godfrey, Nothing sacred*, *To be or not to be*.

Long, Marguerite. (1874 - 1966)

Pianista y educadora francesa de fama internacional que fundó con J. Thibaud un concurso para piano y violín. Maurice Ravel le dedicó su *Concierto en Sol para piano*.

Loos, Anita. (1893-1981)

Escritora humorística estadounidense, nacida en Sisson, California. Escribió, junto a su marido John Emerson, varios guiones cinematográficos. Autora de dos libros de gran popularidad, *Los caballeros las prefieren rubias* y *Pero se casan con las morenas*.

Luxemburgo, Rosa. (1871-1919)

Líder socialista alemana. Nació en la Polonia rusa, en la ciudad de Zamosc, de padres judíos. Educada en la Universidad de Zürich. Al casarse con un emigrado socialista en Basilea, adquirió su ciudadanía. Trató de unir a los socialistas, y colaboró con Karl Liebkknecht. Gran organizadora de manifestaciones y mítines políticos. Junto a Liebknecht, organizó el grupo «espartaquista» de socialistas de izquierda, para tomar el poder mediante golpes de efecto y manifestaciones.-

McCullers, Carson. (1917-1967)

Escritora estadounidense. Alcanzó fama con la novela The Heart is a Lonely Hunter, en 1940, en la que apuntó ya los trazos característicos de su obra narrativa posterior. Tiene predilección por la temática de la soledad y las contradicciones íntimas de los personajes, profundiza el análisis psicológico, y desarrolla una desencantada concepción de las relaciones humanas. Merecen mención especial las novelas *Reflections in a Golden Eye*, en 1941; *Member of the Wedding*, en 1946, de la que hizo una adaptación teatral en 1950; y la colección de relatos cortos *The Ballad of the Sad Cafe*, en 1951. Autora asimismo de la pieza teatral *The Square Root of Wonderful*, en 1958.

Maintenon, Francoise de. (1635 - 1719)

Personaje de la historia francesa. Famosa amante de Luis XIV. Recibió el título de marquesa y se casó privadamente con el Rey, a quien inclinó a favor de la Iglesia Católica. Fundó monasterios, pues era una devota católica.

Margarita de Dinamarca. (1353-1412)

Reina de Dinamarca, Suecia y Noruega. Fue conocida como la Semíramis del Norte. Regente de Dinamarca en 1376, y luego regente de Noruega. En 1387 fue elegida reina de Dinamarca, y en 1388 de Noruega. Logró tomar el reino de Suecia en 1389. Unió los tres reinos en la llamada Unión de Kalmar, que duró hasta 1523 y era la mayor monarquía europea de su tiempo. Su capacidad como gobernante y como estratega militar, todavía despierta admiración.

Markievicz, Constancia de. (1876-1927)

Dirigente política irlandesa. Esposa de un miembro de la nobleza polaca y líder del movimiento, Sinn Feinn. Al lado de Eamon de Valera, luchó por la independencia de Irlanda y fue parlamentaria y ministra del Trabajo en su gobierno.

Matilde de Toscana. (1046 - 1115)

Condesa de Toscana. En 1069 se casó con Godofredo 111 de Lorena. En la lucha de las investiduras, tomó el partido de los Papas, organizando la resistencia de Italia contra Enrique IV, (precisamente en su castillo de Canossa, fue absuelto Enrique IV de la excomunión que pesaba sobre él). Sus posesiones en Italia central constituyeron un largo motivo de disputas entre los Papas y emperadores, hasta que, finalmente, Federico II reconoció, en 1213, la propiedad pontificia sobre los mismos.

Medina, Manuela. (¿-1822)

Patriota mexicana. Nacida en Texcoco. Conocida como La Capitana, se destacó en la guerra de Independencia. Murió en combate. Verdadera heroína de su patria.

La compañía militar que formó participó en siete batallas durante la guerra de Independencia de México, una vez que se unió a las filas de José María Morelos y Pavón. Era la primera en encabezar el combate, haciendo huir, despavoridas a las tropas realistas.

Meitner, Lise. (1878-1968)

Física austríaca que se destacó por sus trabajos sobre la desintegración del radio, torio y actinio. En 1918 descubrió con Otto Hahn, el protactinio, y en 1938 llevó a cabo la fisión del uranio, en colaboración con Otto Hahn y Fritz Strassmann. Es autora de Radioaktiviat und Kernphysik, Beta und Gammastrahlenspektren und ihre Deutung.

Mesalina, Valeria. (¿-48)

Emperatriz de Roma. Hija de Marco Valerio Mesala y esposa del emperador Claudio. Gran conspiradora y mujer de grandes pasiones amorosas y eróticas. Se le atribuye la condición de autora intelectual de numerosos asesinatos. Al descubrirse su matrimonio con uno de los favoritos, fue ejecutada por orden de su esposo Claudio.

Mitchell, Margaret. (1900-1949)

Novelista estadounidense. Nació en Atlanta. La fama literaria la alcanzó con su única novela, una de las más leídas de todos los tiempos en Estados Unidos, *Lo que el viento se llevó*, que fue llevada al cine con gran éxito.

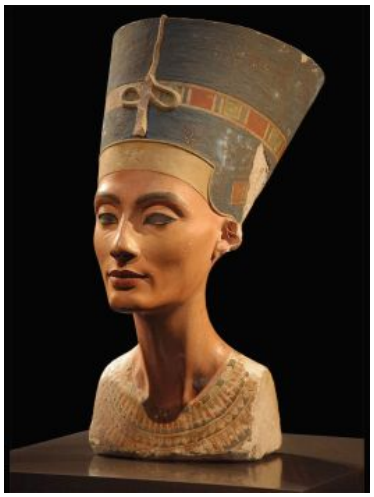
Montagu, Elizabeth. (1720-1800)

Escritora británica. Notable ensayista y defensora de Shakespeare. Entabló una famosa controversia con Voltaire. Autora de *Essay on the writing and genius of Shakespeare*.

Morton, Sarah. (1759-1846)

Poetisa estadounidense, conocida como la Safo Americana. Escritora de gran elocuencia y sensibilidad, y de obra extensa. Autora de *Beacon Hill*, *The virtues of society, Ouabi*, y otras.

Nefertiti. (s. XIV a. C.)



Reina del antiguo Egipto. Esposa de Amenhotep (Amenofis). IV. Reformó la religión en Egipto a la muerte de su esposo, y participó activamente en la vida pública de su país. Mujer de belleza extraordinaria, cuyo nombre se ha convertido en sinónimo de gran hermosura. Sus bustos de colores fueron llevados en 1912 desde Amarna a Berlín.

Nin, Anais. (1914 - 1977)

Narradora y novelista, nacida en París. Hija del pianista cubano, de origen español, Joaquín Nin. A partir de la Segunda Guerra Mundial se estableció en Estados Unidos. Su obra cumbre, los *Diarios*, editados en siete tomos, es una muestra vivencial de la vida artística y literaria contemporánea. Es también autora de *Delta de Venus*, *Hijos de Albatros*.

Pankhurst, Emmeline. (1858-1928)

Líder femenina británica. Nació en Manchester. Dirigió la Liga por el Voto Femenino. También fundó la Unión Política y Social de las Mujeres. Logró grandes resultados a favor de los derechos femeninos.

Peterkin, Julia. (1880-1961)

Novelista estadounidense. Describió la vida de los negros en Carolina del Sur de manera favorable y realista, y se distinguió también como cuentista. Autora de *Scarlet Sister Mary, Bright Skin, Black April, Roll, Jordan* y otras.

Pickford, Mary. (1893-1979)

Actriz norteamericana, nacida en Canadá. Su verdadero nombre era Gladys Smith. Especializada en papeles juveniles, fue conocida como la Novia de América, Con Charles Chaplin, Fairbanks y Gríffith, fundó United Artists. Intervino en *Pollyanna, Sparrows, Coquettte, The taming of the shrew*.

Pineda, Mariana. (1804 - 1831)

Patriota española nacida en Granada. De ideas progresistas, ayudó a los liberales encarcelados. Fue condenada a muerte y ejecutada por haber bordado una bandera con el lema «ley, libertad e igualdad».

Pompadour, Marquesa de. (1721-1764)

Personaje de la historia francesa. Se le conoce, sobre todo, por haber sido amante del rey Luis XV, y por ejercer extraordinaria influencia sobre él y la política francesa. Fue la esposa de Lenormand d'Etoile. Conoció al Rey en 1744, y muy pronto fue su amante. Inclinó al país a una alianza con Austria.

Post, Emily. (1873-1960)

Escritora estadounidense, la más importante autoridad en etiqueta para las lectoras femeninas en Estados Unidos. De origen aristocrático, se convirtió pronto en árbitro de elegancia, modales y buenas costumbres. Autora de *Etiquette*, de gran difusión a partir de su publicación en la década de 1920.

Rodríguez de Tió, Lola. (1843-1924)

Poetisa puertorriqueña. Nació en San Germán. Defendió el ideal de independencia antillano, por el cual luchó en Cuba. Autora de *Mis cantares*, *Claros y nieblas*, *Mi libro sobre Cuba*, *Claros del sol*, y otras. Uno de sus poemas *Hermana eternamente a Cuba y Puerto Rico*, y en ocasiones sus versos *Cuba y Puerto Rico son de un pájaro las dos alas…* se le atribuyen, erróneamente, al poeta cubano José Martí.

Roosevelt, Anna Eleanor. (1884 - 1962)

Activista política estadounidense. A pesar de que se conoce sobre todo por haber sido la esposa de Franklin D. Roosevelt, presidente de 1933 a 1945, la primera dama realizó una importante labor de promoción social durante el mandato de su esposo, y después de muerto éste. Disfrutó de popularidad entre algunos sectores, aunque invitó a la polémica en algunas ocasiones.

Rosa de Lima, Santa. (1586 - 1617)

Religiosa peruana. Nació en lima. Ingresó en el claustro en 1606. Llevó una vida de penitencia y contemplación, siendo la primera santa nacida en el Nuevo Mundo. Por declaración del Papa Clemente X, es patrona de lima, América, Filipinas e Indias orientales. Su fiesta es el 21 de agosto. Gran figura del misticismo cristiano en América. Perteneció a la orden dominica.

Saba, Reina de

Soberana de esta ciudad de la antigua Arabia. También es llamada a veces Balkis o Makeda y fue célebre por sus riquezas. Viajó a Jerusalén a visitar a Salomón atraída por su fama de sabiduría.

Sablé, Magdalena de Souvré, Marquesa de. (1599-1678)

Escritora francesa. Ofreció a los literatos todos sus recursos y su célebre salón literario. Influyó en los escritos de la Rochefoucauld. Autora de *Maximes et pensées diverses*.

Sachs, Nelly. (1891-1970)

Poetisa alemana, nacida en Berlín. Escribió dramas de misterio y, sobre todo, una lírica simbólica inclinada al tema judío. Recibió el Premio Nobel de literatura en 1966. Autora de *Huida y metamorfosis, En las mansiones de la muerte*, entre otras.

Santa Cruz, Mercedes. (1789-1852)

Escritora cubana. Tenía el título de «la condesa de Merlín». Su salón literario en París, le dio gran fama, y conoció lo más eminente de la intelectualidad francesa y europea de su tiempo. Autora de *Mis doce primeros años*, *Memorias de una criolla*, entre otras.

Schumann-Wieck, Clara. (1819-1896)

Compositora y pianista alemana que se casó con Robert Schumann y mantuvo gran amistad con Johannes Brahms. Hizo varias giras por Europa, y compuso un concierto para piano, música de cámara y varios lieder.

Semíramis. (s. IX a. C.)

Nombre de la reina asiria Sammuramat, esposa del rey Samsi-Adad. Personaje legendario, se ha escrito mucho acerca de esta reina, esposa del fundador de Nínive, y algunos la asocian con una reina regente del siglo IX aje. Según la leyenda, gobernó cuarenta y dos años, conquistó muchos países, y adornó a Babilonia con hermosos jardines colgantes (una de las siete maravillas del mundo), que probablemente no fueron construidos hasta el reinado de Nabucodonosor 11 en el siglo VI a. C.; y de otros edificios imponentes. Se le atribuyen también, una deslumbrante belleza y una gran capacidad.

Senneterre, Madeleine de

Heroína francesa que vivió en el siglo XVI. Viuda de Guy de Miremont. Debió su apodo de «Heroína del siglo», a su valiente defensa del castillo de Miremont en 1573 y en 1575, en cuya ocasión y provista de su armadura, púsose al frente de un grupo de nobles caballeros, matando a uno de los jefes enemigos, Giles de Montal.

Servilia

Nacida hacia el año 100 a. C., esta dama romana era hija de Quinto Servilio Cepión y de Livia, hermanastra de Catón el Joven. Casada con Marco Julio Bruto, que muere en el 78 aje. Fue la madre de Bruto, el asesino de César. En segundas nupcias, casó con Décimo Junio Silano, que también la deja viuda en el 68. Servilia era, sin discusión, el jefe de la familia, ejerciendo gran influencia incluso sobre Catón. Intentó dar un nuevo esplendor a su antigua estirpe, sobre todo por medio de hábiles matrimonios de sus tres hijas con relevantes políticos. Sus relaciones con César eran del dominio público, lo cual motivó la creencia de que Bruto era hijo del dictador. Después del asesinato de César, en el 44, Servilia presidió una reunión de los dirigentes republicanos, en la que trazaron las directrices de la política a seguir por su hijo Bruto. Aún después de la partida de éste, ella permaneció en Roma, siendo bien considerada por todos.

Shelley, Mary. (1797-1851)

Escritora inglesa. Hija de Mary Wollstonecraft, fundadora del movimiento feminista. En 1816, se casa con el poeta inglés P. B. Shelley, al que había conocido en casa de su padre, el filósofo anarquista William Godwin, y por el que se dejó raptar en Suiza en 1814. Tenía apenas veintiún años, cuando en competencia con Shelley y Byron, escribió la novela de terror *Frankenstein*, en 1818. Sus diarios, cartas y anotaciones a las poesías de su esposo, son de gran valor para el mejor conocimiento de éste. Es, además, autora de *Valperga*, en 1823; *The Last Man*, en 1826; *The Fortunes of Perkin Warbeck*, en 1830, y *Falkner*, en 1837.

Staël, Germaine. (1766 - 1817)

Escritora francesa. La famosa madame de Staël, nació en París. Su padre, un protestante francés radicado en Suiza, fue miembro prominente del último gobierno de Luis XVI. Novelista de gran importancia, y amiga de los principales literatos de su tiempo, sintió fuertes tendencias a seguir las ideas de Rousseau. Fue una de las figuras más importantes del movimiento romántico en Europa, y viajó extensamente, convirtiéndose en una figura fundamental de la cultura europea de principios de siglo. Sus cartas, que incluyen correspondencia con Napoleón, han sido consideradas como fabulosas. Ensayista y crítica; autora de *Alemania, Diez años de exilio, La literatura considerada en sus relaciones con las instituciones de la sociedad*, y otras.

Simoni Rebizzo, Bianca de. (1800 —1869)

Patriota y benefactora italiana. Trabajó para mejorar la situación de los niños abandonados y fomentar la educación de la juventud femenina, En 1857 colaboró en la expedición del Cagliari de C. Pisacane, para la liberación de los presos políticos, y en 1860 en la de Giuseppe Garibaldi.

Sofía de Bizancio

Emperatriz, sobrina de la emperatriz Teodora. Casada con Justino II —quien reinó del 565 a 578 —, sobrina del emperador Justiniano l. Ayudó a su esposo a apoderarse del trono, gracias a un hábil golpe de mano. Tuvo gran influencia en el gobierno de su país y, al igual que Teodora, favoreció la herejía del monofisismo.

Sorabji, Cornelia. (1866 - 1954)

Jurista y escritora india, nacida en Nasik, Bombay. Quinta hija del parsi-cristiano, reverendo S. Kharsedji, y de la pedagoga reformista Francina Sorabji. Estudió en el Decan College de Poona, y en el Somerville College de Oxford. Fue la primera mujer a quien se le permitió, en el año 1892, hacer su examen en derecho civil y matricularse en la Facultad de Derecho en 1893, para terminar sus estudios. Volvió en 1894 a la India, donde se convirtió en la asesora jurídica de las mujeres indias. En 1902, propuso al India Office, nombrar una asesora jurídica dentro del gobierno de cada provincia, y fue designada para este cargo en el Tribunal Tutelar de Bengala. En 1922, volvió a Londres para hacer los exámenes necesarios a fin de terminar su carrera y pudo ejercer la profesión de abogado a partir de 1923. Sus libros en lengua inglesa, dan una impresión bastante exacta de los años de evolución de la India.

Taitu. (1856 - 1918)

Emperatriz abisinia, esposa del emperador Menelik II. Escogió el lugar para la construcción de la actual capital Addis Abeba, y edificó allí la primera casa de piedra. En 1891, ordenó la construcción de la iglesia Debre Guennet, en el Gólgota. Estuvo presente, en 1906, en la batalla de Adua, donde los abisinios vencieron a los italianos.

Thais, Santa. (s. IV)

Tras una pecaminosa vida de cortesana en Egipto, fue catequizada por el anacoreta Pafnucio, viviendo recluida el resto de su existencia. En Occidente fue conocida esta leyenda por la traducción de Dionisio, a quien probablemente utilizó Anatole France para crear una de sus más bellas novelas aparecida en 1890. Fue llevada a la ópera por Jules Massenet. Su fiesta se celebra el 8 de octubre.

Taussig, Helen Brooke. (1898-1986)

Cirujana norteamericana, nacida en Cambriddge. Estudió en la Universidad de California, después en la Harvard Medical School, en Boston University Medical School y en la John Hopkins University. En 1930 fue nombrada directora de la John Hopkins Children's Heart Clinic, y llevó a cabo, con el doctor A. Blalock, la primera operación con éxito en los llamados niños azules (Morbus caeruleus), que en los años 1945-1946, adquirió fama mundial con el nombre de «operación Blalock-Taussig». Publicó numerosos artículos médicos y científicos en revistas de su especialidad.

Terencia

[imagen idealizada]

Primera esposa de Cicerón, casada alrededor del año 80 a. C., y al que dio un hijo y una hija, Tulia. Procedía de una rica y distinguida familia, y fue una mujer muy enérgica e interesada en la política. Durante el destierro de su esposo, permaneció en Roma, a pesar de las ofensas que hubo de soportar, sirviendo su amor de apoyo moral a su marido. El matrimonio se mantuvo en armonía, hasta que Cicerón, en el 48 a. C., hallándose en graves dificultades económicas, la hizo responsable de ello, lo que trajo la separación. Parece que más tarde Terencia volvió a contraer matrimonio dos veces más, alcanzando la edad de 103 años.

Terrell, Mary Church. (1863-?)

Científica norteamericana nacida en Memphis. En 1891 se casó con su colega Robert H. Terrell. Es una de las primeras mujeres de color que terminó su carrera en una facultad universitaria americana, en 1884 en el Oberlin College. Estudió lenguas clásicas, fue profesora de la High School de Washington para estudiantes de color, y realizó viajes de estudios por Europa. Fue la primera presidenta, y luego presidenta honoraria vitalicia de la Asociación Nacional de Mujeres de Color. Luchó a favor del movimiento feminista. Fue una extraordinaria oradora de temas femeninos y raciales, fue, además, nombrada presidenta de la Liga Republicana Femenina de Washington y representante en el Congreso Internacional de Mujeres. Colaboró en las revistas *North American Review* y *The 19th Century and After*; es autora de la obra *A Colored Woman in a White World*, en 1940.

Tofana. (¿-1633)

Su nombre completo era Teofania di Adamb. Célebre envenenadora italiana, ejecutada en Palermo. Tristemente famosa por la llamada «Aqua Tofana» que elaboraba cociendo arsénico con plomo. Este veneno incoloro causaba la muerte al cabo de dos a tres semanas cuando era administrado diariamente a gotas en alguna bebida.

Ts'e-Hi. (1834-1908)

Emperatriz china del linaje manchú de los Yehorana, llamada por el pueblo «la vieja Buddha». De extraordinaria belleza, fue vendida en su juventud a un mandarín, el cual la cedió al emperador Hien-Feng, de quien fue concubina. Fallecido éste, fue corregente con Ts'e-An, emperatriz viuda del emperador T'ung-Tschi y en nombre de su hijo que murió sin dejar descendencia. Su sucesor, el emperador Kuang-s, estuvo primeramente bajo regencia, en la que fue decisiva la voluntad de Ts'eHi. Este emperador, a pesar de su carácter débil, fue declarado mayor de edad en 1895, y cuando trató de gobernar por sí solo, introduciendo las reformas del sabio K'ang-Yu-Wei, Ts'e-Hi volvió a apoderarse del poder mediante un golpe de Estado; internó al Emperador, declarándolo deficiente mental, y siguió gobernando en su nombre. Era enemiga de todo lo extranjero. Sólo después de la guerra ruso-japonesa, adoptó, de mala gana, las primeras reformas.

Ulyanova, Anna Iljinichna. (1864-1935)

Hermana de V. I. Lenin. Ejerció primero como maestra en Simbirsk y, a partir de 1883, ingresó en la Universidad femenina de San Petersburgo. Detenida en 1887 con motivo del atentado de A. I. Ulyanov —su otro hermano— contra el zar Alejandro III, vivió a partir de 1900 en el extranjero. Colaboró en la revista de Lenin Iskra y, de regreso a Rusia, ostentó cargos directivos del partido comunista en Tomsk, Samara, Kiev, San Petersburgo y Saratov. En 1916 fue desterrada a Astrakán. Colaboró activamente en la Revolución de Octubre y después fue directora de la sección de protección a la infancia en el Comisariado de Instrucción Popular y miembro de la redacción del Proletarskaya revoluciya.

Úrsula, Santa

Hija de un rey británico, peregrinó a Roma con otras jóvenes, siendo asesinadas por los hunos en Colonia. Esta santa y mártir de la Edad Media, es patrona de la Sorbona de París y de Colonia, y su festividad se celebra el 21 de octubre.

Vaerting, Matilde Themis. (1884-?)

Socióloga y psicóloga alemana. Fundadora de la teoría de la sociología del Estado como base científica de la política. Realizó estudios sobre sociología del poder, y fundó el primer Instituto de Sociología del Estado. Fue profesora de la Universidad de Jena y autora de varias obras de su especialidad.

Valadon, Marie-Clementine. (1867-1938)

Pintora y grabadora francesa, llamada Suzanne. En 1909 se casó con el pintor André Utter, y fue madre del pintor Maurice Utrillo. Procedía de un circo y fue modelo, entre otros, de Renoir y de Toulouse-Lautrec, siendo este último el que descubrió su talento artístico. Sus pinturas parecen en un principio influidas por el estilo de Toulouse-Lautrec, y más tarde muestran cierta tendencia hacia las pinturas de Matisse y Derain, pero siempre con acusada personalidad. Pintó retratos, desnudos, interiores, paisajes y bodegones. Su cuadro, *La chambre Bleue*, se encuentra en el Museo de Luxemburgo de París. Hay otros trabajos suyos en los museos de lyon, Grenoble y Argel, así como en el antiguo Prinz-Paul-Museum de Belgrado.

Victoria. (s. IV d. C.)

[imagen idealizada]

Médica romana, se le conoce gracias a la dedicatoria del tercer libro del médico Teodoro Prisciano (u Octavio Horaciano), *De passionibus mulierum*. Era una de las cultas *obstetrices* o *medieaer*, y Prisciano la designa como «querida colaboradora de mi arte». De la dedicatoria puede deducirse que en aquel tiempo el tratamiento de enfermedades femeninas y la obstetricia, eran ejercidos únicamente por las mujeres.

Wagner, Cosima. (1837-1930)

Segunda esposa de Richard Wagner. Hija de Franz Liszt y de la escritora francesa condesa d'Agoult. En 1857 se casó con H. von Bülow, del que se divorció, y en 1870 contrajo sus segundas nupcias con Richard Wagner, quien le llevaba veinticuatro años. Ayudó con su talento y energía a la realización de los Festivales de Bayreuth, que continuó dirigiendo después de la muerte de Wagner.

Walewska, Marie. (1789-1811)

Condesa de la aristocracia polaca. Vio en Napoleón al libertador del yugo ruso y quería que el Emperador se uniera con fuertes lazos a Polonia. La condesa Walewska fue amante de Napoleón y tuvo de él un hijo, el conde Alexander Florian Joseph Colonna Walewski. Se publicó su diario y también las cartas de la época de sus relaciones con Napoleón.

Wang-Tscheng-Kün

[imagen idealizada]

Emperatriz china que reinó del 70 a. C. al 13 d. C. Debido a su belleza e inteligencia, ascendió de la posición de dama palatina de poca alcurnia, a mujer favorita del emperador chino Yuan-Ti. Al ascender al trono fue nombrada emperatriz (llamada Yuan-T'ai-Hou) y su hijo, sucesor. A la muerte del Emperador, subió su hijo al trono con el nombre de T'scheng-Ti; el poder real lo llevaron sucesivamente cinco hermanos de Wang-Tscheng-Kün. En el año 9 de nuestra era, se apoderó del trono su sobrino Wang-Mang, contra su voluntad, fundando una dinastía propia e intentando introducir reformas sociales y económicas.

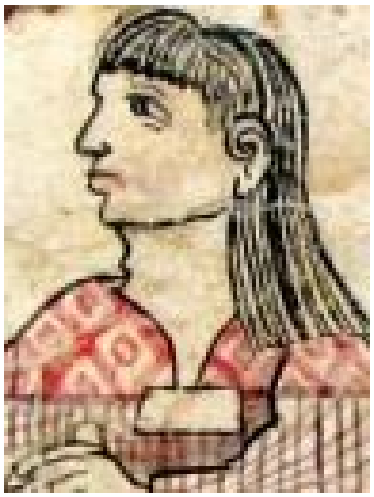
Woolf, Virginia. (1882-1941)

Poetisa inglesa. Procedía de círculos literarios y científicos. En 1912 se casa con Leonard Woolf, con el que fundó la editorial The Hogarth Press. Con su novela *Jacob's Room*, se apartó de la tradición realista, representada por H. G. Wells, A. Bennett y j. Galswortthy, para elevar la «manifestación de la conciencia» a la meta del arte romántico, al igual que James Joyce con su novela *Ulysses*. No le sirven como materia literaria los sucesos, conflictos y situaciones externas, sino el juego misterioso y voluble de las ideas que surgen en el espíritu. En sus novelas posteriores, intentó dominar las consecuencias confusas de la percepción inmanente, por medio de nuevas formas idiomáticas y metafóricas. Sus ensayos líricos muestran un gusto de rara perfección.

Yourcenar, Marguerite. (1903-1990)

Escritora francesa, proveniente de una antigua familia. Nacida en Bruselas, dio clases de literatura francesa en Nueva York durante muchos años; y fue la primera mujer que perteneció a la Academia Francesa de la Lengua, en 1980. Entre sus obras más importantes se cuentan las *Memorias de Adriano*, *El laberinto del mundo*, escrita en dos partes; *Novelas orientales* y *Alexis* o el *Tratado del combate inútil*.

Xicotencatl O Xicotenga, Luisa



Princesa india que los aztecas regalaron a Hernán Cortés, siendo la primera esposa de Pedro de Alvarado, al cual le dio sus únicos hijos, Pedro y Leonor.

Bibliografía

- Historia de la literatura hispanoamericana. Fondo de Cultura Económica, México, DF.
- Historia general de la literatura hispánica. Vergara, Barcelona.
- Diccionario de política internacional. The Free Press, New York.
- Historia Universal. Espasa-Calpe, Madrid.
- The International Encyclopedia of Film. Crown Publishers, New York.
- Webster's Biographical Dictionary. G. and C. Merriam Co., Springfield.
- Historia general de las civilizaciones. Auboyer Aymard A. Barcelona, 1967.
- Los imperios antiguos de Oriente. E. Cassin; J. Bottero; J. Vercoutter. Madrid (1970-1971).
- Historia de los Papas. G. Castella. Espasa-Calpe. Madrid, 1969.
- La nueva historia de Roma. L. Homo Barcelona, 1965.
- Breve historia universal. J. Delorme. Ateneo, Buenos Aires, 1969.
- Enciclopedia biográfica de la mujer. Ediciones Garriga, S. A. Barcelona, 1967.
- Enciclopedia del arte en América. Editorial Bibliográfica Argentina Omeba, 1968.
- The Story of Civilization. Will & Ariel Durant.
- A History of France. André Maurois. Minerva Press.
- 12.000 minibiografías. Editorial América S. A. Segunda edición.